This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAP2499.1

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

NOSOTROS

NOSOTROS

Revista mensual de Literatura-Historia-Arte-Filosofía

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI—ROBERTO F. GIUSTI

Año II — Tomo III

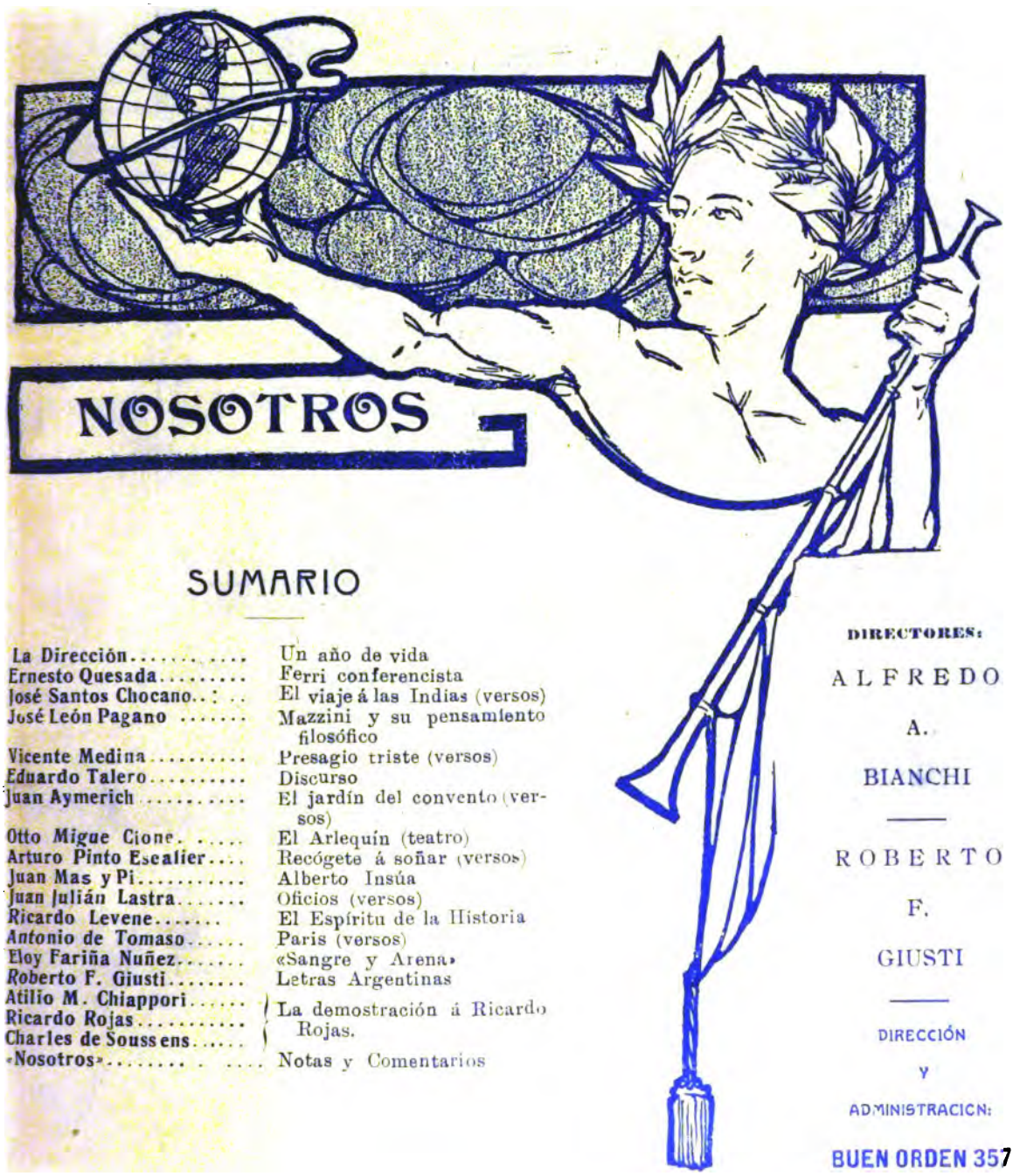
BUENOS AIRES

—

1908

HARVARD COLLEGE LIBRARY
FEB 24 1921
LATIN-AMERICAN
FELLOWSHIP FUND

Año II—Tomo III Agosto y Setiembre de 1908 Números 13 y 14



SUMARIO

La Dirección	Un año de vida
Ernesto Quesada	Ferri conferencista
José Santos Chocano	El viaje á las Indias (versos)
José León Pagano	Mazzini y su pensamiento filosófico
Vicente Medina	Presagio triste (versos)
Eduardo Talero	Discurso
Juan Aymerich	El jardín del convento (versos)
Otto Migue Cione	El Arlequín (teatro)
Arturo Pinto Escalier	Recógete á soñar (versos)
Juan Mas y Pi	Alberto Insúa
Juan Julián Lastra	Oficios (versos)
Ricardo Levene	El Espíritu de la Historia
Antonio de Tomaso	Paris (versos)
Eloy Fariña Nuñez	«Sangre y Arena»
Roberto F. Giusti	Letras Argentinas
Atilio M. Chiappori, Ricardo Rojas, Charles de Soussens	La demostración á Ricardo Rojas.
«Nosotros»	Notas y Comentarios

DIRECTORES:
ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BUEN ORDEN 357

BUENOS AIRES
1908

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA, HISTORIA, ARTE, FILOSOFÍA

APARECE EN LA PRIMERA QUINCENA DE CADA MÉS
EN ENTREGAS DE 64 PÁGINAS COMO MINIMUM

Las colaboraciones no se devuelven

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

ENRIQUE J. BANCHS

Administrador:

ALFREDO COSTA RUBERT

Cuerpo de Redacción:

SECCIONES PERMANENTES

Opiniones	Emilio Becher
Crónica extranjera	Joaquín de Vedia
Letras Francesas	Atilio M. Chiappori
" *Italianas*	José León Pagano
" *Españolas*	Alberto Gerchunoff
" *Catalanas*	Juan Mas y Pi
" *Portuguesas y Brasileñas*	Elysio de Carvalo
" *Hispano Americanas*	José M. Rizzih
" *Argentinas*	Roberto F. Giusti
" *Filosofía*	Emilio Duprat Coriolano Alberini
Educación—Criminología	Benjamín García Torres
Bellas Artes	Emilio Ortiz Grognet
Música	Miguel Mastrogianni
Teatro Nacional	Alfredo A. Bianchi
Revista de Revistas	Alfredo Costa Rubert
Notas y Comentarios	"Nosotros"

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
(ADELANTADA)

Ciudad y Provincias		Exterior		
Trimestre	$ 2.50	Semestre	francos	14
Semestre	„ 5.00	Año	„	25
Año	„ 10.00			
Número suelto	„ 1.00			
Atrasado	„ 1.50			

Dirección y Administración: BUEN ORDEN 357

NOSOTROS

UN AÑO DE VIDA

NOSOTROS entra en su segundo año de vida. El momento es propicio para detenerse un instante á calcular el camino recorrido y cobrar alientos para proseguir en la marcha. Pocas palabras sinceras al respecto dirán más que cualquier tirada lírica en tono de himno.

El sendero no era libre de obstáculos y la desesperanza con frecuencia nos afligió al andarlo. Sin embargo el benévolo apoyo de todos—público, escritores y prensa—y la favorable acogida que en América entera y en las naciones latinas de Europa se nos ha dispensado, nos ayudó á superar los obstáculos y á levantarnos en los desmayos, infundiéndonos la alegre confianza en el arribo feliz. Aun hemos de andar mucho, empero, para llegar. Nos enorgullece afirmar que apenas hemos adelantado un trecho muy breve. Bien pobres serían nuestras aspiraciones si así no fuera.

Nunca ha desmentido NOSOTROS el programa que se trazó, que va desarrollando lenta pero certeramente. En sus páginas, como sus directores lo advirtieron en el primer número, se han hallado en comunión las viejas firmas consagradas con las nuevas ya conocidas y las de los que surgen ó han de surgir. No ha podido reunir, es verdad, ni tampoco cabía que lo hiciera, una serie incontrastada de firmas ilustres. "Nosotros" con alcanzar á la meta de sus aspiraciones jamás pasa-

rá de ser la expresión de nuestro ambiente intelectual, y el ambiente, aun el más elevado—no es del caso engañarse á sabiendas,—no rivaliza por cierto con el de los grandes centros europeos. Por ahora apenas se empieza...

Nosotros no se ha ascripto á ninguna tendencia literaria, política ó filosófica. El momento es de indecisión y sus directores han preferido la tolerancia por todas las opiniones á un exclusivismo sin sólidas bases.

Un espíritu definido la animó, sin embargo, desde sus primeros pasos: su espíritu francamente americano, fundado sobre un amplio y bien entendido nacionalismo. Toda su propaganda ha tenido por objeto estrechar vínculos entre las diferentes naciones latinas de América y entre estas y la madre patria. Más vale marchar en la ruta de la tradición con la mirada fija hacia adelante, que desviarse de ella, extraviándose. Conocida ya la revista en todo el continente y en España, rápido sin duda prosperará el ideal de americanismo que lleva por bandera.

Y vaya ahora, al entrar en el segundo año de vida, nuestro saludo afectuoso y nuestro agradecimiento conmovido á todos aquellos colegas, los diarios y revistas de la República, América y los países latinos de Europa, que á través del primer año nos han continuamente expresado su simpatía, alentándonos á perseverar en la labor emprendida.

La Direccion.

FERRI CONFERENCISTA

Todo Buenos Aires ha desfilado por el recinto del teatro Odeón, en las sucesivas conferencias dadas por el reputado criminólogo y tribuno socialista Enrico Ferri. Porque lo que más se ponderó al público, antes de la llegada de aquel, fué el atractivo singularísimo de su palabra incomparable, describiéndole como un mago que da salida á la llama y ennoblece las cosas más triviales con su erudición y elocuencia maravillosas, yéndose con el corazón y con la lengua á hablar de lo que más ama... Ha terminado ya el programa del ciclo de conferencias anunciado, y si bien se propone comenzar otra serie, que denomina extraordinaria, y dar en diversas ciudades del país nuevas conferencias, es interesante analizar ya la impresión producida por el famoso orador en el público abigarrado que ha llenado, de modo tan estupendo, la elegante sala del Odeón. Y es tanto más interesante ese análisis, cuanto que parece que el resultado pecuniario de estas "giras oratorias" comienza á competir con el de las más fructíferas "giras artísticas", de manera que los empresarios "hábiles" se proponen organizar el desfile de todos los "número uno" de la vieja Europa, para que nuestro público los conozca, aplauda y cubra de flores y de pesos. Porque esa es la característica de esta gira de Ferri: el sabio, el orador y el tribuno, viene á América contratado por un empresario de teatro, quien organiza el programa y le hace pronunciar las conferencias por su cuenta.

Ese rasgo típico de la gira de Ferri tiene capital importancia para juzgar del éxito de la misma. Cierto es que Ferrero vino el año pasado y se llevó, según es fama, 40.000 pesos como resultado pecuniario de su serie de conferencias, pero no tuvo empresario: "La Nación" le invitó al viaje y le facilitó lo necesario para allanarle obstáculos y conquistarle simpatías, pero él fué quien, por su cuenta y con programa personalmente escogido y referente á sus estudios propios, organizó sus conferencias en el mismo teatro Odeón, con el éxito conocido. Eso despertó la atención de empresario tan entendido como da Rosa, quien observó que era más proficuo llenar la sala con el único atractivo de un orador que con

el de una compañía de teatro, siendo así que, en el primer caso, el resultado pecuniario era sorprendente, y en el segundo, sólo relativo, y que ambos espectáculos podían darse sin recíproco estorbo, desde que el orador congrega á su público de día y la compañía teatral, de noche. De ahí que contratara al profesor Enrico Ferri con ese objeto, habiendo tenido un éxito mayor que el de Ferrero, de modo que el resultado pecuniario ha colmado las aspiraciones del empresario, quien se propone continuar explotando esa veta seductora, y se anuncia ya que el año próximo traerá de Francia á Anatole France y que, sucesivamente, nos hará conocer á una serie de personalidades descollantes. Y otros empresarios, algunos "dii minores", se aprestan á su vez á traer á oradores españoles, franceses, italianos, de algún renombre, para presentarlos en las tablas de otros teatros y atraer al público, ávido siempre de espectáculos nuevos. La cascada de dinero, producida por la palabra de Ferrero y de Ferri, ha alborotado hasta á los más pacíficos y los empresarios de menor cuantía ven en ello una salvación, para llenar teatros desiertos con la sola palabra de un orador.

El buen público paga y, por lo tanto, se considera con derecho á ser exigente. El empresario conoce el gusto de su público y, por ende, busca satisfacerlo. La veta es nueva y la gente abona, sin observación alguna, los mismos precios que si se tratara de un cómico de fama ó de un tenor de celebridad. El conferenciante — sea hombre de ciencia, político, escritor, periodista ó simplemente "dilettante"—se convierte así, en la jerga técnica de los entrebastidores de teatro, en uno de tantos "divos", sometidos á la dirección inteligente de un empresario de buen olfato. Tal es la situación creada, que basta comprobar, por ahora, sin analizar si es conveniente ó no: tal es el carácter de la gira de Ferri, y es de ese punto de vista que hay que juzgarla.

¿Cuáles han sido, pues, sus resultados? ¿Conviene que las giras sucesivas, que se anuncian para los años siguientes, continúen con el mismo carácter ó debe el público exigir otra cosa?

Examinemos lo que pasa con Ferri, que es una eminencia de la mentalidad de su país, y á quien debe tratarse con el respeto máximo que sus antecedentes imponen.

En sus conferencias del Odeón, Ferri se ha mostrado en una luz especial. Se había anunciado su viaje como el de una de las grandes personalidades europeas, genuino representante de la más alta cultura itálica, verdadero sabio de verdad y orador elocuentísimo: revolucionario en ideas, métodos, ejecución y propaganda. El empresario da Rosa lo había

contratado para una gira en la Argentina, con la misma desenvoltura con que se contrata á un "divo", y se proponía redondear un excelente negocio llenando de día su teatro Odeón, siempre lleno de noche, y quizá recordando que Ferrero,—el autor esfumado de aquella historia célebre, que es la sombra fantástica de la historia verdadera, vista al través de un temperamento de periodista y con la mentalidad de un repórter de último cuño, demasiado avaro de su tiempo para malgastarlo en investigar lo que es mejor aseverar sin haber menester de pesadas comprobaciones—llevó de su breve gira por esta Jauja una suma seductora; pues bien, da Rosa puso al lado de Ferri á su lugarteniente Ducci, quien ha acompañado al fogoso socialista criminólogo como la zarandeada sombra de los Magyares... siempre cerca, atento á que no se fatigue demasiado y á que no cometa ningún desarreglo que pueda hacer peligrar el éxito de alguna de las conferencias anunciadas. Ferri se ha sometido á este papel de tenor en gira artística, como si viniera vulgarmente á "far l'América", para usar la jerga cocoliche de marras. Y tanto es así, que se llega hasta dudar de que haya siquiera trazado él mismo el programa de sus conferencias y elegido los temas de las mismas, tan desconcertantes son éstos para juzgarle como hombre de ciencia y tan se acercan al criterio de bambalinas de un empresario de teatro, que cree conocer "su público" y escoge su repertorio para atraer á la gente: procedimiento bueno, quizá, tratándose de un actor cualquiera, pero que huele á histrionismo y cabotinismo, reñidos con la ciencia de verdad. Los temas designados, en efecto, parecen escogidos para un público de nivel intelectual inferior, calculando el empresario que, en un teatro lleno, sólo una pequeña minoría resultará por arriba del tema, una masa considerable estará al nivel del mismo, y una inmensa mayoría se encontrará muy por debajo, de modo que aplaudirá cualquier lugar común y se quedará boquiabierta ante cualquier vulgaridad, por trillada que sea, porque todo será para ella novedad, aun los ejemplos anecdóticos que parezcan sacados de los almanaques yanquis de reclame. ¿Por qué se ha prestado Ferri á esa manipulación? Quizá su contrato con el empresario daba á éste ese derecho, y aquél sólo tenía que ejecutar el programa que éste le trazase.

El hecho es que programa y temas han sido desgraciados. Su vaguedad y la enorme latitud de cada uno tenían que dar á cada conferencia un carácter de vulgarización superficial, á vuelo de pájaro, algo como la ciencia destilada al uso de mariscales de café. Un repetidor de orden secundario, habituado á conferencias de carácter popular para público cuasi analfabeto, podría haberse encargado de desarrollar temas semejantes. Un hombre de ciencia tenía que sentirse cohibido ante-

semejante diletantismo de café concierto; un sabio tenía que experimentar una verdadera congoja al verse obligado á semejante papel incómodo para su reputación, para su mentalidad, para sus hábitos de investigador, para su conciencia de profesor universitario. Esos temas han podido ser buenos para un orador socialista cualquiera, dedicado al nobilísimo apostolado de educar al pueblo obrero que no ha pasado por la escuela, dando conferencias en esas típicas salas de las llamadas universidades populares en las grandes capitales, ante público que carece de la noción más elemental de la ciencia y al nivel de cuya inteligencia sin preparación hay que reducir el tema, para que algo de ello pueda ser comprendido, exactamente como los galenos diluyen en grandes porciones de agua destilada gotas infinitesimales de alguna sustancia destinada á operar sobre el organismo del paciente. Recuerdo haber asistido á más de una de las conferencias de ese género en diversas salas de esas "universidades de barrio" en París, y, á la par que aplaudía el noble propósito que animaba á conferenciante y oyentes, admiraba más aun el sacrificio de aquel—más de una vez sabio de verdad: oí, en la típica sala del "faubourg" St. Antoine, nada menos que al malogrado y eximio Curie—que tenía que colocarse al nivel de su auditorio, casi despojarse de sus conocimientos científicos, tratar de diluirlos hasta lo increíble, y todavía usar de infinitas precauciones, de largos circunloquios y de interminables perífrasis, para lograr que algo se comprendiera de lo que se proponía explicar. Pero eso tiene allí un objetivo, y es rehacer, para existencias que no dejan tiempo para el estudio y que carecen hasta la más elemental preparación, siquiera el barniz de una cultura que les permita darse cuenta del movimiento de ideas que agitan al mundo coetáneo. ¿Se propuso acaso el empresario da Rosa cosa semejante, al organizar las conferencias de Ferri? Ciertamente no: no tuvo ese propósito filantrópico y humanitario, buscó tan sólo el éxito de su negocio y creyó que "su público"—el que llena su teatro noche á noche, y de bote á bote, todo el año—no podía tolerar otro tratamiento, resolviendo así darle tintura homeopática de ciencia, diluída en ruidosos períodos de oratoria retumbante. ¿Por qué aceptó Ferri ese temperamento? Quizá su larga actuación de propagandista socialista, al apartarle visiblemente de su vida de investigación científica, lo ha dejado un poco atrás en "la acera movible" de la ciencia y le ha hecho adquirir el hábito de la palabra demasiado fácil, que suple con lo sonoro de la frase, que acaricia el oído y deja repasar el cerebro, el fondo severo que la cátedra de verdad exige: y cuando se posee, como es su caso, un verbo admirable y un órgano vocal más admirable aún, esa tentación es casi irresistible, y la frase arrulla, endormece, seduce, autosugestiona,

hasta el punto de que la natural desconfianza que el sabio tiene por la embriaguez de la palabra cede su lugar á la dulce confianza que el tribuno socialista deposita en su facundia, caldeada por el ambiente contagioso de las reuniones populares. De esa manera érale cómodo ejecutar el programa de su empresario: su técnica de la palabra y sus hábitos de orador popular le bastaban, y el hombre de ciencia, un tanto alejado del movimiento de la última época, no necesitaba hacer ningún esfuerzo extraordinario, pues con sus reminiscencias de antaño le bastaba y sobraba para tal objeto. Y llevó su docilidad y su condescendencia para con su empresario hasta prestarse á atraer público anunciando una conferencia sobre Wagner, él, que no aprecia la música y que jamás había oído una ópera de aquel: cierto es que así lo confesó lealmente en esa conferencia, pero fué cuando el teatro estaba lleno de gente, que se miraba estupefacta al apercibirse de que había sido convocada para oir hablar, sobre un músico, á un hombre que declaraba no comprender la música! A tales encrucijadas ha llevado el empresario á Ferri, corriendo peligro de que la reputación de seriedad de éste saliera maltrecha de semejante prueba del fuego...

Entonces, pues, no puede juzgarse á Ferri como hombre de ciencia por sus conferencias. Lo han obligado á rebajarse al nivel de un monitor, que da conferencias populares de extensión universitaria á un público de suburbio. Lo han hecho desempeñar una tarea ingrata, descendiendo al nivel de oyentes que se conceptuó sin la suficiente preparación científica, para vulgarizar todavía hasta las cosas más socorridas, traídas y llevadas. Le han dado un concepto tan errado del criterio de este público, que Ferri creyó, al ocuparse de la ciencia en el pasado siglo, que no pasarían sus conocimientos de las páginas trilladas de un vulgarizador mediocre como Luis Büchner, y se consideró obligado á disfrazar á éste de lumbrera, citándolo como una de las cumbres del pensamiento humano en la época reciente; y cuando, al ocuparse de los delincuentes en el arte, hubo de referirse al fenómeno social de la familia, no se animó á pasar de la teoría del matriarcado y citó á Bachofen como la última palabra de la sociología, sin duda porque supuso que la evolución de aquella teoría en el medio siglo posterior no habría llegado á conocimiento del auditorio; y cuando, al ejecutar aquel maravilloso "tour de force" de hablar sobre música ignorando la música, se ocupó del hombre de genio y de su característica científica, no se atrevió á pasar de las anécdotas de los manuales de segunda mano, temeroso de que sus oyentes no lo siguieran en una argumentación de índole estrictamente científica. Es lástima. Y lo es tanto más cuanto que el público numerosísimo que lo ha seguido en sus conferencias no se ha dado cuenta de ese

sacrificio del conferenciante por culpa del empresario, y se ha formado la equivocada idea de que Ferri había dejado de ser hombre de ciencia desde que se transformó en agitador socialista, y que ya no había seguido el movimiento científico hasta el punto de aparecer como rezagado y viviendo de la vida intelectual de un cuarto de siglo atrás. A ese lamentable resultado ha llevado la falta de tino de da Rosa en este género de explotación de su teatro: él, empresario habilísimo, que conoce al dedillo el gusto del público en materia de compañías teatrales, se ha equivocado de medio á medio en materia de cultura científica, demostrando que no se puede traer á un profesor para que dé conferencias, como se trae á un cantante para que ejecute un repertorio conocido. Cierto es que, del punto de vista del negocio, ha tenido lleno el teatro y habrá recogido beneficios sonantes y contantes, pero la víctima ha sido el "divo", manejado con tan poca habilidad, siendo suerte todavía que fracasara el propósito del empresario de que una comisión de señoras patrocinara las conferencias y acompañara en el escenario al orador, como se hace en las funciones de beneficencia: la distinguida señora, á quien se ofreció encabezara ese movimiento, se negó resueltamente á ello, conceptuando que no tendría explicación ese papel de "cebo" teatral para atraer público, que pretendía un empresario excesivamente vivo...

La "temporada" del Odeón no podía, pues, ser favorable para la reputación científica de Ferri. Así ha sido. El orador ha triunfado, cierto es; pero el hombre de ciencia ha salido maltrecho del entrevero. Algunos han ido hasta creer que había falta de respeto de su parte para con este público, tratado como el de una colonia incipiente, alejada de la civilización mundial y para la cual todo es bueno, hasta los platos más visiblemente recalentados. Otros han supuesto que el conferenciante no puede elevarse á mayor altura y que su reputación ha sido exagerada, de modo que se trata de una cuasi mistificación. Pocos se han dado cuenta de la peculiaridad del caso, en cuyas redes se ha visto involuntariamente envuelto Ferri y en las que ha caído con tanta mayor facilidad cuanto que aceptó la contrata propuesta sin conocer bien á este país y sin poder darse cuenta de la clase de público que encontrara. Pero, por suerte, se ha apercibido á tiempo del equívoco, y se diría que ha buscado desquitarse aceptando las varias invitaciones que se le han hecho para ocupar el aula universitaria y dando, ante público de entendidos, varias conferencias para entendidos. Así se le ha podido juzgar como hombre de ciencia, como investigador, como sabio, como profesor, tanto por la forma como por el fondo: su palabra no podía continuar en el tono de la propaganda tribunicia, y tenía que revelarse en el de la cátedra académica; las divagaciones su-

perficiales de una conferencia de teatro tenían que ceder su lugar á las ideas, novedosas y profundas, que exige el recinto universitario en un mentor de inteligencias.

Ante todo, justo es reconocer que Ferri es hoy, sin duda, el verdadero jefe de la escuela positiva de los criminalistas, bregando porque la sociedad considere á los delincuentes sin odio y sin venganza, como enfermos mentales y degenerados, siendo el crimen un fenómeno natural que se desenvuelve, como el naciminto y la muerte, sujeto á las leyes superiores, por manera que el derecho penal del porvenir tenga que ser más bien un sistema policial preventivo y de protección contra individuos peligrosos á la sociedad. Su clásico libro sobre sociología criminal es el mejor exponente de su doctrina, y en cada edición sucesiva aparece más enriquecido y más completo. De esa faz especialisima de su preparación, solo ha utilizado la de su libro sobre los delincuentes en el arte y en la literatura, en la conferencia que sobre tal tópico diera, pero en la cual, fiado quizás en que su libro fuera de los oyentes conocido, se contentó con resumir dogmáticamente la materia, y un poco á vuelo de pájaro, pues encerró el voluminoso contenido de centenares de páginas en el espacio, relativamente breve, de dos horas...

Verdad es, sin embargo, que Ferri, desde hace cerca de 15 años, realmente ha tenido que sacrificar su carrera científica á la de agitador de masas, que le tocó como lote de su participación política en el partido socialista. Su facilidad de palabra y de redacción lo llevaron á la dirección abrumadora del "Avanti"!—que tantos disgustos ha debido ocasionarle, por sus polémicas enconadas, como la ruidosa contra los marinos de su país,—y á la propaganda de conferencista y tribuno, habiendo llegado á pronunciar 150 conferencias por año. Basta enunciar esto, sin haber menester recordar que un político—sobre todo diputado activo en el parlamento—tiene que dedicar todo su tiempo á escuchar á unos, á convencer á otros, á discutir con todos, para convencerse de que su labor científica de investigador y de universitario ha debido reducirse á un mínimo absoluto, lo que explica el hecho, á primera vista sorprendente en un hombre de su reputación, de que aparezca ignorando libros conocidos ó se refiera á doctrinas anticuadas, como si fueran la última palabra del movimiento intelectual. Más todavía al mismo tiempo, Ferri dirigía el diario de combate socialista, y escribía allí, todos los días, artículos vibrantes sobre toda clase de cuestiones. ¿Cómo es posible ser periodista activo, parlamentario activísmo, tribuno popular más activo aún, jefe de partido avanzadísimo, luchador infatigable... y, á la vez, profesor y hombre de ciencia? Hay en esto evidente imposibilidad. Y es Ferri demasiado inteligente para

no haberse dado cuenta de ello, de modo que no sería difícil que estuviéramos en vísperas de una nueva evolución en su carrera, retirándose lentamente de la propaganda activa político-socialista, para volver á engolfarse en las investigaciones científicas y á dedicarse á trabajos de esta índole: su renuncia de la dirección del "Avanti" y este mismo viaje á América—al abrir un forzoso paréntesis entre su anterior vida tribunicia y la que puede iniciar á su regreso, más universitaria que política—parecerían así indicarlo.

El hecho es que, debido á esas causas, Ferri ha venido á América en un singular cuarto de hora de su vida científica, á raíz de una pausa tan prolongada, que casi ha esfumado la figura severa del investigador, para no dejar ver sino el aspecto tribunicio del famoso agitador popular. Y, sin embargo, no ha querido entre nosotros hacer obra de socialista militante, como sí esa no fuera su actual característica en Italia; no ha querido recostarse al partido socialista argentino y cuidadosamente se ha mantenido alejado de lo que podía imprimirle sello sectario, haciendo ostentación de mostrarse tan solo como hombre de ciencia. Los socialistas argentinos, algo sorprendidos y desconcertados al principio, se han tranquilizado con la explicación de que el hábil empresario da Rosa había previsto el caso en su contrato con Ferri, y había impuesto á este ese papel prescindente respecto de sus correligionarios aquende los mares, para no dañar el éxito de la conferencias, enagenándose las simpatías del resto del público. Pero Ferri, según parece, ha prometido prolongar su permanencia en el país más de lo proyectado, á fin de que, terminado el plazo del contrato con su empresario, pueda tener libertad de acción y dedicar entonces sus últimos días á renovar en ellos su contacto con las masas socialistas, arengarlas y repetir aquí el mágico efecto que en las similares italianas produce su palabra. Los socialistas, pues, esperan; y afirman que solo entonces podrá conocerse á un Ferri de verdad, caldeada su palabra por la convicción política, sin trabas ni reatos, abandonado á la pasión de su apostolado... Puede ser; si tal sucede, sin duda se presentará Ferri en otra luz, pero mientras eso no se realiza sólo es posible juzgarle tal como ha querido que se le conozca.

Por lo demás, y aún en esta faz de conferenciante de teatro, no ha podido menos de mostrarse en ciertos aspectos típicos que caracterizan su personalidad y le imponen especialísimo sello. Así, apenas se le observa de cerca, llama en el acto la atención la facilidad con que ha logrado independizarse de esas trabas y prejuicios sociales que atan á otros hombres, les absorben su tiempo y les obligan á un esfuerzo ingrato, cuando no pernicioso. Vive dedicado á su existencia tribunicia: cuida de su garganta como una primadona de la

suya, pues no fuma para no dañar la voz, economiza hasta hablar el día de una conferencia, toma pastillas especiales para dulcificar las cuerdas vocales, y adiestra así cada vez más su órgano con una gimnasia y una higiene admirables, exactamente como lo hacen los tenores de fama: su voz poderosa es, para él, un capital inapreciable que cuida con esmero. Ferri, cuando tiene algo que observar ó que estudiar, olvida citas y llamados, utilizando su tiempo con una actividad incansable y sin cuidarse de si cansa ó no á sus acompañantes, pues sacrifica todo al mejor aprovechamiento de cada instante, á trueque de poder ser tildado de egoísta ó de poco culto: ante todo, y sobre todo, se ve que quiere conocer lo que interesa á su mentalidad. Los que están acostumbrados á los formulismos sociales posiblemente habrán extrañado esta visible despreocupación de Ferri; pero ella encuentra admirablemente en su papel de hombre de ciencia, á quien todo se le permite poque se le considera siempre absorbido por su investigación y por completo independizado de la tiranía de las reglas de sociedad. De ahí que Ferri traze su programa y lo observe con rigidez absoluta, sin percatarse de los demás ó de los obstáculos que pudieran presentársele: sus 9 horas de sueño, p. e., le son sagradas: y desde las 10 p. m. hasta las 7 a. m. nada, ni nadie, puede impedirle que, en su cuarto ó donde se encuentre, se entregue plácida y resueltamente al sueño, lo que explica porque no asista al teatro y no se preocupe de estar al corriente del movimiento dramático, cómico ó musical de su época. Así ha sucedido, p. e. que convenga con un colega en concurrir á su casa en día y hora señalados, se congregue un grupo de personas, especialmente invitadas para conocerlo, y se pase la hora y el día mismo sin que aparezca Ferri ni se acuerde de excusarse, y sólo á la noche, al recordar el compromiso olvidado, escriba para fijar nuevo día... La vida, para él, es un apostolado y su temperamento reposado, un tanto apático, le ayuda admirablemente para no apartarse ni una línea de la trayectoría propuesta: lo que está fuera de esta ni le ocupa ni le preocupa.

A su llegada á ésta, un discípulo ardoroso publicó un sesudo libro para hacerle conocer de las gentes que no se hubieran antes ocupado de esa faz del movimiento contemporáneo de ideas. Y Areco, al presentar á Ferri, traza de este un retrato que merece reproducirse: "Es subyugadoramente hermoso — dice — alto, bien proporcionado; de su extraordinaria cabeza podría decirse que es un modelo de expresión y de fuerza intelectual; su frente es abovedada y espaciosa; su nariz, aguileña; sus ojos son únicos en su continuo centellear; su mirada es investigadora y penetrante, de esas que se

filtran hasta lo más hondo sin producir aflicciones ni lacerar el espíritu. Psicológicamente es, ante todo, un intelectual de buen cuño: no tiene la mente inventora de Lombroso, pero es más disciplinado, más lógico, menos ingenuo y menos tendencioso; no tiene la rutilante expresión de Tarde, pero posee sin disputa más equilibrio mental. Sentimentalmente, aunque asuste á los timoratos y de cerca avasalle á sus contendores, no es sino un chico terrible, por sus genialidades y sus travesuras, pero de muy buena pasta, de muchos y muy sinceros afectos: si en los raptos de furia momentánea grita, golpea en su banca, denosta y rompe vidrios, hay que perdonarle porque el "terrible fanciullo" es impulsivo y tiene demasiada fuerza en el cerebro y en los brazos..." He ahí, pues, como el "enfant terrible" del panegírico nos presenta un tipo singular de hombre, como un anómalo para quien el cartabón común del buen sentido no podía plicarse sin conducir á conclusiones erróneas, y á quien resulta que hay que disculparle todo lo que, en la generalidad de las gentes, se considera como una deficiencia de cultura porque hay que mirarle con otros ojos... La prevención es oportuna, pues desarma á la crítica ó la invalida de antemano: habrá que aplaudir lo bueno y que callar sobre lo malo, por manera que, para el "terrible fanciullo", la posición en que resulta colocado viene á ser asaz cómoda, pues está — para usar el símil del viejo proverbio castellano — á las maduras sin tener que cargar con las duras.

Personalmente — "terrible fanciullo" ó no — es Ferri el hombre más simpático imaginable: pero es preciso tratarle y que el hielo de la etiqueta se haya roto. En el escenario del Odeón esa faz de su idiosincracia no podía ser apreciable para el público: sólo juzga este al actor que se adelanta á la rampa y desempeña su papel, solo aprecia la perfección del arte desplegado, sea este una pieza de teatro, una ópera ó una conferencia. No es el hombre quien aparece ante el público de una sala de teatro: es exclusivamente el actor.

Sin duda, en este caso, el público no era el mismo de una noche cualquiera, como no es igual el público que asiste á una temporada dramática del que prefiere una musical, ó una crónica, ó aun una acrobática: cada género tiene su público habitual, que desenvuelve una competencia especial y que sabe apreciar á los que se presentan en la escena. Así, el público de las conferencias tenía su criterio formado sobre Ferri, conocido por sus obras y por su actuación política. Pero como no se presentaba en esta última faz, sinó en la primera, como hombre de ciencia ha sido apreciado y con tal criterio juzgado.

Por eso se ha discutido el bagaje científico presentado, que se ha considerado algo escueto; por eso se ha llegado hasta tacharle de retardatario, que no se apercibe de que ha

quedado estacionario y que ya ha perdido de vista á sus compañeros de ogaño; por eso se le ha objetado que hasta su misma argumentación técnica se notaba desteñida por el nuevo hábito de la exposición propagandista del tribuno de las masas. Pero, en cambio, todos se han sentido subyugados, conquistados, dominados, por su palabra incomparable, por el maravilloso dominio que de la misma demuestra y por el arte infinito con que la maneja. Nó que esa palabra fascinante se abandone, como iluminada Pitonisa, á la inspiración y al arrebato de una elocuencia que no se domina y se lanza adelante cual corcel desbocado, arrollando todo y arrastrando convulsivamente á sus oyentes en el torbellino de fuego de una sugestión que todo lo avasalla y que toda reflexión acalla; sinó que Ferri ha revelado poseer una maestría singular, porque no se deja esclavizar ni por un instante por ese demonio que á la Pitonisa helénica subyugada, conservando siempre un soberbio dominio de sí mismo, una serenidad admirable, que le permite usar de la palabra horas enteras, manejándola en todos los tonos y con todas las inflexiones, sin desviarse una línea de la ruta trazada, sin distraerse, sin extraviarse en laberintos peligrosos, siempre dueño de sí mismo, sabiendo cuando debe poner una nota cómica, cuando heróica, cuando conviene acelerar el período, cuando disminuir paulatinamente su marcha: es un "virtuoso" soberbio, un actor consumado y para quien las tablas no ofrecen peligro alguno, que no experimenta la menor vacilación, que sabe usar de todos los recursos de su arte sin haber menester de apuntador, sin experimentar cansancio, sin alterarse, tranquilamente, como si, en su propio gabinete y ante su propio espejo, estuviera recitando su papel. La misma expresión de su fisonomía revela su absoluta seguridad de si mismo: sonriente, sus ojos se entornan, mira lentamente á su auditorio, se mueve en el escenario con una tranquilidad perfecta, y se diría que su temperamento, un tanto flemático, lo pone á cubierto de emociones perturbadoras, de ansiedades que interrumpan la calma de su espíritu, cual si se hubiera habituado solo á entusiasmarse en frío, y en frío á enardecerse verbalmente para el auditorio enardecer sin modificar la propia placidez. Horas enteras puede así hablar, sin cansancio, sin alteración, sin esfuerzo: su memoria privilegiada le permite usar de un repertorio considerable de anécdotas y desenvolver una argumentación preparada, sin que nada intervenga para mezclarle las cartas de su juego.

El hábito de usar constantemente de la palabra, en la cátedra primero, en las reuniones populares después, en el recinto parlamentario, por último, le ha constituído una segunda naturaleza en la que deposita una confianza tal, que

no se le ocurre ni la posibilidad siquiera de que pudiera pasarle lo que, en cierta memorable fiesta literaria del viejo Colón, aconteció al príncipe de los oradores argentinos, al doctor Manuel Quintana, á quien la memoria le flaqueó en momento crítico y tuvo que apelar á las cuartillas de su discurso escrito, llevado en el bolsillo del frac, y que resultaba haber sido simplemente aprendido de memoria. No, Ferri no aprende su discurso de memoria, ni escribe sus conferencias; las prepara, sin duda, pero las desenvuelve improvisando su expresión, porque su temperamento y su práctica le facilitan hacerlo así y puede ejecutarlo naturalmente, sin esfuerzo, sin peligro y con absoluta seguridad. Por eso puede hablar, á voluntad, un tiempo considerable sobre el mismo tema: lo desarrolla con más ó menos amplitud, según sea necesario, y con igual facilidad habla una hora, que dos ó más, sobre el mismo asunto.

Su palabra, tranquila al principio, poco á poco como involuntariamente va caldeándose, pasando por todos los matices de la elocuencia, hasta tornarse por instantes tonitruante y parecer precipitarse desde lo alto de elevada cascada, saltando con estrépito de roca en roca, envuelta en espuma estupenda, para caer con ruído ensordecedor sobre lecho de piedra, ahogar así todo sonido ajeno y correr veloz, rumorosa, á saltos, como empujada por Nereidas y Tritones por las clásicas Furias arrastrados, hasta perderse á lo lejos, dejando tras sí, tras larga y deslumbrante estela, todavía largo tiempo después, la impresión del trueno que pasa, de la centella que ha desaparecido... Qué palabra! Qué arte maravilloso el de aquél verdadero mago, para quien los recursos de la oratoria parecen no encerrar secreto alguno! Maneja la voz como un violinista mueve las cuerdas de su violín: saca de ella todos los sonidos, todas las modulaciones imaginables; esa voz sube y baja, sorprende, se torna serena y tranquila, se engrosa, y se lanza vibrante al espacio; á las nubes se eleva y por la tierra parece caminar reposada: siendo de admirar la manera sorprendente como Ferri se desenvuelve, sin dar señal del menor cansancio, sin demostrar el mínimo esfuerzo, como si naturalmente se expresara y como si no se sintiera poseído por ese dios interno que los antiguos invocaban como el guardián de la elocuencia y el inspirador de la palabra.

Su físico le ayuda admirablemente y parece agigantarlo: su figura, más bien alta, diríase que todavía se alarga; su hermosa cabeza, rodeada por una corona de cabellos grises, ensortijados, diríase como envuelta en una de esas típicas aureolas con las cuales el divino fra Angélico da Fiesole coronaba con celeste nimbo á sus santos favoritos; sus manos, al principio deliberadamente quietas, se agitan lentamente al poco andar, y,

una vez lanzada la palabra en uno de esos períodos metálicos que semejan el choque de una perla en las gradas diversas de alguna escala de acero, se mueven entonces á la par, acompañan la frase, se dirigen al auditorio y, con mudo gesto, hablan á la vez, completando el pensamiento, modelando en el aire algo como la forma invisible de la figura ideal que la voz se esfuerza en ese instante por hacer surgir en la mente de los oyentes. Se vé que Ferri es un apasionado de la pintura y de la escultura: su palabra pinta verdaderamente, usando una paleta rica de colores; y su gesto modela, como si entre sus dedos tuviera la arcilla del taller. Esos son los rasgos característicos de su elocuencia: pinta y esculpe. Por eso no debe buscarse en su oratoria el estro alado del poeta ni la fascinante inspiración del músico: la estrofa del verso no inspira su palabra, ni el sonido melódico la guía; Ferri no ama la poesía ni la música, por lo menos estas no condicen con la idiosincracia de su típica mentalidad, mientras que su envergadura de tribuno explica precisamente su tendencia á la pintura y la escultura, que le permiten usar de la palabra con brillo tan deslumbrante y esculpir en el cerebro de los oyentes las ideas que busca propagar.

Su arte consumado le concede sacar todo el partido posible de sus diversas dotes naturales. No sólo su estatura lo impone ya á la atención del público; su cabeza lo seduce y su voz lo embarga; no sólo sus manos accionan y completan su palabra; sino que sus ojos acompañan la expresión de la frase, se entornan, se abren desmesuradamente, lanzan chispas ó se inclinan tranquilos; sus labios dibujan sonrisa, á veces abierta y franca, otras cómica y más ó menos cáustica; su barba misma, que parece, con su bigote, subrayar con una línea de blancura gris el óvalo alargado de su fisonomía, contrasta con el gris coqueto de su corona de cabellos desordenados; su aspecto, con la larga levita, su mano izquierda indefectiblemente metida á medias en el bolsillo del pantalón, dejando fuera el dedo meñique, que no se está quieto un instante; todo en él, en una palabra, contribuye á producir el efecto de conjunto que, del punto de vista de arte oratorio, lo constituyen en un artista de rara perfección y de sello eminentemente personal. No es un orador que pueda confundirse con otro orador... Pero, como conferenciante, si bien es el Ferri tradicional de la tribuna popular, paréceme que no debe se así el de la cátedra universitaria.

Desde el primer momento, la impresión producida por Ferri fué bien marcada: la expectativa era enorme—dijo uno de nuestros diarios—porque un hombre excepcional va á hacer escuchar su oratoria maravillosa, va á ilustrar á los que no

saben, á hacer recordar á los versados las verdades, á establecer nuevos puntos de vista, á estudiar la vida en sus múltiples fases social, moral, económica; á exponer, en fin, su alta sabiduría, á mostrar su corazón, su alma y la potencia de su sistema nervioso. Tal era el concepto en que se le tenía.

La primera conferencia versó sobre "la ciencia y la vida en el siglo XIX". No fué un discurso de los que le han dado fama genial—observó algún diario—porque el tema de por sí altisonante y el público heterogéneo le quitaron el "slancio" característico de la improvisación, pero la impresión producida en el auditorio fué excelente y seguramente superior á aquella que produjo Ferrero. Su apostura gallarda, su rostro expresivo, todos lo conocen—escribía otro diario,—y como es robusta su constitución, así lo es su voz, siempre segura, nunca empañada por el cansancio: al hablar no sólo pone en juego sus labios, sino toda su fisonomía, todo el cuerpo, acentuando con ademanes expresivos sus palabras; ciertamente es un vehemente y poderoso orador, aunque, sin duda, más apto para hablar al aire libre ante enormes asambleas que en la aristcrática sala de la calle Esmeralda, que dijérase extrañada de oir en su recinto tan inusitados acentos: su oratoria es interesante y amena, tiene un grueso humorismo, con el cual salpica su disertación, logrando con recursos siempre sencillos, y hasta ingenuos, obtener la hilaridad del auditorio; pero fué una conferencia de divulgación científica, al alcance de todos.

La segunda conferencia trató de los delincuentes en el arte. Pocas veces, ó mejor dicho jamás,—declaró un diario—exceptuando algún acontecimiento artístico ó durante un comicio cívico, la sala de un teatro presentó el aspecto que ofrecía la del Odeón, donde habíase dado cita lo más brillante y fecundo que encierra nuestra intelectualidad: después de haber comprobado las calidades sobresalientes de Ferri como orador, el público esperaba la confirmación del renombre de que él goza como hombre de ciencia. Preciso es confesar—decía otro diario,—que en esta ocasión ha sido menos orador, menos tribuno, sin dejar por eso de ser artista, el admirable artista de siempre: su conferencia ha sido una amena charla salpicada de ingenio, andaba en terreno propio y trataba de asuntos á los que ha tributado durante mucho tiempo el homenaje de su cariño y á los que ha robado casi todos sus secretos. Pero otro diario observaba: su brillante argumentación no aportó sin embargo ningún pensamiento nuevo ó siquiera manera de ser original, y por eso, ante los intelectuales de alto nivel, su conferencia no respondió á su reputación, si bien para la mayoría del público estuvo admirable; obedece á un erróneo prejuicio: conozco, se dijo, muchos argentinos de vasta cultura,

pero estos son los menos; las masas son ignorantes y en la concurrencia predomina el elemento inculto: por eso no nos dice nada de nuevo y se limita á tratarnos como á estudiantes inexpertos, que ignoran los elementos de la ciencia.

La tercera conferencia trató de "la mujer, lo que es y lo que será". Estuvo habilísimo—dijo un diario—máxime si se tiene en cuenta que la mitad de su exposción la dedicó á probar la inferioridad mental de la mujer, entrando luego á entonar un himno excelso á la maternidad.

La cuarta conferencia se ocupó "del microbio al hombre". Nos dejó—sintetizó un diario—la puerta abierta á la fe reliligiosa, como á la creencia de su madre. Donde no podía poner una idea—dijo otro diario—el admirable artista engarzaba la perla perfecta de una sentencia florida: es casi innecesario, pues está en la conciencia de todos los que la escucharon, que esta conferencia ha sido bastante inferior á las anteriores, de modo que todavía Ferri no se ha mostrado á la altura de su reputación. Y otro diario decía: la conferencia fué inferior y estriba dicha inferioridad en la mayor ó menor generalidad de los temas tratados; sobre temas demasiado vastos no puede el orador humanamente, en las dos horas de tiempo de que dispone, sino limitarse á generalidades, consideradas sin profundidad, las cuales, si satisfacen á una gran parte del auditorio, descontentan por demasiado sabidas á los oyentes de alguna ó mucha cultura, que no son los menos.

La quinta conferencia trató de "Wagner y el hombre de genio". Estuvo ameno, chistoso,—notó un diario,—y sabe hacer reir maravillosamente: esta comicidad de su manera oratoria es lo que hace que cierta parte del público sea infaltable.

La sexta conferencia versó sobre el espiritismo. Muy ingrata ha sido la impresión general—confesó un diario—y la conferencia ha sido muy inferior á lo que era dable esperar: el público porteño, que no es tan ignorante como se piensa en muchos países de la culta Europa, no ocultó tampoco la pésima impresión producida, la cual se exteriorizó cuando, á la salida del Odeón, algunos entusiastas incondicionales del orador intentaron una manifestación de simpatía, que murió ahogada en el vacío.

La séptima conferencia trató del arte de educar á nuestris hijos. Ha sido una de las más interesantes—reconoció un diaro—por las muchas ideas que derramó sobre la educación de los niños, acaso chocantes con el común pensar del auditorio.

La octava conferencia se ocupó de la Italia contemporánea. Habló ante un público menos numeroso que el de costumbre—dijo un diario—y nuestra opinión sobre esta confe-

rencia del distinguido y admirable profesor es bastante desfavorable.

La novena conferencia fué sobre "la epopeya sudamericana vista allende el Atlántico", cerrando con ella el ciclo de conferencias del Odeón. Cuán superficial es la ciencia histórica del profesor italiano—observó uno de nuestros diarios—es lo que demostró su última conferencia. Y otro diario dijo: esta disertación del ilustre huésped ha resultado, como las anteriores, de una importancia de liceo...

En general,—y debido esto exclusivamente á la vaguedad de los temas, ó á su enorme latitud, que ha impedido al conferenciante salir de las generalidades más generales—la prensa ha emitido un juicio evidentemente equivocado acerca de Ferri. Es preciso confesar—decía uno de nuestros diarios—que el distinguido profesor se ha quedado dentro de las fronteras de lo corriente, de lo ordinario: no ha dicho nada que ya no se supiera por acá, no ha arribado á ninguna conclusión nueva y fuerte. Así—resumía otro diario—en su conferencia sobre el estado actual de la ciencia, divagó durante dos horas, sin exponernos una sola idea que no fuera conocidísima de los oyentes, y en ese orden ha continuado disertando sobre los demás temas: en la conferencia sobre los delincuentes en el arte, se limita á manifestar que opina como Lombroso; en la dada sobre la inferioridad mental de la mujer, no ha hecho más que repetir las conclusiones á que llega Schopenhauer; en la dada con proyecciones luminosas, desde el microbio al hombre, nos refiró como cosa nueva lo escrito por Darwin y Hœcel; también, antes de él manifestarlo, conocíamos los resultados desastrosos que produce la educación que á base de sustos y rigorismos les proporcionan algunas personas á sus hjos: el profesor Ferri debe ahondar más en sus exposiciones, pues debe tener en cuenta que habla á un pueblo que, en su generalidad, es lo suficientemente versado en cuestiones científicas como para poder apreciar y hasta rebatir las afirmaciones que haga.

Todo esto, que resume la errónea impresión causada en gran parte del público, es absolutamente injusto, pero por desgracia se explica debido al programa adoptado y á la obligación en que se ha visto el conferenciante de no salir de una exposición general, de modo que, sin quererlo, ha hecho creer que ó no quiso tomarse el trabajo de preparar conferencias hondas y prefirió deliberadamente la superficialidad, ó consideró que sus oyentes no estarían preparados para un estudio intenso y que era menester tratarlos como á un auditorio simplemente mundano. La culpa de todo esto, pues, no es de Ferri sino de su empresario da Rosa.

Tal es, á grandes rasgos, la impresión exteriorizada por nuestros diarios más representativos: ella confirma el hecho de que el pecado original del ciclo oficial de conferencias está en los temas elegidos y en la obligación de producirse en las tablas de un teatro, y sujeto al criterio de un empresario teatral.

Pero no sería justo apreciar á Ferri exclusivamente por sus conferencias del Odeón. Quizá más adelante, cuando el vencimiento de su contrato le deje plena libertad, pueda mostrarse en otra luz más favorable. Sin embargo, la casualidad ha querido que se le haya podido observar en su calidad de orador académico y universitario. vale la pena, pues, de compararlo con su aspecto de conferenciante de teatro.

La oportunidad era, á la verdad, única. La Universidad nacional de La Plata, llena de espíritu nuevo, profundamente inoculada con el método positivo coetáneo, recibía en su seno—solemnemente, sin duda, por más que la emocionante ceremonia fuera sencilla y familiar en su aspecto exterior,—á este hombre que labró su envidiable reputación universitaria é intelectual como cultor eximio de ese mismo método positivo, como representante típico de ese espíritu nuevo, y quien, en la cátedra y en el libro, durante más de un cuarto de siglo, ha sido el apóstol de esas ideas y de esa orientación intelectual. La facultad de ciencias jurídicas y sociales habíale propuesto como doctor suyo "honoris causa", y la universidad, al discernirle ese diploma,—esa distinción suprema para los que, sin haber pasado por sus ulas, han logrado brillar con propia luz en la mentalidad de la época—en Enrique Ferri á sí misma honraba, porque coronaba la muestra visible del espíritu y del método que la animan, que inspiraron su creación, que engendraron sus planes de estudio, y que siguen como faro esplendoroso profesores y alumnos, la generación joven y la vieja, en sus claustros confundidas en la hermosa colaboración del estudio que convierte á las aulas en palestra del trabajo, donde maestros y discípulos colaboradores son en la mismísima tarea.

Ferri y su señora llegaron á La Plata, acompañados por el presidente de la universidad, y por un grupo representativo de las autoridades universitarias. Desde su arribo hasta su regreso, no hubo momento de reposo para los huéspedes ilustres: esas horas, que transcurrieron como un soplo, no alcanzaron para mostrarles siquiera una mínima parte de los institutos docentes, y la llegada de la noche impidió que continuara esa infatgable peregrinación de un establecimiento á otro, que mantuvo en constante movimiento á la numerosísima comitiva, olvidada de que todo esfuerzo tiene su límite y de que el reposo

también exige se respeten sus fueros. Desde que se bajó del tren hasta que se volvió al mismo, diez horas después, un selecto grupo de caballeros y señoras por doquier acompañó á los cónyuges Ferri, como espontánea guardia de honor y cual si con su adhesión quisiera significarles que en La Plata encontraban una patria intelectual, donde se les apreciaba ya por su fama y más se les apreciará ahora por su presencia. Y ese tocante consorcio de damas y caballeros para rendir el grato tributo de la hospitalidad era tanto más simpático cuanto que lo motivaba el honrar á una pareja, que es vivísimo ejemplo de lo que puede llegar á ser, en la existencia nuestra, la colaboración constante de marido y mujer, completándose recíprocamente y recíprocamente entregados, cada uno en su esfera de acción, á realizar un ideal común: la gloria del común hogar, cifrada en la fama del esposo y el dulce encanto de la esposa, que cuida de la familia, suaviza para el marido las inevitables asperezas de la vida, lo alienta y conforta en sus horas de desfallecimiento, lo aplaude y estimula en las de triunfo, y á su lado—no como rival que reclama celosamente, cual socia vulgar, su parte en los despojos de cada victoria, sino como amante compañera que gusta esfumarse discretamente, siempre á su lado, en la penumbra de la gloira de aquél, que es también la suya propia,—comparte las horas de la buena como de la mala fortuna. Porque uno de los rasgos más interesantes de aquella jornada ha sido cabalmente la presencia de la señora Feri, con su aspecto fino y distinguido, de un perfil aristocráticamente ideal, con una vaga y dulce expresión soñadora en su fisonomía, que parecía envolverla en una atmósfera de discreta poesía, á través de la cual brillaban seductoramente sus dos hermosísimos ojos, constantemente fijos en su marido, acompañándole en todos sus movimientos, embargados en esa contemplación, que dura ya más de un cuarto de siglo—próximos están los esposos Ferri á celebrar sus bodas de plata,—y que son prueba viva de la sabia palabrabra del Testamento antiguo, que caracterizaba al matrimonio como la fusión de dos séres en una sola aspiración y en un ideal común. Y Ferri mismo, por más evidente mago de la palabra que sea, se inspiraba visiblemente en esa mirada de amor profundo, pues cada vez que, en sus varios discursos, sus ojos con los de ella se encontraban, su acento se tornaba más cálido, su fisonomía irradiaba nueva luz y brotaban de sus labios, más ardientes y henchidos de savia, los períodos vigorosos y brillantes que sacudían al auditorio y arrancaban el aplauso espontáneo y prolongado. Ejemplo hermoso de la unión de dos séres que atraviesan la vida en la placidez de un amor de todos los instantes y de una colaboración de todos los momentos: rara felicidad que sólo pocos, muy pocos, pue-

den saborear y que, por ello mismo, merece señalarse y ante ella con respeto inclinarse reverente!

Cuando, en el aula magna, tocó á Ferri el turno de hablar, lo que sedujo fué la revelación de un Ferri distinto del conferenciante del Odeón, del Ferri que con el alma siente y dice lo que su corazón le dicta, del Ferri que ante colegas habla y que á su querido público universitario se dirige. Por ello, precisamente, su palabra fué más cálida, más vibrante, más subyugadora que la que debe emplear en sus conferencias del teatro, ante un abigarrado público de los más diversos matices y desenvolviendo temas más ó menos abstrusos. El Ferri del aula platense es realmente el Ferri de verdad: el del Odón se vé condenado á ser forzosamente un tanto convencional. ¿Qué dijo? ¿Cuál fué la médula de ese discurso académico, evidentemente preparado y meditado con la debida anticipación? Todos le escuchamos con recogimiento, porque deseábamos apreciarle en su faz propia, en terreno propio, sin las trabas y reatos de una gira artística en el escenario de un teatro.

Por de pronto, gentilísimos conceptos tuvo para el acto, caracterizando la confraternidad intelectual que á los hombres de diversos pueblos acercaba, y manifestando su entusiasta impresión sobre este país, donde se elaboran los destinos futuros de una nacionalidad en formación, y que, para el sociólogo, presenta un campo único de observación. Del corazón saliéronle sus palabras: con el alma habló al referirse á su pasado universitario y al saludar el común ideal futuro; á la nueva universidad saludó con amor de compañero y admiración de colega, asombrado ante la magnificencia de los institutos docentes de aquella, cuyo museo lo había por entero conquistado. Pero tampoco cabe decir que ese discurso, malgrado la solemnidad de recibir el diploma de doctor, lo haya revelado como sabio ni como pensador; hasta parecía que voluntariamente afectara olvidar que hablaba en un recinto académico, como profesor y ante un público universitario, porque se expresó visiblemente como un hombre de cultura media, que se ocupa de asuntos corrientes y que se dirige á personas de quienes no exige esfuerzo especial para escucharle ó comprenderle: mucha galantería, frases simpáticas, excesivamente culto, pero no quiso deliberadamente salir del terreno del simple agradecimiento por la honra recibida. Por cierto sorprendió eso á muchos, pues creyeron que aprovecharía esa oportunidad para pronunciar alguno de esos discursos memorables que profundizan un aspecto de la ciencia, revelan investigaciones nuevas ó presentan ideas propias, como se estila en las universidades europeas en ocasiones análogas. Cualquiera que fuera la razón de su actitud, el hecho es que Ferri perdió una ocasión que no volverá á presentársele para revelarse sabio y pensa-

dor. ¿Creyó quizá que el público universitario platense, como el metropolitano del Odeón, no estaba suficientemente preparado para apreciar la palabra académica de un hombre de ciencia? No cabe esa suposición; pero, en todo caso, fué deliberada su actitud, porque supo con la debida antelación cuando debía efectuarse la ceremonia, de modo que tuvo tiempo suficiente para prepararse, meditar sobre lo que iba á decir y mentalmente trazar el plan de su discurso.

Bajo otra faz fué posible apreciarle con motivo de esa oportunidad universitaria, porque la noche terminó con un banquete de 150 comensales, presenciado por numeroso público de curiosos, atraído por los discursos anunciados y, cuando Ferri habló, superó á su discurso del aula de la Facultad; se mostró otro Ferri, el íntimo, no el académico; el hombre exhibióse al desnudo, emocionado ante aquella demostración y su corazón se desbordó sobre el auditorio en períodos coloridos, de formas admirables y precisas, arrancando aplausos sucesivos, hasta culminar en una tempestad de bravos y en una salva de aplausos, cuando, tras uno de esos períodos que subyugan, porque brotan del alma y al alma penetran, su copa se vació por la fraternidad de unos y otros, por la prosperidad de todos y porque humildes y poderosos por igual pudieran participar en el banquete de la vida.

Con posterioridad, Ferri — á cuyos oídos, osiblemente, llegó la ambigua impresión que, entre el elemento intelectual, produjo su campaña del Odeón,—dió una sugerente lección universitaria en la sala de grados de la Facultad de derecho y ciencias sociales, de la capital, y otra en la análoga Facultad de la Universidad de La Plata. Para ambas lecciones elegió como tema el derecho penal, es decir, su propia cátedra de Roma; en ambas ocasiones tuvo un escogidísimo auditorio, compuesto de profesores y estudiantes; en las dos ocasiones se propuso dar una lección académica, exactamente como las que da en la Universidad romana, colocándose así en un terreno propio, científico, y en el cual pudiera mostrar lo que vale como hombre de ciencia y como investigador.

He asistido á la dada en la capital. El éxito oratorio fué el de siempre: todos aplaudieron al tribuno, que maneja la palabra de modo incomparable. Pero el profesor romano nos resultó absorbido por el taumaturgo popular: es tal la segunda naturaleza que la propaganda socialista ha desenvuelto en Ferri que, culquier cosa que haga ó diga, lo hace ó dice en el tono oratorio del tribuno que arenga á las masas y que á la peculiar mentalidad de éstas modela la suya; es tan involuntario este proceder, que se diría le es casi imposible independizarse de tal hábito, y, por abstrusa que sea la materia que se propone tratar, adopta las formas claras y populares

de una arenga tribunicia, en la cual su principal y visible preocupación es la de vulgarizar lo más técnico y poner al alcance de todos, en la forma más sencilla y despojándola de todo cuanto puede traer la menor dificultad, el problema que se propone dilucidar. El aula universitaria viene así, insensiblemente, á convertirse en una sala de reuniones populares, y Ferri, dominado por su idiosincrasia tribunicia, expone y comenta la materia con un fuego comunicativo, con un pequeño admirable, visiblemente deseoso de que á nadie escape la menor faz de su argumentación, pero desterrando de ésta cuanto pueda perturbar la mente mediana de su auditorio habitual. La lección académica se convierte, de esa guisa, en una exposición de vulgarización popular, y la faz técnicamente científica viene á quedar en la penumbra. De ahí que, en cuanto expuso Ferri en la citada lección, nada nuevo dijera al auditorio de entendidos que le escuchaba: lo encantó con su oratoria, pero no sembró una sola idea en el cerebro de sus oyentes, pues deliberadamente se mantuvo dentro de los límites, en los cuales cualquier persona medianamente preparada acostumbra moverse.

Lo que dijo sobre la justicia criminal y las leyes penales, en cuanto á formas del procedimiento y á organización de tribunales, es asunto ya trillado, si bien lo expuso brillantemente, abogando por la oralidad en lo procesal y el juez único como tribunal. Después habló de la pena de muerte, declarándose abolicionista, pero casi puede decirse que tocó el tema como pretexto para una soberbia descripción oratoria del ajusticiamento de dos condenados, en París. De la condena condicional, que era tema de interés para nuestra legislación por no contenerla, dijo poco menos que nada. Y si tocó el punto del delito de calumnia, sospecho que fué como marco para colocar la tela oratoria de su propio conocido caso del "Avanti". En una palabra: el entusiasmo por su palabra producido fué extraordinario, pero se vé que es tribuno hasta la médula de los huesos, y que el tribuno ha absorbido al profesor y al hombre de ciencia.

La oratoria tribunicia, que tan embriagadores triunfos populares le ha conquistado y conquista, se le ha convertido así en verdadera túnica de Neso: ya no puede desprenderse de ella sin arrancarse á pedazos la propia piel. Se ha transformado en tribuno, y tribuno continuará siendo ya hasta el fin de sus días. Como tal hay, pues, que juzgarle y como á tal que aplaudirle. Y, como tribuno, es realmente admirable.

Hace 15 años que, por haber abrazado la causa socialista. Ferri ha tenido que suspender casi toda lectura y toda investigación puramente científica: ha quedado estacionario

en el año 90, como si no se hubiera producido, después, en el mundo entero, nada de importancia. Y quizá desde antes de esa fecha, había deliberadamente limitado el horizonte de su actividad mental por haber tenido que concentrarla en el departamento especial de su cátedra. De ahí que se exprese como si el período intermedio no tuviera importancia alguna. Pero es esto una faz transitoria para él. Porque ha dejado ya la dirección abrumadora del "Avanti". se retira de la primera fila militante del socialismo, y anuncia que concretará su actividad parlamentaria á cuestiones de interés general y científico, como la emigración y las reformas penales. Entonces encontrará tiempo para tornar á su antiguo hábito de investigador, volverá á ponerse al corriente del movimiento intelectual de su tiempo, y, á la larga, el profesor relegará al tribuno al segundo plano. Pero, por el momento, es el tribuno lo que caracteriza su personalidad.

Y bien, resumiendo esta impresión á vuela pluma, ¿debe continuar el buen público contentándose con estas "giras oratorias" que le presentan casi una caricatura de la personalidad traída? ¿No deben imponerse exigencias de otro género á los empresarios, ó á los mismos personajes que aceptan contratarse para esas giras? Sin duda alguna.

Muy justo es que el intelectual cobre honorarios por el uso de su capital de ilustración, acumulado durante años é iluminado por mente privilegiada: de su cerebro vive y no tiene por qué avergonzarse farisaicamente del dinero. De manera que el hecho de que las personalidades europeas emprendan estos viajes mediante un determinado honorario, nada de criticable tiene. Pero quizá convendrá que, cuidando más de su reputación y desdeñando menos á este público, exija cada conferenciante que le dejen preparar su programa y evite, en éste, todo lo que pueda oler á histrionismo ó á irrespetuosa superficialidad, concretándose á lo que es de su evidente competencia, y acerca de lo cual puede hablar con indiscutible autoridad. No debe el conferenciante descender al nivel del auditorio, si le considera inferior, sino exigir que el auditorio, se eleve al suyo, exactamente como en su propio país hablaría ante su público habitual.

Quizá sería mejor que esos viajes fueran organizados por las universidades, y que cada personalidad traída congregara al público bajo la égida universitaria, y, si posible fuera, en el recinto del aula académica. Pero si esto tropezara con dificultades, quizá del punto de vista financiero, entonces sería todavía preferible que se constituyera un comité de hombres de cierta reputación intelectual para patrocinar la gira y organizarla. Lo peor, sin duda, es que de ello se ocupe exclusi-

vamente un empresario de teatro con el mismo criterio que si se tratara de la gira de algún Frégoli: esa es la experiencia sacada de la venida de Ferri y sería de desear que, en los años siguientes, los empresarios teatrales—si es que han de tener que continuar interviniendo en esto—se acuerden de que una personalidad de la inteligencia no puede ser tratada ni contratada como un "jongleur" cualquiera, como si se tratara de fascinar al público boquiabierta con el "arte" de algún malabarista más ó menos eximio. Y es preciso también evitar el abuso de un empresario que como en el caso de Ferri, exige que se den 80 conferencias en 90 días, casi una por día, todas sobre ema diverso, lo que es hasa irrepesuoso para aquél, pues se le rebaja al nivel de un Enault de fria...

Eso es menester evitarlo. Porque, de seguir así, no se logrará conocer á las personalidades que vengan. ¿Acaso puede decirse que la temporada del Odeón ha permitido "conocer" á Ferri? En manera alguna. En mi sentir, el conferenciante de teatro es una faz muy secundaria, y hasta ingrata, de la personalidad de aquel sociólogo; no ha querido revelarse, siquiera en el recinto universitario, como sabio é investigador; aun en el mismo terreno familiar de los banquetes, parece como si sólo se entregara á medias. Visiblemente tantea, busca conocer primero á su público, tiene recelo de abandonarse por completo y no ser comprendido. Sin duda, poco á poco tiene que pisar más firme, y posiblemente á su regreso de la gira que debe emprender por las provincias argentinas, llevado siempre por su empresario, para repetir aquí ó acullá sus conferencias del Odeón, ya se habrá connaturalizado de tal modo con el medio ambiente, que entonces acepte ocupar la cátedra universitaria que se le ha brindado para dar alguna conferencia técnica y seria, que no sea la fácil vulgarización habitual, ó cualquier otra oportunidad que se le presente, para revelarse el Ferri típico, l Ferri de quien tanto se enorgullecensus compatriotas, el sociólogo y criminalista, el Ferri de verdad.

Esperemos, pues, que eso suceda para poder juzgarle. Entretanto sólo palabras de simpatía arranca, porque su trato conquista, y quien una vez de cerca le ha conocido, no le olvidará seguramente, y con cálido afecto le recordará siempre, teniéndole más que rendida la voluntad y entregándole el alma.

ERNESTO QUESADA.

EL VIAJE A LAS INDIAS

Yo vengo desde el fondo de los siglos ¡oh América!
á enlazar en tus lauros una gran rosa ibérica;
y te traigo un recuerdo de tus conquistadores,
banderas empolvadas y deshojadas flores...

Vengo de España, vengo del archivo de todas
las guerras. Tal es digna de pindáricas Odas
aquella tierra, en donde pusieron su pie en vano
Napoleón y César. Yo, por eso, en la mano
he traido una rama de triunfo: la he traido
vieja ya... y no sé cómo se ha rejuvenecido.

Sintió acaso en sus hojas aquel viento que era
relincho en el caballo, júbilo en la bandera
y pregón de victorias en el clarín de plata;
que agitó su abanico sobre la gran fogata
en que ardieron las naves de Cortés; y que el día
en que trazó Pizarro su raya de osadía
con la espada en la arena, sacudió sus cabellos
é hizo que al sol vibrasen cual si fuesen destellos.
El viento de las Indias, soplido de su entraña
rejuvenece á España....

La Historia está rendida de escribir en las hojas
de tus siglos de lucha, nombres con letras rojas;
y este cansancio quiere reparación y olvido.
América: yo, en nombre de España ¡te lo pido!
Préstale tú el consuelo de tu Naturaleza:
con ramas de tus bosques corona su cabeza,
lava sus pies llagados con linfas de tus ríos
y con tus opulentas pieles cubre sus fríos...
Yo te diré el secreto de sus desolaciones:
ruinas son sus castillos, duermen hoy sus laureles;
pero hay en la apariencia de su sueño, el trabajo
de la vida que bulle corriendo por debajo...
Yo he vivido su vida; y he querido la herida
oprimirle por donde se le escapa la vida.

He hecho sonar mis pasos en mudas Catedrales,
en Museos vetustos, en criptas medioevales;
y he despertado el eco de una Edad de aventuras,
al golpear sobre el bronce de huecas armaduras....
los héroes desfilaron ante mí: árabes, godos,
romanos y fenicios, en épico tumulto....
y destapé las tumbas.... y nada quedó oculto.

Hoy vuelvo hacia las Indias como un resucitado,
como el alma de un muerto que vuelve del Pasado.
Y vengo desde el fondo de los siglos....
Mi lira
resuena con un viejo cántico, que me inspira
el atlántico viento que es batido en las velas
y silbido en las jarcias de las tres carabelas
porque si un día vine desde el Sol á cantar,
vengo hoy del otro lado de la Historia y del Mar....

JOSE SANTOS CHOCANO

El camino de las Indias, 1908.

MAZZINI Y SU PENSAMIENTO FILOSOFICO (1)

«CAPÍTULO DEL LIBRO EN PRENSA «BÁRBAROS Y EUROPEOS»

No es en calidad de adepto al republicanismo mazziniano que vengo á dirigiros la palabra. El credo de ese gran Maestro de energías y mi credo, si bien no son antagónicos en general, señalan bifurcaciones que, dentro de sus límites, considero fundamentales. Esta circunstancia hace aún más viva mi gratitud hacia la Comisión organizada con el fin de conmemorar, entre nosotros, el centenario de José Mazzini, por haberme designado para hacer uso de la palabra en un acto que yo reputo solemne. Obrando así, los republicanos se revelan intérpretes fieles del triunviro genovés, cuyas ideas acerca la asociación de los intelectos me auspician y escudan á un tiempo: en la página 255 del duodécimo tomo de su obras, Mazzini ha escrito estas palabras: "Amore del vero; rispetto per quei che lo cercano nella sinceritá dell'anima loro, e dove anche traviino; studio severo di tutti y lavori degli intelletti; dichiarazione pubblica e senza reticenze del convincimento che ne deriva: é questo il nostro modo d'intendere la parte *morale* della missione di ogni scrittore."

No existe, pues, contradicción entre mi profesión de fe y mi actitud: no he venido á discutir un programa político, sino á dignificarme rememorando la figura de quien encarnara la talla de un titán y el alma de un Hamlet, según las cualidades que atribuía á los hombres de su época. Sí, permitidme que lo diga sin eufemismos: es para mí un altísimo honor hallarme entre vosotros en este momento, aunque ello sea para disertar en una consagración oficial sobre las teorías filosóficas de un adversario: ese adversario vive en el tiempo como la concreción adamantina de la más elevada grandeza del espíritu humano. Creo que en nombre de la ortodoxia intransigente se pueden condenar sus conceptos teológicos; que en nombre del egotismo se puede reprobar su ética: que se puede disentir de sus teorías sociales; que sus teorías del Estado y de la nacionalidad pueden ser impugnadas por aquellos que se arrogan fueros y preeminencias; pero, con la misma ardentí-

(1) Conferencia leída por el autor en el Centro Republicano Español, especialmente invitado por el Comité que se organizara para celebrar el centenario de Mazzini.

sima fe, creo que todos, correligionarios ó no, deben rendir homenaje ante la pureza del moralista. Y así lo creyeron otros, aunque adversarios. Pocos hombres comprendieron como Mazzini que la vida es misión, poquísimos tuvieron un ideal más elevado de la dignidad humana. Pero el suyo fué apostolado: así, mientras otros hablaron de derechos, él habló de deberes. En su vida de consagración, no retrocedió ante ningún sacrificio, y desde los primeros años de su juventud, comprendiendo que ya no se pertenecía, renunció para siempre á la dicha personal. Reverenciaba la única virtud en el sacrificio. Había en él, ante todo y sobre todo, una alma dotada de sensibilidad extrema. Agregad á ese espíritu vibrante de amor las circunstancias exteriores y comprenderéis todo lo extraordinario de su ación reveladora y profética.

Contempladle en este retrato á lo Goya trazado por uno de sus compañeros de causa. Os presenta al gran repúblico cuando estudiaba en la Universidad. Mazzini, dice, era el joven más fascinador que había conocido. Su hermosa cabeza estaba modelada con perfecta corrección: la frente amplia y espaciosa; negros y fulgurantes los ojos; la expresión de su rostro, grave hasta la austeridad, era suavizada por una sonrisa de tierna dulzura; dotado de una riqueza verbal subyugadora, cuando la disputa enardecía su palabra, los ojos, la voz, el gesto adquirían un encanto irresistible. De complexión menuda y gracil, encarnaba, sin embargo, un alma infatigablemente activa. Enamorado hasta el apasionamiento de todas las libertades, su espíritu altanero y varonil sentíase movido por impulsos de rebelión contra todo opresor, contra todo tirano.

Imaginad, ahora, un hombre de tal naturaleza constreñido en una Italia desmembrada, suprimidos sus fueros y preeminencias por el sistema del terror que la ineptitud de los gobiernos aplicaba obedeciendo á planes tenebrosos sugeridos por el miedo; imaginad ese espíritu luminoso y fuerte, sediento de ideal, de justicia en un régimen cuyo punto de apoyo era la supresión de las garantías personales, donde los espías delataban por mera sospecha, donde la amenaza perseguía al ciudadano en el hogar, y en el templo, como que á la tiranía política se unía la tiranía clerical; imaginad esa atmósfera de plomo, caótica, que embotaba el pensamiento y mataba las ideas en germen, é imaginad en ella á ese apóstol que tendía á las alturas obedeciendo á leyes de natural atracción ¡cómo que era cima! y las cimas sólo esplenden en los alturas y más esplenden cuanto más se elevan.

En el símbolo de *La Divina Comedia* vislumbró el concepto de la unidad de la vida y de la ley, la fe en la unidad italiana, la fuerza moral que hace de la existencia toda una lucha por el bien; y á los veinte años comentaba ya *El amor patrio de Dante*. Pero hay una página de Alfieri cuyas líneas deben

haberle estremecido hasta hacerle vibrar fibra por fibra. Héla aquí: "Debe darse indistintamente el nombre de tiranía á todo gobierno cuyo encargado de ejecutar las leyes puede torcerlas, destruirlas, violarlas, interpretarlas, impedirlas, suspenderlas ó solamente eludirlas sin responsabilidad. Que este violador de las leyes sea hereditario ó electivo, usurpador ó legítimo, bueno ó malo, uno ó varios; cualquiera, en fin, que tenga fuerza bastante para usurpar ese poder, es tirano; toda sociedad que lo admita está bajo la tiranía; todo pueblo que lo sufra es esclavo." Y Mazzini se rebeló. Animado de ardor profético, exclama: "Yo sé que en mi voz está el porvenir; poco importa si no alcanzo á verle." Y va, impulsado por la conciencia de su propia misión, á predicar y á practicar el evangelio de una nueva era para que el verbo de su fe sea hecho carne.

Amó y despertó grandes pasiones, pero la abnegación le alejó de sus afectos íntimos, como antes el destierro, librándo le de la fortaleza de Savona, la había alejado del hogar y de esa Italia cuya libertad llenó el objeto de toda su vida.

En Suiza, durante el destierro, Mazzini se hallaba hospedado en la casa de un jurisconsulto que tenía relaciones con los prófugos italianos; su hija, Magdalena de Mandrot, joven, hermosa, dotada de generosos anhelos espirituales, se sintió impulsada hacia el gran agitador genovés por una de esas pasiones que sólo la muerte puede extinguir. Y Mazzini, cuya alma era toda amor, renunció á ella, como antes se había separado de Judit.

Cuando, ya en Londres, le hacen saber que Magdalena de Mandrot se marchitaba como una pobre flor abatida sobre su propio tallo por falta de sol que la infundiera vida, Mazzini exclama en un grito de suprema angustia: "¿Pero creéis, acaso, que en las horas desoladas no buscaría, si pudiese, un regazo para apoyar mi frente y una mano amorosa que me acariciara?"

Es fácil adivinar los abatimientos de la desolación en esa naturaleza impetuosa, desbordante de ternura. "El hombre no puede vivir solo, escribe en un instante de desahogo, y yo no tengo á nadie que se cuide de mis pensamientos y de mis necesidades." Y agrega después: "El que por la fatalidad de las circunstancias, no ha podido vivir la vida serena de la familia, tiene el alma envuelta en una sombra de tristeza y un vacío en el corazón que nada puede colmar, y yo, que escribo para vos estas páginas, yo lo sé."

Sin embargo, á pesar de estos quejidos, él estaba escudado contra los males que sólo afectaran su persona. Su vida estaba consagrada en holocausto de un ideal grande: había hecho suya la causa del pueblo, se había puesto sobre el alma los dolores de toda una generación.

En ese apostolado hay episodios que no pueden recordarse sin entremecerse y derramar lágrimas.

Como el Galileo, pudo decir: "Dejad que los niños vengan á mí." Pero en lugar de aguardarlos, cual el blanco doctor de la dulzura, rodeado de la poesía del paisaje bíblico, fué á buscar los extraviados en la nocturna niebla londinense, aterridos por las inclemencias invernales. Eran pequeños vendedores ambulantes y tocadores de organillo que la miseria impulsaba con mano de hierro lejos del sol de Italia; eran pequeños seres engañados por un tráfico ignominioso, verdadera *trata de blancos* que los corrompía. Y Mazzini funda una escuela, y los reune y les enseña á leer y escribir, les enseña la historia patria, les da las caricias que no puede proporcionarles el hogar lejano; y esos pequeños redimidos lo veneran como á un padre y encuentran en él el calor santificado de la familia. Uno de ellos, al regresar á Italia, fué expresamente hasta Génova para besarle las manos á la madre de Mazzini y decirle el bien que le había hecho su hijo.

Mas para ver aún mejor toda la grandeza de estos actos, es menester apreciar las condiciones públicas y privadas del hombre que los realizaba; sí, es necesario saber que cuando ese hombre tanto se prodigaba por el bien ajeno, estaba solo, traicionado, su nombre augusto en poder de la calumnia que le arrastraba por el fango, condenado, en contumacia, á muerte ignominiosa como Garibaldi, rodeado de una miseria desesperante que le despoja de todas sus prendas de vestir hasta obligarle, sacrificio que le desgarra el alma, á empeñar un anillo que la madre le diera como recuerdo; y una vez agotados ya todos sus recursos, él mismo va á vender un par de botines y un saco para comer al día siguiente: "Un tristo sabato fuí costretto a portare, per vivere la domenica, in una di quelle batteghe nelle quali s'accalca la gente povera e la perduta, un paio di stivali e una vecchia giubba" (1). Aun más: una noche, en pleno invierno, necesitó vender el sobretodo, por lo cual veíase quebrantada su salud.

Pero este hombre humilde con los débiles, que tenía delicadezas de sensitivo para confortar á los desamparados, se yergue con pujanza inaudita ante los reyes y los Papas y sus profecías formidables sacuden y hacen tambalear hasta en sus propios cimientos instituciones seculares. Profecías he dicho. Ante Napoleón, en todo el apogeo de su gloria, exclama: "Llegará un día en que, abandonado, escarnecido, maldecido por aquellos que hoy se humillan ante vos con lisonjas y falsedades, iréis, víctima expiatoria de Roma, á morir en el destierro." Y así fué. El mismo Carlyle, que tan obstinadamente rechazara las doctrinas de Mazzini, confiesa al fin, dominado

(1) "Scritti editi e inediti", vol. VI, pag. 10.

por la evidencia: "El idealista ha vencido; consiguió transformar su propia utopía en clara y potente realidad." Y el autor de *Los Héroes* oficiaba en un templo cuyo individualismo no podía menos de rechazar al generoso autor de *Los derechos del hombre*. Eran, pues, antípodas.

Mazzini, que admiraba en Lamennais la afinidad de sus doctrinas acerca de la reacción contra el escepticismo enervador de la revolución, y por la fe que ambos tenían en la tradición y en la humanidad, era naturalmente opositor de Carlyle. En efecto, el apóstol italiano, al proclamar el deber como principio fundamental de la vida, condenaba en el gran pensador inglés el culto de los héroes, porque ello anteponía el individuo á la humanidad, y ese culto, según la frase de Mazzini, lleva necesariamente á ser partidario de los déspotas. Carlyle, por su parte, afirmaba, con cierto tono irónico, que las teorías de Mazzini eran increíbles é imposibles, al menos en este mundo, y se mostraba acerado en sus ataques verbales contra el 'republicanismo," el "progresismo" y las demás "visiones fantásticas" á lo Rousseau, como llamaba las ideas del vidente genovés.

La señora de Carlyle, que le admiraba con profunda admiración, sintetiza una de las tantas discusiones algo animadas entre esos dos grandes espíritus del modo siguiente: "Estas, para Carlyle, no son más que opiniones; pero para Mazzini, que lo ha dado todo por ellas, hasta impulsar sus amigos al patíbulo (notad la frase, son cuestiones de vida ó muerte." Y nadie lo comprendió después mejor que el mismo Carlyle al declararse vencido por el idealista.

Pero existe un rasgo más significativo, que voy á recordar, pues expresa en todo su alcance el respeto y la consideración que llegaba á infundir, aun en los adversarios, la figura austera de ese pensador artista. El triste episodio de los hermanos Bandiera, caídos en poder de los Borbones y fusilados al intentar la insurrección de la Italia meridional, había herido de muerte la causa del mártir republicano. Mas una voz de justicia se levantó para sellar con acentos indelebles la de la ción de un gobierno sin escrúpulos. Era Carlyle, quien, á pesar de haber reñido hacía pocos días con el expatriado, escribió en su defensa estas frases memorables, publicadas en el "Times" del 15 de Junio de 1844: "He tenido el honor, dice, de tratar á Mazzini durante muchos años, y sea cual fuere mi juicio acerca de su sentido práctico y de su como de ver los negocios de la vida, puedo atestiguar al mundo entero con absoluta libertad que es un hombre de genio y de virtud como pocos; uno de esos hombres excepcionales cuyos semejantes son desdichadamente escasos en la tierra; verdaderas almas de mártires, porque en el silencio de la vida cumplen lo que en realidad se entiende por martirio."

Agréguese que pocos han merecido de Carlyle un juicio análogo.

Cuando los adversarios se expresan así, ¿cómo hablarán de él los iniciados en su credo? Es que, como ha dicho M. Desjardin, Mazzini tenía un alma artísticamente pura.

Permitidme insistir sobre el episodio de los hermanos Bandiera. Como es sabido, esos dos patriotas fueron víctimas de un acto innoble del gobierno inglés, quien, violando la correspondencia de Mazzini, los delató al gobierno de Nápoles. Esto era quebrantar una de las convenciones más sagradas del derecho internacional público. Pudo comprobarse que en el correo se abrían las cartas de Mazzini y que alteraban el timbre al cerrarlas de nuevo. Duncombi, diputado por Finsbury, lo reveló á la Cámara de los Comunes y levantóse un huracán de indignación, evindenciando así que lo mejor del pensamiento inglés reprobaba á su gobierno por haberse degradado hasta convertirse en espía de la tiranía continental. Shiel y Macaulay denunciaron el hecho al Parlamento, y Carlyle publicó, en el ya citado "Times", estas palabras, y estigmatizó toda la bajeza que las hizo brotar de su pluma enardecida: "Para nosotros, es cuestión vital que las cartas sean, en el correo inglés, respetadas como algo sagrado, y así lo creíamos todos; pero también creemos que apoderarse de la correspondencia ajena es obra análoga á la del ratero, y á la de otras formas de pillaje aun más funestas y miserables."

He querido detenerme en estos acontecimientos para indicar, aunque someramente, con qué pujanza, ese desterrado indigente, se había impuesto á las grandes conciencias de un país extranjero.

Boltan King afirma que su huella en el pensamiento inglés es notable. Aquí y allá, observa, se descubren rasgos significativos de su potencia sobre los hombres que en los últimos cuarenta años cooperaron en las ideas más elevadas entre nosotros. Arnold Toynbee reconoce en Mazzini "al verdadero maestro de su tiempo." Y agrega el historiador inglés ya citado: "Ninguna edad, como sea, ha necesitado, tanto su alto idealismo para que la enseñara, en la vida nacional é individual, una ley tan noble."

Veamos ahora cuáles eran las doctrinas de José Mazzini. Para ello dejad que os presente, en un cuadro sinóptico, el estado de la filosofía en el siglo XIX.

La Revolución Francesa, cuyos principios condenó Mazzini, señala el punto de partida. El protestantismo y el filosofismo, en lo que atañe al pensamiento religioso, habían preparado su obra y precipitado su advenimiento. Invistiendo al individuo de una independencia absoluta, en nombre de la libertad de conciencia, la sociedad sacudió oficialmente el yugo de la autoridad eclesiástica. Pero esas revueltas políticas, infla-

madas de vehementes brusquedades, sobrecogieron á los espíritus que trataron de rehacer la sistematización de la filosofía, y se manifestaron dos corrientes opuestas en el pensamiento que la informaban. Los unos, que habían coadyuvado á la violencia reaccionaria de esa política, acogieron la desaparición radical de lo pasado como algo de espanto porque no de progreso. Sobrecogidos los otros de espanto porque no veían en la Revolución más que un hacimiento de ruinas, se arrojaron en los brazos de la Fe, sin cuyo auxilio no podían alcanzar las verdades morales y religiosas que juzgaban fundamento necesario del orden social. Y, para obligar á la razón á inclinarse ante la autoridad, creyeron que la misión del pensador debía reducirse á debilitar al hombre en lo único que tiene de supremo; la razón misma, imponiéndole, como ley divina, la desconfianza de su propia esencia. Y el vizconde de na, la desconfianza de su propia esencia. Y el vizconde de Bonald acató este principio como idea inspiradora de sus doctrinas: Dios lo perdone... Gioberti y Rosmini ambos representantes ilustres del ideal cristiano en Italia, concuerdan, bajo ciertos aspectos, con los apologistas franceses al considerar el ser en sus tres órdenes: ideal, moral y real.

El abate Felicité Robert de Lamenneais, que tanta influencia debía ejercer más tarde sobre Mazzini, recogió la idea tradicionalista, y la completó, aunque, con su sisterna de la "razón general" al desautorizar la razón individual para con solidar el demonio de la fe, se proponía los mismos fines que Bonnald. Era éste un esfuerzo de equilibrio ue no podía prolongarse. Observad vosotros: no obstante ser necesario que la razón *individual* reconociese como legítima la autoridad pontifiicia, en la teoría de Lamenais el Papa es también el intérprete autorizado de la razón *general*. Pero cuando llegó el momento en que la opinión revolucionaria, conceptuada por Lamennais como la expresión de la razón general, se declaró en conflicto con la autoridad pontificia, y vióse extremado á optar entre su interpretación y la de Gregorio XVI, Lamennais, dando un paso valiente, generoso demócrata al fin, prefirió la suya; y confiando en su solo esfuerzo echó las bases para asentar en ellas la mole formidable de una nueva política y de una filosofía nueva.

Examinad la actuación de Mazzini en los hechos que determinaron la huída de Pío IX á Gaeta, ¿no es admirable verles coincidir, aunque uno vaya á sepultarse en un silencio de veinte años, y el otro, coronado de una victoria fugaz, á constituir el triunvirato en la República Romana?

Pero volvamos á reanudar el tema.

Víctor Cousin, evocando todos los sistemas, antiguos y modernos, introdujo en Francia el eclecticismo; y al propio tiempo que afluían allí escuelas y sistemas encontrados, Kant

se apoderaba del pensamiento germánico, representado por Fichte, Scheling y Hégel. Cuando el prestigio de este último comenzó á desvanecerse, la *derecha*, el *centro* y la *izquierda* se disputaron su herencia, hasta que los neo-hegelianos, retrocediendo á las doctrinas empiristas y ateas del siglo XVIII, engendraron la extrema izquierda, y de ésta, transformada, surge aquel que debía agitar los problemas sociales que constituyen hoy la aspiración de los libres, y cuyo nombre pronuncio con toda reverencia: Carlos Marx.

El materialismo de Kant, Vogt y Buchner iba perdiendo pie, no obstante su ruidoso éxito en Francia y en Alemania; y una nueva filosofía se apoderaba progresivamente de los espíritus: el positivismo de Augusto Comte, propagado en Inglaterra por la numerosa escuela de los Asociacionistas.

¿Cuáles eran, entre tanto, las condiciones filosóficas de Italia? No las busquéis en las historias de la filosofía extranjera, aun las más autorizadas.

Pretenden hacernos creer, con omisiones lamentables, que Italia carece de filósofos, cuando puede ostentar verdaderos precursores. En efecto, así como Galileo en el siglo XVI presintió, antes que Inglaterra, los recursos que el método de observación prestaría á los descubrimientos, y en el siglo XVIII el abate Galeani se presenta como un precursor de Adam Smith, el siglo XIX nos demuestra que esos nombres no son meros accidentes en la historia de la filosofía italiana, pues el napolitano Vicenzo de Gagia, rechazando toda especulación metafísica de la ciencia del pensamiento para fijar á la razón un método de observación pura, nos da un positivismo anticipado. Es curioso ver como ese filósofo usa locuciones que más tarde Augusto Comte repetirá casi al pie de la letra. Y en filosofía los conceptos no obedecen á la casualidad. Borelli se adelanta á Spencer estudiando el orígen del pensamiento desde el puto de vista fisiológico; y Galuppi, siguiendo á Borelli, dirge á Kant los reproches que más tarde formularán los partidarios de la evolución; Cataneo y Ferrari, siguiendo las doctrinas de Romagnosi,, combaten el idealismo, que otros, como Mamiani, juzgan necesario para llevar á cabo la unidd italiana.

Resumiendo: en Italia, como en Francia, como en Alemania como en Inglaterra, la filosofía se convierte en una lucha de acciones y reacciones que determinarán el naufragio de la metafísica.

Pero Italia, en medio de esas confusiones, presenta un ejemplo de unidad que acaso no tiene precedente en la historia. Sus filósofos pueden disentir en el campo especulativo, pero todos se mueven impulsados por el mismo ideal de redención, ya sean clérigos ó seglares. Así Rosmini, cuando exhorta á Pio IX para que mueva sus huestes contra Austria, ó cuando re-

dacta una constitución con el fin de impedir que se tome como base la de Francia; Gioberti, que después de haber escrito tres tomos voluminosos contra la filosofía de Rosmini, aconseja á las autoridades que depositen en las manos de su rival las libertades de árbitros; Cataneo improvisándose general en las memorables jornadas de Milan; Ferrari, que aún en el destierro prefiere ser destituído de su cátedra antes que renunciar á su propaganda emancipadora: todos, enfin, revelan que la unidad y existía en la conciencia filosófica de toda una época.

Era el despertar de un pueblo restituído á la vida por un hombre solo; un hombre solo: su arma, una pluma, sus huestes, cinco articulos meditados en la celda de una prisión. Ahora vendrán las represiones sangrientas. El apostolado tendrá sus mártires. Pero éstos enseñarán como Jacobo Ruffini, que prefieren desgarrarse las venas del cuello con un clavo arrancado de las ventanillas de la cárcel, antes que delatar, traicionado por la tortura, el nombre de los compañeros de causa; enseñarán, como los hermanos Bandiera, que hacen palidecer á sus verdugos al exclamar, frente á la muerte: "é fede nostra giovare l'italica libertá morti meglio che vivi". Y al caer, desde Ruffini á Vocheri, todos parecen repetir en un grito supremo que hoy repecrute con más solemnidad que nunca: "En nosotros muere el abnegado, pero la idea no." La idea no podía morir; era como el verbo hecho carne en la conciencia de los libres y los fuertes.

Pero ¿cuál es la idea mazziniana propiamente dicha? Materia es ésta que exigiría la realización del libro antes que constreñirse en el espacio harto reducido de una conferencia, necesariamente forzada á comprender todas las variedades dentro del mismo tema.

Trataré, no obstante, de sintetizar las ideas mazzinianas, y poner así en evidencia su extraordinaria armonía.

El realizado en Mazzini es un caso de unidad que hace de él uno de los caracteres más íntegros de la historia. Criterio, este, rigursamente comprobado por la psicología moderna. Dice Ribot en su notable obra titulada: *Psicología de los sentimientos*: "La nota propia de un verdadero carácter, es la de aparecer desde la infancia y durar toda la vida." Examinad ahora el pensamiento de Mazzini, desde los primeros ensayos literarios de su juventud hasta la *Alianza Republicana*, y le veréis partir de un punto conocido para llegar á otro, conocido también, sin desviarse jamás, recto y sereno, siempre guiado por su conciencia luminosa y fuerte.

ratará, repito, de sintetizar la idea Mazziniana, valiéndome de las frases del maestro mismo.

"El individuo, dice, es sagrado; pero también es sagrada la sociedad. No queremos destruir el primero por la segunda, más tampoco fundar una tiranía colectiva, ni entendemos

admitir los derechos del individuo independiente de la sociedad, condenándonos á una perpetua anarquía. Queremos equilibrar los afectos de la libertad y de la asociación en una noble armonía." He aquí la fórmula republicana.

Refieren que Bekounine la preguntó un día qué hubiera hecho para que el pueblo fuese realmente libre una vez instituída la república. Mazzini contestó: Instituir escuelas en las cuales se enseñen los deberes del hombre, el sacrificio y la consagración al progreso común.

Para ello la enseñanza debería ser uniforme. Combatió el materialismo porque, decía, mata el entusiasmo; y combatió abiertamente el ecleticismo que permite representantantes de todas las escuelas en la cátedra. Dentro de la forma republicana, fué absolutista. Pero justificaba su actitud: "Un individuo ó es el mejor intérprete de la ley moral y gobierna en su nombre, ó es un usurpador que debe derrocarse." Contra la segunda proposición el simple voto de la mayoría no constituye soberanía, pues la voluntad del pueblo es santa cuando interpreta la moral; nula é impotente cundo se aleja de ella: no representa más que la arbitrariedad. Esta teoría, como se ha observado, es un terrible instrumento de reforma. Ninguna institución, ninguna legislación, ninguna iglesia ó privilegio, ó razón estatuídas tienen derechos contra el Derecho.

Mazzinivenera en Jesus al profeta de la igualdad de las almas. Unidad de fé, amor recíproco, hermandad humana, actividad en el bien, doctrina del sacrificio, doctrina de la igualdad, abolición de la aristocracia, perfeccionamiento del individuo, libertad, todo lo ve resumido en las palabras de Cristo Pero él no es cristiano. "Profeso, dice, una fe que reputo aún más pura, más alta, pero todavía no ha llegado su tiempo" Rechaza el cristianismo porque no santifica las cosas de la tierra. Así escribe á los miembros del Consejo Ecuménico: "...nos postramos ante Jesús como ante el hombre que más amó, cuya vida, armonía sin ejemplo entre el *pensamiento* y la *acción*, promulgó, base eterna en el porvenir de toda religión y de toda virtud, el santo dogma del sacrificio, pero no suprimamos al que nació de la mujer en Dios, no lo elevemos hasta donde no podemos alcanzarle; queremos amarlo como al mejor de nuestros hermanos, no adorarle y temerle como juez inexorable y dominador intolerante del porvenir."

Con el papado fué más severo. Lo considera irrevocablemente condenado. Oídle; es el apóstol herido en su fe el que habla: "Condenado, dice, porqué traicionó su misión de proteger al débil, porque durante tres siglos y medio fornicó con los príncipes del mundo, porque, obedeciendo á todo malvado gobierno de infieles, crucificó nuevamente á Jesús en nombre del egoísmo."

Reconoce, no obstante, toda su pasada grandeza en la historia de la religión, y dice que morirá, pero noblemente, "como el Sol al sumergirse en la inmensidad del Océano." Son sus palabras.

Es que Mazzini, á pesar de todo, era un espíritu religioso por excelencia, religioso hasta el misticismo. La negación de lo sobrenatural no le impedía ser un místico. Su Dios era lo indifinido humano. De ahí que Mazzini se sintiera impulsado hacia Lamennais por las mismas causas que lo perseguían sus adversarios; esto es: porque afirmaba el reino de la libertad donde presidía el espíritu de Dios. De ahí tambien, que rechace el panteísmo materialista de Spinoza.

En la crítica que hace á Renán refuta toda teoría que signifique subjetividad á lo divino. "Dios existe en la humanidad." "Llamadle Dios ó como queráis, existe una vida que nosotros no hemos creado y nos ha sido dada." "El Universo lo manifiesta con el orden, con la armonía, con la inteligencia de sus rotaciones y de sus leyes." "Todo está preordenado." "Dios y la ley son términos idénticos." "No creo en el milagro, ni en lo sobrenatural: no creo posible la violación de las leyes reguladoras del universo."

Preguntad ahora, ¿pero cuáles son esas leyes? Y Mazzini contestará: *las del progreso*...Y su intuición maravillosa os asombrará al daros una definición darwiniana antes del darwinismo.

"La ley del progreso, dice, es una fórmula suprema de la actividad creadora, eterna, omnipotente, universal." Colocad á los seres dentro de esta tendencia inevitable hacia el progreso, tanto material como espiritual, y tendréis la aplicación de la ética mazziniana; ensanchad el círculo hasta el Estado como persona jurídica y observad la acción de los asociados en él regidos por el mismo principio: "Aplicar las leyes morales al orden civil de una nación: he aquí el fin de la política;" ensanchad aún más ese círculo hasta la amplitud de las teorías sociales, y veréis "el levantamiento de la clase trabajadora" como una marea movida á impulso del hálito divino, y ante ella, esa misma ley dirá: "La conciencia de vuestra dignidad y vuestro desarrollo *moral* no será en vosotros mientras os avitéis, como hoy, en la indigencia." Y propondrá la igualdad de los derechos, substituirá la sociedad económica en cooperación, y dará al César lo que es del César, modificando, si no suprimiendo, el capital; pero ensanchad aún ese círculo, y llegad por fin á la nacionalidad, y veréis al individuo regido siempre por el mismo órden: "la ley del deber que impulsa al hombre á cooperar en la humanidad, no se limita al individuo, al Estado, á la nacionalidad, sino que regula también las relaciones internacionales: ved aquí, pues, la teoría mazzinia-

na ampliarse hasta abrazar la humanidad. Y la figura de Mazzini asume proporciones gigantescas. Para contemplarle, es menester levantar los ojos, fijarlos en las alturas, elevarse hasta él. Es el Apóstol que habla á la humanidad entera. Su infinita sed de amor se extiende más allá de todas las barreras creadas por civilizaciones bárbaras. Habla y dice, siempre luminoso, profético siempre: "La época de los individuos pase; ahora entramos en la era de los principios." ¡Amén!

JOSE LEON PAGANO

PRESAGIO TRISTE

(Adaptación del libro "La canción de la muerte" por el mismo autor)

A mi querido amigo el Doctor Juan Alvarez.

Haciendo cara á la miseria horrible,
la madre con sus años y sus penas,
aquella mujer fuerte, se ha erguido y ha exclamado:
—¡Trabajar no es deshonra!
¡Vais á ver cómo gano todavía
un pedazo de pan!—Y dando ejemplo
á los desalentados
y perezosos de su casa, ha ido
resuelta, decidida,
á empeñar no sé qué; luego ha comprado
un saco de castañas
y madrugando al otro día, un puesto
ha instalado en la esquina de la calle
gritando: — ¡Calentitas!

. . . . . .

Es cruda la mañana... ¡El cierzo corta!...
A la animosa madre
acompaña la hija
que sentada en el puesto
está á regañadientes...
En tanto que la pobre mujer, agarrotados
por el frío los dedos,
parte para el hornillo
carbón y al puesto atiende
de pié, sin descansar, chapoteando
en el piso enlodado de la calle,
la hija, arrellenada en una silla
y arrebujada en su mantón de lana,
está detrás del puesto,
gestuda, pero hermosa
con sus dieciocho abriles:
con su cara redonda, blanca como la leche,
con sus ojos negrísimos,
con su boca sensual de labios húmedos,
con su redondo y abultado seno...

PRESAGIO TRISTE

¡Sus diminutos piés, con abandono,
huyéndolos del frío,
ha puesto sobre el saco de castañas!...

Y la actitud aquella
de indolencia y disgusto,
que realza soberbia y soberana
la admirable belleza
de la joven gestuda,
elocuente pregona,
lo inútil del esfuerzo de la madre.
¡Y presagia en el fin de aquellos buenos
excelentes propósitos,
lo doloroso y trágico!

Rosario, 14 Agosto 1908.

VICENTE MEDINA.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EDUARDO TALERO

(Con motivo de la peregrinación de ex-alumnos á celebrar el 59° aniversario del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay.)

Señoras, señoritas, señores:

He acudido á vuestra gentil invitación, no porque crea que en mi hay cualidades suficientes para tan especial merecimiento, sinó porque mi presencia en esta fiesta, no hace sino corroborar una vez más cuánto se ensancha ante el pesar ageno vuestro corazón hospitalario.

Me he allegado á los claustros de vuestro Colegio histórico, con la emoción respetuosa que el peregrino medioeval sentía al tendérsele el puente levadizo para salvar el foso del castillo ducal.

Queden, pues, á la puerta, con mis sandalias de peregrino mis hosquedades de deportado; y sepa la mirra de mis salutaciones elevar sus espirales de ensueño hasta el bronce de vuestro blasón noble y altivo.

Más de media vida la constituye el recuerdo; y de todo el pasado, vosotros lo sabéis, lo que más dulzura brinda es la vida de colegio, como que en la guirnalda que la une con los años de infancia en el hogar, no hay sino alguna que otra flor ajada por el primer abrazo de despedida de una madre, y quizá por el adios furtivo de una novia, de esas tan infantiles, que todavia no sabian disimular con palideces el pucherito del sollozo.

Arrostro la sonrisa despectiva de los que hoy se titulan hombres fuertes, pero yo sostengo que no es achaque baladí este de dedicar horas, ternuras y ceremonias al recuerdo, porque si cerramos el alma á la atracción de los que amamos, sino rendimos culto externo á los sitios y personas compenetrados de nuestra sensibilidad, deja el pecho de ser arca de vida, para ser caja de huesos: renuncia á su prestigio de vertiente lustral, para prestarse hecho estanque al pataleo del sapo nauseabundo.

Y en un pais tan nuevo, pero tan invadido por los renombrados hombres fuertes, el culto á la tradición mental deja de ser simple motivo de solaz, para convertirse en com-

promiso urgente, en obligación de vida, en deber de ser puros, en pasión de ser dignos.

Mi entusiasmo por vuestro colegio histórico, no es galantería de huésped. Mucho antes de estar entre vosotros, mucho antes de que mi amor á América se exaltara con las secretas llamaradas que produce en el destierro la privación de la patria nativa y del hogar; mucho antes de todo eso estuvo por aquí mi admiración.

Sí señores: fué desde las altiplanicies de Colombia: desde los mismos claustros donde quizá Efraín leyera las amorosas cartas de María, desde esa tierra que llaman de delirantes porque aún hay quién de deveras se enamore: desde allí convertimos la mirada hacia esta parte de la América, porque á pesar de interponerse las florestas amazónicas, desde allá se divisaba algo que parecía limpiar de nubes y bruñir de gloria la franca desnudez azul de vuestro cielo: era el vaivén solemne del laurel de Andrade.

A las señas de ese gajo frondoso obedeció la brújula inquieta de mi sino. A vuestra patria arrojaron las olas mi montón de ruinas. Dígalo un ex-alumno, vuestro médico Reibel: diga él como fué de reñida su porfía para rescatarme del sepulcro ¿Lo demás? inoficioso decirlo. ¿Quién no sabe qué prodigios realizan vuestro sol, vuestro aire y vuestro cielo para restañar viejas heridas?

Me excusaréis esta pueril alusión á mi persona, en gracia de mi afán por demostraros que yo tambien soy ex-alumno. No incurriré en la herejía de pedir permiso para amar. Amo, pues, al Colegio del Uruguay como cualquiera de vosotros, y con ese derecho me uno á los regocijos de vuestra gentil recordación.

Esta fiesta tiene gran significado de importancia nacional. Es manifestación de una fuerza viva de la raza. Para medir el grado de solidez de una Nación, pocos datos son la letra de sus instituciones y la magnitud de sus tesoros, ante las tradiciones de su mentalidad y de su potencia emocional.

Supérflua sería la compulsa detallada de lo que ha aportado este Colegio á los cimientos de la consolidación y progreso nacionales.

Quen el Dios de nuestros tiempos me perdone, si aún creo de tarde en tarde en los Dioses de la Grecia: pero cuando uno examina ciertos acontecimientos, provoca atribuirlos á quién sabe qué pactos convenidos entre los árbitros de las potencias ocultas que nos rigen, ya que al flaco designio de los hombres no pueden atribuirse sucesos de tan enorme trascendencia. ¿Porqué, señores, del mismo sable que exterminara al tirano

Rosas en Caseros, surgió este Colegio del Uruguay que tanto contingente intelectual aportara á la consolidación de la República?

Otros hagan historia: yo prefiero suponer que Palas y Minerva se aliaron para electrizar ese sable con una chispa de sus rayos, de esos rayos que al estallar entre la selva, así espantan la fiera sanguinaria, como encienden fuegos perdurables en encinas perfumadas.

Perdonadme ¡Oh cristianos! ese pensamiento pagano, y dejad que me limite á la importancia social que á estas peregrinaciones periódicas dá la influencia purificadora de los recuerdos en las almas; y á la necesidad urgente en que estamos los sudamericanos de fortalecer el culto del idealismo y el amor.

La vida moderna es de suyo dolorosa. La revuelta arena de la lucha, deja en los resortes de la sensibilidad herrumbes y sedimentos agobiadores, que sólo ceden ante el reactivo lustral de los recuerdos.

Recordar es revivir; es pulimentar con los esmeriles dejados por la experiencia, los cristales de la risa juvenil, único lente ilusivo para no echarse la túnica del escepticismo á la cabeza, al mirar como esgrimen sus ceros los Brutos contemporáneos; es escaparse de los estuarios caliginosos de la industria, para remontar la vida por el viejo cauce de los márgenes floridas, y asi recuerdo arriba, remozando idilios, tarareando queridas barcarolas, aspirando perfumes de la tierra, llegar hasta el humilde manantial de orígen, y beber, y beber jugo de cumbres en el hueco de la mano.

Y ya confortados por ese licor de lozanía, sentir cómo es de dulce el musgo agreste de las primeras amistades; y evocar en los troncos familiares las sombras de los abuelos, y sentir en las florecillas temblorosas, las inquietudes sensitivas de los primeros amores; y recibir de las encinas erectas, lecciones de fortaleza; y vér con que potencia hunden las raíces en el terruño, su abrazo de enamoradas.

Al llegar á esta ria, á este remanso de serenidad y trasparencia tan propicias para copiar estrellas y atesorar recordaciones, ya me figuro cuantos de vosotros os sentiréis en la penitud del manantial.

Cuando al venir de Buenos Aires, veia en la cubierta del barco cabelleras encanecidas, pensé instintivamente en esas palomas del equinoccio, que al regresar de sus emigraciones, aplauden con la blancura de sus alas la cercania de las lagunas donde dejaron sus nidos primaverales.

Para ocuparme de la eficacia que los recuerdos de la ciencia tuvieron en el curso de la vida, necesitaría hojear me-

dia historia argentina. Noto sí, y esto también lo atribuyo á un sabio designio de Minerva, que la cultura europea contribuyó con ejemplares de sus dos mejores razas para dar columnas de basamento á este plantel. Francia con Larroque é Inglaterra con Clark: ardor y severidad: gracia y firmeza: brillo y hondura: idealidad y carácter. Culpable olvido seria el de no evocar el tercer punto luminoso de ese triángulo: he nombrado á Peyret. No lo conocí; pero se me antoja ver en ese bravo francés meridional á un Cyrano de la República; cierro los ojos sobre las brumas del pasado, y esa chivera encanecida se me aparece como divisa de triunfo, como se viera un tiempo entre la humareda de mil combates, el penacho blanco del bearnés.

Tolerad mi intención de acompañaros breves momentos más, en la evocación de vuestros recuerdos juveniles.

A los que ocuparon después sillas presidenciales, carteras de ministros, bancas de congresales, curules de magistrados, etc., á los mismos cuyas iniciales quizá se leen gravadas todavia en los bancos de este Colegio, á todos esos mocitos indomables, quiero figurármelos en su simpática actuación de *raboneros.*

Algunos de esos cortaplumas traviesos que fueron la desesperación de los bedeles, han evolucionado á la categoría de prodigiosos bisturíes; algunos de esos lápices que ensayaban sus garabatos de esprit en las paredes, algunos son las plumas de "La Atlántida", otros las de Prometeo y Cía., otros las que han escrito historia, bordado poemas y redactado instituciones, otros los que han firmado "Alma Nativa".... ; algunos de esos sables de palo, quizá palos de escoba, que tomaban por asalto cualquier corredor de este Colegio, fueron después sables de veras, espadas filosas para segar laurel inmarcesible, espadas pujantes que enriquecieron la bandera de la patria, con inmensidades de tierra suficientes para alojar á media humanidad.

Y quizá todos.... ¡Oh! ¿quién no es rabonero? quizá todos en el ameno ejercicio de elevar el barrilete teñisteis de arte vuestra pupila con la profundidad de vuestro cielo, y ejercitásteis vuestra alma en la porfía por la aspiración á las alturas; quizá todos aprendisteis de los zorzales y calandrias anidados en los talas, cómo es de hermosa la canción de los amores junto al brazo que no tiembla, cómo es de jubiloso el himno de la vida sobre el gajo que no cruje.... ; quizá todos llevais aún ó pusisteis un apodo, ese bautismo que si jamás se borra, es porque el corazón lo consagra con la sal virgen de sus fibras, y con el oleo puro del olivo juvenil, destilado en cristaleria de risa fresca.... ; quizá todos habreis hechado de menos en los festines de Savarin, las tortas azucaradas

que os vendió el viejo "Vizvacha"; y os habrán disonado las mieles líricas de las orquestas galantes, al recordar las cascaditas de perlas de vuestras aves nativas....; quizá todos apagasteis los primeros ardores de la pubertad en las aguas de este río, aguas que así riegan coloraciones de manzana en las carnes, como metales canoros en el alma, aguas de selva virgen, jugos de fuerza americana, raudal de zumos seculares, cristal de cielo patrio.

Quizá he insistido demasiado en estos fenómenos sentimentales del recuerdo; pero esto que en la vida individual pudiera ser pueril, tiene en la colectiva suma importancia, porque al fin y al cabo, todo ese conjunto es lo que constituye la tradición social, y la tradición es el alma de un país, y un pais sin recuerdos, sin tradiciones y sin alma, puede ser una aglomeración de hombres, puede ser una muchedumbre de mercaderes, puede ser una inmensa factoria, ¡pero nó una Nación!

Creo que en todas partes la humanidad se está ofuscando con esta delirante ambición de riquezas materiales; más, para nosòtros este desequilibrio puede ser desastroso. Como pueblo joven y como pais latino, somos en extremo exagerados. La fiebre del oro nos ha sorprendido en plena adolescencia, y de ahí, el que nos haga delirar en demasía. Qué mucho sí en las alucinaciones de la lucha desgarramos el rostro á los hermanos, cuando nuestra ansia de lucro nos lleva también á destrozarnos á nosotros mismos, á estrangular este pobre corazón que llevamos en el pecho, á fin de que el indómito palpitar de los amores, no desordene la fria serie de las ecuaciones emboscadas en el cerebro calculador.

Buenas cosas suele darnos la riqueza; no carecen de hermosura ciertas prestidigitaciones con que la ciencia nos logra sorprender de tarde en tarde; sabrosas gollerias suele preparar en la sartén la química; holgura dan á veces los escamoteos que la mecánica consigue realizar con las fuerzas naturales: pero á los que tuviesen la avilantéz de sostenerme que en la realización de esos prodigios está el único fin de la existencia: yo tendria la locura de sostenerles que confunden los fines con los medios; yo los escandalizaria sosteniéndoles que la vida es corta y ninguna necesidad tenemos de viajar por ella en tren y en automóvil: porque el riel y la goma nos aislan de la naturaleza, se interponen entre nuestro espíritu y las fuerzas de la tierra nativa, destruyen esa correspondencia necesaria entre los fluídos telúricos y los espírituales, quiebran ese ritmo natural que el destino nos impuso para hacer el viaje de la cuna al sepulcro.

Y si á fuerza de más razones yo tuviese que ceder un ápice á ese tesón de la velocidad contemporánea, yo llegaría á transar con el trote del caballo, porque siquiera de este

modo no se interpondría entre nuestra sensibilidad y la del suelo compasivo, la frialdad estúpida del hierro.

Paradojas aparte, lo cierto es que el dolor humano no disminuye en la proporción que aumentan los tesoros materiales. La concentración del pueblo en las ciudades tiene para el espíritu resultados funestos: la privación de cielo entorpece la pupila, las ideas se herrumbran sin el pulimento del sol, se olvida el color de las esperanzas y del arte, se olvida hasta el significado de la bandera de la patria. ¿Y todo para qué? Para que el orgullo por los millones suplante al orgullo por las grandezas del alma, para que la pezuña del cerdo de oro huelle lirios de ensueño, y para que las águilas aventureras desplumen cisnes nativos.

Traigo á cuento los extremos de estas ideas, porque en el problema de la educación moderna se lucha por las dos fórmulas opuestas. El conflicto de que hablara Zaratustra, entre la civilización y la cultura, entre el culto dionisiaco y el apolíneo, está por resolver.

El triunfo exclusivo de cualquiera de ellos nos sería muy pernicioso. A fuerza de apasionar razonamientos, el sistema científico y el clásico parecen á muchos inavenibles. Nosotros necesitamos gran independencia para quebrar este dilema. Ni la ciencia intransigente y díscola, ni el clasicismo estéril y caduco; ni los monstruos de acero del indutrialismo, ni las polillas de las bibliotecas; ni el argot de los aventureros ni el latín de las momias. Necesitamos algo nuestro. La fórmula de nuestro problema cultural, será el que nos dé el justo equilibrio que resulte de la transfusión de la tierra vírgen con la raza joven.

El predominio de cualquiera de esos extremos, nos daria un puesto secundario en el concierto del mundo.

Lejos de mí defender la resistencia obstinada al progreso material, en nombre de la ciega conservación de un estado de cultura. Bienvenido el ascenso evolutivo y armónico de todas las actividades humanas: pero si la sediciente civilización pretende deprimir y poner la planta imperativa sobre el señorío del alma culta, para poder ascender, bienvenida la revolución mental, que en ese caso llamaríamos, revolución conservadora.

Está bien que bajo los roces del arado hinche la tierra sus senos en maternal desborde de mieses generosas, y que el sol retemple entre las venas del toro la sangre confortante de las naciones anémicas: está bien que las chimeneas de los trasatlánticos desgarren la soledad de nuestras brisas con el bostezo clamoroso del hambre cosmopolita: pero eso no quiere decir que debamos resignarnos al destino subalterno de ser los proveedores de los establos y cocinas de sus magestades de ultramar.

Tiende el criterio de los individuos á aplicarse á las Naciones. Y así como la efímera opulencia del burgués, amaga suplantar á la aristocracia del idealismo, así tambien hay paises que peligran tomar á ciegas el camino de la riqueza material, que peligran aburguesarse, con lamentable olvido de su alcurnia y detrimento de su misión intelectual.

Felizmente no sucederá eso en la Nación Argentina, mientras existan ciertos castillos solariegos, á cuyas torres del homenaje no llega humo de grasa, y en cuyas galerías de antepasados no penetra la bota plebeya del positivismo profanador.

Hablo de esas Universidades y Colegios donde el pais conserva la pureza de sus blasones. Hablo del Buenos Aires que sabe entornar las puertas contra el bullicio de los truchimanes, para ennoblecerse en el silencio del gabinete soñador.... Hablo de las apacibles avenidas de La Plata donde al ruído brutal de los martillos ha seguido el susurro de mil abejas atraídas por el panal que trajera de sus montañas un iluminado caballero del ideal.

Hablo de los claustros cordobeses, donde la blanca mano del abate linajudo, ágil en el manejo del infólio, así supo guiar escuadrones para desalojar la tiranía, como dirigir el rigodón de las estrellas en la esplendidez del cielo austral.

Hablo de este Colegio plantado sobre la barranca que el Uruguay formara adrede, porque iba á ser el reducto del civismo, el fortin de las vanguardias atrevidas y la tribuna de las asunciones.

Y por eso en la fiesta del recuerdo no me ha parecido disonante proclamar con vehemencia el culto por el amor y el idealismo. Yo sé que en esta conjunción de generaciones estudiosas, no puede atribuirse á debilidad el que alguien pida para la lucha por la vida menos codazos y más abrazos, menos brusquedad y más finura, menos egoísmo y más amor, menos predilección por los dinamos de factoria y más respeto por este trémulo dinamo rojo que nos mueve el sentimiento.....

Mis Dioses saben que si de éste modo me he expresado, es creyendo aportar un puñado de mezcla al monumento de la intelectualidad, porque sé que si este se formara por generaciones superpuestas pero desligadas entre sí, se elevaria como esos templos de pesados bloques de granito, cuyas grietas, refugio de escorpiones y vampiros, son también punto de apoyo para la traición del vendaval.

Y si por allá en el mundo de los titulados *hombres prácticos*, me quisiesen motejar los adinerados filisteos, quédense ellos con mi orgulloso desdén por sus riquezas, que yo convertiré mis ojos en busca de aprobación hacia vosotros. En el

silencio de la desesperanza, pediré música al acero de vuestras plumas bien tajadas; en la oscuridad del aislamiento, pediré claridad á las joyas de esas pupilas femeniles, donde palpita el brillo de la lámpara estudiosa, bajo el candor de frentes que yo diría pantallas de alabastro para las visiones del ensueño. Y en la fatiga de la refriega contra los ogros agresivos, me habreis de dar ¡oh jóvenes alumnos! vuestras lozanas briosidades, porque en el cordial apretón de manos de una generación con otra, se unen resortes fulminosos, cuyas chispas retemplan los eslabones de oro indispensables para la unidad armoniosa de la belleza triunfal....

EL JARDIN DEL CONVENTO

A Rosendo Villalobos (en Bolivia)

¿Es aquí donde vienen las devotas novicias
A la hora del crepúsculo, á sentir las delicias
Del silencio de ensueño de la tarde estival?
¿Es aquí donde reza la pensativa priora
Leyendo en su breviario la oración de la aurora
Y de la noche, enferma de celeste ideal?

Por sobre de la tapia que rodea el convnto
Las copas de los árboles, inclinándose al viento,
Parece que nos llaman con un lento ademán...
Y antes de entrar sentimos como una vaga pena
Que nos invade el alma, ansiosa de ser buena,
De renunciar á todo lo que nos mueve al mal.

Frente al jardín, los claustros se ven ya solitarios:
Ni roce de sandalias, ni ruido de rosarios,
Interrumpen el grave silencio familiar.
Las reclusas divagan por el jardín en calma.
Pasean en silencio. En sus labios el alma
Aletea en un místico rezo crepuscular.

Bajo las blancas tocas fallecen sus semblantes:
Sus ojos se dirían llamas agonizantes
De cirios encendidos en el brillante altar.
Resbalan sus sandalias en la menuda arena
De los largos senderos. La tarde está serena
Vestida de azul y oro. Van las reclusas, van...

Y pasan meditando junto de los rosales
De rosas enfermizas, que los toscos sayales
Deshojan con su roce, mientras vienen y van.
En vasos de alabastro, mañana irán las flores
A perfumar el ara bañada en los fulgores
Que llueven de la ojiva del alto ventanal.

En voz baja la gárgola rima canciones suaves,
Acaso temerosa de despertar las aves
Que duermen en las frondas del obscuro pinar;
Y hasta el agua que corre bordeando los senderos
Tiene ritmos tan hondos, tristes y lastimeros,
Que infunden al espíritu una amargura tal...

¡Oh, jardín melancólico! En las noches de plata
Cuando el silencio es hondo, mientras su serenata
El ruiseñor desgrana en notas de cristal,
Te llegarán las voces de un cántico sonoro...
Los rezos que salmodian en el distante coro
Las pálidas novicias delante el cantoral.

En tu amable recinto mi espíritu quisiera
Soñar eternamente forjando esa quimera
Que nos conduce al vago país del ideal;
Ser música en el viento, color en el paisaje,
Y, como el ave errante que anida en tu follaje,
Desgranar en las sombras armonioso cantar.

JUAN AYMERICH.

Córdoba

"EL ARLEQUIN"

Tragedia moderna en tres actos, original de

OTTO MIGUEL CIONE

PERSONAJES

MARCELO, protagonista....	*Amelia, cuñada de id*
LEANDRO, padre de Marcelo	*Tomás, primo de id*
ELIAS, hijo de id (semi-idiota)	*Velasquez, médico y amigo de id.*
LEONOR, esposa de id.....	*Criado—Criada.*

EL ARLEQUÍN

ACTO PRIMERO

Sala-escritorio. A la izquierda dos puertas, una interior y otra que dá al invernáculo, una ventana en ochava que dá á la calle Al foro, gran vidriera, con espeso cortinado. A la derecha puerta interior en primer término y en segundo: puerta de calle. Mesa-escritorio, bibliotecas, un *secretaire*, sillones, sofá, etc. Cae la tarde. Escena sin luz.

ESCENA I

ELIAS, solo

ELIAS pasa de izquierda á derecha lentamente, haciendo sonar apenas una campanilla y desaparece.

ESCENA II

TOMAS y AMELIA

AMELIA.—(*aparece por la izquierda meditabunda, y cae sentada sobre uno de los sillones. Después de un rato de silencio toma un libro y se dispone á leer cuando entra de la calle Tomás*)—Ah! eres tú!

TOMAS.—Sí, vengo de la facultad de ingeniería.

AMELIA.—Marcelo salió en seguida de almorzar y todavía no ha vuelto. (*Mirando*). Ya oscurece.

TOMAS.—No temas por él. Seguramente anda en busca de su arpa.

AMELIA.—¿De su arpa?

TOMAS.—Ya sabes que á él se le ha puesto en la cabeza que las fragancias de las flores, son sonidos musicales... al menos él lo entiende así... y está preparando su orquesta de flores...

AMELIA.—Por eso los otros días me dijo al verme unos jazmines del cabo en el pecho: retira los oboes, cuñada mía... ¿Y cómo le vino esa manía?

TOMAS.—Es un caso de enfermedad bastante común, hoy en día, en ciertos cerebros desequilibrados. Luego, el doctor Velazquez le trajo un artículo literario en el que se hablaba de un enfermo, así, se sugestionó, y se convenció que el era uno de los privilegiados... No deja de tener interés su clasificación de instrumentos. Los jazmines del país son los primeros violines; las rosas, las flautas, las madreselvas, las violas; los timbales, creo que los claveles.

AMELIA.—¿Y los *violoncellos*?

TOMAS.—Espera... Ah, los violoncellos, son las violetas! Tenía todos los instrumentos menos el arpa. Casualmente dió con ella ayer de tarde al pasar por una quinta de Belgrano, y hoy ha ido á buscarla á la florería!

AMELIA.—¡Pobre Marcelo! Va en camino de la locura definitiva.

TOMAS.—Tenía que suceder, Amelia. Acostumbrémonos á la idea de que Marcelo va en camino de su liberación definitiva, como él dice.

AMELIA.—¿Porqué ha de volverse loco fatalmente?

TOMAS.—¿Porqué? ¿Sabes quien es el culpable?

AMELIA.—(*titubeando*). ¡Lo sospecho!

TOMAS.—¡El padre!

AMELIA.—Nadie más que el padre.

TOMAS.—Los hijos de alcoholistas son epilépticos, imbéciles, degenerados ó locos.

AMELIA.—¡Qué horror!

TOMAS.—Esa es la herencia que le ha dejado tío Leandro á Marcelo!

AMELIA.—¿No habría un remedio?

TOMAS.—¡Quién pone vallas á la locura que avanza empujada por la herencia!

(*Se oye un portazo y entra Marcelo con una maceta envuelta en papel. Creyéndose solo la descubre y aparece una flor blanca la lleva al oido repetidas veces*).

ESCENA III

DICHOS — MARCELO

AMELIA.—Debe ser él!

MARCELO. — Luces! Luces!... (*enciende*). Así!... Al fin!... al fin!... (*Pausa*). Ah!... estabas ahí!... ¡Tengo el arpa! Ahora vuelvo! (*Mutis por el foro*).

AMELIA.—Pobre Marcelo! No me ha visto.

TOMAS.—En fin! ya vuelvo... (*Mutis*). (*Vuelve Marcelo y cierra con llave la puerta del foro*).

MARCELO.—¡Amelita! ya no me saludas como antes... me dejan solo... solo sin afectos...

AMELIA.—No Marcelo. Yo siempre soy la misma para tí — (*Avanza, luego se detiene*).

MARCELO.—¿Ven? ¿Porqué te detienes? Ay!... Amelia. Tú, la única alegría de esta casa solitaria. Tú, alma gentil que llenas de sonrisas cuanto miras. Ven á mí, ven. Deja que mi vista se pose en tus ojos serenos... Deja que mi mano fría, fría como la de un muerto... en vida, sienta el calor de la tuya. Ven Amelia.

AMELIA.—Marcelo... No hables así... No quiero oír esas cosas. Soy tu cuñada...

MARCELO.—¿Porqué nó? si las pienso... si se me ocurren á cada instante...!

AMELIA.—Porque no debe ser. Si te oyera mi hermana!

MARCELO.—Leonor? mi esposa? ¡Pst! ¡qué se le importa á ella de las pasiones propias de los humanos! ¡Es una libélula! Parece mentira que Vds. hayan sido concebidas por la misma madre... Tú, buena, llena de corazón, la otra, *mi esposa*, alma de insecto en un cuerpo de mujer. Tan liviana de espíritu como los mosquitos que se posan en las aguas sombrías de los bosques, sin desflorar siquiera la superficie con sus patitas; y contribuyendo á que sigamos inconscientes de charco en charco, de fuente en fuente, envenenándolo todo, mezclando lo puro con lo impuro, siempre estúpidamente, inconscientes... Pero tú, Amelia, tú, Amelia!... Sabes, si yo me hubiera casado contigo, quizá Elías, mi hijo, sería un genio en vez de ser lo que és!...Yo le hubiera dado mi cerebro desequilibrado, tú, tu buen jucio poniendo el orden en el desórden... ¡Pobre Elías!... me hace el efecto de un escenario donde se representa la comedia más trágicamente cómica que han producido á través de los siglos, la locura y la simpleza reunidas. ¡Shakespeare en un teatro de títeres! (**Pausa**) (**quiere abrazarla**). Oye... Oye...

AMELIA.—Basta! Basta! no puedo escucharte. (*Mutis*) (*entra Tomás y va á la biblioteca*).

MARCELO.—¿Qué buscas en esa biblioteca?

TOMAS.—No he podido encontrar un tema para mi tésis de ingeniero.

MARCELO.—Un tema. Oh! Yo te daré un tema. No busques. Dentro de poco... muy pronto te ofreceré un caso... notable... que podrías titular "De la influencia del primer móvil en el movimiento de los que le siguen"... No... no, es muy largo... este otro... "De las causas primeras".

TOMAS.—Sí, sí, de las causas primeras...

MARCELO.—Eso es... siempre hay que culpar á la causa primera. Suprimida ésta no existen los efectos. Oye, Tomás... ¿Sí suprimiéramos á Dios? Sería una venganza digna de nosotros sus víctimas!

TOMAS.—¿Cómo suprimirlo? Luego, la venganza es indigna de seres superiores...

MARCELO.—¡La venganza! Yo tengo que vengarme porque ahora, ahora he comenzado á ser un *ser inferior!*... (*Se aproxima Amelia*).

AMELIA.—No pienses tanto, Marcelo!

MARCELO.—Y Leonor ¿dónde está? Siempre frívola... mi esposa. Trajes, vestidos, fiestas... ¡Debía suceder, Tomás!

TOMAS.—¿Qué debía suceder?

MARCELO.—¿Sí en la soledad de los bosques se ayuntaran una ardilla y un mono, que animal nacería?

TOMAS.—Un híbrido, si fuera natural ese acto...

MARCELO.—¡Un híbrido! ¿Elías, sería un híbrido? ¿Dónde está?

AMELIA.—Con sus campanas...

MARCELO.—Ah! En mi niñez pensé que la suprema dicha era estar en lo alto de una torre, dando sonidos á todos los vientos, desparramando la alegría de vivir sobre todos los desgraciados. Mi hijo Elías, piensa lo mismo. La ley de herencia se cumple. El mono podrá seguir creyendo que es hombre y padre, la ardilla que es mujer y madre!

AMELIA.—¿Quieres un poco de bromuro?

MARCELO.—No. Si estoy tranquilo... no creas. Todavía no... ¡Pronto! Bueno, dame. Estoy excitado. (*Bebe*). (*Pausa larga*).

ESCENA IV

DICHOS y LEONOR (*que vuelve de la calle*)

LEONOR.—¡Buenas tardes. (*Pausa*) ¿Qué dices? Jesús! No dices nada!

MARCELO.—Ya lo he dicho todo!

LEONOR.—(*fastidiada*). Ah!... He visto algunos galpones hermosos y unos libertys. Si vieras Amelia! El tapado me lo harán largo... largo que cubra casi la pollera...

MARCELO.—Como un eco. Largo...eso es, que no te se vea la cola...

LEONOR.—Forro de piel de seda crema que vendrá bien con el color *loutre*... y las pasamanerías de oro... En la cabeza un...

MARCELO.—Ah! Cascabeles, en la cabeza muchos cascabeles...

LEONOR.—¿Qué tal me quedaría en la cabeza una diadema de rubíes, Amelia?

AMELIA.—Quedaría lo más bien. (*Siguen hablando*).

MARCELO.—(*Marcelo queda meditabundo y de pronto se deja llevar por su idea fija.* Verán que efectos orquestales... Los violines... piano, pianísimo, luego entran las violas y flautas... después los bronces que son los malvones y geranios; tres toques de corno, las magnolias... luego los timbales... los timbales son los claveles rojos. (*Pausa*) (*Dándose cuenta de que le observan*). Es un sueño que he tenido... ¿Se han dado cuenta de lo bello que sería una orquesta de flores? Cada perfume es un sonido. Un se superior, un superhombre que pudiera dominar la voluntad de las flores, esclavizarlas á su gusto, realizaría la sinfonía de fragancias más original que... Pero... Vds. no me entienden y si siguiera hablando serían capaces de creer que he perdido el juicio. Me voy á continuar la lectura de "Así hablaba Zaratustra"... Ah! me olvidaba (*saca un paquete y lo dá á Leonor*). Toma, son avellanas y nueces. (*Mutis, con un golpe de risa de loco*).

ESCENA V

DICHOS

LEONOR.—¿Qué le pasará? ¡yo no lo entiendo! nunca lo he entendido! ¡Avellanas! (*se come una*).

AMELIA.—Una inteligencia tan brillante, tan clara hasta ahora!

LEONOR.—Está insoportable. Yo lo haría visitar por un especialista. ¿Quieres una nuez?

TOMAS.—Gracias—Mientras sus manías sean inofensivas...

LEONOR.—Es que va en aumento cada día.

AMELIA.—Pero el doctor Velasquez asegura que no hay nada de grave en su estado.

TOMAS.—¿Y tío Leandro? La causa primera como le llama Marcelo.

LEONOR.—Ah! cállate! No quise decirles nada, pero vengo escandalizada. Al pasar por un café de la Avenida, lo vi en compañía de dos viejos *en un estado*... Creo que tomaban ajenjo y hablaban á gritos. Cuando me vió se vino á saludarme y me pidió cinco pesos para pagar el gasto. Tuve que dárselos.

AMELIA.—Parece mentira á su edad!

TOMAS.—Qué verguenza! (*Se oye cantar en la escalera*).

VOZ.—Funiculí, Funiculá!

LEONOR.—Ahí viene. *¡Y en qué estado!*

ESCENA VI

DICHOS y LEANDRO

LEANDRO.—Funiculí, Funiculá!... Buona sera miei signori! No se enojen... hoy he llegado á la hora... Todavía no

han comido... (*Mira el reloj*) eh!... las dos y media... No puede ser... no... las ocho y cuarto... Tomás!

TOMAS.—¿Qué quiere, tío?

LEONOR.—¿Cuál es el minutero?

TOMAS.—El de arriba, tío!

LEONOR.—Ah! El más largo. Entonces son las seis y media no más... casi, casi habría lugar de ir á hacer tiempo al café de la esquina...

AMELIA.—No... no se vaya Vd. si ya está puesta la mesa...

TOMAS.—No... tío! Basta! Marcelo está aquí y querrá comer.

LEANDRO.—Marcelo está aquí! ¿Mi hijo? ¿El... el... destornillado?... me voy. Dice que yo tengo la culpa. Sólo yo... No lo quiero ver. En cuanto me encuentra comienza á mirarme con sus ojos de tigre, y después de observarme un rato me dice una cosa que... no puedo repetir... porque me irrita...

TOMAS.—¿Qué le dice, tío?

LEANDRO.—Oh!... no...

AMELIA.—Pero es tan grave... el insulto...

LEANDRO.—No es insulto... es decir... casi, casi...

TOMAS.—¿Pero en definitiva, qué es?

LEANDRO.—(*Le habla al oído*). Ya ves, ¿tengo cara de eso?

TOMAS.—No... en puridad; pero no deja de tener su lado cómico...

LEONOR.(—¿Sepamos? que nos diga... á nosotras tam-
AMELIA.(bién...

LEANDRO.—No...

LEONOR.—Habla tú, Tomás...

TOMAS.—Se trata de...

LEANDRO.—No... Tomás! (*Aparece Marcelo*). (*Lo mira intensamente y luego, naturalmente*).

ESCENA VII

DICHOS y MARCELO

MARCELO.—Quítate la careta!

LEANDRO.—No ven... Ya empieza... Vámonos...

MARCELO.—¡Arlequín!

LEANDRO.—¿Tengo cara yo de Arlequín? Está loco... loco...

MARCELO.—No estoy loco... padre... No...

LEANDRO.—¿Pero tengo cara de Arlequín?

MARCELO.—Sí padre... sí, los ebrios son Arlequines en esta vida y en la otra quizás!...

LEANDRO.—Oh! ¿Quién le va á tomar atadero? Vamos. Vamos á comer? Que se quede solo con sus manías! ¿Tengo cara de Arlequín? (*Vánse*).

TOMAS.—Vamos á comer, Marcelo.

MARCELO.—No... no tengo ganas... Véte, déjame solo... (*Aparte*) ¿Y si estuviera equivocado?

TOMAS.—Vamos...

MARCELO.—No... ¡Véte! Ya voy. Déjenme solo por favor. Solo... solo... solo...

TOMAS.—Bueno! me voy. (*Váse*).

MARCELO.—(*Una vez sólo va hacia la estantería, saca un Arlequín y le contempla largo rato*). No, no es! Pero. ¿Es ó no es? (*Golpean la puerta*).

ESCENA VIII

MARCELO y VELASQUEZ

MARCELO.—Uh! ¿Quien es? (*Guarda el arlequín*).

VELASQUEZ.—¡Querido Marcelo!

MARCELO.—Ah! mi maestro!

VELASQUEZ.—¿Qué tal ese ánimo?

MARCELO.—Ah! maestro! me voy... me voy como un vaso de agua que sintiera vaciarse lentamente...

VELASQUEZ.—Eres demasiado aprensivo, te dejas llevar de tu imaginación, no has sabido reaccionar contra tus fatales ocurrencias...

MARCELO.—¿Cómo luchar? ¿Cómo no dejarse vencer? Parezco un acorazado con máquina de juguete! ¿A dónde ir? ¿Cómo librarme del timón que me guia hacia el puerto de la inconsciencia, cuando ese timón está adentro... en la sangre emponzoñada que me diera mi padre sumido en el peor de los vicios?

VELASQUEZ.—Busca la fortaleza fuera de tí, en una obra futura de aliento... en algo, en fin...

MARCELO.—¿Cómo realizar obra buena fuera de mí, cuando la única, la más querida por un hombre, esa obra primera, fruto de mi sangre es... Elías! ¿Entiende Vd. maestro? El cielo de la familia está completo. Padres, hijos... y el espíritu santo que lo ha envenenado todo.

VELASQUEZ.—¿Y el viaje que te he aconsejado?

MARCELO.—Oh! no hablemos de eso!

VELASQUEZ.—Al contrario, hablemos.

MARCELO.—Oh! me doy cuenta de su buena intención. Me observa, me estudia. Quiere conocer el grado de mi enfermedad! Gracias... pero lo que ha de suceder... sucederá... Ah! sabe que anoche fuí al teatro...

VELASQUEZ.—¿A cuál?

MARCELO.—¡Al San Martín!

VELASQUEZ.—Ah! Zacconi!

MARCELO.—Sí, lo vi en "Los Espectros".

VELASQUEZ.—¿En "Los Espectros"?

MARCELO.—No se alarme Vd... ese caso es bien distinto... del mío. En primer lugar, Oswaldo es el fruto de un libertino, que obedecía á su instinto orgánico, poderoso, cual es el deseo de la mujer llevado al exceso. Ahí, la culpa está atenuada, en definitiva por una fuerza creadora, pero en mi caso, la culpa es un vicio bestial, que deja todo convulsionado, eternamente, hasta la última generación! Osvaldo no piensa en vengarse del autor, de su degeneración, por que el autor ha muerto ya, pero en mi caso, el autor vive... vive junto á mí — siempre á mi vista... Y, ay, de él!...

VELASQUEZ.—Has hecho mal en ir al teatro sin mi consentimiento! En vez de buscar diversiones que te distraigan de tus ideas, vas al contrario en busca de preocupaciones peores...

MARCELO.—Es más fuerte que mi voluntad... Si yo fuera uno de esos pobres seres sin ilustración, sin ideas morales, no me daría cuenta de mi caso! Y dejaría venir la tormenta tranquilamente; pero habiendo llegado á ser lo que soy, médico, habiendo estudiado mi caso, como estudiaría el de cualquier otro enfermo, llegué á aterrarme... Sí á aterrarme cuando, cuando me di cuenta de todo lo que me ha pasado desde que tuve uso de razón... Recuerdo mi niñez triste y solitaria, hijo único de una mujer devota hasta el exceso y un padre, disoluto que volvía á casa como sigue volviendo ahora... Recuerdo como en sueños que padecía de ataques nerviosos, de sonambulismo... Mi madre murió, y muy joven me llevaron á un colegio inglés. Allí la vida al aire libre, los ejercicios me valieron de mucho. Salí bachiller, estudié medicina y me enamoré muy joven aún, de una parienta mía;—ya sufría los primeros ataques—apenas terminé mis estudios, cegado por una pasión más material que otra cosa, me casé, y desde ese día, he comenzado á ver claro en mi vida. Mi esposa frívola, casquivana, sin dos dedos de frente, yo... con las primeras manifestaciones de manías... sueños de grandeza inverosímiles, enamoramientos exagerados por cosas y personas, odios, y antipatías, etc... Cuando nació Elías, entonces cayó la venda de mis ojos... un degenerado! Pero ¿cómo? ¿porqué? ¿Entonces el padre ó la madre no eran tipos normales, sanos? me estudie á fondo!... busqué la causa. La hallé en el vicio de mi padre. No podía ser otra cosa... Yo era el hijo de un ebrio, yo era un degenerado, quizá un loco en ciernes...

VELASQUEZ.—¡No, loco no!

MARCELO.—¡Quien sabe! Y desde entonces espero casi con alegría esa locura benéfica para mí, que ha de librarme de toda la montaña de pensamientos que me asedian y me oprimen...

VELASQUEZ.—¿Pero tu esposa?...

MARCELO.—Es una mujer sana de cuerpo... pero sin cerebro. (*Pausa larga*).

VELASQUEZ.—¿Y tu orquesta de flores? (repite varias veces la pregunta.)

MARCELO.—Ah! no alcanzo á definir todavía los sonidos... más adelante. Todavía no estoy demasiado... preparado para ello... aunque me deleito como un inventor que descubre cosas nuevas, cada día que pasa... Siempre que aspiro un perfume oigo una determinada nota musical... Y cada vez más intensa... Si hasta he creído, que podría llegar á dirigir las flores, supeditarlas á mi voluntad como si fueran personas. (*Pausa*). Seguramente que, cuando llegue á realizar esa extraña idea, estaré en el país de las eternas risas... ¿Se vá?

VELASQUEZ.—Sí, tengo que ir á la facultad. No dejes de informarme de todo lo que te suceda...!

MARCELO.—No dejaré de hacerlo hasta el día en que... me sea imposible. Entonces le tocará á Vd. observar. (*Como hablando consigo mismo*). Una de mis alas toca el cielo, la otra se arrastra por el fango.

VELASQUEZ.—¡Hasta luego, Marcelo! Animo!!

MARCELO.—¡Adiós! ¡Quién pudiera volar!

(*Váse Velasquez*).

(*Marcelo lo acompaña hasta el interior*). *Pasa Elías por primer término y al llegar al centro surge Leandro que viene como escapado*).

ESCENA ULTIMA

MARCELO. — LEANDRO. — ELIAS

LEANDRO.—(*Al ver á Elías*). ¡Qué facha!... Eh! pájaro raro! ¡salude á su abuelo!

ELIAS.—(*Lo mira estupefacto y se ríe*).

LEANDRO.—De que te ries imbécil!

ELIAS.—(*Riéndose siempre igual. Aparece Marcelo*).

LEANDRO.—En verdad... que un loco como tu padre no podía dar un fruto mejor.

MARCELO.—¿Tú lo crees así padre?...

LEANDRO.—Claro...

MARCELO.—Dime... si tú no hubieras bebido ¿crees que sería lo que voy á ser y Elías lo que es?

LEANDRO.—¡Qué tiene que ver!

MARCELO.—Tiene razón, padre! Nada tiene que ver! Vaya Vd. tranquilo á continuar su carrera. Vaya Vd. á su eterno carnaval. (*Irritado*). Vaya Vd... Arlequín! Arlequín!... (*Lo empuja violentamente*).

LEANDRO.—El pobre está... loco... (*Váse*).

MARCELO.—Venga, venga mi hijo... ¡Pobre hijo mío! Pobre Elías! Ríe... ríe... (*llora*). Ya reiremos juntos... bien pronto!! (*Solloza amargamente*).

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN

(Nota.—*Durante este acto Marcelo está mas agitado que en el anterior. Hablará cortándose amenudo, etc., etc*).

ESCENA I

TOMAS—VELASQUEZ

VELASQUEZ.—¿Y Marcelo?

TOMAS.—Se pasa el día entero en su invernáculo

VELASQUEZ.—¿Entonces le ha dado fuerte con su original orquesta?

TOMAS.—Está transformado. No come, no sale casi. Los días enteros se los pasa acostado, en un estado de semi inconsciencia...

VELASQUEZ.—¿Pero conversa con ustedes?

TOMAS. — Poco, lo absolutamente necesario... A veces parece que quisiera hablarme... decirme algo, pero se queda callado... Crea usted doctor que me asusta.

VELASQUEZ.—¿Duerme tranquilo?

TOMAS.—Padece de insomnios, pues á altas horas de la noche enciende las luces y entra en su invernáculo á cuidar sus flores. Ah! Figúrese usted que ha mandado retirar todos los espejos de la casa.

VELASQUEZ.—¿Porqué?

TOMAS. — No lo ha querido decir. Tiene visiones tan raras! Y hemos tenido que complacerle, porque se pone fuera de sí á la menor contradicción. (*Se oye la voz de Marcelo*). Diga, doctor Velasquez. ¿Porqué acentúa usted en Marcelo la manía de las flores?

VELASQUEZ.—Ah! ¿La orquesta de fragancias?

TOMAS.—Sí.

VELASQUEZ.—Escúchame bien, Tomás. Marcelo es como una locomotora lanzada á todo escape y sin maquinista, por una via fatal, cuyo término es el abismo del crimen. Ahora bien, yo he tratado de colocar en el camino de esa locomotora desenfrenada un desvío, un para-golpe que atenuará ó evitará del todo la catástrofe final....

TOMAS.—Comprendo. ¿La original orquesta de flores sería el desvío?...

VELASQUEZ.—¡Eso es!

TOMAS.— Así como su manía del arlequin es el abismo.

VELASQUEZ.—Claro. Mientras vea á su padre en la figura de un arlequín habrá que esperarlo todo de él. (*Pausa*).

TOMAS.—¿Y para la locura no habrá un desvío?

VELASQUEZ.—(*Sentencioso*). Marche en los carriles en que

anda ó en el desvío que yo le he puesto, el final obligado de la carrera de Marcelo, es la locura ¡Pobre genio loco!

MARCELO.—(*adentro*). Amelia... Amelia!

TOMAS.—Qué deseas?...

MARCELO.—Alcánzame la regadera, tengo el arpa enferma, le hace falta riego, mucho riego....

TOMAS.—¿Lo oye usted? Está arreglando su orquesta.

VASQUEZ.—Dígale que estoy yo.

TOMAS.—Marcelo! está el doctor Velasquez que desea verte.

MARCELO.—Ah! Velasquez, ya voy. Pero trae el agua...

TOMAS.—Voy á traerle el agua. (*vase*).

ESCENA II

MARCELO Y VELASQUEZ

MARCELO.—Mi querido Doctor.

MARCELO.—Cuido mis plantas!...

VELASQUEZ.—Ah! muy bien hecho...

MARCELO.—¿Qué hermoso día eh? acababa de leer una gran libro y me fuí al invernadero á distraerme....

VELASQUEZ.—¿Qué libro has leído?

MARCELO.—"Así hablaba Zaratustra". ¿Creo que el autor murió loco?....

VELASQUEZ.—Si...

MARCELO.—Es un libro de volverle la cabeza al mas cuerdo. Me lo sé de memoria. (*Pausa*). Pero me observa usted de una manera....

VELASQUEZ.—Hombre, lo miro asombrado de su buen aspecto.

MARCELO.—¡Ah, mi transformación! Efectivamente..... Cualquiera creería al verme que soy un tipo normal ¿Verdad?

VELASQUEZ.—Lo eres...!

MARCELO. — ¿Un tipo normal, dice usted? A pesar de las arcadas zigomáticas, ¿eh? A pesar de la asimetría facial...? ¿Y el prognatismo? ¿y la sangre que bulle adentro...?

VELASQUEZ.—Eso no quiere decir nada. Cuántas veces los tipos hermosos físicamente sin ningún carácter de degeneración son... enfermos, y viceversa...

MARCELO.—Maestro, es el caso de preocuparse seriamente del porvenir... ¿lo oye usted? (*Se pasea*).

VELASQUEZ.—Distráete, Marcelo, distráete...

MARCELO.—Yo como Hamlet, quisiera remediar el desquiciamiento del mundo, yo como él, quiero dirigir los acontecimientos conforme á mis sueños. Energía me sobra. Tengo que vengarme...

VELASQUEZ.—¿Venganza? (*Marcelo habla como á solas*).

MARCELO.—En primer lugar, deseo exterminar al que ha

causado mi enfermedad... es decir, volverme contra la primera causa... algo así como si todo el Cosmos estallara para destruir á su factor *(debe hablar como obedeciendo á una fuerza interna)* primero... luego... acabar con la infeliz colaboradora que tuve en la creación de esa obra incompleta y deforme de mi hijo... luego con este, para que concluya una vida que ni á él ni á nadie preocupa y beneficia, y por último... acabar conmigo, yo, centro de un triángulo equilátero, yo, punto de transición entre el pasado y el porvenir.

VELASQUEZ.—Pero todo eso es producto de la fatalidad, Marcelo...

MARCELO.—*(Siempre sin dirigirse al doctor)*. Sí, sí, conozco esa fatalidad como dicen en *El rey Lear*. "Cuando varía nuestra suerte á veces por la glotonería de nuestra propia conducta, achacamos nuestro desastre al sol, á la luna ó á las estrellas;—bebedores, embusteros y adúlteros por obediencia á los astros. ¡Cómo si nuestras debilidades se introdujeran en nosotros por obra divina!...¡Hubiera sido quien soy aunque al nacer yo, hubiera centelleado en el firmamento la más virginal de las estrellas!" Fatalidad es la que llaman los bribones cuando no quieren responsabilizar á dioses de cartón, ó á padres de piedra. La fatalidad no existe para el que á sabiendas se deja vencer por determinado vicio (*Agitado*).

VELASQUEZ.—Pero el hombre no pensó al entregarse á un vicio con toda su alma, que labraba un triste y miserable porvenir á sus hijos... ¡Habría que ser magnánimo!...

MARCELO.—¡Eso es! ¡Creyó que su propio mal le era indiferente porque atañía á su persona y no pensó *en la cría!*... Eso es lo que quiero vengar... eso... Los padres... *(muy agitado)* deben pensar en sus hijos antes de encender un fósforo, antes de arrojar una moneda al azar, antes de beber una sola gota de café... Los padres deberían ser declarados sacerdotes... y ellos ser puros... puros como el agua de una fuente. Sólo así se formaría la sociedad futura... En cambio engendran todos los días una humanidad de deformes, de enfermos, sin cerebros, y sin médulas. *(Casi llorando)* ¿Qué han legado nuestras almas? La alegría efímera de apreciar un día de sol cuando adentro se tiene una eterna noche trágica, la alegría de apreciar una gallarda rosa abierta al amor, cuando adentro se tiene la amargura de comprender que hasta el amor os está vedado...

VELASQUEZ.—¡El amor!

MARCELO.—Si al menos la naturaleza así como suprime la dignidad en el hombre enviciado... le suprimiera el instinto genésico... *(agitadísimo)*. ¡Oh! He de acabar con todos! ¡Con todos!

VELASQUEZ.—Pero.. tú debes evitar de llegar á esos excesos...

MARCELO.—Yo veo el día no lejano en que no pueda refre-

nar mis ímpetus; el día en que la herencia de los sueños de mi padre embriagado, se desate libremente sin que yo pueda oponerle el dique de mi juicio... Soy un criminal nato...

VELASQUEZ.—Eso no, criminal nato nunca!...

MARCELO.—Corrijo... epiléptico larvado, si usted quiere, que en definitiva viene á ser lo mismo... O loco, ó asesino, he ahí los dos finales obligados del drama de mi vida! *(Hace por irse y vuelve)*. Diga, doctor Velasquez, ¿usted crée formalmente en la herencia...?

VELASQUEZ.—Claro que creo...

MARCELO.—Si se pudiera cambiar la sangre de todos los que llevan en sí el estigma de los vicios de sus antecesores!... "Como Atila, traigo, conmigo el desierto y quisiera desarrollarlo delante mío como una sábana de arena y cubrir la tierra."

ESCENA III

DICHOS Y TOMAS

TOMAS.—Aquí tienes la regadera que has pedido. *(Marcelo no se da cuenta en el primer momento)*.

MARCELO.—*(Pausa)*. ¡Ah! sí, ya vuelvo. Un momento... ya vuelvo... *(Váse)*.

TOMAS.—¿Y qué tal? ¡ya ve usted! ¡sigue con sus manías!

VELASQUEZ.—El caso es más grave de lo que creíamos. Está próximo á una grave crisis...

TOMAS.—¿Yqué medidas piensa tomar?

VELASQUEZ.—Ahora mismo iré dar los primeros pasos para que tengan pronta una pieza en una casa de salud...

TOMAS.—¿Entonces ha dicho tantos disparates...?

VELASQUEZ.—Al contrario... Ha hablado cuerdamente como nunca... pero... conozco esta clase de exaltados y es mejor estar prevenidos... La crisis está próxima y esta vez será definitiva...

TOMAS.—*(Con sentimiento)*. ¡Pobre Marcelo!

MARCELO *(Entra. Habla rápidamnte)*.—¿Usted crée que si yo me fuera de aquí... estaría salvado?

VELASQUEZ.—¿A dónde irte?

MARCELO.—¡Nada, nada! *(Queda meditabundo)*.

VELASQUEZ.—¿Cómo, fuera de aquí?

TOMAS.—¿Qué meditas?

MARCELO.—Medito... en mi próxima liberación! *(Se aparta monologando agitado)*.

TOMAS.—Vaya doctor... no llegue tarde...

VELASQUEZ.—Sí, adios Marcelo...!

MARCELO.—Vuelva usted pronto. *(En visión)*. No me deje solo en medio de estas fieras *(aterrado)*. Hay miles de fieras, millones!... millones!... *(Queriendo huír espantado)*.

VELASQUEZ.—¿Qué pasa Marcelo? *(Sujetándole)*. ¿Qué es eso? Cálmate. Valor...

MARCELO *(Calmándose)*.— No es nada... una alucinación!... *(Cae sentado plácidamente)*.

VELASQUEZ.—Volveré pronto, amigo y discípulo, trayéndole una rama de olivo en la diestra.

MARCELO *(Dulcemente)*.—Eso es. ¡Paz, la paz eterna!...

TOMAS.—Yo lo acompañaré, doctor. *(Vanse Velasquez y Tomás)*.

(Al irse Tomás entra un criado al cual le advierte que cuide al enfermo. El criado le observa y váse tranquilizado).

ESCENA IV

LEANDRO *(tambaleándose)*

LEANDRO.—Marcelo, Marcelo. Hijo mío... sostén á tu padre...

MARCELO.—¡Que yo te sostenga! No tienes vergüenza... Estás ebrio... ebrio. ¡Vete solo!... *(Tomando una silla violentamente)*.

LEANDRO.—Un descuido... Ellos se empeñaron que bebiera y yo bebí hasta hartarme...! ¡Qué hermoso es beber!

MARCELO.—¡Ah! sí! fuera de aquí... fuera... *(Hace ademán de tirarle la silla)*.

AMELIA.—¿Qué pasa?... Vamos... Vamos... (Toma del brazo á Leandro y lo lleva).

MARCELO *(Solo)*.—Si acabáramos antes de que venga la terrible amiga á llevarme del brazo á su palacio... lleno de cascabeles... *(Saca un revólver de la estantería, se lo coloca en el bolsillo del pantalón y divisa el arlequín)*. ¡El arlequín! ¡El... vuelve!... vuelve á tu sueño! *(Lo encierra y guarda la llave. Luego al enfrentarse con la ventana le viene un violento ataque de alucinación)*. ¡No, no... no soy yo!... Yo no soy el arlequín! Amelia!... *(Se esconde tras de las sillas y se arroja al suelo. Entra Amelia. Marcelo está en el suelo en el paroxismo del terror, lívido, con los dientes que le castañetean)*. ¡No soy yo. No soy yo!

ESCENA V

AMELIA Y MARCELO

AMELIA.—¿Qué querías, Marcelo?

MARCELO.—He dicho que no quiero espejos en casa...

AMELIA.—Si los hemos sacado todos...

MARCELO.—¿Y ese? *(Señalando con terror sin mirar)*.

AMELIA.—Pero es el vidrio de la ventana.

MARCELO.—¡Ah! me veía yo también... convertido en arlequín!

AMELIA.—Una alucinación.

MARCELO.—Eso es, pero corre la cortina... córrela... *(Amelia corre la cortina).*

AMELIA.—Ya está corrida.

MARCELO.—Ahora sí. *(Infantil).* Ven Amelia. Ven... Sentémonos juntos en este sofá... Amelia, pon tu mano aquí sobre mi frente... ¿Verdad que arde?... quema...

AMELIA.—No, Marcelo...

MARCELO *(Ingenuo).*—¡Oh! por adentro quema. ¡Cuánto bien me hace tu mano! Amelia, ¿sabes tú en qué pienso?

AMELIA.—No puedo adivinar.

MARCELO.—Pienso en que te amo... *(como un eco)* te amo con toda mi alma. *(Hablará con el pensamiento en otra parte, como en éxtasis).*

AMELIA.—¿Ya empiezas?

MARCELO.—No, Amelia. Te amo profundamente... en tí veo mi única dicha. Me inspiras...

AMELIA.—¿Un afecto filial, verdad?

MARCELO.—No... no... Te amo como aman los hombres á las mujeres.

AMELIA.—Tú!...

MARCELO.—Ya sé... *(como reproche).* Ya se que nosotros los degenerados no debiéramos amar, no debiéramos sentir el aguijón del deseo; pero la sangre infame, cuánto más imposibilitados estamos para amar, más nos azuza, mas nos impele á gustar lo prohibido... Yo te amo, Amelia... *(Quiere besarla).*

AMELIA.—No... no Marcelo... ¿Ytu esposa?

MARCELO.—Habría otra cosa más grave... Desde el vientre de mi madre estoy reñido con el amor. Como Ricardo III. ¿Sabes, Amelia? Yo estoy maldito... Yo no puedo entrar en el templo del amor... porque lo profanaría... Soy un árbol cuyos frutos son amargos y horribles, porque mi savia está maldita!... mil veces maldita *(Pausa). (Llorando).* Pero, sin embargo, Amelia, yo te amo... Te amo á tí sola... *(Rogándola).* Dime que me amas... dímelo *(quiere abrasarla).*

AMELIA.—Sí,... te amo. *(Se defiende).*

MARCELO.—¿Mucho? ¿Sinceramente?

AMELIA.—¡Mucho! *(Se deja tomar por la cintura).*

MARCELO *(Con alegría).* — Repítelo y me iré tranquilo *(como soñando),* me iré lejos....

AMELIA.—¿Irte?

MARCELO.—Irme solo... *(La suelta)* antes de que ellas vengan en mi busca.

AMELIA.—¿Ellas? ¿Quiénes son ellas?

MARCELO.—¡Ellas! ¿No lo sabes? Tengo dos amantes que me acechan y yo no las quiero; una, llena de cascabeles con

risa burlona en la cara, vestida de colombina y que me persigue sin cesar; y la *otra,* me llama con señas para que mi cuerpo y mi alma no sean de la primera...

AMELIA.—¿Quién es la otra?

MARCELO.—La otra es la más poderosa. A ella vamos todos, sanos y enfermos; en su manto blanco cabe toda la humanidad; su guadaña corta lo mismo los árboles gigantes que la maleza rastrera... *(Como viéndola).* Repíteme que me amas y seré tan feliz que iré hacia el manto blanco con alegría, *(se sonrie)*, defraudando las esperanzas de la Colombina que me acecha. *(Pausa).* ¿Sabes, Amelia?, yo... he heredado la cara de arlequín... de mi padre... Por eso no quiero verme en ningún espejo. Yo soy arlequín también, Elías, mi hijo, también es un arlequín *(se altera).*

AMELIA.—Cálmate, Marcelo, ¡pobre enfermo! Voy á prepararte una tisana *(le toca la frente).* Tienes fiebre... ¿Quieres que te prepare una tisana tu Amelia?

MARCELO.—Ve alma buena, traeme una tisana que calme mi sed eterna *(Un golpe de entusiasmo).* Mira, haré un poema sobre tu belleza y le pondré música para ejecutarla en mi orquesta de flores...

AMELIA.—Ya vuelvo... Espérame.

MARCELO.—¡Vuelve pronto! ¡vuelve! Si no volvieras me moriría! *(Váse Amelia).* ¿Morir? ¡Morir! ¡Morir! ¡Hay que acabar de una vez!... La estrella cae, cae, la tierra tiembla... Quisiera ser un látigo que azota el mundo *(escribe).* No se culpe á nadie de mi... *(hablando).* No, es muy vulgar. *(Queda pensativo). (Elías pasa por el foro lentamente, corre la cortina de la ventana, mira distraido á la calle y cruza por detrás de Marcelo). (Cae la noche). (Marcelo toma un libro y lo abre).* ¡Marco Aurelio! *(lee lentamente).*—"Qué hay de malo en ser arrojado de la gran ciudad después de haber vivido en ella cinco años? Es como al comediante que lo hechan de la compañía al terminar el tercer acto de una obra que tiene cinco. En tu vida han bastado los tres actos para terminar la obra. Vete tranquilo, el que te despide está sin ira". *(Repite).* ¡Sin ira!

(Hablado). Vete tranquilo... tranquilo! *(escribe).* Cansado de la vida. *(Hablado).* Cansado. *(Apunta un sollozo).* ¡Si no he vivido todavía! *(Desesperado, llorando).* Sin embargo, la vida es tan bella; mañanas plácidas, amor, música, flores, estrellas. ¡Ah! Si tuviera otra sangre *(Pausa).* Soy un caos, puro lodo... Sin embargo, dice Zaratustra que es preciso tener un caos dentro de sí para poder dar á luz una estrella. *(Mirando sin ver).* ¿Será estrella mi Elías?... No, no!... *(Como si oyera un ruido).* ¡Silencio!... ¡Silencio!... *(Se oprime los oídos). (Entra Leonor trayendo unos paquetes).*

ESCENA VI

MARCELO Y LEONOR

LEONOR.—¡Buenas tardes!... ¿Escribes? *(Admirada).*

MARCELO.—¡Mi última obra! Los gusanos han creado alas.

LEONOR.—Eres incapaz de hablar algo en serio...

MARCELO.—Espérate, no te vayas.

LEONOR.—Vengo cansada. He recorrido todas las tiendas... sin poder hallar una batista fina...

MARCELO.—¡Ah!... batista fina... sigue... sigue, me interesa!

LEOONOR *(Sacándose el sombrero).*—Han sido inútiles todas mis caminatas y francamente, la necesito para mi ropa interior.

MARCELO.—¡Ah! ropa interior...

LEONOR.—Anoche soñé que tenía un ajuar con muchas puntillas y moños y en seguida he querido realizar mi sueño...

MARCELO.—Puntillas y moños... *(Va hacia ella).*

LEONOR.—¿Qué haces?

MARCELO.—Oyeme, Leonor. Es la última vez que te habla tu marido, Zaratustra dice que "bueno es sufrir, pero más bueno es ver sufrir" (*la toma violentamente*).

LEONOR.—¡Ay! me haces daño. Suéltame, me vas á romper el vestido.

MARCELO.—Escucha. Es Zaratustra el que te habla. "El criminal es el verdadero hombre libre". *(La quiere ahorcar).*

LEONOR.—¡Ay! ¡ay! suéltame, que grito... ¡Socorro!... *(Marcelo la suelta como si ella hubiera muerto).*

MARCELO.—¡Cobarde! No has tenido ni el valor de morir en silencio! Vete, cuna de barro, concebidora de globos vacíos... vete... vete... (*Pausa*). ¡Oh! tierra, se pesada con ella que ha pesado tan poco sobre tí. (*Exaltado*). (*Váse Leonor aterrada).* Ahora sí!... *(Toca un timbre, mientras febrilmente pone un papel en un sobre. Entra un criado).*

CRIADO.—¿Qué desea el señor?

MARCELO.—A los cinco minutos que salga usted de aquí, entrega esta carta á Amelia...

CRIADO.—Que entregue esta carta...

MARCELO *(Severo).*—Que entregue esta carta á la señorita Amelia. Escuche usted. Empiece á contar desde uno en adelante, apenas salga de aquí... Cuando llegue á 50 entregue esta carta á su destino...

CRIADO.—Está bien. *(Queda indeciso).*

MARCELO.—Bueno, salga. Empiece á contar: uno, dos, sin apurarse, ¿eh?

CRIADO *(yéndose).*—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... seis, siete, *(se pierde la voz).*

MARCELO *(Saca el revólver y váse, foro)* siete, ocho, nueve,

diez... *(al llegar frente á la ventana cuya cortina ha corrido Elías se detiene espantado).*

ESCENA VII

TOMAS—VELASQUEZ—AMELIA—LEONOR

MARCELO.—(*Frente á la ventana*).—¡El arlequín! (*apunta con el revólver y dispara. Se rompe un vidrio*). (*Entran Velasquez y Tomás y lo agarran mientras él sigue disparando*).

VELASQUEZ.—¿Qué haces Marcelo? *(Le toman violentamente y él se resiste aterrorizado queriendo huir, esconderse. Sufre un breve ataque epiléptico*).

TOMAS.—Espérate *(al doctor)*. Háblele de su orquesta...

VELASQUEZ.—Escucha Marcelo. ¿Y tu orquesta?...

MARCELO *(Inconsciente)*.—¿Mi orquesta? ¡Ah! mi orquesta de flores?

VELASQUEZ.—Dime, Marcelo... Escúchame. ¿Has conseguido el arpa?

MARCELO.—¿El arpa? Sí... no... no... no... *(Dándose cuenta lentamente)*.

VELASQUEZ.—¿Qué flor era el arpa al fin?

MARCELO.—¿El arpa? ¡La Freiza Leitine! su perfume ténue... ténue, dá la nota del arpa. La he incluído en la orquesta. ¿Quieren oír mi orquesta? ¿Sí? ¿Quieren?

VELASQUEZ.—Eso es. Veamos. *(Marcelo váse entusiasmado)*.

MARCELO.—Esperen. *(Váse, y cierra la puerta tras de sí)*.

TOMAS.—¿Qué le parece, doctor?...

VELASQUEZ.—Veamos la última manifestación de su original locura y enseguida lo llevaremos á una casa de salud.

AMELIA *(De adentro)*.—Me ha enviado un papel en blanco y me pareció oír unos tiros... Creí que fueran en la calle.

(*Entran Leonor y Leandro*).

VELASQUEZ.—No tema usted. Le hemos quitado el arma...

LEONOR *(Indiferente)*.—Un tiro, ¿qué pasa?

LEANDRO.—Está loco... loco...

VELASQUEZ.—Silencio. Esperen! Esperen!!...

(*Marcelo corre las cortinas del foro desde adentro*).

ESCENA ULTIMA

TODOS

(*Aparece un invernáculo alumbrado con luz de luna. Las plantas en anfiteatro lucen toda suerte de flores, rojas, amarillas blancas, azules, etc. En el centro, Marcelo rodeado de macetas). (Se oye acordar instrumentos).*

LEONOR.—¿Qué hace?

VELASQEUZ.—Prepara su orquesta para la sinfonía que va á ejecutar...

LEANDRO.—Pero no se oye nada...

TOMAS.—¡Claro! qué se va oír! El solo oye dentro de su cabeza...

VELASQUEZ.—¡Silencio!

LEANDRO.—¡Y él dice que yo tengo la culpa! Está loco!...

MARCELO.—Atención... *(Se oye una lejanísima música).* Psit... psit... piano, pianísimo... Crescendo... lento... psit... psit... piano...

LEONOR.—¿Se diría que Marcelo está oyendo música de verdad?...

AMELIA.—¡Claro! el pobre en estos momentos cree que tiene una orquesta verdadera por delante.

MARCELO.—Forte, forte... piano... diminuendo...

LEANDRO.—Está loco, loco... *(se adormece).*

MARCELO. (*En éxtasis*).—Diminuendo ancora... piu... un sospiro... un sospiro...

TELON LENTO

NOTA.—El telón debe bajar imperceptiblemente.

ACTO TERCERO

ESCENA I

AMELIA Y MARCELO

(*Este demacrado con barba inculta. Amelia disfrazada de primavera conduce á Marcelo que se apoya en ella*).

AMELIA.—Siéntate aquí.

MARCELO.—(*La mira sombriamente*). Ah! Porqué estás vestida así?

AMELIA.—¿Acaso no lo sabes? Estoy disfrazada. Es carnaval! Te sientes mejor? Si supieras todo lo que he pensado en tí... durante tu ausencia.

MARCELO.—Pero me dejaron sólo en la casa grande.

AMELIA.—Fué por tu bien, Marcelo! Apenas te has mejorado te hemos traído aquí... entre los tuyos.

MARCELO.—Entre los verdaderos locos, mentirosos, falsos.

AMELIA.—No hables así. ¿Acaso dudas de mí?

MARCELO.—Dudar... dudar! Sí, dudo!!

AMELIA.—¿De mí?

MARCELO.—¡Te amo! ¿Y tú?

AMELIA.—Yo!

MARCELO.—¿Sí, tú? Y tú, Amelia! ¿me amas? ¿Serás tú

la única nota sentida que llega á mi vida muerta? ¿Serás tú la nueva esencia que transformará mi sangre? Serás tú el mesías de mi tranquilidad? ¿El amor será capaz de vencer á la locura? Oh! Amelia, ámame un momento, ámame durante el espacio de un suspiro...

AMELIA.—Sí, Marcelo... sí, te amo... porque eres desgraciado... porque eres grande, porque eres...

MARCELO.—(*Amoroso*). Deja que me mire en tus ojos (*la mira*). ¡Retírate! he visto en el fondo de tus ojos un Arlequín! Siempre él! Véte, antes de que engendremos nuevos Arlequines grandes... grandes... y chicos... más chicos... (*acciona como si viera arlequines gigantes y pequeños*). ¿Sabes? Las brujas de Macbeth me dijeron que voy á ser rey... y en mi reino no entran las flores como tú... (*Se aleja de ella con la mirada vaga*). Adios, Amelia... Adios... Por sobre tu cabeza ha pasado el ángel del amor... Agradece... que no se haya detenido sobre tu cuerpo ni un minuto. Yo seré rey del... más allá de la razón... Y tú vivirás... vivirás.. (*Váse lentamente*).

AMELIA.—No tendrá remedio! Ni el amor podría curarle! Hubiera sido inútil mi sacrificio!

(*Entra Leonor*).

ESCENA II

LEONOR — AMELIA (*disfrazada de libélula*)

LEONOR.—¿Todavía no ha venido el cochero?

AMELIA.—No te impacientes...

LEONOR.—Tengo que mandarlo á la casa de la modista... Este corselete no está bien ajustado. ¡Me hace un talle! Vaya una libélula para volar por encima de los pantanos! Como dice Marcelo!

AMELIA.—No tienes necesidad de incomodar á la modista. Véamos si yo puedo!

LEONOR.—Ha sido una mala idea la de Tomás, de hacer venir á Marcelo á casa, tan luego en esta época.

AMELIA.—En el sanatario se moría lentamente. Luego, desde hace diez meses no ha tenido ninguna manifestación peligrosa...

LEONOR.—Al menos lo hubieran traído después de Carnaval... Escucha Amelia! Tengo el presentimiento de que va á pasar algo grave.

AMELIA.—Esas son aprensiones ridículas... En qué te fundas para suponer eso?

LEONOR.—¿Lo has observado á Marcelo?

AMELIA.—¿Qué has notado en él?

LEONOR.—Siempre sombrío! Se pasea como en una jaula. No pide nada, pero busca algo...

AMELIA.—Está convaleciente, nada más... Tú deberías consolarlo. Tienes el deber de hacerlo!

LEONOR.—Oh!, si fuera cuerdo; pero, atender á un loco que siempre me está diciendo disparates...

AMELIA.—Creo lo contrario. Lo poco que habla lo hace con bastante juicio. Hace días cuando discutíamos los trajes que debíamos llevar en el corso, él fue el de las mejores ideas.....

LEONOR.—Sí! á mí me dió el de libélula.

AMELIA.—A mí de primavera... á tío de Arlequín...

LEONOR.—¿Qué empeño tenía en que tío Leandro se disfrazara de Arlequín...?

AMELIA.—¿Para qué llevarle la contra? Se hubiera enfurecido. Luego, al viejo le gustó la idea, le pareció original hacer de Arlequín embriagado.

LEONOR.—Oh! estará en su papel, admirablemente.

(*Entra Tomás*).

ESCENA III

DICHOS — TOMAS — CRIADO

TOMAS.—Estoy desconocido, ¿verdad? Un director de orquesta, ni Toscanini! Hace un momento me vió Marcelo y se ha reído silenciosamente. Seguramente recuerda su pasada locura de la orquesta de flores! El que está notable es tío Leandro! Hace un arlequín impagable. Lástima que ha bebido ya lo indecible. Será un arlequín en carácter...

LEONOR.—Se dormirá en el coche...

AMELIA.—Ojalá se durmiera antes...!

TOMAS.—Oh! casi seguro.

CRIADO.—Señores, el coche está en la puerta.

TOMAS.—Pero es temprano todavía...

LEONOR.—No, salgamos ahora. Haremos una recorrida por todo el corso á trote largo... ahora que no hay coches...

AMELIA.—Eso es!... Llama á tío...

TOMAS.—Bueno, voy á buscarlo... (*Mutis*).

LEONOR.—Eso de dejar sólo á Marcelo...

AMELIA.—Están avisados los criados, y el doctor Velasquez lo ha visitado hoy sin hallarle nada de anormal!

TOMAS.—(*Entrando*). Se ha dormido en el diván de tu cuarto de *toilette*... y no hay quien lo despierte...

LEONOR.—Bueno, dejémoslo. Nos iremos sin él.

AMELIA.—Lo vendremos á buscar de aquí á un rato. Cuando el corso esté en lo mejor!

TOMAS.—Eso es, el sueño le vendrá bien... Vamos...

(*Se colocan los antifaces*).

ESCENA IV

DICHOS y MARCELO

MARCELO.—Ah! (*Va á huír asustado*).

TOMAS.—Qué tal Marcelo? (*Se quitan los antifaces*).

MARCELO.—Ah! la libélula... vuela... siempre vuela... no te detengas jamás, tú ya has muerto...

AMELIA.—Marcelo ¿qué tal estoy?

MARCELO.—La primavera gentil... Tú eres mi delicia, mi aroma de flores nuevas, mi canto de pájaros silvestres. Contigo, la selva de mi vida hubiera sido un paraíso... (*á Tomás*). ¿Y la órquesta?...

TOMAS.—Ahora voy á dirigirla...

MARCELO.—Me han robado mi orquesta de flores... Ahora tiene otro Director. En fin... Yo no servía! y los que mandan me la quitaron. Pero escucha... Tomás ¿lo oyes? Jamás las flores te obedecerán como me obedecían á mí.

LEONOR.—Bueno, vamos que se hace tarde...

MARCELO.—Siempre apurada por volar... Vuela... vuela...

AMELIA.—(*á Tomás*). ¿No habrá peligro?

TOMAS.—(*á Amelia*). No, su manía es tan tranquila! (*toca el timbre*).

MARCELO.—Me voy á dormir... Sobre mis ojos pesa un sueño de cien mil años! Tengo una mina de oro en la cabeza que nadie podrá explotar nunca... Adiós eh! Las brujas de Macbeth... me dijeron anoche que iba á ser rey... ¡Están locas!... (*se ríe plácidamente y se duerme*). (*Aparece el criado*).

TOMAS.—Vigile que no salga. No lo deje solo un momento.

CRIADO.—Está bien! vigilaré...

LEONOR.—Vamos...

(*Vánse. Mientras Marcelo se adormece, se oye interiormente, pero muy lejos una orquesta de comparsa que pasa y se aleja. — El criado se sienta junto al balcón, pero entra una mucama y le habla al oído como invitándolo*).

ESCENA V

CRIADO — MUCAMA — MARCELO

(*Marcelo está adormecido en la chaise longue y el criado junto al balcón. La mucama que entra sigilosamente.*

MUCAMA.—(*Hablando muy despacio*). Venga Ramón, están jugando en la azotea... Hace falta Vd. Llueven los baldes de agua.

CRIADO.—No puedo ir. Tengo que cuidar al loco.

MUCAMA.—(*Mirando á Marcelo*). Pero si duerme como un bendito. Vamos, no sea porfiado. Un ratito nada más. (*Le toma del brazo y lo arrastra*).

CRIADO.—(*Forcejeando*). Pero... ¿Y si hace alguna barbaridad? ¿Quién será el responsable?

MUCAMA.—Ave María, si el pobre está sosegado. Venga y no se va á arrepentir.

CRIADO.—Bueno. Ah! Cerraré las puertas. (*Cierra la de calle con llave, y se la guarda*). Ahora... (*Mirando á Marcelo dormido*), no se despertará... Vamos! (*Vánse alegremente*).

Marcelo queda solo en escena largo rato dormido; luego se despierta.

MARCELO.—Ah! ¿Quién me llama?... Eh! me llaman!... ¡Si estoy solo! Sin embargo se diría que... ¿De dónde? Ah! De la estantería... Sí... sí, ya voy! La llave... ¿Dónde estará la llave?, (*apurado*) no está (*rompe la cerradura*)... Al fin!!... El! Era él (*saca el Arlequín y lo coloca sobre la mesa.*) ¿Qué querías?... ¿Porqué me llamabas? ¡Habla, te escucho!... Siempre así... Siempre esa risa burlona, siempre ese silencio insultante... Contesta á una sola pregunta. Una sola... ¿Porqué has bebido durante toda tu juventud? (*Pausa*). Habla, te duele el contestar, lo sé, lo sé... (*Amenazador*). Si yo supiera que tú eres mi padre, te arrancaría el alma á pedazos; si fueras tú mi padre, te destrozaría esa nariz colorada de borracho. Ay de tí! el día que me digas con tus propios labios que eres tú... que yo oiga tu voz! Ay de tí!... (*Pausa*). Ahora hemos charlado demasiado. Vuelve á tu cueva... hasta el día en que te toque mi juicio final!... (*Lo guarda*). No se puede cerrar... se me va á escapar... (*Amontona sillas y mesas*).

(Aparece Leandro disfrazado de arlequín en el umbral de la puerta derecha). (Marcelo ve á su padre y queda estupefacto)

ESCENA ULTIMA

MARCELO—LEANDRO—LUEGO ELIAS

MARCELO.—¡Ah! sí... ya lo decía yo que te ibas á escapar...¡juegas al escondite! ¡Te burlas de mí! ¿No quieres estar encerrado? ¡Bueno! ¡Al fin te has convencido que debes hablar! Bueno. Siéntate. ¿Qué esperas? (*Leandro se sienta*).

LEANDRO *(Estirándose)*.—Uff!

MARCELO.—¿Hablas ó no? *(Le observa dudando quien es).*

LEANDRO *(Bosteza).*

MARCELO.—¿Te aburres, nó? Contesta, dime, ¿quién eres tú?

LEANDRO.—¿Yo?

MARCELO.—Sí, tú!

LEANDRO.—¡Tu padre!

MARCELO.—¡Tu, mi padre! Entonces era cierto... que eras arlequín. (*Va á estrangularlo y se detiene*). Me engañaba yo... no... no... Repítelo... Repítelo...

LEANDRO.—Sí... si, soy tu padre...

MARCELO.—¡Ah!! si... *(observándole)*. ¡Mientes! mientes!! Eres un arlequín! nada más que un arlequín! Nada más! Contesta. ¿Eres mi padre ó un arlequín? *(Le mira el traje)*.

LEANDRO.—No ves, tonto, que soy un arlequín.

MARCELINO *(Convencido, riéndose)*.— ¡Ah! ya lo decía yo... ya lo decía yo!...

LEANDRO.—Me voy...

MARCELO.—¿A donde?... ¿A donde?

LEANDRO.—Al corso, al carnaval!

MARCELO.—¿Todavía? Todo el año, toda tu vida en eterno disfraz y hoy, pretendes irte, dejarme sólo.

LEANDRO.—Quiero irme al carnaval...

MARCELO.—¿Quieres irte de verdad?

LEANDRO.—Sí...

MARCELO. — Bueno. Te irás! entre tus iguales. Espera! (*Abre de par en par los balcones. Se oyen los mil ruidos del corso, sonidos de trompetas, tambores, cascabeles. Se cruzan serpentinas*) Mira. Mira como se burlan de tí! (*El público aplaude y tira serpentinas al balcón*).Véte! Véte!... (*Lo precipita desde el balcón á la calle. En seguida cesa el barullo y se oye un ¡Oh! general y una voz de mujer que grita ¡Auxilio! ¡Auxilio!! Marcelo cierra el balcón inconscientemente y se vuelve tropezando con Elías que aparece sonriéndose tranquilamente*). (*Se oye muy lejos una orquesta que se aproxima*)...

MARCELO.—Elías, Elías, tú aquí! ¿Qué deseas? ¿Por qué te ríes? Dime, Elías! *(Cada vez más exaltado)*. ¿Por qué te ríes?. *(Lo toma violentamente)*. Ves, también me has hecho reír á mí *(se ríe)*. *(Con alegría)*. Hemos vuelto á nacer! Elías, somos libres! *(Mirándole desesperado en los ojos)*. Pero el arlequín vive.... vive siempre. (*Le cubre los ojos con las manos y luego presa de un súbito cariño lo ampara contra su pecho y quedan ambos sonrientes oyendo la orquesta que pasa por debajo del balcón. Marcelo lanza una carcajada jovial mientras estrangula á Elias, el cual deja caida la cabecita, sin que aquel se dé cuenta de lo que ha hecho. La orquesta toca fuuerte debajo de los balcones. Marcelo rie más fuerte aún!*

TELÓN RAPIDISIMO

RECOJETE A SOÑAR

Mon Ame est une infante.....
(Albert Samain)

Recójete á soñar, recójete, alma mía
en el doliente parque de tu melancolía.
Como la dulce amada que en tus ensueños viste,
pasea tus nostalgias en esta noche triste
que el otoño decora con el sencillo encanto
de una plegaria llena de inquietud y de llanto.
Sé que llevas, cautiva de un dolor enemigo,
el oro de tu ensueño por dueño y por amigo.
Yo sé cómo en la sombra de una noche angustiosa
comulgan en tu alcoba el ciprés y la rosa:
el ciprés que es dolor, la rosa que es ensueño,
ambos deforme espectro de un infinito sueño.

Recójete á soñar, recójete, alma mía
en el doliente parque de tu melancolía.
Hay una vaga forma—blanca de luz de luna—
que asoma á tus verjeles riente é importuna.
Oh!, no te asombres: mírala!.. .Tú lo sabes: es Ella
con algo de Caín y algo también de estrella.
Como un enigma, rojo de sangre de donceles,
ríe su intacta boca, opulenta de mieles.
En sus amables manos de albura nazarena,
tuvieron paz mis ojos y tuvo paz mi pena.
Levemente prolonga un lirio, aquellas manos
olientes á perfumes de cármenes lejanos.
En sus ojos, extraños como el alma de Poe,
está Salomé y están la Salumita y Cloe.
Ella es así: diversa, cruel é infinita,
como un reir alegre, como un llorar maldita.
Sabe adorar á veces y sabe los delirios
de dos almas que se unen como dos blancos lirios;
pero, mundana y frágil, no sabe de Lucía
ni de Chopin, y con la cruel ironía
de la marquesa Eulalia, contempla indiferente
como un invierno de alma va nevando mi frente.

Recójete á soñar, recójete, alma mía,
en el doliente parque de tu melancolía.
Márchate á ese país tan vago y tan lejano
que en la bruma se pierde. Allí un amor hermano
y un sonreir de rosas floridas á la vera
de tu senda te harán vivir, que es la quimera
un bello país donde eternamente enseña
la juventud su risa más clara y abrileña.
Aduérmate la dulce endecha de la brisa,
galana como un beso que fuera una sonrisa;
escúchense en tu parque las músicas azules
y melodicen juntos alondras y bambules.
Une al gayo soñar el meditar sesudo,
al verbo leve y grato, el verbo grave y rudo.
Busca en las sabias fuentes del intelecto ajeno
ensalmo y paz que sean exentos de veneno;
hay un celeste libro de páginas de armiño
donde perpétuamente leen el viejo y el niño.
Y no harta ese leer. Dicen que lo escribió
Tomás de Kempis y al terminarlo vió
en él su alma tan grande y tan pobre la vida,
que halló la mejor senda, la que es senda escondida.
Retempla en él tus fuerzas, cobra virtud en él:
cava hondo en la colmena, honda es la buena miel.

Y en uno de esos leves ponientes otoñales,
lánguidos como un rezo de voces conventuales,
se llenará tu parque de buenas alegrías
como aquellas — ¿recuerdas? — de tus mejores días.
Y sentirás de nuevo las tímidas congojas
de los cabellos rubios y de las bocas rojas.
Y aquel ritmo encantado de un poema extinguido
entre un beso y un llanto del corazón herido,
será el alma que anime otro verso tan fuerte
como la vida y como el dolor y la muerte,
porque será el alma de tu primer idilio
venida en los crepúsculos dorados de tu exilio.

Recójete á soñar, recójete, alma mía
en el doliente parque de tu melancolía.

ARTURO PINTO ESCALIER.

HILANDERA MOCETONA

Hilandera mocetona
que en los verdes campos hilas,
alivia tu rueca y deja
que yo alabe tus pupilas.

Y esa trenza, toda negra,
y esos labios, todos rojos,
dulce granada que agrava
la languidez de tus ojos

Yese busto que se cimbra
al compás de tus caderas,
cuando tornas en las tardes
apriscando tus quimeras

Y esos piés tan menuditos,
y esas uñas sonrosadas
que parecen raras gemas
en tus dedos engarzadas.

Hilandera mocetona
dame tus labios y deja
que soñando con tus besos
yo devane la madeja;

Y oiga la voz de tu boca,
fresco manantial que achaca
los olores de su aliento
á la malva y á la albahaca.

Hilandera de estos campos
donde pacen las ovejas,
y los pastores comentan
sus leyendas y consejas;

Dulce hilandera que cuentas
sin un solo desengaño,
quince manzanos floridos
uno por uno cada año.

Hilandera montañesa
aproxímate y escucha,
cómo en mi alma la amargura
con tus dulcedumbres lucha.

Hilandera mocetona,
sueño de amos y zagales
alivia tu rueca y deja
espacio á mis madrigales.

ARTURO PINTO ESCALIER.

Mojos (Bolivia)

ALBERTO INSUA

Don Quijote en los Alpes—En tierra de santos—La hora trágica.

La juventud no es un obstáculo para la serenidad del juicio, para la rectitud del pensar, pese á ciertos dómines de atrasado entendimiento que se empeñan en establecer límites y formular reglas, argumentando sobre los datos de una fé de bautismo. Ni la juventud ha de ser un obstáculo, ni la vejez una garantía. Cerebros viejos hay que han venido chocheando sin variación desde que nacieron y otros llegados á la senectud con la misma vitalidad asombrosa del momento en que echaron á andar por la vida. Ni juventud ni vejez deben de ser tenidas en cuenta cuando de analizar una obra intelectual se trata. ¿Qué puede importarle al transeunte que detiene sus pasos ante el escaparate de una librería, saber si ese libro reciente aplaudido ó censurado por las críticas que supieron despertar su atención, tiene veinte ó sesenta años?

Naturalmente, más tarde, cuando la curiosidad del momento haya encontrado satisfacción en la lectura de la obra, si de un producto literario se trata, la investigación formal podrá favorecer en mucho la mejor comprensión de la misma; y la edad, el carácter, las condiciones particulares del vivir de su autor, podrán explicar y comentar las características individuales notadas en la obra. Pero, ese trabajo personalista, sólo tendrá razón plausible y eficáz después del análisis hecho sobre la producción intelectual, abstractamente de todo y cualquier otro fin.

Decir que un autor es joven, servirá sólo para hacer sobresalir más y más las excelencias notadas en su trabajo; en ninguna manera deberá anticiparse tal detalle que en algunos casos podría llegar á constituir una especie de disculpa hácia los errores y las deficiencias que pudieran notarse. Decir que es viejo, y decirlo también antes de que el juicio imparcial haya podido pronunciarse, equivaldría á guarecer averiado producto bajo la bandera protectora de un respeto incomprensible en la vida de la inteligencia.

Por otra parte, esos detalles sobre la vida particular de los autores, no agregan nunca un átomo de comprensión á lo que

pueda ya haber dicho el juicio crítico, cuando hecho con seriedad y reposo. Explicarán, comentarán los aspectos fugitivos de la vida del hombre; dirán la transformación de las emociones particulares en sensaciones artísticas; detallarán la labor del crisol cerebral en sus funciones psicológicas; pero no pondrán un sólo átomo de eficaz comprensión sobre la obra, que necesita pasar, y pasará, con sus defectos y cualidades, envuelta en lo que de incompleto, misterioso y vago haya dejado en ella la mano, inhábil ó descuidada, del autor.

El detalle de la anécdota es una exigencia de ese huero snobismo que llevaba á muchos cerebros enfermos, allá, por el año 90, á envenenarse con ajenjo, para aparecer tan poetas como Verlaine ante un público igualmente imbécil; es una de las tantas características de la estúpida divulgación de las cosas privadas de los intelectuales, en la exigencia grosera de la turba de imitadores que siempre suelen comenzar por lo malo.

A nadie importan los detalles de la vida de un autor, si se le aprecia artísticamente como crítico y no como hombre; los detalles biográficos no tienen nada que ver con el análisis crítico, ni las menudencias incidentales aumentan el valor de lo principal.

Ni lo jóven por ser jóven, ni lo viejo por ser viejo, merece aplausos ni censuras. En último caso, la obra de arte, desprendida de las exijencias tontas en que se apoyan nuestros interviuvadores, solamente sobrevive cuando tiene elementos de vida en sí misma, no en las particularidades de quien la concibió. La obra de arte valdrá, si ella es buena, por ser como es y no de quien es.

Tales reflexiones me las sujieren ciertos comentarios escuchados sobre la obra de Alberto Insúa, de quien, como el mayor de los elogios, dícese que es muy joven. Recojí este detalle despues de haber leído con verdadera fruición sus dos principales obras, "Don Quijote en los Alpes" y "En tierra de santos". El detalle fué un comentario agradable á mi espíritu, porque ví doblemente garantizadas las excelentes dotes de novelador moderno descubiertas en el autor desconocido. Pero, en el fondo, en lo íntimo, ni aplaudí ni censuré; hecho estaba el juicio y hecho permaneció. Alberto Insúa joven, valía tanto como si hubiese tenido sesenta años. El novelista permanecía siendo el mismo en la mudez elocuente de las blancas páginas donde las letras muertas decían de toda una agitación espiritual muy digna de ser tomada en consideración.

Alberto Insúa, cuando publicó su libro "Don Quijote en los Alpes", recibió el dictado de "amateur" con que le obsequió gratuitamente alguno de estos nuestros plumitivos que han hecho de la rumiación intelectual un oficio. "Amateur"

se le dijo, sin duda para amenguar el éxito, para reducir á límites fijados por la envidia característica entre los hombres de pluma, ante ese éxito espontáneo, vibrante, raro en este tiempo.

El defecto de Insúa era el de tratar cosas graves en estilo ligero, leve, sin petulancia de citas, sin gravedad de aspirante á la Academia, sin el necio empaque de esos mocitos á lo González Blanco, los del estilo amazacotado y de la idea diluída. Era leve, gracioso, fácil; arduos problemas no merecían que arrugara el ceño y meditara en grave actitud filosófica; pasaba por encima de todas las reglas de la tradición literaria con la sencillez de un hombre acostumbrado á los ajetreos del mundo y á quien nada merece un gesto de asombro.

Viajaba, leía, estudiaba; conocía á Amiel y se daba el lujo de seguir sus huellas intelectuales... Motivos todos para que se le mirara con desdén, aquí y allá, (quiero juntar por un instante aquel ambiente del rancio Madrid y este del novísimo Buenos Aires), aquí y allá, repito, donde no se estudia, ni se viaja, ni se lée, ni se sigue á nadie,—como no sea á Nietzche (sin conocerlo) y solo por lo del "nada es verdad, todo es permitido".

"Don Quijote en los Alpes", bajo su apariencia ligera, de cosa superficial y vaga, oculta más enjundia espiritual que esos libros pesadotes de las grandes bibliotecas y de las grandes reputaciones. Un espiritu de artista cuenta sus aventuras en una casa de pensión, critica luego á los críticos de Amiel, profundiza después en el alma femenina, y vuelve á Amiel, presentándonos al dulce filósofo ginebrino en el detalle de su vivir, en la paz democrática de su pueblo, ayudando á analizar su obra genial de incomprendido.

Las ideas fluyen con facilidad de la pluma del nuevo escritor, todavía incontaminado del oficio de las letras. Tal descripción "vive" á nuestros ojos como si el libro fuera una puerta que se abriera sobre la realidad; tal imágen perdura con carácter de inextinguible sobre la opacidad general de la vida contemporánea; tal pensamiento se graba en nuestro espíritu y allí vive, incorporado ya á nuestra propia manera de ser. El autor, inhábil todavía si se le considera desde el punto de vista de la regla literaria, tiene la habilidad de lo nuevo, el encanto de lo inusitado, y las páginas de su libro constituyen un verdadero cinematógrafo de ideas, por donde desfila en rápido andar la psicología característica de esa gente del norte europeo, tan diferente de la meridional. De mí sé decir que basta con las pocas páginas en que Insúa describe el Museo Rath, la librería Richard y la biblioteca Cantonal, ó aquella en que se ocupa del asunto de la separación de la iglesia y el estado, para comprender y conocer el espíritu de ese pueblo sui-

zo, metódico y ordenado, uno de cuyos poetas concibió la idea de llevar al Ingenioso Hidalgo á ascender los Alpes, vengando á las gloriosas montañas de las presencia bufonesca del odioso Tartarín.

Amiel aparece en el libro de Insúa como en un retrato al agua fuerte, perfectamente delineado, con todos sus rasgos físicos y morales visibles á todos, presentando el más grande de contrastes con esa moderna moda de la fotografía, sin expresión y sin relieve, que ha salido ya de los límites de la persona para entrar en el de la obra. La crítica del día, hecha de frases y repleta de lugares comunes, ignora el arte de poner en relieve las condiciones particulares de cada autor. Estudia las obras sin cariño y las personas sin simpatía. Posa ante ellas con la indiferencia mecánica del objetivo fotográfico. Y la crítica requiere ese detallismo personal del pincel ó del buril, no la generalización grosera del rayo de luz que sensibiliza una placa.

Alberto Insúa procede en esa forma cuando estudia á Amiel. Detalla primero las anotaciones dejadas al margen del "Diario íntimo"; pasa en revista los críticos todos que de Amiel y su obra se han ocupado; va luego á conocer los lugares en que vivió el filósofo y las personas que durante su existencia le acompañaron y así, gradualmente, observa, estudia, compara, y cuando en su mente se ha formado ya un juicio definitivo sobre el dulce filósofo, pasa á conocer sus intimidades, y en amables divagaciones, en compañía del buen discípulo, M. Blanchier, recorre los paisajes espirituales en que el gran hombre se movía.

La vida sentimental del maestro, pura y sin tacha, lejos de la tentación mundana, como un anacoreta; su timidez frente á la masa de indiferentes que le observaban y analizaban, escondiendo su personalidad propia en el encanto fútil de la vida trivial; su temor al público; su tristeza poética; su patriotismo, su amor á Ginebra, á sus paisajes, al Saléve sobre todo... Amiel "vive" en las páginas de Insúa, en ese libro que bien pudiera considerarse como un comentario á la obra toda del insigne ginebrino.

Y vive Amiel, como vive Ginebra, y como viven todos los personajes del libro; porque el autor no ha tenido la pretensión de hacer un libro serio, un libro grave, un libro de erudición. Ha hecho una obra fácil, sencilla, espontánea. No se ha dejado contagiar por el mal del eruditismo que tantas víctimas hace entre la juventud; ha pasado, olvidándose de sí mismo, para decir con ingenuidad y sencillez el encanto de una vida agradable, sin torturas morales que agobien y postren.

Proviene esta manera de proceder de un criterio verdaderamente personal mantenido por el autor. Insúa no es un es-

critor de oficio, productor de volúmenes; no es tampoco un "amateur" en el sentido corriente de la palabra, un "pruébalo todo", un hombre que hace libros como pudiera sembrar en un campo ó producir en un taller.

El nos dice: "Yo he pensado siempre que ser escritor es ser lo más grande sobre la tierra. Toda la vida es un espectáculo para el artista que la contempla. Los hombres y sus pasiones *quedan*, y no son cosas fugitivas, porque el escritor las narra, las comenta, las hace perdurables. Hay en todo lo que vive y muere, en los hombres y en las cosas, un secreto afán de marcar huella, de vivir más, de poner tras de sí el rastro luminoso del recuerdo. Y es el escritor, el alma noble y caritativa que hace posible esta ambición." El escritor es, pues, el hombre que fija de manera indestructible los aspectos pasajeros del mundo, las formas transitorias de la vida. No es él quien ha de deslizar á flor de piel, rozando apenas la superficie de la tierra, para recoger los frutos ya producidos; va, más á lo hondo, más á lo verdadero y entraña en lo íntimo de la vida para que su esfuerzo tenga una futura recompensa. Es el escritor útil de que se habló durante largo tiempo en interminables polémicas, el hombre que al escribir tiene un propósito como fin, ideas como medios y voluntad como elemento.

En la forma en que se ha movido para estudiar la personalidad de Amiel, hallaremos el gérmen de su acción como novelista, hombre de tendencias románticas moviéndose en un medio sentimental.

En tierra de santos, segunda obra de Insúa, comienza esa historia de un escéptico, en la que se pretende describir un estado característico del alma española, uno de esos aspectos de la abulia nacional en que se halla detenido y aprisionado el viril entusiasmo predominante otrora. El protagonista de esa novela. Alfredo Sangil, pretende ser el Quijote vencido de un desaliento íntimo, el hombre noble y generoso á quien un atavismo devastador ha impedido ser el guerrero combatiente de una bella causa. Toda su espiritualidad fracasa en la negación—algo exagerada para el lector de hoy, acostumbrado al vaivén de la lucha—de una vida que se reconoce sin alientos para el combate. El otro personaje de la obra, el amigo Bermúdez, tipo completamente opuesto, es la encarnación de un Sancho sui géneris, un buen epicurista que se complace en las amables satisfacciones de la vida material, pero á quien no faltan, humanizándolo y haciéndolo digno de nuestro tiempo de inquietud y de angustia moral, un noble ímpetu de amor á la vida y de entusiasmo redentor. Bermúdez, realmente es el verdadero protagonista de la obra, porque es el único que vive.

Sangil es el hombre que ha leído todos los libros y gustado

de todas las carnes. Moralmente es un hastiado de la vida fácil, un señor de Phocas menos parisién, más meridional, más enamorado de unos ojos verdes y de unos labios rojos. Ensimismado, lleno de ese tedio desconsolador que es el purgatorio moral de los grandes gastrónomos de la vida que pasa, Sangil, huye á Avila, la mística ciudad de los santos de la tierra castellana, ante cuyas murallas parece haberse detenido el progreso. La vieja ciudad de Teresa la santa, le envuelve en sus nieblas y á poco va cayendo en la dulce paz renunciativa del pastor Quijótiz, de la que saldrá más tarde cuando llegue la vida, fulgurante y bella en los labios rojos y en las siempre verdes pupilas de la muy amada Luisa.

El enredo de esta novela es muy sencillo, pero su encanto no reside en él sino en la forma amena, suave, de los diálogos; en el pensamiento titubeante de Sangil, en la frase ruda y verídica de Bermúdez, en la indecisión de Ruiz-Prieto, en el desolador renunciamiento del buen señor Batalla, en la descripción rápida de muy bellos paisajes en los que vive y palpita todo el trágico abandono de la ciudad beata.

El escepticismo de Sangil es el escepticismo elegante de una gran parte de la actual generación, en el que entra por mucho la facilidad de una vida económicamente asegurada. El escepticismo está de moda por la sencilla razón de que es un patrimonio de las clases bien acomodadas; ser escéptico es casi afirmar que se poseen medios de fortuna. No puede ser escéptico el trabajador manual á quien la rudeza de la vida lleva á combatir sin tregua, buscando los medios necesarios para poder sustentarse en la cruel agitación del vivir contemporáneo. Sólo pueden ser escépticos y meditar filosóficamente sobre las tristezas de su vivir los que disponen de medios holgados para ello. Sucede en lo material de la vida lo mismo que en lo intelectual; el escepticismo literario es una señal de buen tono, quiere decir que se ha vivido, pensado, sufrido mucho; es la característica de los maestros y la señal de los principiantes, aquellos por convencimiento, éstos por imitación. De ahí la preponderancia del estilo escéptico, como si nuestra vida ya no tuviera las bellezas, los encantos que la hicieron aceptable y codiciable un día. Hoy se comienza escribiendo escépticamente y viviendo como un escéptico; aquello por adquirir tono autoritario é imponerse con mayor facilidad, esto porque levanta y dá la sensación de un hombre que ha gozado de la vida, lo que constituye siempre un signo de aristocracia y de superioridad material.

La aventura de Sangil en Avila, su enamoramiento con la hija menor de Batalla, predestinada desde mucho atrás á la unión espiritual con Jesucristo, es uno de los tantos desfallecimientos morales en que sucumben los espíritus nuevos,

cuando de la vida no han saboreado el suave goce de la creación propia. Todo aquel que no ha creado ignora el sacrificio generoso de la defensa, la aventura grata al espíritu de mantener lo que á costa de sangre propia se ha hecho surgir de la nada. Por esto veremos que la mayor parte de los escépticos, hombres que no conocen la creación y que no tienen por lo tanto el imperioso deber del sacrificio, ríndense al menor esfuerzo dejándose llevar por la corriente de las cosas. Escepticismo llaman ellos á esta manera de encarar la vida; cobardía, más bien, inepcia para la lucha, incapacidad del sacrificio. Sangil no es un escéptico sino un inútil; su falta de "amorosidad" junto á Luisa es una prueba de esa debilidad de espíritu.

No es el escepticismo la cualidad de los hombres fuertes, pletóricos de vida, rebosantes de energía; en lo social y en lo literario es patrimonio de viejos y de jóvenes,—en lo vital es patrimonio de los hombres fracasados, de aquellos á quienes la crueldad de la lucha les ha herido muy hondo, insensibilizándoles para siempre. Los fuertes, los que viven por amor á un ideal en el que la vida se concreta, ignoran el escepticismo, forma de la duda, máscara de la negación, símbolo de la cobardía moral y de la impotencia física.

Así, también, en la obra de Insúa, todos llevan á cabo la regularidad de una vida paciente, laboriosa, cumpliendo su destino; sólo Sangil es la planta parasitaria que de todas esas vidas se alimenta, pues vive de sus errores, de sus engaños, de sus aciertos, esperanzas y quimeras, argumentando filosofías sobre la base de todo ese ajetreo de vida en ue los demás se mueven.

Sangil es el puro escéptico, el indolente ensoñador que carece de las energías que conducen á la acción, el hombre que en uno de esos arrebatos decadentes se postra para dejarse morir, levantándose sólo al imperio de la carne, pues estos hombres escépticos, fríos y desengañados, suelen ser unos pobres sensuales, ardientes amadores del vivir fácil...

Después de "En tierra de santos", se ha dado á la publicidad "La hora trágica", segunda parte de esa "Historia de un escéptico".

Al terminar la lectura de la nueva novela no puedo menos que detenerme con asombro y pensar si no habrá un engaño en la manera de encarar el asunto, y si yo mismo no seré víctima de una equivocación lamentable...

"La hora trágica" es el momento en que el escéptico Sangil, herido en lo hondo de su sér por una injusticia ante sus ojos cometida, viendo caer muerta á sus piés á la bella Amparito, su amante, deja que la bestia adormecida recobre su vigor natural y á su vez hiere de muerte al asesino, un pobre muchacho arruinado por la insaciabilidad de la tiplecilla. La "ho-

ra'' es, pues, el momento en que la acción vuelve á apoderarse del escéptico.

El carácter de Sangil en la nueva obra pierde la escasa consistencia con que se nos aparecía en Avila; se esfuma y pierde, borrosamente, como una imagen que se disipa. Tanto escepticismo le ha querido acumular el autor que á la postre ya no resulta escéptico. El distinguido crítico español señor Gómez de Baquero ha dicho que Sangil no era más que un majadero. Y, en verdad, cuando le vemos dudar en casos triviales de la vida cotidiana, titubeando en todo y por todo, no se le ocurre al lector que ese sea un hombre escéptico, sino un infelizote á quien el menos vulgar de los sentidos, el sentido común, falta en absoluto. ¿Por qué todas esas vacilaciones, por qué todas esas dudas ante lo que no requiere ningún esfuerzo? El autor no lo dice, puesto que las explicaciones del mismo Sangil no pueden ser aceptadas como tales ante el desmentido de sus propios hechos. Dícele Sangil á Bermúdez que él es un fatigado de la vida que vivieron sus padres y eso que pudiera llegar á ser una encarnación, algo así como un simbólico resumen de la vida contemporánea española, no es más que una frase sin sentido dado el carácter de Sangil. ''Mi talento es para mí solo'', exclama algo más lejos; pero, el caso es que el decantado talento de Sangil no aparece en ninguna de las páginas de la nueva novela, sucediéndole á Insúa lo que á la mayor parte de los escritores cuando se empeñan en pintar tipos elevados sobre el término medio de la comprensión general. Y recordamos á este propósito algunas obras en las cuales debían intervenir tipos superiores, casi superhombres, y que al abrir la boca han dejado escapar las mayores sandeces.

''Sangil es un hombre á quien todo le da lo mismo,—dice un crítico madrileño al ocuparse de ''La hora trágica''. Hay ocasiones multiplicadas en estos libros en que el lector gustaría infinitamente de encontrarse para hacer lo que á Sangil le sería tan fácil. Sangil no lo hace; permanece insensible á los halagos de la suerte, deseando á veces una cosa y no decidiéndose á dar el sencillo paso necesario para conseguirla; empeñándose otras en acciones que le repugnan sobremanera y de las que no huye por esa misma inercia recrudecida que lo caracteriza. Esto llega á ser tan desagradable y excita de tal modo al lector, que más de una vez siente la necesidad imperiosa de gritar al personaje que haga esto ó lo otro, y de llamarle tonto al propio tiempo. Exactamente lo mismo que nos sucede al presenciar la representación de un ''vaudeville'' en que todas las complicaciones provienen de que un señor no se entera de nada.''

La tragedia final, la muerte de Gerardo en el camarín de Amparito, es un caso vulgar de crónica policial, y en él se de-

muestra una vez más el carácter indeciso, vago, del protagonista que en un arrebato nada escéptico da muerte al amante despreciado. Una vez en el hoyo los muertos, Sangil vuelve á los brazos de Luisa, que con Bermúdez corre á su lado, olvidando el abandono y el desprecio de que fué objeto.

Luisa es la única persona de carácter moral que aparece en la obra, porque hasta el mismo Bermúdez se encanalla, y en compañía de Pinín,tipo que se nos dice real—recorre todo el Madrid inmundo, en una sucesión de escenas que llegan á producir cansancio y hastío.

Nada más lejos de mi ánimo que la antiga tradición moralizadora de la obra de arte. Pero, si las novelas de hoy no deben terminar, obligatoriamente, con el triunfo del bueno y el castigo del malo, no debemos incurrir tampoco en lo extremo de la inmoralidad preconcebida.

El título primitivo de "La hora trágica", y con que fué anunciada esta obra, era "La vida en Madrid". Esa modificación es un acierto, pues las aventuras de Bermúdez y Pinín no tienen nada de común con la vida en Madrid, sino con su mala vida.

No desearía ver en esa obra la mojigatería grotesca de los autores de ayer; pero tampoco ese preconcebido afán de hacer pornografía que hoy comienza á invadir las letras. Hay que tener en cuenta que una cosa es el vigor masculino, el imperio de la carne, la exhuberancia de la vida, puesto en una obra de arte, como hacía Zola, y otra cosa es el empeño de pintar pornográficamente detalles de la mala vida en los grandes focos de civilización é inmundicia, como hacen los Willy en Francia, los Trigo en España, y cuyas huellas parece querer seguir ahora el novelista nuevo que trazó las páginas de "El discípulo de Amiel".

Los errores cometidos en la descripción psicológica de Sangil no amenguan en lo más mínimo las condiciones excepcionales de estilista y constructor de novelas ofrecidas por Insúa. Equivocado el procedimiento, erróneo el sistema seguido para describir el actual momento de la vida nacional española,—si es que éste ha sido el propósito del autor,—permanece inmutable la gran cualidad de Insúa, que consiste en la comprensión de hacer del escritor una fuerza social.

Podrán ser equivocados los procedimientos usados en su última obra, pero el principio permanecerá y aun esa misma equivocación dirá de una noble tendencia, de un sano y firme propósito.

Alberto Insúa, con su temperamente observador y sus grandes cualidades de fe y constancia, ha de mantener el puesto que entre los primeros novelistas españoles le asignaron sus obras desde el día en que se lanzó á la dura lucha.

JUAN MAS Y PI.

OFICIOS

Para Manuel Ugarte

I

El muezzin de la lírica mezquita
llama á escuchar el verbo del profeta.
Hay una Musa, nueva Sulamita
hermosa como Ruth la Moabita,
que no quiere que vaya su poeta.

Y los dos en la clásica ventana
de la alcoba bohemia del artista,
ven pasar en solemne caravana
la Musa de París—la parnasiana—
y la cruz de Verlaine—el simbolista.

Va el viejo Victor Hugo, padre amante,
bajo el palio sagrado, seda y oro...
Va, Leconte de Lisle, sollozante
Y rezando su salmo delirante
vá monsieur de Musset triste y sonoro.

Y empieza la gran misa en el breviario
ritual; Heine abre el Cancionero.
Y entre el humo cirial del incensario
se adelanta Banville, el visionario,
y canta Baudelaire, el misionero.

Terrores de ultratumba en los sitiales
del viejo templo, donde el Cristo es nuevo....
el sol naciente alumbra los vitrales,
las testas de los santos, los misales,
y la hermosura del Jesús mancebo.

Y mientras los poetas se adormecen,
los precursores de la enorme ola
se anuncian; en las sombras palidecen,
y rojos indignados aparecen:
Reclus y Gorki, Kropotkine y Zola....

En el enorme báratro profundo
el que sabe de luz cae primero;
Jesús es más que César, moribundo;
el ideal es un viejo vagabundo,
y Wolfam Goethe sabe más que Homero.

El sol, sobre las nubes, aeronauta,
brillando va por donde Dios no existe,
fecundando al tierra en que la flauta
de Pan, ritma baladas en la pauta
del viejo viento, sollozante y triste.

Hay espectros de luz en las neblinas
que se repliegan sobre los barrancos;
pasan sombras de hordas asesinas
y huyen las altas nubes opalinas
como una fuga de pañuelos blancos.

II

Son los sueños del alba!... Son las horas
del triunfo que se canta y que se espera.
Tras las noches revientan las auroras,
como, vestida de pomposas flores,
tras del invierno gris, la Primavera.

Horas de las plegarias y los trinos
entre un vago fru-fru de faldas nuevas,
cuando bajo jardines granadinos
abren las flores pétalos divinos
con picarescas sugerencias de Evas.

Revientan los crepúsculos azules;....
sobre la vasta inmensidad flotando
van los himnos de amor de los *bulbules*
y las estrellas en sus blancos tules
son como naves que se van viajando....

Son los sueños del alba! Cómo impera
alguna vez, la luz sobre las brumas!
Cómo se amansa alguna vez la fiera!
Que brame el mar!... No ahoga su ribera
por más que la sepulte en sus espumas!

Siempre la calma sigue á la tormenta;
aunque á la calma el ventarrón precede;
jamás en los naufragios se escarmienta,
que cuando el alma del volcán revienta
la roca se resiste... pero cede!

Ya en el templo del arte, el monolito
sagrado, se arruina en los estucos;
el sol marcha explorando lo infinito.
Y el fuego destructor del Nuevo mito
llueve sobre los ídolos caducos!

III

Oh, santa Epiphanía, en los altares
nuevos! Una alma vagabunda
clama junto á los palios seculares
bajo una blanca nube de azahares,
triste como la virgen moribunda.

Blanca, hija del sol, sobre la cumbre
social, esplende la ciudad del arte...
gime el bronce su vieja pesadumbre,
y llega la sonora muchedumbre
con su cruz, con su palio y su estandarte.

Veraine, oficia en el altar. La lira
de Hugo, canta... ¡gloriam...! en el coro...
Lejos, Homero, pálido suspira,
y allá en las noches de Virgilio, expira
la musa antigua de las arpas de oro.

Y sobre los espantos del estrago
van las visiones del ideal más bueno;
y de una larga noche ante el amago,
pasa gloriosa sobre el tiempo aciago
la sombra triste del poeta heleno.

De los profetas la visión macabra
levanta al sol las olvidadas losas
donde el camino de Helicón, se abra
porque ellos arrojaron la palabra
en las eternidades misteriosas.

Un viejo anacoreta del desierto
de larga cabellera y alma extraña
apostoliza en su soñar despierto
como un Jesús de resplandor cubierto
en un nuevo sermón de la montaña...

He ahí al sol que á la tiniebla absorbe;
sobre nuestras cabezas de mancebos
deshágase el alud que nos estorbe,
y pasemos cantando sobre el orbe
la Marsellesa de los hombres nuevos.

JUAN JULIAN LASTRA.

EL ESPIRITU DE LA HISTORIA (1)

Al Dr. Manuel Derqui

Que no se proponga, pues, el historiador admirar al lector con lo maravilloso de su relato.

Polibio.

Tócanos inaugurar el curso de Revista de la Historia Moderna y Contemporánea que desde el presente año figura en el programa de examen de ingreso á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Es un curso extenso é intenso al propio tiempo. Requerirá para su completo desarrollo el concurso de todos ustedes, comprometiéndome por mi parte á dedicar á esta enseñanza si no mis estudios, que son muy pocos, mis entusiasmos que son muchos.

Yo supongo que todos Vds. están impregnados del espíritu moderno de la historia. Tan fecundo ha sido el cambio que con razón ha podido llamarse al siglo XIX el siglo de la Historia, porque vió nacer, desarrollar y constituirse esta nueva ciencia, que aparecía de pronto transformada, como si en las postrimerías de una larga evolución se resolviera en una violenta crisis.

Cambió el sujeto, Dios, héroe ó príncipe, por la colectividad, la masa, la sociedad entera que sabe elaborar en silencio los grandes factores sociales.

Del primer concepto había surgido la historia heroica, que subordinó las naciones á los genios, los pueblos á los artistas, los creyentes á sus ídolos y la masa toda á sus jefes. Y Carlyle hizo divinos á sus hombres y fundó el culto de los héroes, lo heroico en la vida humana.

Del segundo concepto surgió la verdadera historia social que tuvo en el arte, en Taine, un apasionado sectario para quien existía una dirección reinante que es la del siglo, la presión del

---

(1) Conferencia inaugural del Curso de Revista de la Historia preparatoria al examen de ingreso de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires.

espíritu público y de las costumbres cercanas que comprime ó desvía los talentos imponiéndoles un florecimiento determinado. Y en el derecho tuvo en Savigny un científico expositor, quien al fundarlo, cuando se trataba en 1814 de dar á la Francia un código, sostenía que el derecho era la expresión del carácter y modo de ser de un pueblo como resultado de sus costumbres y tradiciones, y le oponía á Thibaut que buscaba las leyes en la ciencia abstracta y en la doctrina pura, los antecedentes históricos del país.

La historia modificó sus procedimientos suprimiendo la leyenda que lo había envuelto todo como en un espeso velo, aunque para algunos el ideal se fundamente en mentiras piadosas para aprovechar la verdad convencional hecha á capricho de los hombres, recordando que un admirador de Corneille prefería su alta tragedia "porque son allí los grandes hombres más reales que en la Historia".—No nos perderemos ahora en averiguaciones de índole escolástica buscando la verdad de frases sueltas en una labor que envidiaría algún "doctor sutil" á la manera de Dreus Scott; saber si Juliano dijo al expirar "venciste Galleo" ó "me has engañado sol"; si Luis XIV dijera "ya no hay más Pirineos cuando su nieto fué á ocupar el trono de España; si es exacta la leyenda de Guillermo Tell...

Los procedimientos de novela, en que la verdad resulta maltrecha subordinada al interés dramático de la intriga, fueron sustituídos por un método de rigurosa fidelidad histórica-científica, que se propone hallar la verdad en fuentes puras é insospechables fomentando el desarrollo de numerosas ciencias auxiliares, desde la Arqueología y la Epigrafía al modesto "folklore", que intensan su acción en una esfera propia. Porque como ha afirmado el Dr. Dellepiane, la enseñanza de esta disciplina debe ser eminentemente crítica, es decir, huir del dogmatismo del *magister dixit*, enseñando á dudar.

Y por último la Historia amplió su contenido, como recuerda Altamira, para hacer conjuntamente con la historia externa y política que se refiere á la escueta relación cronológica de los hechos, la historia interna que significa el trabajo del sociólogo que interroga á las instituciones civiles, políticas y sociales para inducir la historia de la civilización.

Sólo así adquirió la Historia un carácter verdaderamente científico, y no se le pudo repetir irónicamente, como ya se le había dicho, que era la ciencia de profetizar el pasado.

Para reaccionar la Historia no ha de ser una nomenclatura fastidiosa de hechos insustanciales.—Todo se borra y se esfuma en la mente cuando no se escoje y selecciona el material de enseñanza, ya que es una condición de vida de la memoria, olvidar lo supérfluo.—"Clovis, Carlomagno, San Luis, En-

rique IV, dice Lavisse, caen de su sitio como retratos suspendidos por frágil clavo en un muro inconsistente."

El viejo concepto de la Historia tenía un punto ampliamente vulnerable: el grado de verosimilitud con que insignificantes detalles como pequeños puntos fugitivos habían sido incorporados en calidad de materia prima.

D'Harcourt para probar la imposibilidad de conocer los hechos como realmente han pasado, cita el parte del mariscal Mac-Mahon sobre la batalla de Solferino, en la que todos los testigos divergían en la forma como la batalla se había producido.—Algún otro autor recuerda el ejemplo de Raleigh, que encerrado en la Torre de Londres se proponía escribir la historia del género humano, cuando de pronto le interrumpieron los rumores de una querella. Quiso saber lo ocurrido, llama, interroga, y no halla la verdad á través de todas las contradicciones; y decepcionado arroja al fuego sus escritos.

¿Quién no comprende que el detalle escapará siempre á la más severa investigación, pareciendo como si la verdadera verdad necesitara para afirmarse la ancha plataforma de los grandes hechos? ¿Cómo aislar del torbellino de los acontecimientos, que son empujados por el pasado, que no es una fuerza muerta, sinó oculta pero trascendental, lo nimio, lo trivial, lo insignificante, lo despreciable, porque al realizarse no ha dejado siquiera el rastro de su paso?

Es preciso buscar la verdad en el conjunto, que si en este sentido se hace más relativa, en el mejor sentido gana la verdad en verosimilitud.

¿Acaso las insignificancias sobre las que divergían los testigos de la batalla de Solferino, de si el enemigo estaba al frente ó á la izquierda, si había sido arrollado por tal cuerpo ó por tal otro, si un movimiento superficial había sido decisivo ó no, acaso estas insignificancias aún para la táctica militar, pudieron contradecir la verdad probada é irrebatible de la derrota de los austriacos por los franceses y las consecuencias que para la política de Europa esta batalla produjera?

La Sociología, que es una ciencia en pañales pero que ha tenido la virtud de despertar la curiosidad y el interés de todos los estudiosos, se vincula armoniosamente con la historia, pues ésta no es sinó la ciencia concreta de la sociología al punto de que solo ahondando y sutilizando el análisis hasta pulverizarlo podrían precisarse distingos que si algo probarían sería su ntima vinculación. Así Spencer afirma que la historia es á la sociología lo qué a biografía á la antropología; Fouillée dice que la filosofía de la historia es á la sociología científica, lo que la alquimia y la astrología á la química y á la astronomía.

Pudo de este modo probarse lo que ya Flint había observado, la historia haciéndose cada día más científica y las cien-

cias haciéndose cada vez más históricas. Porque todas ellas se vinculan en la forma amable en que las ciencias saben intercambiar sus conquistas respondiendo á una ley de secreta solidaridad; que si la historia ha abierto nuevos interrogantes, ha respondido á muchas preguntas que fuera temerario haberlas formulado antes.

A raíz de los descubrimientos de Schliemann perdieron todo su valor las teorías de Müller y su discípulo y luego gran maestro alemán Custius sobre la autoctonia y espontaneidad del genio griego; probándose luego la decisiva influencia del Antiguo Oriente, cuya civilización desenvuelta en el aislamiento, pero dentro de un amplio escenario, tuvo en el pueblo fenicio un agente activo y nervioso en aquella su peregrinación tras de *múrice* marisco insignificante que fué un factor en el contacto del antiguo y nuevo mundo. Y es que la eurística, perfeccionando sus medios de información se ha construído sobre bases irremovibles.

¿Quién ignora que la historia del Antiguo Egipto y la Caldea, ha sido rehecha, como reconstruída, conforme no á las fuentes clásicas, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Manethon, etc., sino á las modernas que han dado margen á la fundación de dos ciencias, la egitología y la asiriología, que tienen preocupada la dedicación de tantos sabios que se llaman para honor de la historia, Champollion, Boucher de Perthes, Rawlinson, Mariette, Rougé, Oppert, Maspero, etc.? Y qué decir de los trabajos de análisis erudito que hace Fustel de Coulanges sobre las instituciones feudales de la Edad Media, envueltas en una densa obscuridad y que él ha sabido iluminarlas enfocando como con luz meridiana todo el panorama? Y hubo que revolver los archivos de la historia, internarse sin seguridad en una era lejana y seguir luego á través de un giro sinuoso, un hilo ténue y casi invisible, para probar, para demostrar, malgrado prejucios y prevenciones hondamente arraigadas, que el origen del feudalismo era preciso referirlo á la constitución orgánica y autónoma de la familia romana y el espíritu individualista de los germanos.

Y como recuerda el doctor Giménez Zapiola, ilustrado profesor á quien corresponde el honor de haber innovado la enseñanza de la Historia en la F. de Derecho de Buenos Aires, se ha sostenido con insistencia que la República salió organizada de la filosofía del siglo XVIII como Minerva de la cabeza de Júpiter; la revolución habría tenido por principal objeto "ab-initio" el establecimiento de la República. Y sin embargo fácil sería demostrar que ni Montesquieu, que soñaba con una monarquía á la inglesa, ni Voltaire, que parecía satisfacerse con un "despotismo ilustrado", ni Rousseau que imaginaba la República en estados pequeños, ni los mismos declamadores populares como Demoulins, que en 1879 comparaba á Luís XVI con Trajano.

ni el pueblo que clamaba contra el "despotismo feudal" y todavía conservaba la tradición de respeto al monarca en cuya acción protectora cifraba sus esperanzas, y en resumen ni los enciclopedistas, ni los franc-masones, ni los agitadores, ni los periodistas pensaban en suprimir la monarquía y establecer la República cuando fueron convocados los Estados generales de 1789.

Es como si pretendiéramos fundar que la República entre nosotros habría surgido del cerebro de Belgrano que soñaba con un descendiente de los Incas para instalar la monarquía, ó del pensamiento de Rivadavia y de García que mendigaban de las casas reinantes europeas un hijo adoptivo que trasladara á América su corte, y que dió motivo á incidentes tragicómicos que la historia tiene no obstante que registrar, ó bien de la propia espada de San Martín que sólo creía en la eficacia de un gobierno puramente monárquico.

Las grandes causas históricas y sociales, gestadoras de los grandes acontecimientos hacen su obra silenciosa y lentamente, pero sólida y definitiva, como la obra de la estalactita en las rocas. A veces, por momentos, parece como si esos factores desaparecieran, y es que se han sumergido en el fondo mismo del alma social y allí continúan actuando, ocultos por los pequeños factores que hacen un ruido sonoro en la superficie.

La historia entera se compone así de lentas transformaciones, de continuas adaptaciones. Si los cambios sorprenden al observador y toman un carácter de improvisados y violentos, es porque en la historia como en la geología suprimimos las faces intermediarias que son como las etapas aparentemente monótonas y repetidas de un largo proceso que tiene la virtud de ir modificando la íntima estructura de los hechos dejando intacta la corteza. Suprimimos las faces intermediarias, decía, y sólo alcanza á percibir nuestro espíritu el origen y el fin, los extremos, que la mente se adelanta á aproximarlos saltando la distancia cronológica, y los acontecimientos suenan entonces como un estallido y creemos en la revolución de los hechos históricos-sociales y no en su lenta evolución. "En ninguna parte es tan maravillosa la trabazón de las cosas—dice el doctor Juan A. Garcia (hijo) en su notable *Ciudad Indiana* —como en el movimiento sucesivo de las generaciones que constituye la historia. Se pueden idear numerosas hipótesis sobre la causa, modo y tendencias de esta continuidad, pero el hecho es inegable: el presente engendra el futuro, lo lleva n sí, está preñado, como decía Leibnitz, y á su vez fué producto del pasado."

Yo no sé si del moderno concepto de la historia ha surgido la sociología, ó si es esta ciencia la que ha modernizado la historia. Pero la verdad indudable es que la sociología sólo puede

desenvolver su acción en el escenario de la historia y ésta sólo puede ser una ciencia con la ayuda de la sociología.

Si en su sentido general la historia modificó sus métodos y su contenido, las grandes doctrinas sociológicas revolvieron y desordenaron por así decirlo toda la historia, y se produjo entonces un fenómeno curioso, como un fenómeno de espejismo; acontecimientos que pasaban desapercibidos tomaron alcances inesperados y se les reputó trascendentales; los dioses, los príncipes, los papas, fueron esfumando lentamente sus siluetas, ahora pálidas y borrosas, pero que en otrora tenían contornos de bajo-relieves, cuando fueran como ejes alrededor de los cuales se creyó giraba la vida social. Los grandes estadistas, los legisladores, los filósofos, han sido siempre intérpretes, órganos y agentes de las aspiraciones sociales; decía bien Letelier cuando afirmaba que en el fondo, los grandes hombres son aquellos personajes que se prestan más dócilmente á servir de instrumento de las tendencias sociales.

La verdadera innovación pertenece en su gran parte á la sociología y no á la filosofía de la historia. "No han necesitado Savigny ni Macaulay, dice Azcárate, Momnsen ni Niebuhr, Maine ni Fustel de Coulanges, aportar ningún elemento extraño "filosófico" para ser historiadores científicos."

La Filosofía de la Historia se limitaba á hacer reflexiones, á dictar como un dogma las leyes generales que "deducía" del material, bueno ó malo, que la historia había coordinado cronológicamente con procedimientos deficientes y empíricos. La Sociología por el contrario, no sólo se sirve del médico inductivo, pues esta nueva ciencia es hija de la escuela positivista, sino que ampliaba el concepto estudiando el detalle y el conjunto y tratando de explicar las múltiples faces de la vida social. Como era fácil prever las doctrinas sociológicas cayeron en verdaderas exageraciones científicas y numerosas teorías trataron de apropiarse de los hechos históricos para explicarlos, mutilándolos, observando uno solo de sus aspectos.

Así nacieron en el terreno histórico las teorías del medio físico y geográfico, la de las razas, el economismo histórico y otras más. La doctrina que todo quiso explicarlo como resultado del factor geográfico ó etnográfico, introdujo el elemento natural en la historia y se hizo fatalista dentro de su determinismo científico.

Ya Herodoto é Hipócrates habían advertido la importancia del medio físico cuando pretendiera, sobre todo este último, conocer la altura de los hombres según la naturaleza del terreno. Que al decir de Volney, Montesquieu se limitaba á repetir á Hipócrates cuando desenvuelve esta teoría. Verdad es, sin embargo, que el autor de "El espíritu de las leyes", sólo se propone determinar la influencia del medio físico en la

historia política de los Estados, las causas de la diversidad de gobiernos é instituciones y no erige á ese factor, como Bucke, en causa única para explicar la historia de la humanidad entera.

Su mejor expositor aparece en el siglo XIX, es Carlos Ritter, quien da nuevas bases científicas á la Geografía buscando la correlación que debe existir entre la tierra y los seres que la pueblan.

Fuera de duda, la Grecia ofrece al sociólogo el teatro de una civilización brillante, donde el medio físico y geográfico debió tener una marcada repercusión. Sus costas indefinidamente irregulares, mojadas, entre otros, por el Mar Egeo, que según una feliz expresión tiene la virtud de "helenizar" las tierras que baña; su topografía, cruzada por una cadena de montañas que no alcanza á ocultar un solo retazo de ese cielo límpido y claro, pero que ha formado numerosos cantones forjando núcleos políticos autónomos; surcada por ríos que ni son extensos ni son caudalosos, como si la mano de un artista genial se hubiera esmerado en distribuir estratégicamente unas hebras de agua; y días serenos y noches templadas, de un clima que era el punto intermediario de los países fríos de la Europa Septentrional y de los cálidos del Asia, que daba hombres inteligentes y valerosos á la vez como lo afirmara Aristóteles; donde hasta el paisaje era una escuela de templanza, según la frase de Boutmy, y fuera el goce supremo de los griegos "pasearse en los jardines, oir las cigarras, sentarse á la luz de la luna tocando la flauta y beber."

El eminente Curtius en su historia sobre Grecia aplica discretamente la doctrina del medio físico para explicar gran parte de la civilización griega. Y nos dice así: "Por más que no deba considerarse la historia como la resultante fatal de las condiciones físicas en que éste se halle colocado, es, sin embargo, fácil reconocer que formas tan acentuadas como las que caracterizan las costas de la cuenca del Archipiélago pueden imprimir á la vida histórica de un país una dirección especial muy marcada. En Asia hay vastísimas regiones que tienen una común historia." "El Eufrates y el Nilo ofrecen todos los años á sus ribereños los mismos beneficios y les imponen idénticas ocupaciones. Esa eterna monotonía hace que en estas regiones transcurran siglos sin verificarse ningún cambio notable en las costumbres tradicionales. La civilización de los egipcios se inmovilizó en el valle del Nilo como las momias en sus sepulcros. Este estado de inmovilidad es imposible en las costas del Mar Egeo." Y luego refiriéndose á la irregularidad de la topografía del terreno añade: "Sin el desfiladero de las Termópilas tal vez no existiera la historia griega."

Esta teoría llevó, no obstante, á sus panegiristas, Buckle,

Ratzel, etc., á exagerados apasionamientos de sectario. Los adversarios y los detractores hicieron gastos de ironía para atacar en forma mordaz á esta doctrina que trataba de monopolizarlo todo. Que siempre surge como un corolario entre hiperbólicas exageraciones, una discreta ponderación que limita la verdad á su verdadero alcance.

Hennequin que replicando á Taine, no creía en el influjo del medio social para los genios como Esquilo, Miguel Angel, Beethoven, etc., "¿por qué, decía, los italiotas de la Gran Grecia no han tenido la literatura ateniense á pesar de la semejanza de las costas?... Entre nosotros La Fontaine es de un país de ribazos y de pequeños cursos de agua..."

La teoría etnográfica quiso explicar por otro elemento natural, la acción de las razas, el destino de los pueblos y los clasificó de antemano en fatalmente vencedores ó vencidos, inteligentes ó ignorantes, civilizados ó salvajes. Y los antropólogos se aplicaron con gran ardor á estudiar los cráneos de las diversas razas haciendo numerosas clasificaciones: dolicocéfalos, mesaticéfalos y braquicéfalos; prognatas ortognatas... Las razas, según sus defensores, poseen además de diferencias anatómicas muy grandes que las separan, caracteres psicológicos fijos y hereditarios, dado que su constitución mental representa no solamente la síntesis de los seres vivos que la componen sino el de todos los antepasados que han contribuído á formarla. De allí la frase de Le Bon "no son los vivos sino los muertos los que juegan un rol preponderante en la existencia de un pueblo."

Después Letourneau probó la variabilidad de los tipos de una misma raza sometidos á influencias distintas. Quatrefages observó que "desde la segunda generación los ingleses nacidos en América del Norte presentan en su fisonomía cierta alteración que los aproximan á las razas locales; más tarde la piel pierde su color, la cabellera se hace lisa, el cuello se adelgaza, la cabeza disminuye de volumen". "En nombre de esta teoría de las razas, dice Finot que ha escrito "El prejuicio de las razas", que es un golpe formidable asestado á la vieja doctrina, los americanos nos dirán que no hay medio de hacer entrar la virtud "blanca" en el cuerpo "negro" de los negros. Los rusos nos espantaron por los peligros que presentan los "amarillos" para el porvenir de los "blancos". Los turcos asesinarán á los armenios por los mismos motivos que los rusos se sirvieron para perseguir á los judíos..."

El positivismo crítico y sociológico de numerosos autores contemporáneos ha creído hallar en la riqueza, social é indivi-

dualmente considerada, el rasgo prominente de nuestra época. Flor y fruto de una vieja semilla, nació la doctrina del economismo histórico que quiere explicar en última instancia cualquier hecho por medio de la estructura económica.

En el siglo XVIII quedó organizada la economía política, después de una dolorosa gestación que arranca desde la edad moderna en que los soberanos absolutos alcanzan á determinar la clase de cepillo que debía servirse el carpintero y el ancho lícito de una pieza de paño; fúndase después la doctrina de la balanza de comercio; Vauban y Boisguillebert en el siglo lo fisiócratas quieren amplia libertad, *laissez faire, laissez passer.* para culminar al fin en Turgot y Adam Smith.

La historia ha registrado hechos económicos, recuerda algún autor, pero la época actual es la primera en presentar un problema económico. En el pasado las masas laboriosas se han visto excluídas de toda participación en la riqueza, pero se les privaba también de toda atribución jurídica: no eran personas susceptibles de derechos y obligaciones, sino cosas. Pero desde que se proclamó la igualdad jurídica no hay hombres excluídos "a priori" de la propiedad. "Esta igualdad puramente jurídica, dice Loria, está sin embargo en contradicción flagrante con una atroz desigualdad de hecho."

Carlos Marx, fundador del socialismo científico, en su "Crítica de la Economía Política" desarrolla la teoría económica de la historia afirmando que el modo de producción de la vida material determina de una manera general el proceso de la vida entera.

Esta doctrina, como la etnográfica y la geográfica, tratan de mirar un solo aspecto de la cuestión, una sola faz del complejo problema histórico-social. Como poder afirmar de antemano que todos los hechos históricos responden exclusivamente á una causa ecnómica siendo así que sería fácil apuntar innúmeros acontecimientos de carácter puramente moral ó religioso, y que no obstante han concurrido á su realización causas de índole distinta?

Y así como la influencia del medio físico no es inmutable y estático porque la vida de un pueblo no es su necesaria resultante estando su influencia á lo menos en parte en razón inversa del trabajo que pone el hombre para modificarlo, según afirma el erudito Altamira; así como la raza no es un factor exclusivo, ni menos preponderante, ni aun trascendental, considerando muchos autores anti-científico este problema en un siglo de comunicaciones, de intercambio más que de productos, de ideas, en un siglo en que la Europa, escenario estrecho para tantos personajes, empieza á despedir á sus actores, y en que las ideas, de una solidaridad natural y necesaria, une á los hombres de una manera estrecha y decisiva; así también no puede aspirar el economismo histórico

á mutilar el hecho social para encarar uno solo de sus aspectos, porque como lo expresara Groussac, el hombre económico no existe, sín duda alguna que el hombre siente, medita, cree, subordinando en horas decisivas su producción y su consumo á sus creencias y á sus pasiones.

Y terminamos.

Pero quién podría desconocer la influencia indudable de estas doctrinas, todas con cierto fondo de verdad, doctrinas que han pasado sobre los viejos materiales que el archivo de la historia guarda con religioso respeto, como una racha á veces ruda y fuerte, á veces ténue y suave, pero siempre bienhechora, porque ha sabido sacudir el polvo que el tiempo se entretiene en acumular sobre los hechos, desfigurándolos á la distancia. Reacción saludable que posee la hermosa virtud de hacernos vivir con verdad el pasado en el presente; llave de oro con la que manos amables sabrán abrir las puertas del prvenir.

RICARDO LEVENE.

PARIS

Cuando te veo pasar ufana,
esbelta y ágil, nerviosa y fina,
mitad griseta, mitad gitana,
desde mi cuarto por la ventana,
me acuerdo al punto de Colombina.

Y en loca fuga mi fantasía
vuela hacia el viejo barrio latino,
y ve la escena: cual una orgía
entre humo y besos se viene el día
y entre humo y besos se bebe el vino;

Bohemia alegre que á los dolores
la espalda vuelve con desenfado,
soñando sólo con los amores
de las grisetas y con las flores,
y echando un velo sobre el pasado.

Y allí te miro, nerviosa y fina,
junto á mi mesa como Ninón,
con tu corbata de muselina,
cual mariposa, cual golondrina,
como una Reina de la Ilusión.

ANTONIO DE TOMASO.

"SANGRE Y ARENA"

Es la novela más simbólica, es decir, más representativa de Vicente Blasco Ibáñez. España toda vide en ese libro en una de sus fiestas nacionales más características: la corrida de toros. Al pintar á la "verdadera y única fiera" bramando de emoción ante el espectáculo de una lidia humano-bestial, retrata á España á través de una costumbre singularísima y á la humanidad en la parte en que el género humano tiene de fiera.

Vigoroso y admirable documento de la sociedad española, nos pone en contacto con la gente torera, un mundo rudo y primitivo que para ganarse el pan, remeda en nuestra edad la preshistórica lucha del hombre contra la fiera para solaz de una raza decadente, ébria de sol y de una alegría trágica.

Esa celebrada alegría española es espantable; nos recuerda á la donosa gracia del gran y españolísimo Quevedo que aun chancea, doliéndole el habla y pesándole la sombra. Becquer la ha definido mejor que nadie en la paradojal frase aquella del "vino triste". Es, en efecto, una alegría sentimental, musulmana, mística, que en los espasmos del placer, del amor ó de la pasión religiosa, siente la necesidad de acibarar su delicia con una evocación angustiosa. Por lo demás, ¿no es esta una alegría hondamente humana?

Pero la española quizá sea única en la tierra. Las voces y las palabras en que se manifiesta son singulares. "¡Viva España! ¡Viva mi tierra! ¡Olé el primer mozo del mundo! ¡Olé mi niño!" Lo primero y lo mejor del mundo sólo existe en España, la tierra de lo bueno. Y como eso es precisamente lo contrario, según los mismos españoles lo declaran, resulta que esos desbordes de entusiasmo de la plebe española son trágicos. Los demás pueblos, cuando se sienten arrebatados por una alegría, por decirlo así, nacional, no la expresan en esa forma ditirámbica y deprimente para el resto del globo. Algo como una locura báquica flota por encima de la alegría española que la hace profundamente triste.

El argumento de "Sangre y Arena" puede resumirse en dos palabras, aunque lo notable en ella no sea la fábula, interesante y pintoresca de suyo, sino los episodios incidentales, pero congruentes, con que el autor ameniza el desarrollo del pensamiento fundamental de la novela. Se trata de la historia de

un espada, llamado "El Gallardo", desde los comienzos de su vida hasta su muerte, ocurrida en una corrida de toros en la plaza de Madrid. Esta manera de novelar, muy común en la escuela naturalista, aunque no privativa de ella, es la más acertada, porque nos ofrece una vida completa y no un fragmento de vida.

Los comienzos de Gallardo fueron duros hasta llegar á la celebridad en que todas las puertas se le abrieron. El torero es en España algo así como un buen comediante en las naciones cultas, cuya amistad se busca por el buen tono que tal cosa significa. Es algo más todavía: es todo un personaje nacional, el único ser que, como distintivo profesional, lleva el grotesco estrambote capilar de la coleta. Cuando pisa con gallardía la arena del circo, su nombre está en todas las bocas y vá unido al nombre de España.

No es, á pesar de eso, sino otra bestia en la arena. He aquí cómo la describe Blasco Ibáñez con su maestría habitual: "De pronto se echó con la espada por delante, al mismo tiempo que la fiera caía sobre él. Fué un encontronazo brutal, salvaje. Por un instante hombre y bestia formaron una sola masa, y así marcharon juntos algunos pasos, sin poder distinguirse quién era el vencedor: el hombre, con un brazo y parte del cuerpo metido entre los dos cuernos; la bestia, bajando la cabeza y pugnando por atrapar con sus defensas el monigote de oro y colores, que parecía escurrirse.

Por fin se deshizo el grupo, la muleta quedó en el suelo como un harapo, y el lidiador, libres las manos, salió tambaleándose por el impulso del choque, hasta que algunos pasos más allá recobró el equilibrio. Su traje estaba en desorden: la corbata flotaba fuera del chaleco, enganchada y rota por uno de los cuernos.

El toro siguió su carrera con la velocidad del primer impulso. Sobre su ancho cuello, apenas se destacaba la roja empuñadura del estoque, hundido hasta la cruz. De pronto el animal se detuvo en su carrera, agitándose con doloroso movimiento de cortesía; dobló las patas delanteras, inclinó la cabeza, hasta tocar la arena con su hocico mugiente, y acabó por acostarse con estremecimientos agónicos..."

El espectáculo es emocionante y bárbaro. La riña de gallos es un juego infantil en comparación con la corrida de toros; sólo el "looping the loop" le iguala en trágico horror.

Lo más interesante en la corrida de toros, es el público, ese público cobarde y criminal que asiste á todos los espectáculos espeluznantes con el malvado deseo de ver como muere un pobre diablo por un pedazo de pan y otro pedazo de gloria de cartón y de feria. El toro de Miura no es tan temible como el toro de los tendidos cuyos mil cuernos matan con más arte y refinamiento.

Gallardo, que en diferentes ocasiones se escapó de las arremetidas de la fiera, no pudo librarse de morir entre las astas del otro monstruo.

Después de haber triunfado en todas las plazas de España, en una corrida de Sevilla fué cogido por un toro. Desde entonces comienza á declinar su estrella. Una repentina cobardía se apodera de él en los momentos más supremos de la lidia. "Su brazo, describe magistramente Blasco Ibañez, parecía más corto en el momento de tenderse con el estoque por delante. Antes llegaba con una velocidad de relámpago al cuello de la fiera; ahora era un viaje interminable, un vacío pavoroso, que no sabía como salvar. Sus piernas también eran otras. Parecían vivir sueltas, con propia vida, independientes del resto del cuerpo. En vano su voluntad les ordenaba permanecer quietas y firmes como otras veces. No obedecían. Parecían tener ojos, ver el peligro y saltaban con excesiva ligereza, sin aplomo para esperar así que sentían las ondulaciones del aire cortado por el empuje de la fiera." Nunca se ha descrito con más vigor y exactitud el miedo.

Pero el valiente matador, acosado como una fiera por la multitud, quiere recuperar su fama, y en un encuentro mortal, mueren toro y torero.

Blasco Ibañez sostiene que la corrida de toros representa un progreso, ¡qué progreso! sobre las quemas de herejes organizadas por la Inquisición. Perfectamente. Pero una vez desaparecido el término de comparación, dulcificadas ya las costumbres, en los tiempos actuales, la corrida de toros es un espectáculo bárbaro como cualquiera de las brutales diversiones modernas en las que el público se cree robado si no se descalabra un prójimo.

Hay una espléndida figura femenina en "Sangre y Arena" pintada con gracia picaresca, esa gracia de Blasco Ibañez tan casta y exhuberante que hemos admirado muchas veces en sus obras anteriores. Nos referimos á doña Sol, nombre romántico que oculta á una hembra enamorada de lo pintoresco y del sabor local, de psicología aparentemente complicada, profundamente real. Es una de esas mujeres que al segundo encuentro nos confiesan que son muy desgraciadas, dejando entrever indecibles angustias, entre un suspiro y una mirada abrasadores. Luego de haberse enamorado perdidamente de Gallardo, una vez satisfecho su capricho, se marcha al extranjero y lo olvida. Al volver á Madrid, el torero quiere reanudar sus amores con ella. Doña Sol lo rechaza. "Yo me aburro y no vuelvo nunca sobre mis pasos—dice. Las ilusiones sólo duran en mí una corta temporada y pasan sin dejar rastro. Soy digna de lástima, créame usted." Examina las razones de su pasado capricho por el torero y ve que había amado en él al personaje de un ambiente. "¡El espejismo seductor de los países de sol!, exclama para sí. ¡La embriaguez engañosa de la luz y los colores!... ¡Y ella

había podido sentir un amor de unos cuantos meses por aquel mozo rudo y grosero, y había celebrado como rasgos ingeniosos las torpezas de su ignorancia, y hasta le exigía que no abandonase sus costumbres, que oliera á toro y á caballo, que no borrase con perfumes la atmósfera de fiera animalidad que envolvía á su persona!... ¡Ay, el ambiente! ¡A qué locuras impulsa!..." Todo esto es acendradamente femenino y cómico en boca de doña Sol.

Otras figuras igualmente reales se mueven en el hermoso lienzo multicolor que pinta "Sangre y Arena" ante nuestros ojos.

Blasco Ibáñez es sobre todo un inimitable pintor y uno de los más grandes novelistas de nuestros tiempos, opinión también ésta de Max Nordau. Entre Anatole France, Gorki, Tolstoi y otros pocos, puede estar con orgullo el maestro valenciano con "La Barraca", "El intruso" ó "La Catedral" en la mano.

Se le tacha de amanerado, de que sigue las huellas de Zola. Cada escritor es dueño de seguir el camino que más se amolde á su temperamento, con tal de que sea personal. ¿Flaubert no es singularísimo dentro de la escuela naturalista? ¿Por qué no puede serlo Blasco Ibáñez con el mismo talento descriptivo y narrativo de Flaubert y una emoción humana que rara vez se encuentra en las obras de los más grandes maestros?

"Sangre y Arena" es además una hermosa novela psicológica. No hay que buscar en ella la absurda psicología de Bourget, ni la imposible sutileza analítica de D'Annunzio, sino una psicología humana, real, que sólo define transparentes estados de ánimo é interpreta hechos luminosos, situaciones diáfanas.

Véase como describe Blasco Ibáñez las angustias del torero, salido de la última capa social, en su primera visita á doña Sol que era una dama de alto copete, al encontrarse con ella en la sala: "A Gallardo le zumbaban los oídos, se le nublaba la vista, sólo alcanzaba á distinguir unos ojos claros, fijos en él, con una expresión entre acariciadora é irónica. Para ocultar su emoción, sonreía enseñando los dientes: una carácula inmóvil de niño que quiere ser amable".Sus trasudores al comer con ella: "¡El tormento que sufrió el espada en los primeros momentos de la comida!... Intimidábale el lujo grave y señorial de aquel comedor, en el que parecían perdidos la dama y él, sentados frente á frente en mitad de la gran mesa, junto á enormes candelabros de plata con bujías de luz eléctrica y pantallas rosa. Inspirábanle respeto los imponentes criados, ceremoniosos é impasibles como si estuvieran habituados á los hechos más extraordinarios y no pudiera asombrarles nada de su señora. Se avergonzaba de su traje y sus maneras, adivinando el rudo contraste entre aquel ambiente y su aspecto." Acertadas observaciones como éstas y gallardas descripciones llenan totalmente la novela.

Al cerrarla, la impresión total se condensa en una enorme pesadumbre por la pobre nación cuya fiesta más típica ha dado orígen al robusto y sobrio libro de uno de sus hijos que más le honra en ella y fuera de ella.

La cerramos con la convicción de que hemos asistido por un momento á la evocación de una España pintoresca y dramática, de sangre y arena, con su cielo claro de azul y de sol, su tristeza árabe, su muchedumbre meridional y su alegría elegiaca.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ

«Misas herejes» por Evaristo Carriego

A despecho de la opinión contraria de Juan José Soiza Reilly, no creo que sea imprescindible hablar mal de Rafael Obligado para elogiar á un poeta joven. Buena y fecunda es la irreverencia en literatura cuando la inspiran un justo anhelo de independencia intelectual, un seguro criterio de arte y una sólida ilustración; mala y estéril, al contrario, cuando no lleva otro objeto que el de halagar la ignorancia idiota de quienes maldicen de la retórica sin haberla siquiera saludado de lejos, y que aun no sabían deletrear — hoy dia ya leen los diarios — cuando nuestros poetas viejos se habían hecho conocer con obras que eran para su tiempo mucho más importantes de las de los jóvenes de ahora, y que durarán sin duda más que las de éstos. Todo lo cual talvez acuse una deficiencia de mi espíritu, pero no puedo remediarlo. Me interesa establecer para evitar malentendidos y definir categorías poéticas, que me siento capaz de apreciar "Misas herejes" sin desdeñar la "Leyenda de Santos Vega".

Este libro de versos de Carriego no es una obra vulgar. Es de aquellas que, en nuestro circunscrito ambiente intelectual donde los vuelos de gallina son la regla, marcan algo, siquiera una no ficticia promesa de una perdurable producción futura. Una cualidad le distingue á primera lectura: que es un libro personal. Ancho ó estrecho, que esta es cuestión de discutirse despues, es el caso que Carriego se ha abierto su propio sendero, sin guiarse por las huellas de los demás. La ejecución se podrá ó no tachar de defectuosa, pero él ha dado su nota, relativamente inconfundible.

En Carriego alienta el espíritu heróico de su tierra entrerriana. De haber vivido noventa años atrás lo habría seguido á Pancho Ramirez para venir á atar su "pingo" á la verja de la pirámide de Mayo. Como aquél por su Delfina, no hay duda que Carriego sabría morir defendiendo á su dama. Pero la edad presente no es propicia para tan interesantes hazañas. Todo bello gesto peligra de ser comentado burlonamente en "caló" por

cualquier cronista de policía. Carriego lo ha comprendido, y de ahí su culto por los hazañosos caballeros de otrora, sean Don Quijote ó Moreira, que para él son hermanos. Allí donde, en la dedicatoria "á San Juan Moreira" otros querrán ver un pueril amor á lo raro, yo siento un alma que, talvez creyendo ella misma en lo gracioso de su hallazgo, va, sin embargo, inconscientemente, en busca de la temeraria alma afín. Su culto por Don Quijote es sincero. Ama al famoso hidalgo porque lo siente en contradicción con nuestra prudente edad que á tiempo le impediría desfacer tantos entuertos, sometiéndolo á la docta observación de algún psiquiatra ilustre. Ese culto que es casi un "leit-motiv" en su poesía, da en ella una nota original, por que si otros admiran ó afectan admirar al manchego inmortal, nadie con el hondo convencimiento de Carriego. La composición inicial "Por el alma de Don Quijote", llena de cosas verdaderas y amargas, es, innegablemente, una robusta poesía.

En el espíritu de Carriego su gallardía gauchesca aúnase con una caballerosidad cortesana. Diríase que en la punta de su lanza llevara siempre una rosa. Exquisitamente sahumadas por un ligero perfume de madrigal, muchas de sus poesías parecen adquirir movimientos suaves de pavana. Todos los "Ofertorios galantes" son un ejemplo de ello.

No es, pues, monocorde su lira. Si sabe arrancar la nota vibrante del heroismo ó la áspera del desaliento, si la acariciadora ó la tierna, también da una que le es propia, exclusiva: la sensación del suburbio. "El alma del suburbio".... Este tuvo un descriptor admirable en el inolvidable Fray Mocho: ahora Carriego ha recojido esa alma y la ha volcado en sus estrofas. Allí aparece el poeta de cuerpo entero, colorista y psicólogo audaz en la pincelada estridente ó cuando pone manchones de miseria en su cuadro; sentimental al siluetar la pobre costurerita que está por caer ó la prostituta que cayera hace tiempo.

Hasta se me ocurre que el alma musical del suburbio ha entrado en "Misas herejes". El verso que Carriego usa con predilección, el dodecasílabo acentuado en la sexta, que diriáse quebrarse en una "cuerpeada", parece conservar el ritmo muelle del tango que los organillos arrabaleros molieron en los oídos del poeta.

Y por doquier, ¡con cuánta profusión ha derramado los rasgos ingeniosos, las ironías certeras, las novedosas imágenes, las observaciones audaces! No, no hay duda. Nos hallamos en presencia de un poeta.

El abuso del neologismo, el descuido en la expresión, el alambicamiento innecesario, la oscuridad frecuente, la falta de rotundez de algunas poesías, son todos defectos que aquí y allá pueden señalarse en "Misas herejes". Aun persisten en Carrie-

go rastros de mal decadentismo. Una composición es típica en el libro de esta errada tendencia: "Las imágenes del pecado". La espontaneidad está ausente de ella, sustituida por la sutileza más extravagante. Resulta así una poesía hermética, casi por entero reducida á una série interminable de expresiones en genitivo, que van eslabonadas las unas de las otras monótonamente. ¡ Cuanto mayor vigor en "La apostasia de Andresillo" ó deliciosa frescura en "A Colombina en carnaval", ó sincera humanidad en "El Alma del Suburbio", que en la mayoría de los desusados satanismos de "Los ritos en la sombra"!

Nuestros poetas de América deben proponerse el apostolado de una poesía sencilla, honda y sana, no de enfermizos credos, flores de un dia regadas con ajenjo. Lo cual no significa que hayan de cantar eternamente la patria, la bandera, los Andes ó Manco-Capac. Me parece que hay filones en esta América que la verdadera poesía puede explotar con la certeza del triunfo. Muchos rincones de "Misas herejes" son de ello una prueba incontestable.

Pongamos, pues, salud, serenidad y sincera emoción en nuestros versos y démosles resplandeciente belleza en el yunque de la reflexión. La severa, castigada forma de sus metros nunca fuéle de estorbo á Horacio para remontar el vuelo hasta las más inaccesibles cumbres de la lírica. A no dudarlo nos convendría leer algo más á los clásicos. Si á su afición por Verlaine ó Darío—cito al acaso—unieran nuestros poetas el estudio de las luminosas y serenas poesias de un Carducci—y es otro ejemplo al azar—aportarían de seguro á su producción aquel equilibrio de que comunmente carece hoy día.

Que Carriego me perdone estas divagaciones de dómine y no les dé más alcance que el de una sincera aspiración de quien admirando su robusto estro poético, desearía verle esculpir en mármol algun dia otra "alma del suburbio".

«Cartas de Europa» por Ricardo Rojas

Repetidas veces vuelve en este libro bajo la pluma del autor su admiración por la obra bellísima y, por desgracia, insuficientemente conocida que Francisco Navarro Ledesma escribió sobre "el ingenioso hidalgo don Miguel Cervantes de Saavedra". Esta admiración sincera tiene para mí el significado de una caracterización completa de la personalidad literaria de Rojas. A mi ver existe un cierto parentesco espiritual entre el malogrado escritor español, cuya fama ha de ir acreciéndose con el tiempo, y nuestro compatriota. Ambos son frutos jugosos del espíritu de la raza: eminentemente castizo el español, cual árbol robusto que arraigó profundamente en las en-

trañas de la tradición de su pueblo; castizo también el argentino, en quien empero en el viejo tronco de la tradición se han injertado los ramajes vírgenes y audaces de sus selvas de América.

Tal impresión que, aunque concretada en una desmañada imágen expresa mi sentir al respecto mejor que cuanta divagación pudiera aquí acumular, ya me la causó meses atrás "El país de la selva", volví á experimentarla con "El alma española" y se ha fijado con nitidez imborrable en mi espíritu mientras releía estas "Cartas de Europa", ya aparecidas en "La Nacion".

Ella me excusa de entrar en el análisis de este último libro de Rojas. Me vería obligado á reeditar lo que dije aquí mismo á propósito de "El alma española", recopilación parecida de artículos. Debiera repetir que Rojas es ante todo un poeta, que tiene una admirable solidez de pensamiento, que posee una vasta cultura y que, á la edad en que otros aun vacilan en imitaciones pasajeras de ajenos estilos, es ya todo un maestro de lengua, de buena lengua española, cuya vigorosa envergadura no obsta á su agilidad.

Estas "Cartas de Europa", vengan de Paris, de Bretaña, de Inglaterra ó de Italia, llevan todas el sello que las hermana de la originalidad de los temas, de la seriedad con que fueron pensadas y de la severa y serena elegancia con que fueron desenvueltas. El elogio mayor que se les puede hacer es que, todos quienes las leyeron en "La Nacion", mano á mano que llegaban, las han vuelto á saborear reunidas y no desdeñarán de hojearlas nuevamente en cualquiera de esos momentos en que el alma pide un lenitivo para tanta frivolidad que la envuelve.

«Al margen de la ciencia» por José Ingegnieros

Es un libro de correspondencias en que alienta un espíritu muy diverso del que informa el de Ricardo Rojas. Otro criterio se necesita, pues, para juzgarlo. Evitándome repetir en un nuevo artículo cosas ya dichas, reproduzco á continuación el que un mes atrás le dediqué en "El País":

"En esta obra ha reunido el doctor José Ingegnieros, en unión de algunos artículos más, las diversas correspondencias enviadas á "La Nación" durante su viaje á Europa y ya insertadas anteriormente en el libro "Italia".

"Bien ha encontrado, por cierto, el autor, el título de su obra. "Al margen de la ciencia..." Justamente. Todos conocen á Ingegnieros. El es de los pocos entre nuestros intelectuales, cuyo nombre haya pasado el Océano. Y á esto une su juventud que en las circunstancias presentes es mérito no escaso. Dos

opiniones diversas corren, sin embargo, sobre él. Quienes lo creen—y él está entre éstos—un hombre de ciencia que se dedica á la literatura en los ratos de descanso que sus habituales estudios le dejan; quienes, al contrario, un diletante que gusta de hacer excursiones por el campo de la ciencia, con poca afición verdadera y mucha satisfacción en sorprender.....

"Pero es el caso que Ingegnieros ya ha publicado más de un libro que mereció ser traducido á otros idiomas; que ha recibido recompensas honoríficas de instituciones científicas de seriedad insospechable, y que, así á la psicología como á la psiquiatria ó á las ciencias sociales ha dedicado más de una vigilia, como lo acredita hasta la evidencia su vasta producción que no puede ser pasada por alto en nuestro movimiento intelectual.

"Despues de esto creemos que puede publicarse con derecho á que se reconozca su verdadera significación, una obra como "Al margen de la ciencia", cuando se la acompaña, además, del sereno, pero viril exordio que le sirve de introducción.

"Un libro de correspondencias: eso es y nada más ni nada menos "Al margen de la ciencia". Correspondencias para un diario, fáciles y amenas por necesidad, y en las cuales hasta los temas científicos son tratados con una cierta superficialidad de buen tono, á fin de responder á los deberes del corresponsal de no resultar pesado para el gran número de los lectores.

"Pero Ingegnieros es artista y sabe, como tal, sacar recursos hasta de la aparente frivolidad de una charla periodistica. Su cultura extensa y general, su amor por todo lo bello, le ayudan, por otra parte, en la tarea. Literatura, música, pintura, artes plásticas, política, ciencia, todo lo trata con una señoril desenvoltura que seduce desde la frase inicial de cada artículo. Y la forma siempre galana completa la impresión agradable. Son todos ellos artículos llenos de luz, de alegría, de ingeniosas observaciones y de opiniones audaces, en los cuales ha hecho Ingegnieros un abundante derroche de imágenes si á veces arriesgadas, nunca vulgares. De esta última característica del estilo de este libro, podrían citarse cual el más certero ejemplo sus páginas sobre "Las manos de la Duse", verdadero rosario de símiles, á cual más delicado ó pintoresco.

"Alguien, frunciendo el ceño, podrá decir: "demasiada retórica" ¿Por qué? ¿qué mejor modo de engalanar asuntos ya triviales por lo gastados, como puede serlo la historia de los sublimes amantes de Verona ó la descripción de Florencia la bella ó de Roma imperial, que envolviéndolos suntuosamente en un soberbio ropaje ó perfumándolos con las más poéticas imágenes? Aquellos que modestamente se extasían con el ritmo de un período musical, con una metáfora deslumbrante ó un epíteto bien hallado, sabrán de seguro apreciar en lo que valen es-

tas páginas de Ingegnieros, sin reprocharle de que no haya tratado sus temas en la árida jerga del Código Civil.

"Y los demás.... ¿Qué importan los demás? Lo sabemos á Ingegnieros bastante artista como para no cuidarse de "los demás".

"Nuestras felicitaciones, pues, al jóven hombre de ciencia, por esta su última escapada del laboratorio para ir de parranda por los abiertos campos del arte, en una ebriedad de color, de sonidos, de alegría del vivir".

«Cómo estrenan los autores» por José León Pagano

En un pequeño volúmen ha reunido Jose León Pagano, bajo este título, alguna de sus crónicas teatrales que publicara en *La Nación*. Sin ser esta de las obras de más valía del reputado autor de "Al través de la España literaria", tiene la importancia de un jalón en su actividad intelectual, pues es como el exponente de su consagración de un año á la crítica teatral, género de producción harto fatigoso y difícil por las condiciones desfavorables en que debe ejercerse.

Estas crónicas juzgadas dia á dia por el público que sigue con interés el movimiento teatral, han logrado en esta recopilación el aplauso unánime de la prensa porteña, lo que me dispensa de extenderme mayormente sobre ellas en un análisis que hace inoportuno su misma índole de producción del momento.

Mujeres de Ibsen» por Carlos Olivera

Carlos Olivera ha mostrado en esta obra como es posible pensar bien y decir mucho sin diluirse en inconmensurables disertaciones. En un estilo conciso, cortado, con durezas y brillanteces de diamante, pero también con suavidades de manos aristocráticas, ha perfilado muchas de las mujeres—no todas—que atraviesan el teatro de Ibsen, con un vigor y un colorido extraordinarios y una análoga penetración de sus almas, burilándolas, en una palabra, física y psíquicamente, en una artística galeria de deliciosos camafeos.

En gracia de su rara sobriedad en la expresión, le dispensaré á Olivera de todo "docto" comentario sobre el teatro de Ibsen y el universal y el del pasado y el del porvenir.

Sólo se me ocurre pedirle que con la misma fuerza de pensamiento é igual alma de poeta, nos dé pronto otro libro. sobre cualquier cosa, que ese dia será de fiesta para nuestras letras.

«Enrique Ferri y el positivismo penal» por el Dr. Horacio Areco —«La mala vida en Buenos Aires» por el Dr. Eusebio Gómez

Son dos libros recientemente aparecidos, encaminados en una misma tendencia científica. Sus autores son dos jóvenes abogados y hombres de ciencia, miembros de nuestro Instituto de Criminalogía. Ambos marchando en el derrotero seguro abierto en los estudios penales por la escuela positiva italiana, son valerosos trabajadores del pensamiento que aportan desde hace algunos años su contribución á las investigaciones iniciadas con tanto éxito en este país en el mencionado terreno y que han de preparar el material y los criterios necesarios para constituir la futura ciencia criminológica argentina.

Pero estos dos libros se salen de los límites de la presente sección, exclusivamente consagrada á las "letras" argentinas. Mi opinión sobre ellos no puede tener otro valor que el del profano que mira con curiosidad estas cosas por las rendijas de la puerta entreabierta del templo. No obstante me interesa todo lo que importa estudio y trabajo, y no puedo abstenerme de significarles también yo mi aplauso á estos meritorios hombres de ciencia que tan brillantemente se han iniciado.

En "Enrique Ferri y el positivismo penal" el doctor Areco expone sucinta y claramente las doctrinas de la nueva escuela, de las cuales es Ferri el sintetizador más ilustre. Puede considerarse como un compendioso tratado de sociología criminal, en que el autor ha resumido sus conocimientos en la materia, agregando algunas observaciones personales, singularmente al tratar de los delincuentes en el arte. Todo ello hecho en un estilo fluído y elegante que señala en Areco á un escritor detrás del estudioso.

"La mala vida en Buenos Aires", es una revista general de las múltiples formas que asumen las actividades antisociales en este gran centro urbano. Me ha resultado interesantísimo este libro. Lo he leído con idéntica curiosidad con que leeria una novela. Varias veces se me ha ocurrido que, mientras el doctor Gómez ha acumulado toda esa vasta documentación de patología social con un propósito puramente científico, un artista podria hallar en muchas de esas páginas inspiración para una obra de realidad y dolor.

Agregaré tambien que, si yo fuera un criminólogo,—y he advertido que no lo soy—disentiría con el doctor Gómez sobre algunos puntos. Le diría entonces, por ejemplo, que los curas no me parecen clasificables en la mala vida, porque si él los tacha de improductivos con no sé cual criterio, yo podría, ó demostrarle que de mil puntos de vista es muy posible sostener su

valor social, ó tachar de improductivos con el mismo criterio á otros individuos de la colectividad humana, pongo por caso á los literatos ó á los tenores. (Y debo advertir que todo esto podría hacerlo sin apartarme de mi serena y tolerante irreligiosidad). Pero no me incumbe meterme en estas cosas.

ROBERTO F. GIUSTI.

LA DEMOSTRACION A RICARDO ROJAS

El soneto con que el poeta Charles de Soussens saludara á Ricardo Rojas en el banquete que le ofrecieron sus admiradores y amigos, resume en un verbo noble y elegante el homenaje merecido por este escritor, cuyo talento y cuya probidad honran á nuestra generación. Los diarios han adelantado ya la crónica del banquete que fuera inoficioso repetir y que como es sabido resultó una demostración tan significativa por el número como por la representación intelectual y social de los adherentes. Ella merece, con todo, que se la señale como un signo de que acaso se acerca el tiempo de una reacción en el sentido de respetar el esfuerzo de la inteligencia productiva y la obra desinteresada del espíritu.

Homenaje que importa ya sólo por eso, un ejemplo saludable para la multitud, resulta en este caso particular doblemente plausible, por cuanto sanciona la excelencia de una obra literaria, cuyo conjunto atestigua un talento de primer orden. No es éste el momento de definir la personalidad de Rojas, que á través de una obra múltiple y todavía dispersa en parte, ha proclamado en un estilo magnífico, en un idioma á la vez plástico y musical, extraordinario de fuerza y de colorido, el culto del ideal y la belleza de la vida.

Como lo hacía notar el Sr. Chiappori, hay en el fondo de este poeta exaltado un combatiente y su discurso fué un voto en favor del advenimiento de una era nacionalista que fortalezca la unidad espiritual del pueblo argentino, amenazada por las fuerzas destructoras del cosmopolitismo. Tal palabra es siempre oportuna en una ciudad como la nuestra y en un momento como el de ahora, y era Ricardo Rojas el más indicado para pronunciarla. El esfuerzo por esa reintegración del alma nacional corresponde en efecto á los jóvenes, de quienes puede esperarse una reacción contra lo existente. No tratándose además de un movimiento susceptible de traducirse en una agrupación cerrada ni de constituir el programa de una acción personal, sino de una obra colectiva, incumbe desde luego á toda una generación.

Hubiera podido temerse que esta palabra de "nacionalismo", la cual por otra parte sólo significa la convicción de que es necesario conservar la integridad moral de la patria, sorprendiese el sentimentalismo cosmopolizante que se enternece en confraternidades internacionales y desdeña lo que constituye nuestro verdadero patrimonio. Pero esa palabra responde á ideas y sentimientos por suerte más difundidos de lo que se cree. Por eso este banquete ha sido significativo por más de un concepto. Ha sido una afirmación elocuente en favor del culto desinteresado del arte y de la patria. Ha sido al mismo tiempo una manifestación de simpatía sincera por la obra de una de las personalidades más representativas de nuestra juventud.

Publicamos á continuación el discurso del señor Chiappori, que ofreció el banquete, y el del obsequiado:

Discurso de Atilio M. Chiáppori

Señores:

Naturalmente excluído por el grado de amistad que me liga á Ricardo Rojas, del número de los que quisieran ofrendarle sus simpatías intelectuales, mi repentina situación se agrava por el contraste virtual con la alta palabra que iba á saludarlo en su triunfo, y la presencia en esta fiesta de oradores ya consagrados.

Debe perdonárseme, pues, si en mérito á tal causa prescindo del examen de su obra—por otra parte imposible en el término angustioso de una hora y en la incorrección inevitable de cuartillas que trascienden las premuras de la imprenta.

Al fin no es esta una mesa de mundanos á quienes haya que descubrir un autor argentino; y luego, el elogio unánime con que la crítica aborigen acogiera los libros de Rojas, así como los juicios merecidos de la prensa europea, ya consagraron la robustez de su pensamiento y la pureza de su estilo.

Me limitaré únicamente—en muy cortas palabras—á presentar una faz del talento de Rojas, acaso la menos conocida, y la que, sin duda, hiciera afirmar al publicista español que nos reseñó su conferencia en el Ateneo de Madrid, que en el fondo de este joven escritor adivinábase la envergadura de un gran político.

En efecto; de los hombres de nuestra generación que se preocupan del porvenir espiritual de la raza, Ricardo Rojas es el mejor dotado para agitar ideas y congregar almas afines en un inminente movimiento de regeneración. A la solidez de su cultura, á su gesto categórico y su probidad antigua une la más ardiente fé en los destinos de la Patria, entusiasmo que

le hace esperar, en oposición al pesimismo ambiente, un supremo resurgimiento del alma nacional.

Si el valor de semejante condición de espíritu requiriera encarecerse, acaso podría señalar [illegible] mediato: El desaliento que, á fuerza de insistente, es ya genérico entre los que soportamos las sonrisas caritativas de la nación en marcha; la ininteligencia del gran público que aquí es infinita, hacíanme desear, hasta hace poco, con del Valle Inclán, que los libros estuviesen escritos con letras lombardas, como las antiguas ejecutorias, á fin de que sólo algunos iniciados pudiesen leerlos. El hecho de que, en esta noche, no sólo presente esa faz púgil de Ricardo Rojas, en la vida literaria, sino que proclame la necesidad de coadyuvarla con otras voliciones tensionadas hacia el mismo ideal, es la prueba más evidente, no tratándose de un amorfo, de su contagiosa virtud. Y ha llegado el momento de una concentración de semejantes propósitos, sin dejarse fascinar por el esplendor ficticio que nos rodea. Al contrario, cada vez que el materialismo satisfecho nos oponga un detalle de lo que se ha pretendido llamar nuestra superioridad en Sud América, recordemos, para no apartar los ojos de esa luz que nos guía, que vivimos en la ciudad donde en un día aun no lejano, requirióse la disciplina de los centinelas para resguardar un monumento firmado por Rodin; una ciudad cuyo público dorado ríe sonoramente en escenas de "Los Espectros" interpretadas por Zacconi; una ciudad que, aun no hace un año, nos obligó á taparnos la cara con las dos manos para decir cosas que salvaran del anatema la augusta desnudez de los mármoles!

Señores: por el triunfo de esa valerosa actitud intelectual; por el éxito de su paladín más fervoroso.

He dicho.

Discurso de Ricardo Rojas

Señores: Qué verbo, qué ritmo, qué canto, qué palabra de lírica unción y de emoción humana elegiré para expresaros de cuál modo conmueve el volver á la tierra materna, y cómo regocija el calor de los fraternales abrazos y con cuánta energía conforta en esta áspera lucha del arte el aplauso de los que van con nosotros, por el mismo camino, conducidos por la misma esperanza y hacia la clara cima de la misma montaña.... Mas, yo hubiera preferido,—silencioso mi labio y vuestro oído puesto junto á mi pecho,—que oyerais solamente la frenética voz de mi corazón, para que midiérais por el tumultuoso batir de mi sangre la intensidad emocional que vuestro aplauso promueve en este recio corazón mío, que sabe comprender las efusiones líricas de la amistad y las fierezas épicas de la vida...

Pues yo sé que en el designio de los iniciadores de esta fiesta no ha estado solamente el tributarme las expresiones de su simpatía, sino el dar testimonio público de que no se malogran en estéril silencio los esfuerzos consagrados al culto de la belleza y de la patria, y que antes, por el contrario, prestan sus triunfos ocasión propicia para atizar sobre las viejas aras, ante un pueblo podrido de escepticismo, la eterna llama del ideal heroico.

Debo pensarlo, puesto que habéis venido, que vosotros conocéis la labor de mi ausencia, y esto me permite eludir la trivial inmodestia de recordarla. Los triunfos bibliográficos ante lectores extraños, y los retratos publicados por la prensa española, y las aclamaciones que resonaron en el paraninfo del Ateneo, y las solicitudes de colaboración en tal cual revista francesa, y la visita de un sabio profesor de Sorbona en mi alojamiento de París, y un éxito inesperado entre gentes de Italia, y la despedida de artistas sudamericanos en el barrio Latino, y la acogida en las grandes universidades inglesas, y el elogio ó la simpatía de personalidades ilustres, cuyo nombre pronunciáis con respeto,—son timbres de valer en la iniciación de una carrera pública; pero yo os confieso que todo ello no ha tenido para mí una conmovedora vibración de vítor, sino cuando lo he sentido, trocado en eco cariñoso y fraterno, llegarme en la palabra de vuestros plácemes, en el rumor de vuestros aplausos, y en la convivial alegría de vuestra fiesta, cuyo esplendor sobrepasa mis escasos méritos, y demuestra como se practica la solidaridad del esfuerzo en la obra por la cultura.

Quiero también aprovechar esta hora oportuna para deciros que no son los triunfos sino los esfuerzos los que necesitamos celebrar en la vida. El buen éxito de nuestros afanes los encontramos á veces en una venturosa coincidencia de nuestro camino, ó nos lo preparan las cualidades menos nobles de nuestras almas, ó nos lo envía la mano bienhechora de un azar feliz. Glorifiquemos, por el contrario, lo que encierra de grande el esfuerzo silencioso y heroico: la labor cotidiana aplicada al anhelo de la perfección espiritual. Proclamemos el desinterés de la sabiduría; mostremos á los hombres la belleza mística y militar que hay en ciertos renunciamientos. Tengamos todos algo de monjes en nuestra condición de soldados. Y nosotros necesitamos tenerlo para crear en medio de la moral utilitaria que hoy impera en el país, resortes permanentes de cultura, pues si no reaccionamos en el sentido de un categórico idealismo que restaure la idea de continuidad en la obra de las generaciones, y de un sistemático nacionalismo que restablezca la cohesión sentimental de la raza, vamos en camino de fundar una de las civilizaciones más mediocres y efímeras que hayan aparecido en el mundo.

Triste es la ignorancia á que Europa nos tiene condenados, y en su frecuente anécdota suele ensañarse la ironía criolla; pero es aún más triste la ignorancia en que nosotros vivimos acerca de la obra espiritual de aquellas nacionalidades, y la manera absurda y funesta con que aquí se comprende y practica su civilización. Nosotros hemos tomado de la civilización europea la envoltura política, sin cuidarnos de trasplantar ó de crear para ponerlo en ella el contenido estético y ético indispensable á toda civilización. Así hemos formado esta ciudad que se precia de tener cuantos vehículos ha inventado el progreso, pero donde los espíritus carecen de todo género de disciplinas, desde las sociales y cívicas hasta las religiosas é intelectuales. Hemos hecho lo que los negros del Africa ó de las islas del Oriente, que toman de la religión que les llevan los misioneros cristianos las baratijas del culto para adorarlas como á sus viejos fetiches y de la política que les llevan sus colonizadores militares, el alcohol y las armas con que se vuelven contra ellos. Así puede decirse que en nuestro país la antigua lucha entre la civilización y la barbarie no ha terminado: ha cambiado simplemente de escenario y de forma: su teatro es la ciudad ya no es el campo, y los montoneros ya no emplean el caballo sino la electricidad: Facundo va en el tranvía.

En presencia de este espectáculo de nuestro país, y de la inferioridad específica que nos diferencia de Europa, he pensado si acaso será que no es dable realizar íntegramente el trasplante de una civilización; del mismo modo que en presencia de las características ciudades de Italia,—individualizada cada una por un tipo, por un idioma y por un arte propios, —he pensado que la civilización brota substancialmente del suelo cuando un pueblo dotado de autonomía y homogeneidad espiritual se identifica con su territorio. Por eso yo creo que este desenvolvimiento material de nuestro país nos llevará á la disolución mientras no sea creado por un pueblo homogéneo é identificado con su territorio: mientras el desarrollo externo del progreso no sea la resultante del desarrollo interno de la cultura; mientras no demos disciplinas morales á la conciencia; mientras no creemos el sentimiento de solidaridad social y el de perpetuidad histórica que emana de la tradición histórica; mientras no rehagamos la escala de nuestras jerarquías sociales de acuerdo con una moral idealista. La realización de tan vasto plan, que será la condición de una democracia más sana, de una economía más estable, y de un arte duradero y original, no podrá realizarse sino con el concurso de todos los hombres de pensamiento, persuadidos de que si hace cincuenta años pudo ser el ideal de la nación que surgía una política de cosmopolitismo, ésta al realizarse ha comportado nuevos problemas que nos obligan á modificar la fórmula originaria y adoptar

otra de sistemático nacionalismo. Entre un pueblo heterogéneo de diez millones de habitantes, y otro de cinco, pero dotado de cohesión espiritual é ideales nacionales, éste será el que venza en la guerra y el que prospere en la paz.

Señores: Gracias á vosotros, y brindemos por el reinado de la era nacionalista.

Tomaron luego la palabra los señores Alfredo L. Palacios, Ernesto Weigel Muñoz, Martiniano Leguizamón, Tomás Jofré y el poeta Carlos de Soussens. Este último leyó el siguiente soneto:

A RICARDO ROJAS

Poéte

Toi qui viens de Paris, dis-nous le réve inmense
Qui vibre en rayons d'or sur le Quartier Latin,
Et, prés du Pont des Arts, s'éparpille au matin
Sur la Seine qui roule un flot lourd de romance.

Toi qui du vieux Montmartre as saisi la cadence,
Dis-nous le fol baiser du modéle mutin,
Et de sa chair en fleur le somptueux butin,
Toi qui fus une abeille au doux jardin de France.

Mais sur tout chante-nous, dans ton rythme espagnol,
Le Primtemps éternel de la race latine
Qui, de l'Arc du Triomphe á la Puerta del Sol,

Mélange ses parfums daus ton áme argentine
Et-joint au fier ombu des temps ensevelis
La splendeur de la rose et la grace des lys.

CHARLES DE SOUSSENS.

NOTAS Y COMENTARIOS

"El Arlequín"

Continuando en su propósito de ir dando paulatinamente á la publicidad las obras teatrales de nuestros autores nacionales que más éxito han logrado en estos últimos años, NOSOTROS inserta en este número la tragedia en tres actos *El Arlequín* del señor Otto Miguel Cione.

El público y la crítica acogieron con todo favor la nueva producción del señor Cione, confirmándose luego su éxito de los primeros momentos con el número de representaciones á que ya ha alcanzado aquí y fuera de aquí en los dos años transcurridos desde su estreno.

Transcribimos á continuación dos de los tantos juicios publicados á raíz de ese estreno, que resumen la opinión general al respecto El primero es un fragmento del estudio crítico que Juan Pablo Echagüe le consagrara en *El País*. Dijo *Jean Paul*:

. . . . . .

Hay en *El Arlequín* dos situaciones dramáticas de positiva belleza. Ambas han sido reservadas hábilmente para finales de actos por el autor, quien se acredita experto hombre de teatro. Es la primera, cuando el loco, trastornado por completo ya, se pone á dirigir en una de sus crisis delirantes la ilusoria orquesta de flores cuya armonía sólo él escucha, ante la familia sobrecogida y contristada por la extraña escena. La decoración duplica el efecto. Una galería de cristales separa la habitación del primer plano, de un jardín cuyos verdes y florescentes follajes emerjen al fondo bañados de luz á través de los vidrios Trepado sobre una eminencia, entre plantas y macetas, el loco hiende acompasadamente el aire con su batuta, marcando al perfume de flores circundantes el ritmo de la absurda sinfonía que siente resonar bajo su cráneo. Una ténue música de violines á la sordina solloza dentro y deja llegar al espectador su eco lejano. Es el concierto de las fragancias que el enfermo está escuchando y dirigiendo en su alucinación paroxismal... Para ex-

presar intensamente con el ademán y el gesto cuanto en aquel momento pasa por el alma del orate: para prestar á la escena toda su angustiadora emoción, fueran necesarios el arte trágico y el genio de un Zacconi. De todas maneras, la situación dramática es de una fuerza y de una originalidad sin equivalente en el teatro nacional. Ella sola bastaría para dar nervio á la obra entera.

El segundo episodio que en *El Arlequín* nos parece de primer orden,—teatralmente hablando,—es el final del último acto. El loco ha tenido una mejoría y la familia lo saca del manicomio para traerle de nuevo al hogar por algún tiempo. Es un día de carnaval. En la casa se preparan para concurrir á un baile de máscaras. Y he aquí que al alcoholista, padre del demente, se le ocurre disfrazarse de arlequin con tal objeto. Su hijo, el loco, lo ve entrar vestido con el traje fatal. Lo toma por el arlequín de sus obsesiones y delirios, por aquel emblemático fantasma de su propia desventura que lo perseguía en otro tiempo. Sus furores de alienado renacen bruscamente: su locura adormecida estalla. Y arrojándose sobre el ebrio tambaleante y embrutecido, lo arrastra hasta el balcón y lo precipita en la calle. Por la abierta ventana se divisa la ciudad adornada, iluminada en plena fiesta. Siéntense los ecos regocijados de tamboriles y cornetas que suenan en el corso; las serpentinas multicolores se enredan en la baranda del balcón. El arlequín arrojado por el loco ha ido á aplastarse en la calzada llena de risa y de bullicio.

El Arlequín es á nuestro juicio, un trabajo fuerte, serio, bueno. Revela estudio y sanos propósitos artísticos en su autor. Tiende hacia un fin de moral social combatiendo esa plaga terrible del alcoholismo que carcome y envenena colectividades é individuos. No le falta nobleza en la concepción ni destreza en la factura. Debe ser aplaudido como un esfuerzo fecundo y nada vulgar, entre el fárrago de chateces que están inundando la escena nacional y que á diario vemos entusiástamente celebradas por la inepta turbamulta."

JEAN PAUL.

Y la crónica de **Tribuna** decía:

"Hasta ahora los proveedores de comedias y dramas para las compañías han buscado siempre, quien más, quien menos, el beneplácito del público por los medios más conocidos y tocando resortes ya vulgares de puro gastados. Ante *El Arlequín*, estrenado con tanto brillo, el público sintió una impresión de sorpresa; pero esa sorpresa fué agradable, insinuante, conquistadora de simpatías para el autor de la obra y para los intérpretes que la estaban representando."

"El señor Otto Miguel Cione, ha realizado al escribir *El Arlequín* un *beau geste,* un ademán casi de desafío, ha lanzado un "¡Abran cancha!" á los que medrosos y timoratos dejan encadenada la producción teatral americana dentro de los viejos moldes. Y como toda obra hija de un verdadero arranque de valor, próximo á la temeridad, pero con pisca de osadía, la nueva producción de Cione venció incondicionalmente á los espectadores, avasallándoles con el brillo de su valentía."

. . . . . .

"El desarrollo de la obra es lógico y de una sobriedad altamente artística; el personaje principal, ese Marcelo, cuerdo á veces y á veces loco, tan multiforme como estrafalario, está pintado de mano maestra y los personajes que le rodean obran y hablan dentro de caracteres definidos."

"Hay en *El Arlequín* momentos que bastarían para hacer la reputación de un autor,—como el final del segundo acto de una grande y noble originalidad,—y en general, la obra es una producción de elevada literatura y una concepción artística que prueba la intensidad del talento del autor."

"Otto Miguel Cione fué llamado á escena muchas veces; en esa ocasión más que en ninguna otra deben haberle sido gratos los aplausos del público por que la batalla á que su corazón le había llevado era allí victoriosamente ganada por su talento. El éxito de *El Arlequín* ha sido una definitiva consagración para Cione y nuestro naciente teatro se halla hoy de enhorabuena porque ha salido vencedores en buena lid un autor y una obra."

"Las semblanzas de la tierra"

Estas composiciones poéticas de Leopoldo Velasco que aparecieron en el número pasado han sido favorablemente acogidas en Córdoba, su patria, en cuya historia y cuya naturaleza halló el poeta la materia para sus evocaciones artísticas, relizadas en la sobria y compendiosa forma del soneto.

Así un diario de allá, *La Patria* publicó sobre dichas composiciones en su número del 5 de Agosto una nota bibliográfica que cabe aquí recordar como una palabra de aliento para el joven escritor, pues el elogio no ha de ser exclusivamente reservado para el libro, más también ha de merecerlo toda obra buena que, como en este caso se presenta henchida de promesas para el futuro.

Dos nuevos redactores

NOSOTROS incorpora á su seno desde el presente número dos nuevos redactores: Alfredo C. López y Coriolano Alberini, que tendrán á su cargo respectivamente las secciones "Política" y "Filosofía".

El primero cuenta ya en su labor una larga actuación periodística. Sus consoladores entusiasmos y sus decepciones frecuentes son proverbiales. Es un espíritu sereno, sincero y ecuánime, valiente en sus opiniones y consciente de ellas. El ama todo lo noble y elevado y es, sin embargo, de los pocos de nuestros intelectuales que aún conservan el sentido de la realidad. Sobre ella basa sólidamente sus ideales. Ni le arredra la lectura de un fatigoso editorial ni la de una árida estadística, siempre que ellos le den materia para fundar una hipótesis sociológica. Patriota hasta lo íntimo de su ser, sufre con el olvido de nuestra tradición ó con la falta de ideales para el futuro. Nuestro momento presente vergonzosamente chato, tiene en él un convencido adversario. Sus comentados editoriales en "Sarmiento", en los cuales encara día á día con elevación de propósitos y mirada segura nuestra política internacional, su anterior actuación periodística, el interés que se toma por todo lo que atañe á nuestras cosas y su recta conciencia de ciudadano, le acreditan como un digno sostenedor de la delicada sección que la dirección le ha confiado.

Coriolano Alberini hace, al contrario, sus primeras armas. Estudiante universitario, se ha consagrado con amor á los estudios filosóficos, cuya evolución actual sigue con interés y en los cuales ha producido valiosos ensayos que le han merecido la aprobación unánime de los entendidos. Su extensa monografía sobre "El amoralismo subjetivo" que publicamos en números anteriores es ya de por sí una prueba inequívoca de la seriedad de su pensamiento, que hace esperar mucho de él.

La dirección se felicita de asociar á su labor á dos jóvenes que honran nuestra intelectualidad.

Instituto de Enseñanza General

Esta asociación, constituída á mediados del año último por un grupo de jóvenes animosos, estudiantes de nuestra universidad, con el propósito de difundir la instrucción y la educación en todas las clases sociales y estimular y facilitar entre los estudiosos el trabajo intelectual, en todas sus

formas, ya ha entrado de lleno en la labor con una seriedad de miras que raras veces se halla en las instituciones de la índole que se esterilizan en un huero patrioterismo, cuyo único objeto esencial es el de halagar la vanidad de sus componentes. Nada de concursos poéticos con los seculares y ñoños temas *A América ó Al 25 de Mayo*; nada de festivales más ó menos patrióticos y cultos en el "Instituto de Enseñanza General": su labor es más sólida y provechosa. Ha comenzado por iniciar una série de conferencias públicas y gratuitas en la Facultad de Filosofía y Letras que han sido coronadas por el éxito más completo, habiendo disertado hasta ahora los Doctores Ernesto Quesada, Francisco Capello, David Peña, Carlos Malagarriga y Angel Gallardo y debiendo hablar sucesivamente los doctores Matienzo, Holmberg, Montes de Oca, Magnasco, Morales, Ibarguren, ingeniero Aguirre, ingeniero Ramos Mejía, etc. Está preparando el plan de estudios, y los programas correspondientes de los cursos también públicos, y gratuítos, que se iniciarán próximamente. Abrirá en breve al público la Sala de lectura de la Biblioteca social y pondrá en circulación los ejemplares destinados á la lectura á domicilio. Publicará las conferencias dadas por su iniciativa, las monografías de los socios una revista y las cartillas instructivas de distribución gratuíta. De estas publicaciones ya han aparecido las dos primeras conferencias: la del doctor Ernesto Quesada sobre *La teoría y la práctica de la cuestión obrera*, interesante crítica del marxismo hecha á la luz de la estadística en los comienzos del siglo, y la del doctor Francisco Capello sobre *Virgilio*, sintético y brillante estudio de la vida, influencia y obra del inmortal mantuano.

Sinceramente felicitamos al laborioso directorio de esta institución por su fecunda actividad. Si no se desvía de la senda en que ha entrado con tantos brios, no es de dudar que llegue este *Instituto* á constituír una poderosa asociación, eficazmente útil para los progresos de nuestra cultura.

La demostracción á Evaristo Carriego

A principios del corriente tuvo lugar el banquete ofrecido por amigos y admiradores á nuestro colaborador don Evaristo Carriego para celebrar la aparición de su libro de versos "Misas Herejes".

Ofreció la demostración el señor Juan Mas y Pi, contestándole el obsequiado con palabra galana. Hablaron también los

señores Marcelo del Mazo, Juan Luis Ferrarotti, Hector Duffau, Juan José Soiza Reilly y Carlos de Soussens.

Fué una fraternal comida íntima que ha de dejar en todos los concurrentes un amable recuerdo.

En el próximo número, para dejar perdurable constancia de ella, publicaremos el discurso del señor Mas y Pi y la poesía de Marcelo del Mazo.

Libros recibidos

Carlos Goyena: "Mi corazón no sabía....." (Diario de una niña)—Buenos Aires, 1908.

José León Pagano: "Cómo estrenan los autores" (Crónicas de teatro)—Biblioteca de autores americanos—F. Granada y Cia., editores.—Barcelona.

E. Quesada: "La teoría y la práctica en la cuestión obrera"—Biblioteca del Instituto de Enseñanza General — Arnoldo Moen y hermano, editores—Buenos Aires, 1908.

Dr. Horacio P. Areco: "Enrique Ferri y el positivismo penal" —J. Lajouane y Cia., editores—Buenos Aires, 1908.

José Ingegnieros: "Al márgen de de la ciencia"—J. Lajouane y Cia., editores—Buenos Aires, 1908.

Eusebio Gómez: "La mala vida en Buenos Aires"—Prólogo del doctor José Ingegnieros—Luis Roldán, editor—Buenos Aires, 1908.

Evaristo Carriego: "Misas herejes"—Buenos Aires, 1908.

Roberto Levillier: "Alienados delincuentes y delincuentes alienados"—Buenos Aires, 1908.

Francisco Capello: "Virgilio"—Biblioteca del Instituto de Enseñanza General—Arnoldo Moen y hermano, editores — Buenos Aires, 1908.

Ricardo Rojas: "Cartas de Europa"—Segunda edición— M. Rodríguez Giles, editor—Buenos Aires, 1908.

Domingo Fernández: "Preludios"—Garnier hermanos—Paris, 1908.

José Manuel Carbonell: "La visión del Aguila" (Canto á la patria)—Habana—Imp. de Rambla y Bouza, Obispo 35, 1908.

Federico Urbach: "Amor de Ensueño y de Romanticismo" (Versos premiados en los juegos Florales celebrados por el "Ateneo y Círculo de la Habana", en el gran Teatro Nacional, la noche del 14 de Mayo de 1908)—Habana, 1908.

Martiniano Leguizamón: "El Colegio del Uruguay"—Buenos Aires, 1908.

Luis M. Cora: "Arpegios Crepusculares"—Biblioteca non plus ultra—Buenos Aires, 1908.

Doctor Leopoldo Longhi: "El pecado de Ovidio"—Traducción clásica—Buenos Aires—Emp. Gustavo Patrioli, 1908.

José María Velez: "Perlas rotas"—Buenos Aires—Casa Jacobo Peuser—1908.

Año II—Tomo III · Octubre de 1908 · Número 15

SUMARIO

Antonio Gomez Restrepo	José Enrique Rodó
José Luis Cantilo	Un americano ilustre
Rubén Darío	Fragmento del "Poema del Otoño"
Emile Duprat	La filosofía francesa en 1907
Emiliano Ramírez Angel	Del dietario de un pobre hombre
Vicente Medina	Canciones de niños (versos)
Enrique J. Banchs	Fantasía lunar
Ximeno	Wagner
Ricardo Rojas	Rapsodia póstuma (versos)
Gastón Federico Tobal	Janua Caeli
Alvaro Melián Lafinur	Poesías
María Esther Rega Molina	Poesías
Salvador M. Boucau	Poesías
Armando R. y Salazar	Poesías
Jorge Walter Perkins	Vicente Medina
Arturo R. de Carricarte	De crítica
Roberto F. Giusti	Letras argentinas
Juan Mas y Pi	La demostración á Evaristo Carriego
Marcelo del Mazo	La demostración á Evaristo Carriego
«Nosotros»	Notas y comentarios

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION:

BUEN ORDEN 357

BUENOS AIRES

1908

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA, HISTORIA, ARTE, FILOSOFÍA

APARECE EN LA PRIMERA QUINCENA DE CADA MÉS
EN ENTREGAS DE 64 PÁGINAS COMO MINIMUM

Las colaboraciones no se devuelven

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

ENRIQUE J. BANCHS

Administrador:

ALFREDO COSTA RUBERT

Cuerpo de Redacción:

SECCIONES PERMANENTES

Opiniones	**Emilio Becher**
Crónica extranjera	**Joaquín de Vedia**
Letras Francesas	**Atilio M. Chiappori**
" *Italianas*	**José León Pagano**
" *Españolas*	**Alberto Gerchunoff**
" *Catalanas*	**Juan Mas y Pi**
" *Portuguesas y Brasileñas*	**Elysio de Carvalho**
" *Hispano Americanas*	**José M. Rizzi**
" *Argentinas*	**Roberto F. Giusti**
Filosofía	**Emilio Duprat** / **Coriolano Alberini**
Política	**Alfredo C. Lopez**
Educación—Criminología	**Benjamín García Torres**
Bellas Artes	**Emilio Ortiz Grognet**
Música	**Miguel Mastrogianni**
Teatro Nacional	**Alfredo A. Bianchi**
Revista de Revistas	**Alfredo Costa Rubert**
Notas y Comentarios	**"Nosotros"**

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
(ADELANTADA)

Ciudad y Provincias		Exterior		
Trimestre	$ 2.50	Semestre	francos	14
Semestre	" 5.00	Año	"	25
Año	" 10.00			
Número suelto	" 1.00			
Atrasado	" 1.50			

Dirección y Administración: BUEN ORDEN 357

NOSOTROS

JOSE ENRIQUE RODO

En un artículo polémico en que el joven escritor argentino D. Manuel Ugarte defiende su Antología de escritores jóvenes hispano-americanos, contra las censuras que con gran penetración le dirigió el ya célebre escritor uruguayo D. José Enrique Rodó, leímos con extrañeza esta frase: "El Sr. Rodó viene mariposeando desde hace muchos años en folletos minuciosos que coinciden con los cambios presidenciales." No aseguramos que esta frase haya sido escrita con agrura, para dar una idea desfavorable del carácter y de los escritos de Rodó; pero es indudable que, á quien no conociendo unos y otros, la lea, debe parecerle Rodó uno de esos literatos oportunistas, más políticos que letrados, que se valen de su pluma para obtener granjerías por medio de un pleito-homenaje rendido á tiempo á todo astro naciente. No conocemos dato ninguno de la biografía de Rodó; pero esos mismos folletos á que se refiere el Sr. Ugarte nos permiten apreciar en él un carácter independiente, un convencido defensor del más noble idealismo. No estamos de acuerdo con él en puntos sustanciales de doctrina; pero aplaudimos su criterio ámplio y hospitalario, su odio á la política jacobina, que tantos males ha causado en nuestra América; su entusiasmo por las más desinteresadas manifestaciones del arte y su aversión á esa es-

pecie de filosofía utilitaria que quiere medir todas las cosas por el grado de satisfacciones materiales que proporcionan. Como crítico literario, Rodó es un espíritu moderno, y en cierto sentido, un modernista; pero sin el exclusivismo ni la falta de sólida cultura clásica que se advierte en la mayoría de los secuaces de esta dirección. El entendimiento de Rodó vive orientado hacia el arte y el pensamiento griego; y aunque talvez no sea un helenista, filológicamente hablando, es un alma nacida para bañarse en las ondas de luz del Atica, y para navegar sobre las aguas azules que besan las islas griegas.

El estilo de Rodó tiene una brillantez, una variedad de matices, que lo caracterizan entre los cultivadores de la prosa moderna; pero ostentan sus escritos una claridad de exposición, una bella ordenación clásica, que los distinguen de casi todo lo que los jóvenes producen hoy en América. Guarda, pues, como prosista, un término medio entre ciertos escritores de pura cepa castiza, que han mantenido la tradición de la prosa serena y trasparente, de andar magestuoso, de un Quintana, un Moratín ó un Jovellanos, y que dentro de las letras hispanoamericanas, son ya nuestros clásicos, tales, por ejemplo,Bello, Baralt, Conto, Gutierrez, Caro y Cuervo, y los cultivadores de la literatura modernísima, que han roto con la tradición, desdeñando las formas naturales de expresión que el pensamiento adopta en nuestra lengua, é introduciendo un vocabulario que en parte es de invención novísima y bárbara y en parte representa una dislocación del natural sentido que las palabras han tenido en todas las épocas de la lengua. Comparando la prosa de Rodó con la de otros escritores del Sur, la de Lugones, por ejemplo, en "La guerra gaucha", se advierte la diferencia que hay entre un escritor castellano, aunque no purista, y un cultivador de un dialecto especial, de forma abigarrada y exóticos componentes, que ya poco tiene que ver con el idioma de Cervantes.

Rodó ha ejercido la crítica militante, y es lástima que sus trabajos de este género no sean más conocidos, para lo cual sólo les falta reunirse en volúmen: su profesión de fe como crítico es tan ámplia y generosa como era de esperarse de un espíritu tan desinteresadamente enamorado del arte. "Sin cierta flexibilidad del gusto, dice en el primero de sus folletos literarios, titulado "La vida nueva", no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar á ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la sanción de la más cercana posteridad. Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea ó una forma de arte, nervio y carácter de sus juicios, la íntima serenidad que se levanta, augusta y vencedora, sobre los apasionamientos de ese amor, como se cierne sobre las tempesta-

des de la tierra la paz de las alturas." En estas líneas aparece esbozada la figura del crítico verdadero, que se mantiene á igual distancia de la apasionada intransigencia, que no concibe otra forma de belleza sino la que halaga sus aficiones exclusivas, y de la fría indiferencia, que por nada se entusiasma, y ocultaria como una debilidad, cualquier preferencia decidida por un autor, por una escuela, por una forma de arte. El crítico es un hombre, y como tal, debe tener, de acuerdo con su temperamento y con el medio en que ha formado su gusto, predilección por determinadas manifestaciones artísticas, y esa predilección, si se refiere á un autor verdaderamente grande, á una forma de indiscutible superioridad estética, lejos de ser un defecto, lejos de constituir una limitación, comunica calor y eficacia á la crítica y le quita el carácter puramente negativo. Pero esta orientación del gusto debe acompañarse con un criterio tan amplio y generoso que permita abarcar todas las manifestaciones auténticas de la belleza, aun las menos acordes con nuestro temperamento; sin excluir otra cosa que esos brotes extravagantes de la fantasía; esas claras transgresiones de las reglas técnicas del arte y de los cánones fundamentales de lo bello que por su carácter morboso, son dignas de severa condenación, aun por parte del juez más benévolo.

Pero si como crítico literario Rodó vale mucho, tiene su talento otros aspectos más luminosos todavía. Ha tenido la crítica cultivadores tan insignes en la América española que marcan alturas á donde es difícil ascender. Prescindiendo de los muertos, basta citar entre los vivos y ya gloriosos, á Miguel Antonio Caro y á Enrique Piñeyro, dos hombres á quienes separa un abismo en ideas filosóficas, pero que se dan la mano en el campo libre del arte, y que por diverso estilo son dos grandes maestros de la lengua. Si hubiéramos de caracterizar á Rodó por su aspecto más saliente, no sería como crítico militante, ni como maestro de historia literaria, sino como autor de ensayos, en que se considera el arte desde el punto de vista sociológico, para emplear la expresión de Guyau. En esos trabajos Rodó se nos presenta como un pensador y al mismo tiempo como un artista, cualidades que no es común hallar reunidas, pues á veces los maestros del pensamiento no lo son de la forma, ya porque no logren dominarla, aunque lo pretendan, ya porque la miren con desdén, como cosa secundaria y de simple adorno. De ahí el atractivo poderoso que ejerce Taine, quien aun en estudios de carácter tan filosófico como los "Ensayos de crítica é historia" y la "Filosofía del arte", supo aliar la profundidad del análisis científico con los atractivos de una imaginación llena de color y de un estilo vibrante y sugestivo, que es una perpétua creación. Al mismo

género de artistas pensadores pertenece el malogrado Guyau, que parece ser uno de los maestros predilectos del escritor uruguayo. No faltan en castellano ejemplos gloriosos que citar; como ciertos estudios de Revilla y de Menéndez y Pelayo. En América, cultivó este género y ha pasado como ejemplar del "essayist", el famoso ecuatoriano Juan Montalvo, quien para llamar la atención sobre la trascendencia que él atribuía á sus producciones, las coleccionó con el título magistral de los "Siete Tratados". Era Montalvo un escritor genial, estilista insigne áunque no siempre equilibrado; gran conocedor del castellano clásico, de cuyos tesoros disponía con absoluto desenfado, pero á veces con gusto dudoso; hombre, en fin, de pensamiento errático y caprichoso, que por momentos se elevaba á las alturas de los Andes, para descender, sin transición, á las más prosaicas nimiedades; pero que no había nacido para la especulación filosófica, como lo comprueban sus débiles tratados sobre el Genio y sobre la Belleza. Rodó no se parece en nada al temible polemista de las "Catilinarias": mira las cosas desde una altura á donde no llega el polvo del combate: y aun cuando discuta, conserva la aristocrática serenidad de un ateniense. Preocúpanlo los problemas sociales no por cálculo interesado, sino por su trascendencia moral; y por debajo del pensador, que analiza las cosas en el terreno de lo abstracto, se alcanza á descubrir el patriota americano, que se esfuerza por mejorar las condiciones sociológicas de la nueva raza que se extiende desde Méjico hasta los confines australes. Todo el espíritu de Rodó está concentrado en su extenso estudio titulado "Ariel", nombre por sí muy sugestivo, que trae á la memoria el recuerdo de una de las más originales creaciones de Shakespeare. Ariel, espíritu del aire, obediente servidor del sabio Próspero, es el genio benéfico de la isla en que éste vive, y representa el ideal en contraposición á la realidad brutal encarnada en el deforme y estúpido monstruo Calibán. Es uno de los personajes más atractivos de aquel extraño drama fantástico en que Shakespeare entró de lleno, con toda la audacia de su genio, en la región del ensueño. Ariel no tiene forma corpórea, pero á cada paso se hace sentir su presencia benéfica, que llena el espacio de armonías invisibles. El gran crítico Brandes, hablando de Ariel, lo califica de "emblema del genio de Shakespeare" y de sér "compuesto de encanto y delicadeza, rápido y luminoso como el rayo". Reaparece Ariel en la escena final del "Calibán", conocido drama filosófico de Ernesto Renán. Cuando aquel monstruo, en quien el aristocrático pensador parece simbolizar la democracia triunfante, se apodera del mando, Ariel se desvanece, prefiriendo morir á hacer pactos con la brutalidad engreída, y al decir adiós á su amo, exclama: "Esta vida es fuerte pero impura

Busco besos más castos... Todo idealista será mi amante; toda alma pura será mi hermana... Adiós, amor mío, acuérdate de tu pequeño Ariel." Bajo el amparo de este númen quiere colocar Rodó el porvenir intelectual de la América española, y buscando inspiración en una estatua que reproduce al genio aéreo "desplegadas las alas; suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce damasquinaba de oro; erguida la amplia frente, entreabiertos los labios por serena sonrisa", habla á sus discípulos con el entusiasmo de un apóstol. "Pienso, dice, que hablar á la juventud de nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada." El tono del maestro está impregnado de unción: sus palabras son un caluroso llamamiento á la juventud para que desembarazando el espíritu de vulgares deseos, se dedique á desarrollar el sér en toda su plenitud ideal, á evitar que se malogren " esas divinas prendas del alma joven, el entusiasmo y la esperanza, que en las armonías de la naturaleza corresponden al movimiento y á la luz." No simpatiza Rodó con ciertos héroes de la literatura modernísima, enfermos de la voluntad y el corazón. Busca la vida en el desarrollo de la energía, en la intensidad de la esperanza. No es que sea partidario de cierta educación preventiva, que quiere ocultar á los jóvenes el aspecto doloroso de la vida, para no conturbar la serenidad de su optimismo: él coloca al hombre en frente de la realidad, sin hipócritas atenuaciones; pero confía en que del seno del dolor nazca, no una cobarde abdicación, sino el anhelo varonil de la lucha para conquistar ó recobrar el bién que él nos niega; y desde este punto de vista considera al dolor cómo "un acerado acicate de la evolución, como el más poderoso impulso de la vida."

"Aspirad, agrega, á desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, á pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia á manifestaciones diferentes.... La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando en el círculo de la vida vulgar manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas." ¿Y de qué lado puede existir este peligro de exclusivismo para la juventud americana? Como Rodó escribe en una República del Sur que está, hasta cierto punto, dentro de la esfera de acción de la grandiosa nación Argentina, no puede desconocer el peligro que ofrece para la juventud intelectual de esos

países, la corriente de positivismo industrial que se desborda de Europa sobre esos inmensos territorios, nueva tierra de Canaán. La Argentina crece en población como ningún otro país hispanoamericano; pero logrará conservar, en medio de ese aporte tumultuoso de elementos abigarrados, los lineamientos ideales de su personalidad histórica? Nuestro pensador dice muy acertadamente: "Há tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir á un publicista ilustre que en América "gobernar es poblar". Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría á atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después." Colombia, que ha contado hasa hoy entre sus causas de inferioridad la poca é intermitente inmigración, no pone el problema que plantea Rodó entre los que requieren urgente solución. Y á este propósito recordamos unas palabras de los Reclus, que pueden consolarnos un poco cuando vemos que el torrente inmigratorio se dirige de preferencia hácia playas más afortunadas, más favorecdas por la naturaleza: "Podría recibir Colombia infinidad de inmigrantes si tuviese caminos que en poco tiempo les llevasen de las costas á las mesetas y montañas donde hay todavía pocos pobladores; pero quizás con no tener esos caminos, gane más de lo que pierde, porque de este modo se sostiene y crece de su propia sustancia y no corre el grave peligro de perder como otras repúblicas españolas, el carácter propio... Los colombianos lograrán al final mayores y más duraderos beneficios, mostrándose, por ahora, pacientes y satisfechos de sí mismos, que otros pueblos, en su afán inmoderado de crecer pronto y atesorar en pocos años grandes caudales" (1). Para nosotros, el problema que preocupa á Rodó se plantea de un modo distinto. Alejados, por la naturalea, de las grandes luchas del comercio, los habitantes de estas mesetas andinas hemos pecado más por exceso de idealismo, unas veces legítimo, otras enfermizo y disolvente, que por tendencias demasiado prácticas y positivas. Por el sostenimiento de principios políticos más ó menos quiméricos, nos hemos combatido sin piedad, y se nos ha podido tachar de pueblos de poetas y soñadores, pero no de adoradores del dólar omnipotente. Mas en países como el Uruguay y la Argentina, donde la voz del interés se deja oir con imperiosa resonancia, donde la lucha por la vida es cada día más ardua y exige más derroche de energía para vencer la concurrencia audaz, donde el progreso adquiere apariencias más deslumbradoras, es fácil que el

(1) Onésimo y Eliseo Reclus. Novísima Geografía Universal, traducción de Vicente Blasco Ibañez. t. v, p. 152.

criterio juvenil se extravíe y en la necesidad de aligerar la barca para que llegue más pronto que las rivales, sacrifique, como obra muerta, el arte, las letras, las aspiraciones ideales y conserve, en cambio, como elemento de salvación y de triunfo, la dirección práctica, el criterio positivista y calculador. De ahí el carácter ardoroso, el tono efusivo de la predicación de Rodó, que pone todo su empeño en demostrar, como lo hace brillantemente, que una civilización en que el sér humano no se desarrolle en toda la amplitud de sus facultades, es incompleta y lleva en sí misma el germen de su decadencia. Y explana esto en una página que parece arrancada de la "Filosofia del Arte", de Taine: "La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa á la admiración y al encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir á la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer á la vez el sentido de lo real y de lo ideal, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un circulo perfecto, en el que ningun desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un dia de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción." Claro es—y así lo declara Rodó—que dada la complicación de la vida moderna, un tipo de hombre como los que figuran en los Diálogos de Platón no es comprensible en nuestro tiempo; pero apesar de todo dentro de la diferenciación progresiva de caracteres y aptitudes "cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida en *ciertos intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros".

Estos "intereses del alma" están intimamente ligados con el culto de la moral y de la estética. No es Rodó de los que divorcian estos dos órdenes de ideas, y quieren hacer del arte una entidad *amoral*, como ahora se dice. Observa la relación estrecha que existe entre el debilitamiento de la moralidad en los hombres y en los pueblos y ciertas aberraciones estéticas, que son síntomas de senilidad. "Sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón

al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca. Cuando se evoca la oratoria de la Convención y el hábito de una abonimable perversión retórica se ve aparecer por todas partes, como la piel felina del jacobinismo, es imposible dejar de relacionar, como los radios que parten de un mismo centro, como los accidentes de una misma insania, el extravío del gusto, el vértigo del sentido moral y la limitación fanática de la razón." No incurre Rodó en el error en que han caído estéticos como Jungmann, que quieren, no relacionar, sinó identificar, los conceptos de lo bueno y lo bello; pero reconociendo que la distinción de estas nociones es una adquisición definitiva de la estética, cree que existe un encadenamiento simpático entre todos los altos fines del alma; y que lo que aparece dividido en el mundo es uno en el Sér esencial.

No es Rodó un pensador ortodoxo; pero anda muy lejos de los que reniegan de la civilización cristiana y verían gustosos una regresión al paganismo, como si la radiante hermosura del arte griego pudiera hacer olvidar las deformidades sociales de la vida antigua. Ni aún siquiera acepta Rodó la acusación que se ha hecho al cristianismo de ser una religión de tristeza, acusación que formuló Carducci en frases aceradas, en su oda célebre "Las fuentes de Clitumno". "La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega. Y esta suave armonía ha tenido en el mundo una pasajera realización." ¿Cuándo? Rodó responde en términos que habrían hecho fruncir el ceño á los humanistas italianos del Renacimiento, que afectaban menospreciar el estilo bárbaro de los escritores sagrados y por amor á las letras, casi llegaban á sacrificar en los altares de Júpiter: "Cuando la palabra del cristianismo naciente llegaba con San Pablo al seno de las colonias griegas...pudo creerse que los dos ideales más altos de la historia iban á enlazarse para siempre. En el estilo epistolar de San Pablo queda la huella de aquel momento en que la caridad se heleniza." Y contra la pagana teoría del super-hombre, lanzada por Nietzche como un reto al mundo cristiano, protestó Rodó en los siguientes bellísimos términos: "Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz—es decir: siempre—la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo órden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar."

Desde las diáfanas alturas de este criterio idealista y consolador, examina Rodó el valor que puede ofrecer como agente de civilización verdadera esa tendencia que se conoce

generalmente con el nombre de americanismo; y al propio tiempo que reconoce y ensalza con el más alto entusiasmo las cualidades verdaderamente extraordinarias que han hecho de la República del Norte un ejemplar único en la historia de los pueblos modernos, vé el aspecto peligroso y repulsivo que se va desarrollando á compás de la prosperidad material y de las ambiciones nacionales. ¡Ah! mucha distancia hay entre la República de Roosevelt con sus desmanes de imperialismo brutal y rapaz, y la que hacía eco á la propaganda generosa y humana de Channing, el adversario de la anexión de Texas, el autor del admirable discurso sobre "La libertad espiritual" (1). Siempre hubo en los Estados Unidos dos corrientes distintas y aun opuestas: la que representan los grandes fundadores de la República, héroes del civismo y apóstoles de la justicia, un Washington, un Franklin, un Jefferson; la que inspiró la poesía profundamente cristiana y social de los grandes vates de otro tiempo, un Longfellow, un Bryant, y dió voz á la elocuencia histórica de tan insignes narradores como un Prescott y un Motley; y esa otra corriente materialista é impura, que todo lo subordina al interés inmediato y que proclama con Orisson Sweet Marden en su libro "Pushing to the front", que Rodó cita, el principio bhentamista de que "el éxito debe ser considerado la finalidad suprema de la vida." Nuestro pensador condena abiertamente esta última dirección, y desea librar de su contagio á las jóvenes democracias de la América española. Y aplicando, en sentido espiritualista el principio de la selección, quiere que estos pueblos se salven de la invasión de la ignara ola igualitaria, cultivando, no al más fuerte, sino al más digno, y rindiendo homenaje, no al que ostente garras más aceradas y poderosas, sino al que lleve más luz intelectual en su frente. Es el culto de los héroes en su más noble sentido. Si el pensamiento no impera, mediante su fuerza inmaterial, sobre esas grandes agrupaciones de hombres que se forman en el continente americano buscando expansión para las energías físicas, esas colectividades representarán poco para la civilización. "Necesario es temer—dice con tono de sabia admonición—que ciudades cuyo nombre fué un glorioso símbolo en América; que tuvie-

(1) Allí dice, entre otras cosas de austera enseñanza: "Tienen los gobiernos otro medio de elevar y engrandecer el espíritu de sus conciudadanos; y es el de permanecer inviolablemente fieles en sus relaciones con los otros gobiernos á los principios de justicia y de filantropía. Por su moderación, su sinceridad, su rectitud, y su disposición pacífica para con los Estados extranjeros; por su prescindencia de toda clase de artificios secretos y cálculos ilegítimos, puede despertar en el corazón de sus conciudadanos la noble conciencia de que pertenecen á la familia humana y tienen un interés común con toda la humanidad." Lástima que la Gran República no se haya acomodado siempre en sus relaciones internacionales á los consejos de su admirable filántropo.

ron á Moreno, á Rivadavia, á Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión del Continente, como el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago." Es de esperarse que esta temerosa perspectiva no se realice nunca: la República Argentina ha sido un país altamente intelectual y ayer no más prestaba atención entusiasta á la voz de su gran poeta Andrade, cuando le hablaba de las conquistas del pensamiento. No ha renegado de sus antecedentes el pueblo que ha buscado como tipo representativo al ilustre Mitre, uno de los más insignes hombres de pluma del Continente americano, poeta, publicista, historiador. Y por lo que hace á la pequeña República Oriental, ¿cómo dudar del porvenir intelectual de un país que se honra con un pesador espiritualista como Rodó, y con un poeta tan hondamente cristiano como Juan Zorrilla de San Martín, el original y vigoroso cantor de *Tabaré*?

El malogrado Guyau incluye entre los "Problemas de la estética contemporánea", el de las relaciones entre el arte y la democracia. Algunos pensadores, Renán entre ellos, consideran que la orientación democrática del mundo moderno causará la ruina del arte. "Lo bello no admite vulgarización." Guyau protesta contra la teoría desconsoladora que amenaza con privarnos para siempre de los goces estéticos, puesto que la expansión democrática en el mundo entero es un hecho ante el cual nadie puede cerrar los ojos. No hay hasta ahora nada que demuestre que la igualdad legal ponga obstáculo al libre desarrollo de las facultades geniales. Y si se objeta que las democracias son envidiosas del genio, Guyau responde que esta envidia "parece tan platónica como lo ha sido el amor de los gobiernos aristocráticos." No se formó en ningún club demagógico la cábala que quiso ahogar en su cuna la gloria de Corneille, y poco tuvieron que agradecerle Cervantes y Camoens á la sociedad exageradamente monárquica en que les tocó vivir. Ariosto, cliente de los Duques de Ferrara, y empleado por éstos en prosaicas tareas, decía en una ocasión: "De poeta he venido á parar en correo". Y en todo caso, menos desdoroso para el genio es debatirse en la lucha con el "poder de la impotencia", como dijo Echegaray, que inclinar la cabeza en domesticidad de un grande, como acontecía en aquellos tiempos en que un coloso como Lope de Vega prostituía sus canas y su dignidad sacerdotal sirviendo de tercero al Duque de Sessa en deshonestas aventuras. Y por lo que toca á estas repúblicas americanas, creemos que las envidias se han ejercitado con mayor energía en el campo político que en el estético, sin que falten en éste, como en todas partes. Para

citar un ejemplo muy cercano, ¿quién no recuerda la coalición de pasiones políticas que pretendió hace algunos años desposeer á D. Miguel Antonio Caro de su preeminencia como hombre público? Pues bien, ni entonces ni nunca los más ardientes adversarios del político, dejaron de cederle el paso con respeto como á la más alta intelectualidad del país. La coronación de Rafael Pombo, celebrada hace pocos años, fué con todo su aspecto de ceremonia arcaica, un reconocimiento unánime de la realeza del genio.

Pero si Guyau no le teme á la democracia, sí le teme al americanismo, al cual anatematiza con tanta energía como Rodó: "El americanismo, ciencia rastrera puramente industrial y mercantil, no es solamente enemigo del arte, sino también de la verdadera ciencia; en la ciencia, á pesar de la importancia creciente de las aplicaciones prácticas, las especulaciones teóricas y desinteresadas constituyen siempre el primer motor, el resorte de todo progreso. Así es que el americanismo acabaría por hacer olvidar no sólo el arte sino la ciencia. Es, pues, el enemigo común... Debemos luchar contra las tendencias excesivamente utilitarias que puede seguir en ciertos momentos el espíritu nacional y conservar en la educación la parte que corresponde á la ciencia pura y al arte, dos cosas demasiado elevadas para ponerse en contradicción."

El final de "Ariel" tiene la solemnidad de la alta poesía lírica: parece un eco de la "Noche serena" del gran poeta castellano: "Era una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud... Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban á dar á su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América, como para defender una última esperanza."

¿Qué mejor manera de terminar este estudio que con la cita de tan bellas palabras? Ellas solas nos autorizarían para aplicar á José Enrique Rodó el elogio que él hace del maestro Próspero, cuando dice que su palabra tenía "bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol."

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

Bogotá (Colombia)

UN AMERICANO ILUSTRE

Se llega á la meseta por un estrecho camino picado en el monte. Arboles corpulentos lo flanquean y tímidos hilos de agua lo atraviesan murmurando dulcemente debajo de rústicos puentecillos. La naturaleza, es simple y grandiosa. Desde las eminencias de la carretera domínase un magnífico panorama: el valle hundido entre el laberinto de montañas, las poblaciones diseminadas caprichosamente sobre las laderas cubiertas de sembrados, ríos correntosos coronados de espuma, arroyuelos que serpentean sobre el tapiz de verdura, cascadas envueltas en irisadas gasas de vapor, masas de árboles de variadísimos tonos, hendiduras profundas abiertas en los flancos de las colinas, á manera de derruidos castillos, fortalezas inaccesibles, fantásticas construcciones de edades muertas...

Sitio de bienestar, de reposo, de reparación de fuerzas, aquel Hotel des Salines es un delicioso rincón de Suiza, en las proximidades del lago de Ginebra. Ofrece la tranquilidad de un confortable hogar de aldea, y sin el tintineo de las cabalgaduras, que van ó vienen por el camino, diríase una tierra de elección, el imperio de la paz inmutable, del augusto silencio...

Fuí huésped de Bex en el verano de 1893, después de un viaje accidentado y fatigoso. Los años no han borrado el recuerdo de aquellos amables días de belleza y sosiego. Perduran en la memoria el cuadro y los actores, y en la cartera de apuntes abundan las anécdotas...

Bajo el techo hospitalario, que cobijaba una nutrida colonia de forasteros, vivía entonces el general Guzmán Blanco, figura americana de curioso relieve. En el mosaico de apellidos, originarios de todos los países de la tierra, el suyo ostentaba un título significativo: *Excelencia*. Era invisible. Comía en sus departamentos y respiraba el buen aire de la montaña desde sus amplias terrazas. Comunicaba con el mundo por medio de un secretario vistoso, acicalado y políglota; recibía diariamente docenas de cartas, y de cuando en cuando hospedaba

algún personaje, solemne y discreto, que llegaba y partía sin rozarse con aquel montón abigarrado y cosmopolita de despreocupados turistas.

De mañana, voces respetuosas, impartían órdenes conocidas:

—Despacio, señor.... señora, silencio... *Su Excelencia* duerme....

De tarde y de noche, la misma consigna.

—*Su Excelencia* despacha... reposa... escribe... lee.. conferencia...

Ydurante el día entero, la obsesión subsistía, viva y constante.

Los compañeros venezolanos de la Ecole Monge de París, me habían dado, años antes, con más eficacia que los libros y las revistas, un concepto preciso del hombre y de su acción. Estaba, entonces, en el apogeo del poder y de la fama. Aquellas charlas juveniles, ardorosas é implacables, reflejaban el estado de alma de la patria lejana. Venganzas, crímenes, vejaciones, gritos de rebelión ahogados en sangre, prisiones, castigos y ostracísmos desfilaron en la comunidad de ideas y sentimientos que nacen al calor del origen común, de la sangre y de la lengua.

De sobremesa, en las inolvidables noches de Bex, resurgían los recuerdos evocados por los relatos de los propios deudos del *Ilustre Americano*. Sus modalidades típicas y sus astucias siniestras, eran tema predilecto de los panegiristas y el terrible poderío del tiranuelo quedaba grabado bajo el mordiente de la anécdota, como una prueba irrecusable de su temple y de su garra.

Carlos Octavio Bunge ha insertado en "Nuestra América" una de aquellas anécdotas características.

Tomaba parte activa en la glorificación del prócer, su exótico secretario, al cual manifesté una noche el deseo de ser recibido en audiencia por el general.

Era éste un hombre alto y recio de espaldas, de facciones regulares, cabellos blancos, mirada inteligente, hermosa cabeza y noble porte. Las comisuras de los labios daban un ligero tinte de falsedad á su sonrisa, pero el acento de la voz era agradable é insinuante.

Recuerdo fielmente sus palabras.

Habló, ante todo, de Sud América. Continente de lucha, dijo, de inconsecuencia, de deslealtad, de corrupción, de perfidia y de traición. Se refirió inmediatamente á Venezuela El juicio, impregnado de amargura, fué lapidario. Sin transición, abrió una antigua obra oficial, que luego me obsequió, y entregándola al secretario le ordenó la lectura de algunos párrafos:

"Bajo las administraciones del general Guzmán Blanco la paz ha echado raíces de una manera permanente y con ella la confianza general se ha restablecido; el prestigio de la *Ley* cobra cada día mayor fuerza; los elementos fecundos de riqueza y de prosperidad que posee el país en agricultura, ganadería, minas, producciones naturales, comercio, industria y otras ramas aumentan rápidamente y contribuyen al progreso general; la renta pública crece; se abren nuevos caminos; se construyen ferrocarriles y telégrafos; las poblaciones aumentan y se embellecen; una ancha vía fácil y sin obstáculo, se abre al capital para la creación de nuevas industrias y el aumento considerable de las que existen y finalmente Venezuela se encuentra sobre la ruta de todo lo que, en los tiempos modernos caracteriza la verdadera civilización moral y material de las naciones, figurando muy principalmente en esta maravillosa obra del presidente Guzmán Blanco, la *inmigración extranjera,* cuya iniciativa y progresivo fomento se le debe." (Notice politique, statistique, commerciale, etc., sur les Etats Unis du Venezuela en français, anglais, espagnol, allemand et italien. Paris. Librairie Paul Dupont 1889).

Aquellos países, agregó, viven en la anormalidad, falseando Constitución y leyes. Deben reaccionar. Es indispensable la restauración del sufragio, base de todo gobierno democrático; el mutuo respeto de gobiernos y pueblos. A ustedes los jóvenes toca realizar esta grande y fecunda obra americana.

. . . . . .

Por la noche, en la rueda diaria, volvimos al tema predilecto, y nuevas anécdotas probaron que la astucia del general ofrecía, de la barbarie á la tragedia, la más sorprendente variedad de aspectos.

JOSE LUIS CANTILO.

FRAGMENTO DEL «POEMA DEL OTOÑO»

Tú que estás la barba en la mano
Meditabundo,
Has dejado pasar, hermano,
La flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres
Con quejas vanas:
Aún hay promesas de placeres
En los mañanas!

Aún puedes casar la olorosa
Rosa y el lis,
Y hay mirtos para tu orgullosa
Cabeza gris.

El alma ahita cruel inmola
Lo que la alegra,
Como Zingüa reina de Angola,
Lúbrica negra

Tú has gozado de la hora amable
Y oyes después
La imprecación del formidable
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;
Mas mira como
Llega el miércoles de ceniza:
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
Las almas ván,
Y se explican Anacreonte
Y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso
Se entra en el mal
Por la puerta del paraíso
Artificial.

Y no obstante la vida es bella,
Por poseer
La perla, la rosa, la estrella
Y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
Mar. Y se pierde
Silvano oculto trás el tronco
Del haya verde.

Y sentimos la vida pura,
Clara, real,
Cuando la envuelve la dulzura
Primaveral

Para qué las envidias viles
Y las injurias,
Cuando retuercen sus reptiles
Pálidas furias?

Para que los odios funestos
De los ingratos,
Para qué los lívidos gestos
De los Pilatos?

Si lo terreno acaba en suma,
Cielo é infierno,
Y nuestras vidas son la espuma
De un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste
La amarga prosa,
Soñemos en una celeste,
Mística rosa.

Cojamos la flor del instante,
La melodía
De la mágica alondra cante
La miel del día!

Amor á su fiesta convida
Y nos corona.
Todos tenemos en la vida
Nuestra verona.

Aun en la hora crepuscular,
Canta una voz:
"Ruth risueña viene á espigar
Para Booz!"

Más coged la flor del instante,
Cuando en Oriente
Nace el alba para el fragante
Adolescente.

Oh! niño que con Eros juegas,
Niños lozanos,
Danzad como las ninfas griegas
Y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe
Y vá de prisa;
Sabed vencerle, Cintia, Cloe
Y Cidalisa.

Trocar por rosas, azahares,
Que suena el son
De aquel Cantar de los Cantares
De Salomón.

Priapo vela en los jardines
Que Cipris huella;
Hecate hace aullar los mastines,
Más Diana es bella;

Y apenas envuelta en los velos
De la ilusión,
Baja á los bosques de los cielos
Por Endimión.

Adolescencia! Amor te dora
Con su virtud;
Goza del beso de la aurora,
Oh juventud!

¡Desventurado el que ha cojido
Tarde la flor!
Y ay de aquel que nunca ha sabido
Lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
La sangre arder,
Como en un cáliz de cristal,
En la mujer.

Y en todas partes la que ama
Y se consume
Como una flor hecha de llama
Y de perfume.

Abrasaos en esa llama
Y respirad
Ese perfume que embalsama
La humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
Que hoy nos hechiza;
Y después se tornará en
Polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
Luz de sus fuegos;
Gozad del sol, porque mañana
Estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
Que á Apolo invoca;
Gozad del canto, porque un día
No tendreís boca.

Gozad de la tierra que un
Bien cierto encierra;
Gozad, porque no estáis aún
Bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
Y que os restringe;
La paloma de Vénus vuela
Sobre la Esfinge.

Aun vencen muerte, tiempo y hado
Las amorosas;
En las tumbas se han encontrado
Mirtos y rosas.

Aun Anadiódema en sus lidias
Nos dá su ayuda;
Aun resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adan robusto,
De sangre humana;
Y aun siente nuestra lengua el gusto
De la manzana.

Y hace de este globo viviente
Fuerza y acción
La universal y omnipotente
Fecundación.

El corazón del cielo late
Por la victoria
De este vivir que es un combate
Y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
El signo adverso,
En nosotros corre la savia
Del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
De tierra y sol
Como el ruido de la mar
El caracol.

La sal del mar en nuestras venas
Va á borbotones;
Tenemos sangre de sirenas
Y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
Frondas espesas:
Tenemos carne de centauros
Y satiresas.

RUBEN DARIO.

(De *El Fígaro*, de la Habana).

LA FILOSOFIA FRANCESA EN 1907

Dos obras merecen ocupar la atención de todos los que se interesan por el progreso de los estudios filosóficos franceses durante el año 1907: la de Henry Bergson, sobre la *Evolución creadora,* y la del lamentádo O. Hamelin, sobre "*Los elementos principales de la representación*". Indudablemente, durante el año transcurrido, otros trabajos dignos de atención han aparecido, que merecerían de ser recordados si nos alentara el propósito de realizar una exposición fiel y completa de los estudios filosóficos en nuestro país.

Desgraciadamente, dada la brevedad de este estudio, no podemos conceder la importancia condigna á trabajos de inspiración y tendencias diversas, viéndonos obligados á limitarnos (1).

En la necesidad de elegir, pues, hemos optado por trabajos de dos maestros eminentes, cuyos libros han provocado singular atención en virtud del cariz significativo de sus respectivas tendencias. "La evolución creadora" y el "Ensayo sobre los principales elementos de la representación" pertenecen á orientaciones filosóficas sumamente diferentes. Serán caracterizadas brevemente en las siguientes líneas:

Bergson, en la *Evolución creadora* (1) vuelve sobre las ideas esenciales y sigue el mismo método manifestado en su "*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* y en "*Materia y Memoria*". Ahora se ocupa preferentemente del problema de la vida y lo trata con la penetración ingeniosa, profundidad de conocimiento, riqueza y gracia de estilo que sus lectores le reconocen unánimemente.

---

(1) Prometemos al lector para nuestros estudios ulteriores una documentación más completa. Nuestras colaboraciones en *Nosotros* nos ha tomado algo de sorpresa. En adelante tendremos mayor facilidad de informar á nuestros lectores respecto al movimiento filosófico, gracias á la ayuda que hallamos, de un lado de los directores de *Nosotros*, del otro del *Groupement des Universités et grandes Ecoles de France por les rapports avec l' Amérique latine* en la persona de su secretario M. Séailles, y gracias también al apoyo benévolo de M. Th. Ribot, director de la *Revue Philosophique*.

(1) Un vol. in. 8° Álcan editor, París, 1907

Su objeto, en este caso, ha sido criticar las concepciones corrientes de la evolución, de evidenciar la insuficiencia de las categorias tradicionales (mecanismo y finalidad) en que se acostumbra hacer entrar el mundo de la vida; luego, á la vez relegando en segundo término el mecanicismo estático y la concepción ordinaria de la finalidad, el autor penetrará en el problema de le génesis de la inteligencia y al correlativo de la materia. Con evidenciar que la inteligencia se ha separado paulatinamente de un todo más vasto que llamamos conciencia,—á falta de un término de mayor propiedad,—comprenderemos porqué la inteligencia es impotente, por si sola para explicar el todo que la ha generado y como una nueva modalidad del pensamiento es necesaria, junto al modo científico. Este nuevo método constituye la filosofía, cuyo rol es aquí el de excogitar, por via especial, la obtención de "una conciencia coextensiva á la vida", una visión del mismo proceso evolutivo que ha producido el entendimiento.

Fuera imposible aquí seguir prolijamente el pensamiento de Bergson. Bastará con indicar las ideas fundamentales,—las referentes al objeto de la doctrina y del método.

Si intentamos explicar la vida, se nos ocurre, desde luego, reducirla á puro mecanismo. Sin embargo, es forzoso constatar, en la evolución, resultados concordantes sobre líneas de desarrollo completamente distintas,—por ejemplo el desarrollo del ojo en los moluscos y en los vertebrados. Semejantes concordancias no pueden ser explicadas por variaciones accidentales, aún admitiendo la eficiencia de la selección. El método mecanicista parte, en efecto, de un principio contestable en todos los problemas donde existe un desarrollo, una evolución; y es que "todo es dado". Admitir el mecanicismo, equivale á partir de un punto de vista estático, que, por hipótesis, elimina todo cambio en el tiempo, todo desarrollo dinámico; es el postulado según el cual lo que deviene, lo que se realiza perpétuamente, es idéntico á algo que se halla completamente terminado. Por otra parte, el finalismo no es más aceptable. No podemos comparar la obra de la naturaleza con la de un artesano que fabrica un objeto de acuerdo con un plan y que coordina partes materiales á fin de realizar el plan concebido. Para el que reflexione sobre lo que conocemos sobre la evolución vegetal y animal, es indudable que esta forma de finalismo no merece aceptación. Es menester, pues, convenir en que la vida trasciende, á la vez, el mecanicismo y la finalidad, que ella es, más bien, una fuerza, una impulsión *sui generis*, un vuelo (*élan*) pujante é indeterminado, superior á los individuos que anima. El mecanicismo y la finalidad no son sino descripciones imperfectas; "será menester no hablar más de la vida en general sino como de una abstracción ó como de una simple rúbrica bajo la cual se inscriben todos los seres vivientes.

En un momento dado, en cierto lugar del espacio, una corriente bien visible ha nacido: esta corriente de vida, atravesando alternativamente, los cuerpos que ha organizado, pasando de generación en generación, se ha dividido y desparramado entre los individuos sin perder nada de su fuerza, intensificándose más bien á medida que avanza". Es la explicación más plausible de las maravillosas adaptaciones que vemos entre las especies; es inútil reducir el instinto á inteligencia,—y, por otra parte, fuera imposible.

De allí se infiere toda una teoría del conocimiento, pues el problema del conocimiento está intimamente vinculado á la teoría de la vida. La conciencia,—este ser primitivo, esta impulsión primera, se ha desarrollado según dos direcciones diferentes: la del instinto y la de la inteligencia. Las abejas, las hormigas son el producto más acabado del instinto; la inteligencia sólo se encuentra en el hombre. El cerebro humano está constituído para la acción y para la vida; la inteligencia tiene por fin esencial asegurar "una adaptación más y más precisa, cada vez más compleja y flexible, de la conciencia de los seres vivientes á las condiciones de existencia creadas". De allí resulta que la inteligencia tiene por función asegurar la penetración de nuestro cuerpo en su medio; está limitada á la comprensión de la materia. La inteligencia, en efecto, se adapta á la materia inerte; vuestra geometría es una geometría de sólidos; la suya que acude lo menos posible á la experiencia está siempre seguida de la armonía de la experiencia con los resultados que ella obtiene por deducción. Esta ciencia constituye nuestra fuerza; pero, es verdad, con detrimento de las facultades de intuición y de instinto que ella descuida lo más posible.

No hay para que sorprenderse, pues, si la inteligencia no puede por si sola darnos cuenta de la vida "creada por la vida, en circunstancias determinadas, para actuar sobre cosas determinadas, ¿cómo podría abarcar la vida de la cual no es sino una emanación ó un aspecto? Colocada en el movimiento evolutivo, ¿cómo pudiera aplicarse al estudio del mismo movimiento que la arrastra?" De modo que la filosofía debe completar á la ciencia, y en ciertos casos, reemplazarla. La ciencia nos dá el conocimiento de las condiciones de nuestra acción: La filosofía nos hace sentir lo que somos, lo que es nuestra libertad; la intuición prmite remontarnos en la corriente vital de donde hemos emanado; nos permite ampliar y trasponer los límites del conocimiento ordinario; ella procura penetrar hasta la misma raíz común de la naturaleza y del espíritu y nos proporciona "la coincidencia de la conciencia humana con el principio viviente de donde ha emanado, un ligero contacto con el esfuerzo creador".

Tales son, harto ligeramente esbozadas, la orientación é ideas esenciales de la "Evolución creadora". Se trata, sobre to-

do, de una aplicación de la teoría bergsoniana de la *duración*, aperecida en *l'Essai sur les données inmediates*, á los problemas relativos á la explicación de la vida y de la evolución de las formas orgánicas. Es de notar, sin embargo, que no sería justo, malgrado ciertas fórmulas, pensar que Bergson confiere al sentimiento un valor que niega á la ciencia. Para él, la ciencia positiva tiene un valor considerable, desde luego, como instrumento de acción, y después, como teoría especulativa en lo que concierne á la materia bruta. La Física "toca lo absoluto". Sólo que los procedimientos de la física son completamente insuficientes en biología. En este nuevo dominio es necesario abordar las cuestiones con otro sesgo. Es la tarea de la filosofía.

El libro de O. Hamelin (1) muerto trágicamente en el mar en el mes de Septiembre próximo pasado, víctima de su abnegación tiene una inspiración muy diferente. Bajo una forma abstracta y difícil, representa un considerable esfuerzo de dialéctica intelectualista alimentado en la escuela de Aristóteles y de Kant, discípulo independiente de Renouvier, Hamelin se propuso construir una teoría sintética de la representación.

Su método puramente abstracto se desarrolla en capítulos densos y lógicamente construidos con regularidad algebraica. El concepto más elemental y más abstracto, una vez hallado, Hamelin deduce todas las "implicaciones".

Desde luego, podemos admitir que el concepto más simple es el de "ser", pero es necesario notar en seguida que este concepto no tiene significado alguno si le agregamos el de no ser. El ser excluye el no ser y el no ser excluye el ser; pero es imposible encontrar un sentido á uno de estos términos sin la noción de su contrario; estos dos términos se implican, pues, el uno y el otro, y la idea de *relación* será, por tanto, la base de toda la sintésis subsiguiente.

La relación produce el número, su antitésis y el tiempo, su sintésis; este á su vez, dá el espacio, pues estamos obligados á "cuantificar" las partes simultáneas, reversibles y múltiples. En fin, la conexión del espacio con el tiempo produce el movimiento, que es su sintésis.

Este ejemplo basta para mostrar claramente el método empleado por Hamelin. La construcción dialéctica, inspirada en Kant y en Hegel, se continúa así, en la forma más ingeniosa, hasta la categoría suprema de conciencia ó personalidad. Es el método puramente intelectualista: una combinación de conceptos abstractos lógicamente deducidos, desarrollo necesario de la idea.

---

(1) Un vol. in. 8° Alcan, editor, París, 1907

Desgraciadamente fuera menester un largo artículo para exponer las deducciones ingeniosas de esta dialéctica (1).

Al pasar, el autor discute las opiniones de los metafísicos antiguos y modernos, á los cuales hace frecuentemente alusión sin citarlos directamente. Por todas estas interpretaciones de puntos oscuros de historia de la filosofía, Hamelin es todo un maestro.

Se encuentran sobre muchos problemas preciosas declaraciones y desarrollos que apenas podemos indicar.

Bajo su forma abstracta este libro es un monumento de reflexión y erudición; es la obra de toda una vida

Pero es menester estar muy entrado en las sutilezas de la dialéctica y muy iniciado en la historia de la filosofía para leerlo, ó mejor dicho, meditarlo con provecho.

Es posible no estar de acuerdo con Hamelin acerca del valor filosófico de la dialéctica sintética y sobre la racionalidad de lo real; pero es necesario, sin embargo, reconocer la fuerza de su argumentación, su rigurosa lógica y su erudición filosófica. Semejante libro es de los que se estudian con empeño y muestran que su autor harto temprano arrebatado á la ciencia, era un metafísico nato, de singular estirpe y que honraba altamente á la Universidad y á la filosofía francesa.

EM. DUPRAT.

---

(1) El lector que sintiere interés por la obra de Hamelin, encontrará un buen artículo de L. Dauriac en *L' Année philosophique de 1908*, donde las ideas de Hamelin son largamente analizadas. Aquí nosotros solo hemos podido indicar el espíritu de la doctrina y el tema general de las reflexiones de Hamelin.

DEL DIETARIO DE UN POBRE HOMBRE

I

"Campoamor, aquel filósofo socarrón, aquel poeta que con sus maravillosas razones supo hacer muletas para sus versos cojos, decía una vez:

El hombre que domina á su destino
sin complacencia alguna,
si la encuentra dormida en su camino
despierta á puntapiés á la fortuna...

"Y nos hablaba de luchas, empujándonos, enardeciéndonos. Juzgo notable cosa que, á veces, haya hombres que desdeñen la lira para requerir el látigo.

"Pero...

"Quizás alguna mañana tuve comezones de buscarme un camino y galopar sobre él. Los horizontes son las sirenas del alma... Yo me detuve en mitad del camino. ¿Dónde se me había quedado perdida la Voluntad?

"Y puse mis afanes en buscarla, vagando lentamente, angustiosamente; oyendo su canción, pero sin hallar el sitio de donde nacía.

II

"Ahora me entretengo en vivir una vida inmóvil, de charca en cuyo espejo entran noches y alboradas; de campana pasiva, donde puede mecerse una gloria ó prenderse un arrebato.

"Sé que mi vida es una tela y gusto de clasificar pacientemente su urdimbre sutil y complicada. Los que fueron dotados de una sensibilidad aguda, los exquisitamente hiperestésicos, no necesitan, para vivir á su placer, el fisiológico aditamento de unas piernas, unos brazos, unos pulmones, un hígado... Yo sé que soy tan sólo un vaso, insuficiente para contener á mi alma. Harto hace el rosal con no inquietarse y dar rosas, regido por la dulce tiranía de las Primaveras.

"Además ¡es tan voluptuosa la pereza! El mismo Campoamor cantara el sabroso "placer de no hacer nada". Becquer, dejó una vez de ser perezoso para loar las hermosuras de

la pereza. Yo leo á pocos poetas; pero en muchos de ellos noté ese amor á la quietud,—amor de ególatra, á quien lo mismo supone mirarse el ombligo, que olerse el corazón.

III

"De ahí mis copiosas paseatas, cuando la oficina no dispone otra cosa, lejos de la ciudad. De ahí mi amor á los caminos largos, polvorosos, inmóviles, y que, sin embargo, van, fatalmente, á morir en algún punto.

"Así quisiera yo mi vida. Pasiva é inerte, como los puentes que unen dos comarcas, ó dos márgenes; alta, como los montes que separan dos países; azul y ancha como los cielos que reconcilian á los horizontes; tendida, como una senda, que nace del bullicio y conduce al reposo.

"Tránsito inadvertido, lento y también noble; una suerte de penumbra crepuscular que, siendo roja se torna azul y deriva en negrez. Y toda esta evolución tan ténuemente progresiva, que las Horas no me viesen ni oyeran. Algo de la esfinge egipcíaca, erguida ante la inmensidad alucinante, del desierto, insensible apenas á la tenaz limadura de los siglos; abiertas las vacías pupilas al milagro insolente del sol frente á las feroces tolvaneras del *simoun* elevadas y abatidas por un viento violento, que, inexorablemente, pasa, pasa y pasa...

IV

"Y tener una religión fervorosamente panteísta. Y á la sombra de un pino, en lo más altivo de una montaña, edificar reinos para destruirlos después; imaginar mujeres ardientes para abrasarlas en un amor glorioso; pensar en la bondad de los hombres que no tienen bondad; en la emoción de los libros que no tienen emoción; en el Amor, en la Serenidad, en la Justicia, en el Bien... Pequeñeces enormes que ya no se encuentran en comarcas donde abunda más humo de talleres que sombra de árboles; que ya no se advierten en gentes cuyo corazón puede ser un pedazo de carne expuesto en los escaparates de la Anatomía y que padecen hipercloridia, jaqueca, ó cólico hepático, pero no mal romántico, mal de alma, mal que se coge, como una pulmonía, abriendo violentamente las páginas de un libro de versos, ó deteniéndose, más de lo justo, en una metafísica, un crepúsculo, ó una melodia.

"Al campo, al campo... Feliz el hombre anormal que logre digerir la hierba. Yo no me atrevo á una prueba, porque temo que mi panteísmo, y aun mi lírico gozo, fenezcan asesinados por una indigestión ó un cólico.

"Sensualmente, me limito á tumbarme cara al cielo, para adivinarle estrellas cuando no las tiene y sentir, de vez en vez, la clara voz de un regato que corre, humilde y jovial, bajo la sombra buena de los árboles.

"¡Cómo se perfuma el campo! Tendré que confesarlo? ¡Me placería sentirle con estructura de mujer multípara, bajo la seguridad de que mis besos y mis caricias la fecundaban. ¡Qué abrazo el nuestro! ¡Qué voluptuosidad la de mi mano resbalando sobre la tierra, guarnecida de hierba, tersa, como carne femenina! ¡Qué gozo recibir, en el máximo momento del espasmo, su aliento fuerte, hecho de mil aromas y mil agonías; y, á la larga, tener hijos de esta tierra, mitad robles y mitad hombres, por ejemplo, y besar á hijas mitad mujeres y mitad rosales!...

V

"Esta cópula monstruosa me alejaría definitivamente de la ciudad. Mi alma prolongaría el hechizo bucólico; se pondría más allá de las flores, de los prados, de las aguas,—toda quieta y trémula, en una larga adoración. Y el campo abriría sus cien labios para hablar por ella. El canto monorrítmico de la cigarra antojaríaseme una meditación sonora; las voces de los vientos y de las aguas, suspiros brotados de una pasión ignota; y la escandalosa mudez de las noches, encendidas de estrellas, un oído enorme y atento y sabio...

Llegaría entonces la ronda procesional de los pensamientos, de esos pensamientos imprecisos que tienen algo de girón de luz y de murmurio roto; de esos pensamientos que, á pleno aire, sobre la magestad de los campos, se disfrazan para que no los conozcamos y no averigüemos su laya, ni su procedencia, ni aun su intención.

"Y como las horas pisan sobre la hierba, su llegada fuera inadvertida; y como quiera que el Alma tiene mucho de hembra, y por "ende", pecadora es, se dejaría retorar por el Silencio; y como el crepúsculo es tan misericordiosamente difuso, iría arropándonos con púrpuras, con oros y con olvidos...

VI

"¡Ciudad amable sin tranvías, sin discreteos pulidos, sin faroles, sin expedientes, sin teatros, sin pecadoras y sin gentes!...

VII

"Sobre todo, sin gentes. Hubo una vez en que me consolaron las mujeres; pero... la lujuria "madre de la melanco-

lía"... que leí no sé cuando ni dónde... Hubo días en que supuse á los amigos fragmentos de mi cordialidad y hasta de mi egoísmo; pero, son metales preciosos que se oxidan, cosas andariegas y fáciles que marchan pronto, detrás de una mujer ó de un negocio. Lamentables productos delicuescentes que ahora desdeño. "El hombro amigo sobre quien podamos apoyar nuestra mano"—me dijo no sé qué novelista sutil—"no se ha engendrado aún"...

"No he hallado cosa más noble y hospitalaria que el silencio. Así paseo sin rumbo, sin conciencia casi, en un estado de sonámbulo que me hace mucho bien.

"No quiero que me hable nadie. Odio el celestinaje de las palabras. Ya que me engendraron en una noche de placer, sin contar conmigo, y, sin contar conmigo me lanzaron á este vórtice humano, mi ambición única es segregarme de las muchedumbres, desertar de la vida, pero sin cobardía, con un bizarro gesto de desdén.

"Y como para todas las penas hubo siempre una palabra escrita, yo me acuerdo del poema de Omar Khayyam de Naishapur, reproducido en no me importa qué revista.

"¿Qué?—gemía el pesimista de Naishapur, hace novecientos años. —¿Qué?... Sin consultarme, lanzado aquí... ¿De dónde? Y sin consultarme, arrojado de aquí... ¿á donde? Ahoguemos en otra copa y en otra copa la memoria de esta insolencia."

VIII

"Claro está que todas estas enervantes consideraciones las he escrito por que es Julio y hace mucho calor y,—¡á mí también!—me duele el estómago. La gastralgia y la siesta sugirieron filosofías más pavorosas que la muerte. "A todos los filósofos debe haberles dolido algo"—pienso cuando, de invierno en invierno, me digno leerlos.

"Aquí, en la ciudad, ya se habla de balnearios y de playas y de combinaciones ferro-carrileras. La humanidad que se queja y la que se aburre sin quejarse, proyectan su excursión ánua. Los que tenemos más calor que dinero nos quedamos en la urbe, leyendo periódicos inverosimiles y enamorando á mujeres con mucha tela y algún cerebro.

"Por la noche, cuando las estrellas se asoman á lo azul, temblando, curiosas ó aburridas, suelo salir. Yo no podría reirme del mundo con un kilométrico en mi bolsillo. Aunque á veces tengo dos ó tres novias—y eso que no he resuelto aún meterme á tenorio profesional—soy un sultán de mis murrias. Y, generalmente, en lugar de meterme en un café, busco la sombra menuda de una acacia.

"Desde mi retiro oigo músicas, bebo perfumes de burguesita, escucho galanteos de estudiantes de farmacia ó de veterinaria, que no pudieron marchar á su pueblo. Entablo á veces un largo palique, exento de metafísicas, con una aguadora gallega ó un barquillero vallisoletano y luego decido meterme en casa.

"Cantan los grillos por las calles; suenan los "golpes" de las codornices; grita un sereno desde la esquina:—¡Vaaaa!....

"Y cuando abro el portal, largo y sombroso, siento tentaciones de retroceder. Aquello es una tumba. Aquello es un abismo. Pero subo...

"Arriba está la cama,—ese charco donde se ahoga la conciencia y florecen las flores monstruosas del sueño."

IX

"Anoche me repetí:—¡Qué bien se está solo!

"Encaminábame á casa de un buen amigo mio, algo monótono como todos esos amigos buenos que siempre nos sonríen y raramente nos dicen la verdad, temerosos de su rudeza.

"Había llovido, la luz verde de los faroles se desleía sobre el asfalto en serpenteantes regueros noctílucos; un tranvía amarillo y luminoso, se deslizaba sobre los rieles fantasmalmente.

"Y mis pensamientos eran isócronos, como mis pasos. Se habian trocado en estribillos. Rota instantáneamente una meditación, el yo interior repetía:—Qué bien, qué bien se está solo!

"Los amores sin fortuna se hallaban lejos; los cafés suspiraban en la lejanía soplos de lívida claridad; los libros perversamente amables, reposaban en la biblioteca.

"Cuán grato me era el silencio! Yo, aunque coso con bastante maña los expedientes, y hasta redacto, cucamente, una minuta para un Gobernador Civil, sé que existe cierto Mauricio Maeterlink, que ha escrito maravillosas palabras imprecisas acerca del silencio. Y recordé también á Beethoven, el coloso, que no supo componer una sonata tan emocional como esta de las cosas inertes y calladas.

X

"Repercutían secos, insultantes, mis pasos.

"Por entonces, recorría yo un paseo de los que Julio llena ya de gente frívola y charlatana — desierto anoche por mandato de la lluvia. Resplandecían, bajo los castaños, charcos de agua, perforados por la lumbre de alguna estrella.

" Y, al pasar, me sedujo la extraña aglomeración muerta de las sillas de hierro, que nadie ocupaba.

"Unas, erguidas, con el respaldo hacia atrás; otras, solemnes, con sus brazos en soñolienta flexión. Algunas abatidas, inclinadas violentamente, como examinando la tierra, que olía á jardín y á campo maduro.

"Las contemplé un momento antes de penetrar en la charla tumultuosa de mi amigo. Y sentí un consuelo inefable, viendo todas aquellas sillas calladas, en mil actitudes diversas, escuchando la intraducible glosa de un farol que se levantaba junto á ellas olímpico, jupiteresco, con su llama — como una cabellera aúrea, despeinada por el viento...

EMILIANO RAMIREZ ANGEL.

Madrid.

CANCIONES DE NIÑO.

EL GALAN

I

Las dos hermanas son bellas
y á las dos sigue un galán...
Las dos hermanas son bellas,
¿á quién de ellas seguirá?

Las dos hermanas lo miran,
á las dos mira el galán...
Las dos en un pensamiento,
en un pensamiento van:

Si á mí será la que sigue,
si por mi hermana vendrá...
Si á mí será la que mira,
si á mi hermana mirará...

II

Por fin el galán se acerca,
su inclinación se verá...
¡La menor de las hermanas
es la que quiere el galán!

. . . . . .

Con el galán á su lado
hablando la novia está:
hablan del traje de boda...
¡qué blanco y bello será!

Enfrente de ellos la hermana
cose y cose sin parar...
¡blanco como una mortaja
cosiendo un hábito está!

VICENTE MEDINA.

Rosario de Santa Fe, 1908.

FANTASIA LUNAR

Un preclarísimo ingenio que dijo, con Gassendi y con Callan, maravillosos oráculos con solo mirar el vuelo de los ruiseñores de su alma, fué de veraneo en los estados estrambóticos de Nuestra Señora la Luna, y restituído al valle de lágrimas que oyó la zampoña de Virgilio y el arpa de Ossian, puso en crónicas esto que oireís: "...el huesped recibió un papel de mi demonio. Le pregunté si ese papel era un pagaré por la cena. Y me replicó que nada le debía y que el papel llevaba unos versos ¿Versos? ¿Acaso los taberneros aman las rimas? Los versos, dijo, son la moneda de este país. Aunque pasáramos aquí toda una semana, no gastaríamos cuanto un soneto; y tengo cuatro en mi bolsillo y además dos epígramas, dos odas y una égloga. Cuando un autor compone una estrofa la lleva á la Corte de las Monedas, donde los poetas del reino tienen parlamento. Allí los versificadores oficiales ponen la estrofa á prueba y si la juzgan de buena ley, se la tasa; pero no según su precio, es decir, que un soneto no vale siempre un soneto, sino según su mérito".

Bueno. Aquel demonio gentil que derramó en los labios del hijo de Sofronisco la miel de la mayéutica y que ascendió á la estrella magna hace muchas generaciones, á punto de borrarse del haz de la tierra, la cria de los hombres divinos, se ha amparado en mi espíritu—en mi espíritu de hombrecillo despreciable—una noche de Septiembre, por narrarme un pleito que vió en aquella Jauja celestial, donde los sonetos son florines, libras los alejandrinos y maravedises los yambos; isla de luz tan rara, que sólo cotiza los frutos melodiosos, como dinero de real cuño, de suerte que los rimadores que aquí andan pobres como el ratón de las campiñas, allá arriba, con la sola hacienda de sus versos, son más ricos que un Perú. Por lo cual, reconocidos á la Luna, unos la llaman vestal y otros la llaman princesa.

Así hablaba el geniecillo: "Un día del año de mil ochocientos noventa y seis, subió al satélite en un vuelo de serafines el alma melancolica del pobre Lelián. Como era un alma albísima, Dios la pidió para sentarla á su diestra, al lado del

El de la marcha del "Tanhauser"—cuyo tema lo tomó Wagner de la "Beatrice di Tenda" de Bellini—es hermosísimo: porque es un motivo, fué puesto en los organillos y así mil veces le he oido, siempre con deleite.

Un motivo es el "cigno gentil" y todo el mundo lo canta con placer, habiéndose apoderado de él los organillos.

Si pues los wagnerianos se dieran cuenta de lo que dicen, verían que el ser música de organillo no es condición tan despreciable como les parece. La popularidad es el sello del arte, sobre todo de la música, y sino ¿qué es lo que buscan ellos? ¿no es acaso de volver popular á su ídolo?

También llaman música de baile á toda la restante. Es otra prueba de su necedad. Lo que distingue el baile de otra composición cualquiera es el tiempo únicamente. Toda la Walkyria con sólo cambiarle el tiempo podría ser reducida á un vals ó un minueto.

Volviendo al grano: habérselas con los motivos es habérsela con la música misma. La diferencia entre Wagner y Verdi consiste en que la de Verdi es música y como tal tiene un valor en sí, aún desprovista de palabras, y la de Wagner no lo es, es simple decoración musical, mejor dicho, simple color en sus últimas obras.

Veamos ahora como entiende Wagner la interpretación de las palabras. No hay que buscar su teoría ni en Marsillac ni en Kufferath ni en Torti, sino en sus mismas obras. Estos grandes intérpretes del pensamiento wagneriano admiran á su ídolo tan sinceramente que ni las partes claras de su teoría se atreven á exponer. Obran como aquellos obligados á hablar de Mazzini ante un auditorio liberal. El primer artículo de su programa, Dios, lo suprimen. ¿Qué Mazzini es entonces el que ellos admiran? Y ¿qué Wagner es el que sus críticos adoran, si no se atreven tampoco á presentarlo al público tal cual es? Este hecho es muy sugerente y basta y sobra para demostrar que cada cual trata las teorías de Wagner como su música: vé en ellas lo que se le antoja.

La teoría de la interpretación wagneriana es la negación de la inteligencia, como su teoría musical lo es de la música. Nietzsche, pues, no se equivocaba. Bien sé que hay quienes dicen que Nietzsche le atacaba movido por la envidia!... Dejésmosles hablar. Aunque fuera para desacreditarle, Nietzsche honraba á Wagner con sólo ocuparse de él.

Pero entremos en materia. Pensar, dice Kant, es ver en relación, y el pensamiento surge de la relación en que están las palabras en el período, así como una figura geométrica resulta de las relaciones de los puntos entre sí. Pues bien, trátese de musicar una estrofa: los músicos siempre han creido que su tarea consistiera en comprender el significado de la

estrofa, y en buscar un motivo que expresara en lo posible dicho significado. Wagner, al contrario, enseña que ha de atenderse al significado de cada palabra aislada. Tolstoi quiso hacer la contraprueba, escuchando una sonata de Beethoven: escribió sobre una hoja de papel la palabra que cada acorde le sugería, y ya puede imaginarse lo que resultó.

Lleguemos ahora al último punto de su revolución, la abolición de las formas, desde la cabaleta, tan graciosa, hasta el concertado. Un arte no vive más que en las formas que sabe crear, porque es una cosa viva. ¿En qué se manifiesta la vegetación sino en las familias de plantas? ¿Y estas qué son sino formas? Las habrá sencillas como el musgo y complejas como la encina: alcanzada una idea, la naturaleza la repite sin fin. Y el arte verdadero no es otra cosa. ¿Suprimir las familias de plantas no es suprimir la vegetación? Suprimir las formas musicales equivaldrá, pues, á suprimir la música que no vive sino en ellas. ¿La historia de la música no es talvez la de las formas musicales? Los grandes músicos han agregado á las conocidas algunas formas más, y de este modo se fué paulatinamente ensanchando el reino de la música. La historia de la poesía griega es la de sus formas: la epopeya, el drama, y todas las de la lírica. ¿Será convencional la naturaleza porque hace las violetas siempre del mismo modo? Pero no sólo hay violetas, mas también rosas y claveles y toda la variedad de flores.

Suprimiendo las formas Wagner borró, pues, la música. Y por esta vía hemos igualmente llegado á la conclusión apetecida, demostrando la verdad de la afirmación de Nietzsche, que Wagner echó á perder la música.

¿Y porqué? ¿porqué quitar á los hombres una fuente de deleite tan puro y tan vivo? Pues porque una generación como la actual no merecía tenerla.

Dice Nietzsche que Wagner desacreditó todo lo que le era negado. Esto también es exacto. Desacreditó el motivo porque no tenía idoneidad para él. ¡Se admiran sus acordes! Pero es muy fácil juntar palabras en modo nuevo cuando se prescinde del pensamiento. Y Wagner redujo el discurso musical á una sucesión de palabras sin sentido. Nada más estúpido y convencional que su "leit-motiv". Antes de todo llamó motivos á lo que sólo son temas, esto es, frases, como serían en un discurso los principios de período. El bueno de Kufferath representa gráficamente el modo de componer de Wagner, y mientras con ello cree mostrar su profundidad, no evidencia sino el modo mecánico y convencional de tal composición.

Lo que hizo la fortuna de Wagner fué el haber dado á creer que para comprender su música se necesitaba ingenio,—dice Tolstoi. Bastó con eso para que todos los necios se proclamaran wagnerianos.

encuentra un espacio de la pared libre pondrá un cuadro, que se juzgará, naturalmente, con el mismo criterio que sirve para los demás cuadros.

Interpretando la palabra, la música no ha de dejar de ser música; es decir que, además de reforzar el sentimiento expresado por la letra deberá tener mérito de por sí. La "Escuela de Atenas" de Rafael adorna la pared en que está pintada, pero aún separada de ella tendría su valor.

No hay música sin idea musical, sin motivo: éste ha de tomar su expresión de las palabras, se entiende; pero también separado de ellas y tocado en el piano ha de agradar; de otro modo no será música sino simple sonido.

Pues bien, esto es precisamente lo que Wagner negaba. La música (hablo siempre exclusivamente del drama) sin la palabra no ha de valer nada, no debe decir nada. No afirmo que alguien no pueda proponerse tal programa: sólo digo que es absurdo y excluyente de todo lo que es música. Y no en otra cosa que en la supresión de ella, consistió, por consiguiente, la reforma de Wagner.

Si la pintura se limita á adornar una sala no es tal sino decoración, y ni esto siquiera. La decoración tiene sus motivos también, hermosos de por sí. Un arabesco es bello aun visto en una lámina, aislado del conjunto y separado del lugar en que figura. Aplicado á la pintura, el sistema de Wagner se reduciría al simple color.

Wagner, pues, habiéndose planteado el principio de que la música ha de interpretar la palabra, no reparó en lo que se subentiende: de que cesa de ser tal.

Allí está su tan sonada teoría. Pretender que sus admiradores tengan más ingenio y reflexión que el maestro es absurdo. Esa buena gente razona de este modo: "Wagner es un reformador. ¿En qué consiste su reforma? En que la música ha de interpretar la palabra. Por consiguiente—concluyen—los demás músicos no se cuidaban de la palabra".

La verdad es que la interpretación de la palabra ha sido siempre el objeto de cada música: lo contrario ni siquiera es imaginable. Pero los demás se creían obligados á interpretar las palabras escribiendo música, mientras que dicha condición Wagner la excluye.

No discuto su ideal: lo que niego es que la de él sea música, siendo él mismo quien nos autoriza á negarlo. Cuando, por lo tanto, un wagneriano exalta la música de su ídolo, no sabe lo que se dice, ni muestra siquiera entender en que consiste la reforma que el maestro se propuso, pues, ó sus palabras no dicen lo que dicen, ó lo que él se propuso fué la supresión de la música.

Lo que más prueba la necedad de esa buena gente es

que, de razonamiento en razonamiento, buscando en que consista la diferencia entre Wagner y los demás músicos han caído en la cuenta de que, en la obra de éstos un motivo se sigue á otro sin interrupción, y cada motivo se percibe claro, se aprende fácilmente y repite con placer, al paso que en Wagner no los hay. En consecuencia, creyendo haber dado en el secreto, emprendieron una campaña contra el motivo mismo. Que en ello estribe la diferencia es verdad, pero también lo es que sólo en el motivo consiste la música. La guerra al motivo, es pues, guerra contra la música, mas de ello no se percatan, y como Wagner es para tales señores sinónimo de música, concluyen que la verdadera, la grande, la única, es sin motivos.

Sería como decir que la pintura verdadera es sin figuras.

No dicen propiamente que la música verdadera es sin motivos: si llegaran á entender que esto es lo que quieren expresar, se apercibirían de su error. Se conforman con llamar música de organillo á la otra.

¡Música de organillo! ¿Y qué significa? Que puede ser puesta en un organillo. Ahora sería menester demostrar que esto es un defecto. Antes, sin embargo, es necesario completarles el pensamiento. La música de Wagner puede, como cualquier otra, ser puesta en un organillo, pero á nadie se le ocurre tal disparate. ¿Por qué? Porque no causaría placer alguno. Con la expresión "música de organillo" se entiende por lo tanto significar una que reporte placer aun tocada en un organillo. Lo cual no sólo no es defecto, mas condición esencial de toda música que sea tal. Tan lejos está el organillo de ser algo despreciable, que es la piedra de toque de la música. La prueba de que lo es verdaderamente un motivo reside en que agrada aunque aislado. No hay motivos feos. Entiéndase bien: una sucesión de sonidos forma unidad, será un motivo y gustará, porque el deleite nace de unificarse los sonidos en la percepción, es decir, del constituir un motivo. Si no gusta, es que los sonidos no se unifican y no forman entonces motivo. Uno de estos demasiado sencillo no satisfará un oído ejercitado, por razones subjetivas, puesto que no hay deleite sin esfuerzo. Un motivo sencillo es percibido por un órgano ejercitado con excesiva facilidad, como también un motivo bastante complicado, pero oído muy á menudo. Esta es la razón de que envejezca la música: es una ley común á todas las obras de arte. De lo dicho sácase en consecuencia que, si un motivo es tal, reportará placer aun tocado en el piano con un dedo solo, ó en un organillo, ó también silbado.

Fué, pues, que á trueque del "Himno de los Abedules" que nunca nos llegará, un alma vagabunda y altísima bebió del licor amado, un atardecèr, en la Luna, y en la copa del rey de Thulé".

Hasta aquí las palabras del lémur complaciente. Si he dicho mentira que me quede ciego.

ENRIQUE J. BANCHS.

WAGNER

Uno de nuestros críticos musicales, hablando de la "Walkyria", citaba un juicio desfavorable de Nietzsche sobre Wagner, y agregaba: "El filósofo alemán hubo de haber comprendido á Wagner". Es que dicho crítico veía expresado por Nietzsche lo que él sentía y quizás no se atreviera á traducir en palabras.

Nietzsche era músico, y de valor no común. Además para comprenderlo á Wagner no se necesita gran capacidad: en definitiva intelectualmente no vale nada. Como escritor todo lo que tiene de bueno es la envidia y la malignidad, pues tales innobles sentimientos le ayudan á hallar frases punzantes; es como un mosquito que deja en el cutis una picadura que nos obliga á rascarnos unos momentos.

Como teorizador no hizo más que dar nombre á su impotencia. La fábula antigua de la zorra y la uva se le puede aplicar. "Para Wagner — dice Nietzsche — es malo cuanto no sabe hacer él".

Su teoría musical está expuesta por él mismo y cualquiera puede juzgarla. Es la negación de la música y otra cosa no vienen á demostrar los artículos de sus más ardientes admiradores.

Escuchémosle antes á él:

"La música—dice—ha de estar subordinada á la palabra é interpretarla".

Nada más cierto; pero si tal es su pensamiento no sólo no es nuevo, sino antiguo como el mundo. Nadie hubo jamás, que, debiendo musicar una poesía no se propusiera interpretar las palabras. La fórmula antigua empero era más completa: la música ha de interpretar la palabra pero sin dejar de ser música. Esta condición es la que Wagner omite, y allí estriba toda su reforma.

No es tan sólo la música que se junta con otra arte: también la pintura y la escultura se unen á la arquitectura. El artista que pinta el interior de un templo ha de subordinarse á la arquitectura, pero siempre, se subentiende, deberá ser pintura lo que haga y no simple color. Allí, pues, donde

Doctor Angélico, pero como era un alma de poeta, la Luna se la llevó.

Cuando puso la planta temblorosa en la pradera de jacintos que está al borde del satélite, yo salí á su encuentro, como salió la sombra del Mantuano al encuentro de Alighieri.

—Salve, Lelián.

—María te salve, espíritu. Dime, por cortesía si huello los jacintos de los Campos Elíseos.

—Huellas las praderas lunares, pero sus jacintos son también flores de ensueño.

—Dime si soy el alma ó si soy el poeta.

—Eres la Unidad. ¿Quién sabrá distinguir en tí, lo que es el alma y lo que es el poeta?

—Dime si traigo aún mis lacras.

—Solo las que te hicieron cantar.

—Dime si traigo aún mis pasiones.

—Sólo las que te hicieron cantar. Apóyate en mi brazo; te llevaré á la corte de los númenes.

—Enséñame antes el camino á la Nada. Preferiría hundirme en ella, si he de pasar de nuevo la llorada miseria que me dolió allá abajo.

—En la Luna—no en vano es satélite de la Tierra—todo se paga; pero si traes versos tu vida será más feliz que la de Antonio en los brazos de Cleopatra.

—¿Si traigo versos? Yo soy el alma y el poeta...

—"En avant", portalira máximo.

Cuando llegamos á la villa, Lelián arrojó una estrofilla por las almenas de bronce y las puertas se abrieron silenciosamente. Los selenitas pálidos salieron á su paso, y mientras murmuraba una rima, las tres hijas del rey las manos le besaban.

Luego penetramos en la Hostería de la Gata de Plata, donde, como sabieis, los lechos son rimeros de alelíes, y los manjares nada más que humo.

Al atardecer venían por ver á Lelián, coros de seres asombradillos del terrestre que escribió de cosas estrellares.

Fué también al atardecer cuando Lelián tornóse triste. Una veleidad loca le turbaba más y más. Yo, que no le dejaba compañia, hube de inquietarme, hasta que creí penetrar el orígen de su tristeza. Sin embargo, aguardé la palabra de sus labios. Y él, al rato:

—Aún tengo la tibieza del calor de la Tierra; muy ligero fué mi viaje entre moradas tan distintas, y aún sería un hombrecillo, si no estuviera en la Luna. Cuanto mejor hubiera sido que mi alma hallara en su odisea etérea, como reposorios lustrales, jordanes interplanetarios, en los cuales se hubiera ido desprendiendo de las formas humanas de rostro y espíritu, hasta acrisolarse en un arquetipo de pureza

lunar. Ve, el alma mía aun guarda la geometría del cuerpo, como guarda el contenido el molde del continente; y en mi alma aun siento latir el corazón y gemir las cuerdas fonéticas, y tocar las manos; y siento también el susurro incitante del amor—y eso que las almas, como los ángeles, no tienen sexo—y el martilleo sordo del pensamiento que toca en la bigornia del cerebro—y eso que las almas sienten, pero no piensan—y preveo que me vendrá el dulce deseo de pasear los bordes del Sena, pues tengo aun la tibieza del calor de la Tierra...

—Y ahora ¿qué te apena?—¿Acaso alguna pasión que aun aletea en tí, creyendo la ilusa que podría alentar en ese tu nuevo cuerpo, como de nebulosa, y mirto fino, que hospeda á tu alma desde que traspuso los umbrales de Diana?...

—No. No es turbamiento de pasión, sino veladura de vaguísima visión, pues halléme que estaba en uno de los bares amados, entre el ruido bailarín y vario de la cristalería, el humo de las pipas y la luz de las grandes lámparas, tendido mollarmente en los divanes de terciopelo arrimados al muro. Es una noche brumosa y fría, tengo entornados los ojos y entornado el espíritu en un sopor indefinible, y oigo,—balbuceo tímido—caer una á una las gotas de agua sobre la esmeralda temblorosa del vaso de ajenjo. He aquí que extiendo la mano y el vaso se desvanece. Así un humo.

—En las hosterías de la Luna los manjares no son sino humo. Y los seres lunares hallan en él, nutrimiento y delectación.

—Sí; pero para mientes que aún estoy tibio del calor de la Tierra: ¡Cuánto daría por beber del licor amado un trago!...

—Hum!... designio de loco y empresa sin cima...

—No me amenguan dineros y talvez con el oro de mis versos lo que quiera tendré. No en vano es la Luna satélite de la Tierra. Ya sabes lo que del oro dijo Jean de Pontalais, por no hablar de otros ingenios de más precio "sur tous vivants c'est cil qui peut et vault; c'est monseigneur".

Y antes que yo le tornase palabra, trazó Lelián, sobre una hoja de tafetán una trova de amor, de finísima trama.

Dos selenitas desnudos que le miraban el rostro, cogieron el dulce rimado y como eran criaturas hinchadas de codicia, nada les asustó lo que se opusiera al deseo del huesped melodioso.

Cabalgando en un rayo de luna, bajaron á la Tierra y en un rayo de luna, volvieron á la morada original, con el licor ansiado que tiene el color del mar, de la neblina y del prado.

Y el huesped melodioso por gentil cortesía, escribió el "Himno de los Abedules" que no ha llegado á nosotros porque en la Luna no hay imprentas.

y las angustias divinas de un primer amor. La vida de Teodoro fué desde entonces una continuada inquietud. Temía hasta el espanto, que la suspicacia de doña Agueda llegara á sospechar. Y en un refinamiento sutil de enamorado enfermo, añadía otra tortura á este temor: Llegó á aterrarle lo incestuoso de su amor!

En medio de esas torturas, la atracción de esos ojos dolorosos constituían una obsesión para él. A veces era tan fuerte que entrada la noche, cuando se habían apagado las bujías que alumbraban la alcoba de doña Agueda, bajaba de su cuarto y cruzando á tientas el oscuro corredor, abría la puerta y sudoroso penetraba en la estancia. Pero en esas noches de voluptuosa adoración, él no sabía que otro fantasma velando en el viejo caserón, atisbaba el regreso de la sombra amorosa. Era una sombra pálida que á los piés de otra imagen, pasaba cuentas de rosario, con rezar muy leve.

Una mañana el viejo médico de la casa indicó á Teodoro que la antigua dolencia de doña Agueda, requería inmediatamente otro clima. Partieron á los pocos días para Europa, y la proyectada ausencia de seis meses, con diversos pretextos, fué alargada á tres años. El remedio buscado para Teodoro no pudo ser más eficaz; sin embargo, al regresar, una ligera nube de tristeza velaba la alegría de doña Agueda: Teodoro había frustrado las esperanzas que la vieja linajuda acariciara al partir: las de su enlace con alguna de esas lejanas parientas aristocráticas de España, con cuyas abuelas, siguiendo añeja tradición, se escribía en las ocasiones solemnes, de tarde en tarde.

Oscurecía en medio de un aguacero torrencial. La lluvia y el viento habían interrumpido la procesión de bienvenidas interminable y doña Agueda y Teodoro, sentados al calor de la lumbre, en el viejo salón familiar, recordaban los años pasados en Europa. Hacía dos días que habían llegado y ya, á medida que despertaban las cercanas memorias, ambos sentían cernirse sobre ellos una vaga tristeza indecisa y nostálgica.

Doña Agueda hablaba de su parentela lejana.

—Tú debiste casarte con María Victoria; hubieras unido dos ramas de nuestra familia, y tus descendientes al contemplar su retrato, se hubiesen enorgullecido como tú en María del Tránsito, de tener una abuela muy bella.

—Exageras, Agueda. María Victoria no sería tan bella. Hubo un largo silencio mientras la vieja linajuda volvía á sus

ensueños, y Teodoro fijaba sus ojos amorosos como antes, en el retrato de la desgraciada rival de María Victoria.

Bajo la luz horizontal de aquella tarde, bajo la luz de aquel crepúsculo encapotado é invernal, las ojeras de María del Tránsito se le figuraron á Teodoro más pronunciadas y más grandes, y en fondo de esas cuencas, sus ojos, sus dolorosos ojos, le parecieron amortecidos bajo una nube de tristezas y de sombras.

Teodoro todo trémulo se interrumpió.

—Agueda—dijo,—no sé si es el reflejo de esta luz ó el estrago del tiempo. He visto los ojos de María del Tránsito más oscurecidos y más tristes. ¿Los ves tú?

Ella alzó sus ojos de topacio y luego tornó á bajarlos suspirando.

—Hijo mio—murmuró—no los veo ya. Las lágrimas han roído estas pupilas y el mirar de mis ojos se ha acortado como mis años. No sé si será por efecto del tiempo ó de la luz, pero esos ojos pintados se oscurecerán, como se han oscurecido y han muerto tantos ojos que veían y eran bellos.

Teodoro recostado en el canapé, se incorporó para besar sus párpados. Mientras él los besaba, ella proseguía:

—Esos ojos velados de María del Tránsito son el símbolo de este caserón. Hace ya tiempo que no resuenan en él correrias infantiles, ni alegres voceríos responden al canto de los pájaros en el desierto jardin... Hacen falta esas voces, hace falta luz, tú la necesitas, no puedes ser una excepción cuando yo misma, en el agotamiento de mi vida, extraño en la tristeza de mi invierno, las flores y el calor de la primavera!

—Sí, viejita querida—murmuró Teodoro, besándola de nuevo;—las tendrás. He sido un ingrato. Debí hacerlo por tí; pero pierde cuidado, las tendrás, las tendrás!

Un reloj dió las cinco. Doña Agueda, deshaciéndose de los brazos de Teodoro se levantó.

—¿Dónde vas?

A la Catedral. He recibido esta mañana la cédula de la Archicofradia, citándonos para la procesión con que finaliza esta tarde el octavario del Corpus.

—Pero con semejante tiempo no te dejaré ir, volverías enferma.

—Sabes, Teodoro, que no puede ser, — murmuró doña Agueda.—No debo faltar.

Una criada vino á avisar que el automóvil esperaba en la puerta. Teodoro insistía

—Vendrás enferma; aún no te has repuesto del cansancio del viaje. Quédate, yo iré en cambio.

Resignada doña Agueda, le vió alejarse suspirando y cuando el joven desde la puerta tornó hacia ella sus ojos, en

una delectación lo que buscaba en aquellos pergaminos, sino una tregua á la extraña pasión que dominando su espíritu, le impulsaba á recogerse en el viejo salón familiar. Era esta sala, una gran pieza cuadrada con ventanas voladas que se abrían sobre el jardín. En ella tenía reunidos doña Agueda todos los objetos heredados y antiguos. Allí estaba el riquísimo juego de poltronas de amarillento damasco, cuya armazón de caoba maciza, bordaban primorosos embutidos de nácar. Del techo colgaba la solariega araña de cristales y arandelas de plata y en cada ángulo del salón se erguía un candelabro, de pie tallado en un jacarandá oscurecido y magnífico. De las paredes tapizadas pendían infinidad de retratos de antepasados ilustres y á un lado el pequeño clavicordio de palisandro, evocaba las veladas lejanas... Siete generaciones argentinas estaban representadas en aquellos retratos en que se fundían en un solo tronco los antecesores paternos y maternos de Teodoro Peralta. Este lo era un arrogante capitán segundón de una de las más antiguas y nobles casas de España, que venido á fines del siglo XVII había sido al frente de su compañía de dragones el terror de los portugueses en sus correrías por el Río de la Plata. A su lado, en un marco idéntico, colgaba el retrato de su esposa, una hermosa castellana cuyos negrísimos cabellos recogía una escarcela de encaje. Entre estos dos retratos y los dos últimos de la colección—dos espléndidos Lefebre que representaban los padres de Teodoro,—parejas intermediarias llenaban la escala. Pero uno había sin compañero, antiguo, pero admirablemente conservado, que se destacaba entre ellos. Era un magnífico retrato de su quinta abuela, una Aoiz Riglos, que había tenido el bello nombre de María del Tránsito. La bellísima dama al parecer de veinte años, estaba representada de pié, ligeramente apoyada en el frontal de una puerta de arco. Con sus manos, dos manos deliciosas y blancas, recogía con gracia la plegada basquiña, bajo cuyos respinges aparecía el guarda infante alambrado y los piés diminutos que calzaban estivales blancos; oprimidas por el empuntado justillo se adivinaban sus formas y las rosas de sus senos que parecían aromantes. El óvalo y las facciones de aquella cara eran perfectos: aguileña la nariz, arqueadas y negras las cejas, el cabello castaño abierto en el centro, encubriendo apenas el nacer de su frente, una boca en su finura, con un dejo doloroso y sensual, las mejillas pálidas y su rostro, su cuello y sus hombros desnudos, de una blancura ideal, eucarística. Pero lo extraordinario de aquella cara eran los ojos, unos ojos dolorosos y grandes, los mismos blue claros de Teodoro, pero más abiertos, alucinantes y magníficos. Y Teodoro adoraba esos ojos atristecidos, adoraba esa boca dolorosa y entreabierta, adoraba esos senos velados, adoraba la imagen toda de aquella abuela muerta, con una adoración tan intensa como extraña.

María del Tránsito tenía una historia trágica. Había sido muerta por su esposo en un acceso de celos brutal, cuando sólo contaba veinte años. La tragedia ocurrió á mediados del siglo XVIII. Una noche el caballero, al regresar á su casa de la campaña, vió que trasponía la tapia del cerco un hombre embozado, cuya silueta á la luz de la luna le fué fácil y doloroso reconocer: era su primo Diego de Warnes, el apuesto capitán español, cuyas aventuras galantes constituían el comento del salón colonial. Ciego de ira corrió tras él y después de ultimarle, trepó á su alcoba y el mismo acero partió el corazón de María del Tránsito.

Muerta ya, un leve rumor le hizo volver sobresaltado y mientras su mano trémula retiraba el arma homicida, por la ventana entreabierta alcanzó á ver á una sombra que huía por el corredor, furtiva y blanca. Al cruzar la huerta la reconoció: era una doncella, la barragana del capitán que huía amedrentada. El caballero enloquecido de dolor sólo atinó á cerrar los bellos ojos de la muerta y luego huyó detrás de la doncella, huyó perdido por las callejuelas desiertas, huyó en medio del silencio que á veces entrecortaba el aullar de los canes, y el amanecer le sorprendió huyendo por los campos, hasta que al día siguiente, la gente de un navío le recogió desmayado en la costa y le embarcó para España. Aun no se habían extinguido los ecos de la tragedia en el comento del salón colonial, cuando el nombre del caballero se volvió á oir. Le registraban con honor las crónicas guerreras de los últimos años del reinado de Felipe V, pero el caballero que recogía laureles cuando buscaba la muerte decidió retirarse á esperarla en un convento, llevando una dura vida de sacrificios y de expiación. En esa larga espera dolorosa, el retrato admirable de su esposa debió constituir su dolor mayor: sus mismas manos habilísimas le ejecutaron. Cuando expiró, casi octogenario, cumpliendo su voluntad, el precioso cuadro fué enviado á América al único hijo de María del Tránsito.

Esta historia trágica Teodoro llegó á conocerla de boca de doña Agueda, cuando cumplió los veinte años. La vieja señora, fiel á la añeja tradición, que guardaba para la niñez prudenciales recatos, esperó fuera grande, para contársela, y lo hizo una tarde que estaban sentados en el viejo salón familiar. Esta relación produjo en Teodoro una impresión inmensa: una piedad infinita se despertó en su corazón, y en su alma virgen de carnales afectos, surgió también el más extraño amor. Su sensibilidad exquisita era por cierto un instrumento precioso donde podía recorrer todas las gamas, la enfermedad del amor. Y así fué en efecto. Teodoro amó locamente á esa abuela muerta, con las ansias, las vehemencias

JANUA CAELI

A Lucio Salas Oroño

Era el último día del octavario del Corpus. La lluvia que caía con violencia desde el atardecer, había retraído á los fieles y en la aromada penumbra que llenaba las naves de la Catedral, se veían los escaños hilerados y desiertos. El aguacero arreciaba chocando en las apagadas vidrieras, y á su furor respondía el bramar del viento ululando al través de los árboles de la plaza y del agua. Anochecía. En el altar mayor y en las capillas que ostentaban los sitiales para la procesión, formando arabescos luminosos resplandecían á centenares los cirios, mientras en las restantes, parejas mortecinas hacían más lóbrega una oscuridad que parecía estar llena de misterio y de ánimas. Cuando dieron las cinco un sacerdote dió comienzo al rosario, que sólo respondieron desde el crucero, algunas voces linajudas y devotas: eran las voces de los hermanos del Santísimo, la vieja Archicofradía porteña, tres veces secular. Los hermanos ocupaban las poltronas del centro, las viejas poltronas coloniales de pata de cabra, talladas en jacarandá y tapizadas de encarnado damasco, y á uno y otro lado arrodilladas en revestidos escaños, oraban las damas cófrades.

De tiempo en tiempo sobre aquel murmullo perfumado y devoto se alzaba una voz familiar que al difundirse por el templo se la oía resonante y grave: era la voz de monseñor, que desde su trono del presbiterio entonaba las adoraciones litúrgicas que contestaban desde el coro canónigos arrellenados en sitiales venerables. Cuando las oraciones terminaron, dió vuelta el templete giratorio del ara, y apareció en el tabernáculo la custodia santa. Monseñor se prosterna, la grey se inclina y dejan de oirse por un instante los bramidos del viento, ahogados en el sonar estrepitoso que los acólitos arrancan de las viejas campanillas de plata; cuando éstas cesaron, volvió á oírsele, pero acompañado dentro, del balancear fatigoso de los incensarios y el ferviente musitar que temblaba en los labios de las ancianas matronas y de los sacerdotes.

En el silencio resonó agrandado el rumor de unos pasos. Dos devotas se volvieron y en la semioscuridad columbraron una figura viril y arrogante: era un joven alto, delgado, pálido, vestido de gris, con una corbata negra con lunares blancos. En su cara brillaban unos ojos raros, azulados y magníficos. El recién venido, caminando con lentitud, atravesó el crucero y fué á sentarse en una de las últimas poltronas desocupadas del centro. Otras devotas alzaron sus ojos y como las dos primeras, le miraron ensombrecidas y dudosas.

—¿Quién es?—preguntó Beba Frers á Lucy Ocampo, arrodillada á su lado.

—¿No le conoces? Teodoro Peralta, que antes de ayer ha llegado de Europa.

—¡Ah, es cierto,—murmuró Beba, arrodillándose. — ¡Pero mira qué ojos!

Lucy Ocampo volvió los suyos, y luego angustiada tornó á apartarlos, porque esos ojos le traían el recuerdo doloroso de otros ojos... (1).

Las dos devotas se santiguaron, siguiendo al sacerdote que en el púlpito daba comienzo á una plática, y mientras el predicador pronunciaba quedamente los iniciales versículos, ambas pensaron en la transparencia voluptuosa, con qué desde el fondo de sus cuencas miraban esos ojos blue claros.

Hacía dos días que Teodoro Peralta había llegado, después de una ausencia de tres años pasados en Europa. Había realizado este viaje en compañía de su vieja tía, doña Agueda de Aoiz y Peralta, con quien vivía desde la temprana muerte de sus padres, en su viejo y todavía suntuoso caserón colonial. Era doña Agueda prima de su padre y hermana mayor de su madre, y de ella había hecho las veces, sacrificando por su sobrino la tranquilidad de un retiro devoto. Pero sus cuidados asíduos tuvieron la más amplia compensación: Teodoro había crecido fuerte y robusto y á la vez que aplicado é inteligente, era piadoso, caritativo y bueno.

El único defecto que preocupaba á doña Agueda era su extremada retracción. Aunque emparentado con el viejo patriciado porteño y dueño de una exquisita cultura al par que de cuantiosa fortuna, rara vez frecuentaba la sociedad y cuando llegaba á hacerlo, era sólo cediendo á las instancias repetidas de doña Agueda.

Pero nadie, excepto ella, logró explicar el misterio de aquella retracción. Sus amigos, sus pocos amigos, contaban que pasaba la mayor parte del tiempo en su biblioteca, muy rica en obras históricas y antiguas. Pero aunque verdad, no era

(1) Véase "*El Diario de Lucy Ocampo*" NOSOTROS, número 9.

¿De modo que no hay nada bueno en Wagner? Nada en su teoría; pero su música ya es otra cosa. "Wagner—dice Verdi—antes de escribir música se fijó un programa, y no hay arte á programa. Pero, á pesar de su programa, escribió páginas de una eficacia admirable". Sobre una obra de Wagner, Rossini escribió: "Lo que es hermoso no es nuevo y lo que es nuevo no es hermoso". Y el mismo Wagner era de semejante opinión. Allí están sus cartas, sus escritos: mil veces al hablar de sus obras advierte que al componerlas se olvidaba de sus teorías. Cuando se olvidó, dejándose llevar por el sentimiento y la inspiración, hizo cosas admirables

La gran mayoría de los que aparentan admirar á Wagner, cuando deben citar algo de él no saben salir del "cigno gentil" y del "racconto" del "Lohengrin", sin darse cuenta que tales pasajes, Wagner los condena en sus teorías, pues lo que se propuso demostrar fué precisamente que trozos como el "cigno" ó el "racconto" no son música.

"Para gustar de esta música—escribía Joachim á Listz—se ha de dejar de llamar música á todo lo que hasta el día se ha creído tal". Y Joachim ha sido el más noble violinista de nuestra edad. "La de Wágner, dice más ó menos Berlioz, no es música ni nada que se le parezca: es el insulto más desvergonzado que jamás le hayan hecho al público". Rubinstein escribe lo mismo y agrega algo más. Wagner alaba á Beethoven y la gente sencilla cree que haya algo de común entre ambos. Ya se ha demostrado que es una invención su visita á Beethoven, de quien él quiso hacer su precursor. Las obras teoréticas de Beethoven, cuyo estudio difundió Rossini en Italia, allí están al alcance de todos con el comentario de Fetis. Beethoven es, sin duda, el Dios de la música, pero no ha tenido de ella concepto distinto del común; no imaginó nada diverso de lo que se llamaba música. Llevó la sinfonía inventada por San Martino, á una altura inalcalzable y á nadie se le puede comparar ni en riqueza de pensamientos melódicos ni en lo imprevisto de sus desarrollos. ¿Cómo se atreve Wagner á hablar de él? Es la cosa más fácil de comprender. Como él contaba para su éxito con gente irresponsable, hablando de Beethoven daba á creer que estaba de su parte.

XIMENO.

RAPSODIA POSTUMA

Varón en rostro y alma formidable—
(Rostro de tigre y alma de león)—
Después de medio siglo de luchar, indomable,
Llegas, por fin, al día de la paz inefable,
Epico y lírico Varón.

No más sobre el estadio de la raza,
Pasearán tus bravuras su brío de corcel,
Gladiador que tuviste por arma y por coraza,
En tus puños el plomo de la maza,
Y en la carne del pecho tu broquel.

Seguirte á la batalla fué el más viril deporte,
Y te dió su clarín la juventud;
Pues que hijo de la tierra por el alma y el porte,
Eras como un quebracho de mis selvas del norte
Y como un gran pampero de tus pampas del sud.

No más, desde la vera del camino,
Convocarás la hueste como un Señor feudal,
Que unía á la ventura de tan noble destino,
La fibra gaucha, el ímpetu argentino
Que atropella á poncho y á puñal...

Ronca el tambor á la sordina; llora
Notas de llanto bélico el clarín;
Y en esas dobles músicas, ahora,
La hueste muda su dolor deplora,
Junto al cuerpo sin vida del fiero paladín.

RICARDO ROJAS.

el fondo de la ventana, volvió á ver su enlutada silueta señorial y pálida. En sus labios marchitos vagaban las Aves, mientras sus dedos descarnados y blancos, pasaban las cuentas de un rosario, el inseparable rosario tradicional, de cuentas de amatistas y trenzado de plata.

Al entrar Teodoro en la Catedral, después de santiguarse, caminó lentamente respirando con largura y delicia aquella fragancia de las naves, eclesiástica y antigua. Cuando llegó al crucero un sacerdote desde el púlpito comenzó una plática y él, rehusando el sitio avanzado que le ofreciera un amigo, Luisito Escalante, fué á sentarse en el último sillón desocupado del centro.

El predicador hablaba y en sus palabras vagaban sombras de velada tristeza: "Ya no es esta ciudad, decía, la de otrora, tan ferviente y tan devota..." Pero Teodoro no le oía adormecido en un encantamiento acariciante y vago. Eran todos los recuerdos casi borrados de la niñez que acudían á su mente, á la vista de aquellas naves y de aquellos altares, y luego le distraia aquella concurrencia que iba recorriendo, aquellas siluetas venerables de matronas pálidas, sus hijas, sus nietas, que mostraban la potencia de los viejos troncos con el vigor ardiente del nuevo retoñar. A estas últimas, era á quienes Teodoro fácilmente no podía reconocer. Las había dejado chicuelas. Pero de ello se encargaría Luisito Escalante, que aprovechando en la plática la salutación del Angelus, había cambiado la poltrona, por otra á su lado.

—Mira á la que está á la derecha en el segundo banco. La reconoces? Es Beba Frers. Anoche decían en el Colón, que se ha comprometido con Luisito Gimenez. No sé si será cierto, pero se festejan. Si vieras como estuvieron el Lúnes en lo de Ocampo! Has visto á Lucy? Está al lado, preciosa, pero de un tiempo á esta parte le noto algo triste. Para mí, es el compromiso con Eduardo Guerrero que no la hace feliz.

—Luisito, te van á oir...! Siempre el mismo. Veo que no cambias; atiende á lo que dice el padre en el sermón.

—Lo de siempre, que no tenemos devoción... que tontera! ¡Ché, te ha mirado Angélica Urioste, tu amiga del Tigre. Está detrás de Beba, con un traje sastre y un sombrero gris. La ves? ¿No es verdad que está deliciosa? ¡Y que inteligente que es! Fíjate en esa boca... Dime si no es una ricura... No te hace acordar á la Storchio en Buterfly?

—Luisito, por favor. Estás dando espectáculo, me vas á obligar á cambiar de lugar.

Luisito calló un instante, no por efecto de aquella reprensión, sino porque su oído atento, había percibido el ru-

moroso tafetear de una falda. Al cabo de un rato, exclamó:

—¡Mira la Coca Larrazabal, qué delicia!

Al oir aquel nombre Teodoro se conmovió y sus mejillas se cubrieron de repentino rubor. Cuando acertó á volverse vió á la preciosa niña en el respaldar de un escaño, genuflexa.

—Tú la conociste en Europa—murmuró Luisito. Ella me ha hablado de tí. Fué en Florencia ¿no es verdad?

Así había sido en efecto. En Florencia, una de las primeras ciudades que Teodoro visitara al llegar, fué á donde había conocido aquella niña, que ya transformada en mujer traía á su memoria uno de los más gratos recuerdos de su estadía en Europa. En sus cuotidianas visitas al Palacio Pitti había llamado su atención una preciosa chicuela, que acompañada de una institutriz inglesa, era infaltable al museo. La vivacidad de sus ojos meridionales y negros, las ingeniosas observaciones recogidas al pasar, su ingénua desenvoltura, le habían despertado curiosidad, la que aumentó más, cuando una tarde al entregarle un cuadernito olvidado, le respondió en español: Tantas gracias! Dominado todavía por aquella preocupación, al día siguiente, la víspera de su partida de Florencia, fué á oir misa á Santa María del Fiore. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarla en compañia de un anciano compatriota, el señor Larrazabal, que había sido en su juventud el íntimo de su padre!

Al concluir la misa Teodoro se acercó á saludarle y el señor Larrazabal después de recibirle con los brazos abiertos, le presentó á su hija, la gentil Coca. Al salir, aprovechando la mañana lindísima, fueron á almorzar á Fiesole, haciendo el viaje en un cabriolé, que manejaba la Coca sentada á su lado. Pasaron la tarde juntos y á la noche, invitados por Teodoro fueron al teatro, donde la Duse recitaba "Gioconda". Pasaron una velada deliciosa y Teodoro encantado con la vivacidad de la chica, sólo sentía la pena de abandonarla. Desgraciadamene debía partir. Doña Agueda le llamaba desde Roma, para asistir á una audiencia privada que el Santo Padre se había dignado concederles. El día de la partida lo pasaron juntos, y á la noche el señor Larrazabal y su hija fueron á la estación á despedirle. Ellos partían también al día siguiente para Génova, donde debían embarcarse para Buenos Aires. El señor Larrazabal le abrazó y la Coca le dió ambas manos suspirando.

Teodoro permaneció todavía más de tres años en Europa, sin que llegara en tanto tiempo á borrarse de su memoria el recuerdo de aquella deliciosa chicuela que le despidiera suspirando.

Teodoro volvió á mirarla... Permanecía hincada. Vestía un traje "tailleur" oscuro, chaleco marrón y corbata blanca. El sombrero, el ala de un sombrero inmenso y negro,

velando su frente, sólo dejaba ver la fina línea de su perfil aristocrático. Había adegalzado y su figurita era ideal, así genuflexa.

—Veo que te gusta,—murmuró Luisito levantándose.

El sermón había concluido. Monseñor se levantó de su trono y mientras le revestían familiares y acólitos, un sacerdote bajando del tabernáculo, colocó sobre el paño del ara, la custodia santa. A su vez los hermanos abandonando las poltronas subian al presbiterio y se cubrian con las esclavinas moradas, tomando en sus manos las tradicionales farolas de plata, y el hermano mayor empuñando el guión iba á situarse en las gradas que separan el presbiterio del crucero del templo, mientras á uno y otro lado los hermanos organizándose en procesión escoltaban á Monseñor que llevaba bajo palio la custodia santa. Detrás seguíale el nuncio, el apuesto prelado de bellas manos lánguidas, que albeaban balanceando las cadenas de un rico incensario de plata. A su lado, llevando uno de los ejes centrales del palio, caminaba Teodoro.

La procesión avanzó lentamente entre el coro de canónigos, que entonando el "Veni Creator", se inclinaban prosternados. A su vez, Monseñor, lleno de fe ardiente, rezaba los laudes del santísimo con esa voz tan peculiar y campechana de misionero antiguo, laudes que Teodoro iba quedamente repitiendo. La procesión descendió las gradas avanzando entre damas prosternadas, y Teodoro conmovido vió matronas venerables que alzaban sus ojos, pobres ojos gastados, que imploraban sin ver y sintiendo en los suyos agolparse las lágrimas, pensó en doña Agueda....

El palio pasó junto al escaño donde estaban arrodilladas Lucy Ocampo y Beba Frers. Esta bajó sus ojos mientras Lucy elevaba los suyos, atristecidos, pero llenos de fe. Detrás vió Teodoro á Angélica, su amiguita del Tigre, que con la vista inclinada y la boquita entreabierta con deliciosa coqueteria, sonreía al Señor. Teodoro conmovido volvió los ojos á la Santa Custodia y le pareció que la divina forma contestaba con sonrisas de bendiciones y de luz.

El palio avanzaba... En el último escaño alcanza á ver á la Coca prosternada y orante. A la luz amarillenta de las farolas que pasan, vé la palidez de su rostro y las sombras de las pestañas y bajo el velo plumbeo de sus párpados, reflejos de aquellos ojos arrebatadores y grandes.

Teodoro, preso de indefinible emoción, va acercándose, repitiéndo siempre las palabras de Monseñor, que al terminar las letanías del Santísimo, ha comenzado las de la Vírgen. Sus labios se estremecen con el eco, mientras el corazón le golpea cada vez más fuerte, y sigue avanzando, preso de la

divina angustia que le produce el velo alucinante de aquellos párpados. Ya se acercan... Monseñor prosigue: "Domus Aurea... Foederis Arca... Janua Caeli" y pasan á su lado y Teodoro ve alzarse el velo de esos ojos y los ve detenerse ensombrecidos en los de él. Sus labios repiten: "Janua Caeli", mientras sacude su cuerpo un estremecimiento más fuerte. De pronto, el estileto de un terror sacrílego le hiere, aterrándole! Ha detenido en los suyos el mirar de esos ojos elevados al Señor. Y estremecido de miedo cierra los párpados. Pero una visión inspirada le devuelve la calma: Al cerrarlos una doble teoría de manchas luminosas y verdes ha fulgurado en sus párpados. El no piensa que son las imágenes consecutivas, de los velones de los hermanos que le anteceden y pasan; vé solo en ellas el símbolo de aquella luz de que le hablara doña Agueda, la luz que ha de dar vida al caserón colonial que agoniza simbólico en los ojos velados de María del Tránsito.

Y mientras la pequeña procesión avanza al través de las capillas desiertas, Teodoro alborozado con aquella visión, va sin cesar repitiendo: "Janua Caeli"! "Janua Caeli"!

GASTÓN FEDERICO TOBAL.

POESIAS

—

TUS MANOS

Divinales, angélicas manos,
Que trasunto viviente parecen,
De las místicas, breves, de aquella
Purísima Vírgen, creación de Murillo,
Como dos avecillas muy blancas,
Mensajeras de paz y consuelo,
Ellas vienen á mí con el dulce
Y tierno mensaje de tu hondo cariño.

Si con gracia exquisita, se abren
En gentil ademán armonioso,
Separando sus pálidos dedos
Por tibios reflejos de luna bañados,
Me parecen dos bellas magnolias,
De un pensil ignorado y pristino,
Que en artísticos vasos exóticos
Entreabren sus nítidos pétalos blancos.

Si el teclado febriles recorren
En armónicos, leves arpejios,
Arrancando al sonoro instrumento,
Magníficos sones, que exultan el alma,
Se confunden por blancas y suaves,
Con el blanco marfil de las teclas,
Resaltando, en los negros bemoles,
Lo mismo que en ébano el nácar resalta.

La visión de tus manos me obseda.
(¡Oh tus manos divinas de hada!)
Con la misma tenaz persistencia,
De ensueños de gloria, de gratos ideales.
¡Y qué dulce mi muerte sería
Princesita gentil, si supiera,
Que tus diáfanas manos los fijos,
Inmóviles ojos, habrán de cerrarme!

ALVARO MELIAN LAFINUR.

LLANTO Y ROCIO!

El alma sueña y á su dulce canto,
cierra la flor su perfumado broche,
y cubre el llano de plateado manto
el pálido rocío de la noche.

De donde vienen las hermosas perlas
con que se viste por la noche el suelo?
Jamás podremos, en su cuna, verlas
puesto que bajan juntas desde el Cielo!

Así también las perlas de mi llanto
tributo de horas en que huyó la calma
antes de traducirse en triste canto
han vivido en el fondo de mi alma!

Hay en el alma una ternura santa;
tiemblan en ella todos los dolores;
un noble sentimiento la agiganta,
sólo una chispa enciende sus amores!...

MARIA ESTHER REGA MOLINA.

COMO EL PELICANO

Del que da su sobrante innecesario
Creo que no da nada al sentimiento;
Es más dar el centavo del hambriento
Que el millar y el millón del millonario.

El Cristo ensangrentado del Calvario
Pudo decir que daba en su tormento;
Porque arrojó á su ideal el sufrimiento
Y se elevó hasta Dios el Visionario.

Dad, pues, de vuestra sangre y vuestra entraña
Si queréis el placer desconocido
De abrir sin reflexión toda la mano.

Dad con la fé que abate la montaña,
Y se raja la carne, enardecido,
En éxtasis de amor el pelicano.

SALVADOR M. BOUCAU.

VIEJOS PERFUMES...

El beso que se da, ó que encendido arde
en el sagrario de infinitas ansias,
relámpago es fugaz, que brilla y muere:
lanza un destello y restallando pasa...

El mundo y la existencia que vivimos
veneros son de muertas esperanzas;
gozar en el presente es prepararnos
pródigo archivo en que espigar mañana.

Dejad correr las fúlgidas venturas
que á pleno paladar hoy son gustadas;
haced que el cauce la corriente ahonde;
de abrojos, mientras corre, despojadla.

La dicha que se apura en rojos labios
ha menester, para en sazón hallarla,
que el polen de los días la fecunde,
que el tiempo la macere con su savia.

Cuando llegueis de la ventura al cabo,
con el añejo absintio saturada
del disfrute imposible á los antojos,
la miel absorberéis de la añoranza.

Y expertos labios de beber ahitos,
sabrán alquitarar la esencia amarga
en la retorta del placer difunto,
cual ténue elíxir de sutil fragancia.

ARMANDO R. Y SALAZAR.

VICENTE MEDINA (1)

Y vosotras las hermosas madreselvas, y vosotros los robustos campesinos, y vosotros los ombúes de la pampa inmensa y triste, y vosotros todos, los viejos curtidos, los jóvenes morenos, las mujeres rosadas y fecundas, los niños que aprendieron con el primer suspiro á bolear los salvajes redomones, y á enlazar los apuestos y gentiles pangarés de la llanura, y vosotros, los colosos centauros melenudos—con el bronce incendiado de sus lomos, con la elástica crispación de sus articulaciones huesosas y la terrible fiereza de sus bárbaras pezuñas—escuchad al cartagenero "que viene de allá"... Escuchadle que os dice:—arriba muchachos, arriba, que la faena es larga y está alto el sol. Escuchadle porque sin duda ha de trabajar con vosotros, y ha de comer de vuestro pan, y os ha de pedir un rincón en la tierra en que dormís. Y cuando llegue la cosecha, y las mieses se sazonen saludadle labriegos—¡eh Vicente!; que él os gritará desde la cumbre de su espíritu:

¡Sembradores, á los campos,
que es el día de la siembra
y esponjada y anhelante de semillas
preparada está la tierra!

¡Sembradores, á los campos!
Ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres, y hondos surcos
han abierto los trabajos y las penas....

A la pampa, á la pampa poeta, que bien puede caber una pluma donde brotan millares de espigas; á la pampa poeta, donde nacieron y murieron los primeros fundadores de las hondas y sangrantes puñaladas; á la pampa, donde cien mil cabezas pelearon de á caballlo; á la pampa poeta, el fúnebre osario de las ferruginosas lanzas pampeanas, y de las vidalitas camperas. Y llega, y evoca un cuadro: un

(1). Alusivo á su arribo á la ciudad de Rosario.

montón de hocicos; un crepúsculo de crines; y en el crepúsculo, un millar de caras con un solo gesto. Y evócalo aunque te encuentres solitario, porque la pampa, sólo, da miedo, y así, como un honrado pagador, haz el sacrificio de tu barba como una parte de tí mismo arrojada en esa tumba, porque ellos hicieron el sacrificio de su vida, sin esperar el artículo del comentador, ni los póstumos recuerdos populares, ni la visita tuya, poeta. Y cántalo. Pero ten presente que aun vive Leopoldo Lugones y que aunque hubiera muerto, viviría. ¿Acaso no conoces "La guerra gaucha", Medina? Y cuando salgas, persígnate y reza. Delante de los sepulcros, los poetas deben orar.

No es el artístico burilador de la cincelada metáfora, ni el genial rimador de las minas de oro. Victor Hugo, no ha oficiado en este templo. Lugones no serviría para sacerdote. Con Almafuerte podría decir:

Yo he nacido sin duda para ser madre.

Pero hay tanta distancia de Medina á Almafuerte, como de un hombre á otro hombre. Es una extraña amalgama de poeta, en donde la dulzura de los campos y la paz de los hogares, han infiltrado su saturación de tristezas junto con una indomable rebeldía interior, de los que por siempre están condenados á luchar de abajo. No tarda en llegar el perdón, y surge la cristiana bendición filosófica, donde ricos y pobres se abrazan en ese reino obscuro é ignoto de la igualdad, donde todas las calaveras presentan la misma anatomía. Ha cantado á la Vida y á la Muerte, al hogar y á las lechuzas, á todas las cosas santas y buenas. Y en todas ellas ese dejo de tristeza, esa bienaventuranza en espera de un porvenir mejor, por él, y por los flagelados que no pueden defenderse. Ahí está el pobre y silencioso trabajador de la semilla, el pobre trabajador que perdió sus trigos, y que perdió su pan, clamando en esas estrofas sublimemente dulces de la "Cansera". Ahí están las novias que se besan con sus mozos, las parejas que gruñen ó platican debajo de la luna, y la alegre y juguetona Carmencica que al dirigirse á la fuente, perdió el cántaro en el agua, y la inocencia en las zarzas. Y Carmencica va á la ciudad, y la vorágine la traga, y la vorágine la hunde:

Florecita d'armendro
más blanca que la nieve
¡trempanerica caes
al airecico helão de la muerte!

Los versos de Medina han sido ó serán tachados de lo-

cales por estar escritos en su mayoría en el dialecto regional en donde el poeta ha vivido.

—Versos murcianos,—diréis.—Versos humanos, respondo, porque Medina ha puesto en cada línea, y en cada estrofa, y en cada verso, lo que salva la región, lo que salva la patria, lo que anida en las almas. Todos perteneceis á la récua enorme de los flagelados que marchan.

Te han llamado el cancionero popular de tu pueblo; yo creo que tú eres el cantor del alma popular que vive en tí. Posees en grado sumo un gran receptáculo de afectos y emociones; y como necesitas arrojar ese afecto para que no te llegue á ahogar su volúmen, lo repartes, y lo repartes en lo que más á mano encuentras. Y al ver las frentes sudorosas, y al ver las espaldas que se inclinan, aunque ellos no sientan, tú sentirás por ellos, y por tí.

Ni un verso te habrán interpretado, ni una estrofa siquiera se habrán aprendido de memoria, porque la mentalidad de los hombres que trabajan, es diferente al cerebro de los hombres que piensan. El pueblo es una aglomeración de gente que anda, y camina, y pulula á tientas, y que te escucha á tí, poeta, como escuchó al inquisidor Torquemada. Andan y andan por atavismo de siglos ¡quien sabe si sufren! en todo caso, necesitan válvulas de escape, y tú eres una, y por eso te llaman el cantor popular. Si no tuvieras á quien amar, de seguro que buscarias un perro, aunque tuviera sarna. Los seres que han nacido con el estigma del amor, necesitan amar, y constantemente sufren la nostalgia del beso y del abrazo. Solicitan el beso y el abrazo castos, como los animales carniceros su ración cuotidiana. Por eso Vicente Medina, canta á los flagelados.

Y es que su vida misma es una larga jornada de luchas y desalientos. Como vendedor de diarios, como soldado en Filipinas, ya entrando de lleno en esa vida azarosa de los que escriben y producen. En presencia de Medina, me encuentro como ante una de esas tardes de Otoño, en que el sol se ha ido y la luna no ha aparecido aún. No son ocasos sombríos, pero sí intensamente tristes. Invaden el alma de un algo tan amplio y bondadoso, que predispone á todas las ternuras, como un vaso lleno, que fuera para muchos. Es la hora de la santa comunión espiritual. Las viejecitas han acabado de zurcir sus medias, los enfermos miran por entre los vidrios, y comienzan á encenderse los faroles en las ciudades, y á ponerse obscuro el horizonte de los campos. Los árboles parecen fantasmas Y no le llaméis con el apodo despectivo de "romántico", al soñador que se embebe en este instante igual para todos. Porque vosotras, amas de llaves, habéis sentido la misma sensación

de alegría mística cuando llevábais los niños de vuestros patrones, á recrearlos y á orearlos; porque vosotros labradores, os habéis detenido con vuestros ganados, y habéis sentido el murmullo de las cosas, y el murmullo de las aves al retornar á sus nidos. Y como muestra, gozad, gozad como gocé yo, este "Idilio" del que nadie se acuerda, digno tan solo del autor que lo firma. Yo no sé en qué parte de su cuerpo habráse lacerado el poeta, para sacar esa inmensa unción religiosa, esa corriente interior de secreta armonía que constituye la esencia misma del "Idilio", y que á las mil maravillas hubieran interpretado y cantado las gentes del santo Israel:

Se despereza lánguido y sonríe
el solitario parque á la alborada
tibia de abril:
juegan las mariposas, las abejas
en las corolas húmedas
liban su miel,
Y despiertan los nidos y las flores
al beso de la luz.
En el antiguo estanque
que las antiguas ovas invadieron,
vierte sus claros hilos
la taza rebosante
del viejo surtidor,
y, acaso melancólicos,
abstraídos, su imágen miran en el inquieto
verde cristal,
un lirio de blancura inmaculada,
un granado de flores encendidas,
y un vetusto ciprés.
Y en el recogimiento de la augusta,
dulce quietud,
se han amado un instante tiernamente
mi alma y el jardín.

Pero la hora pasa y al vislumbrarse el rayo del nuevo día, el poeta cantará al astro que fecunda y vigoriza, con el idéntico fervor con que invocó á Dios, ó la novia que se casa, ó el trabajador que perdió sus trigos. Su alto y elevado cristianismo sensitivo, no es el del pecador sensual y contrito, que se cilicia por las culpas cometidas. Medina, por el contrario, habla de quereres puros y saca partido del guijarro extraviado ó de la flor marchita. Nada de lascividad en sus cantares, aunque veáis una madre que en el colmo de la dicha, selle con un beso de amor el sexo de su hija. La ciudad lo ahoga, y busca los árboles y los céspedes, y cree en el futuro de una vida mejor. Quizá sea este el motivo por el cual Medina estē perfectamente encuadrado con la ruta que sigue. Avanza con el ideal al tope, lejos de esas incesantes y torturadoras batallas con la duda. No le pidáis aquellas negaciones absolutas ó aquellos pesimismos que hacen mal á los nervios. El poeta de Murcia

quiere la Vida, y protesta porque no es como debiera ser. Si clama contra los hombres es un sincero creyente de Natura. Como el poeta americano: cree y crea. ¡Pobres de los que crean sin creer, de los que engendran hijos, porque ese y no otro es el resultado de la unión de los cuerpos! ¡Pobres, los que no pueden gustar el supremo y legitímo goce de los que crean creyendo, en Dios, en su obra, ó en el Diablo! Pobres, por ellos y sus hijos, porque habrán sido amasados y modelados con hiel. Pobres porque no habrán tenido una sola ambición por perseguir, ni un solo placer por gustar. Son los peregrinos insaciables, que nunca han llegado á la fuente que sepa calmarles la sed. Saben, que todo vá al tráfago de las cosas inútiles que el "En vano" de D'Annunzio es una ley como la herencia:

Hemos vivido en vano
Y moriremos en vano.

Perseguid una forma, perseguid un ideal, perseguid á los perros, perseguid las mujeres, perseguid la palabra. Hay que pasar, hay que cruzar sin sentir, sin que la duda taladre, sin que la razón castigue. Eso de tener como un clavo el principio y el fin, dá dolor! Cada día que pasa, la distancia se acorta, y el suicidio se acelera. Por lo mismo, es preciso llegar á la meta, bajo la presión de algún narcótico raro, de manera que cuando la señora de la casa nos haya hecho entrar en su reino, estemos con los ojos abiertos, pero sin poder pensar. Y bien, buscadores de lo raro, ni el perfume se ha descubierto, ni el nigromántico ha nacido. Buscadores de lo raro: perseguid el perfume.

Saludemos entonces á Medina, porque Medina cree. De haber nacido en los tiempos de Abraham, hubiera sido el cantor de la tierra prometida, de la fértil Canaán, donada como premio á los buenos servidores de Dios. Y allá hubiera ido Medina en aquella poética edad de los patriarcas, sepultados en el fondo de los siglos y en la memoria de los hombres; allá hubiera ido Medina, narrando sus cuadros pastoriles por las tierras del Nilo ó del Sinaí. Y las crónicas le hubieran recordado porque sus versos vigorizan, seña de que debe ser sano de cuerpo y de alma. Nuevo Teócrito de una edad de mercaderes, quédeme para mi gozo el recuerdo imborrable de la vez en que te conocí, y la sincera franqueza con que me recibieron tus dos manos amigas.

JORGE WALTER PERKINS.

DE CRITICA [1].

"NOSOTROS"

No siempre es prenda de originalidad ni de excelencia, la singularidad de un título en periódico ó en libro. Suele ocurrir que el epígrafe llamativo sólo encubre novedades de doublé, y no es raro hallar, bajo el encanto de una palabra sugestiva impresa á modo de programa y de blasón, frivolidades y clichés. De ahí que el título "Nosotros", orgullosa y confiadamente asignado á una revista bonaerense, me inspirara más desconfianza que simpatía. No creí, por cierto, que estos hostiles sentimientos se trocasen tan rápidamente en la más viva admiración y en el más sincero entusiasmo; así ocurrió, empero.

Es probable que la espléndida urbe del Plata—la "Cosmópolis" de Rubén Darío, que tanta discusión despertara acerca del "localismo" en el arte,—no logre en mucho tiempo exponente más fiel—ni más gallardo—de su cultura solidísima, de su discreto y autóctono credo artístico, que esa revista "Nosotros", donde tiene tribuna todo pensamiento hondo, toda opinión razonable.

Sin más que citar los "Anales de Psiquiatría" y la "Revista de Letras y Ciencias Sociales", la República Argentina puede disputar la primacía en América de las publicaciones excelentes. Y cuenta que no olvido la "Revista Moderna", de México, ni "Alpha", de Me dellín, ni "El Cojo Ilustrado", de Caracas, ni la "Revista del Archivo y Biblioteca Nacional", de Honduras, ni la "Revista de la Facultad de Letras", de la Habana.

En suma, "Nosotros" puede entrar, justicieramente, en la clasificación de los "mercurios" que no se limitan á ofrecer la producción individual y sin sexo, sino que investigan en

(1) Una estéril modestia no nos ha detenido en la reproducción de este artículo, debido á la pluma de una de las personalidades literarias americanas de mayor relieve en la nueva generación. No nos ha detenido porque NOSOTROS no es la obra de una persona ni de dos ni de un grupo reducido, sino la obra de muchos. Es del esfuerzo colectivo que dependerá su progreso, y como tal, toda palabra de aliento que nos llegue lo es también para cada uno de los colaboradores de la revista. Otras palabras encierra además este artículo — de enseñanza y consejo—que le dan una trascendencia no propia de lo que sólo tiene por objeto halagar personales vanidades.

N. DE LA D.

los campos del arte y de la ciencia toda novedad y todo hecho importante, ofreciendo conclusiones interesantes, síntesis y compendios de la labor universal. Además de eso—gran factor de cultura,—alientan y estimulan la labor nacional, ora denunciando las fuentes inadvertidas, y por ello inexplotadas, en que mana la esencia de la Belleza, ora exponiendo el error de tendencias malsanas, ora aplaudiendo aciertos y despertando la atención rehacia de nuestros públicos sobre la posibilidad de crear y mantener arte propio, noble y grande, en cada porción de nuestra América.

He aquí el verdadero patriotismo.

Los *chauvinistes* — abundan en letras — entienden que la Patria puede engrandecerse saturándola de una atmósfera de convencionalismos y de mentira; fingen creer—tal vez lo crean—que proclamando la excelencia de la mediocridad nativa, la debilidad puede transformarse en fuerza y lo deforme en gentil. Lamentable error. "Sólo la verdad nos pondrá la toga viril"—expuso D. José de la Luz. Esa hermosa toga significa elevación, plétora de bien, pensamiento alto y acción fecunda, y ¡pobre crisol la mentira, para fundir excelsitud!

La obra literaria—verdad vulgar y sempiterna—es más duradera al través de los siglos, que todo otro esfuerzo; los frutos mentales no se esterilizan; y su simiente es eternamente fecunda; pero á condición de su mérito, siempre que la perfección sea en ellos. En América estamos aún distantes de la perfección absoluta; distantes, sí, pero en marcha. Hemos acertado la senda; nuestros pasos, cada vez más firmes, siguen la buena ruta; mas, en ocasiones, la caravana titubea y vacila. Solicitada por los traidores espejismos del desierto, cree vislumbrar la Sacra Salem allí donde las mustias arenas tienden al infinito la aridez de su grano. En esos instantes de crísis surgen los espíritus frívolos que no dudan de calificar de estable y duradero lo que el análisis muestra como transitorio y mudable. Esa acción irreflexiva propende á fijar la desorientación pasajera en estado definitivo. Este es un riesgo bien temible. Si la voz austera del sano patriotismo no se eleva sonora y vibrante para persuadir del error á los ilusos, toda obra precedente quedará esterilizada ante la imposibilidad de proseguirla.

Tal es el caso actual en casi toda la América española.

La gárrula ostentación del romanticismo inicial ha venido abajo; el preciosismo pierde cada vez más prestigio y crédito, y una tendencia depurada y sensata se inicia entre las ruinas de nuestro pasado reciente—¡qué queréis, no tenemos más añejo abolengo indígena!

Esas ruinas nos rodean; pero no logran conmovernos. De ellas huye la melancolía propia de toda destrucción, por-

que los restos yacentes son cintajos y oropeles, y la sensación del rídiculo nos hace sentir un rubor retrospectivo...

Ofrécese el porvenir abierto, y el "arte nacional", el arte realista de forma y argumento, se sobrepone al arte enfermizo de nuestro añejo y prestado exquisitismo. Pero aun cuando existe firme decisión de enmienda, á veces, como los frutos no se palpan al instante, sino que es preciso aguardar para que maduren, algunos creen yermos los campos que guardan la simiente, y entonces ocurre el pánico en los grupos donde los más débiles abundan. Ese instante es la crisis peligrosa y es la ocasión de exhibirse el *chauviniste.*

Pero, en definitiva, las almas de firme temple se orientan hacia espacios de luz; conmuévelas cuanto ayer contemplaron indiferentes y aun hostiles: el patrio escenario, sus bellezas físicas, sus problemas sociales—que antes nos rodeaban sin saberlo, como el lenguaje que hablaba el personaje de Moliére,—todo eso ha venido á ser presa del arte, y "en estos tiempos reales le está naciendo á América el hombre real" que anunció José Martí. "El vino de plátano, si sale agrio, ¡es nuestro vino!" Ya no desdeñamos la acidez de nuestro vino, sino que tratamos de endulzarlo; y el sociólogo estudia "Nuestra América", y el dramaturgo escribe "Sobre las Ruinas", y el poeta canta "Mis Montañas". El crítico ve todo eso y lo estudia y lo fomenta; pero aun el ideal definitivo apenas se esboza.

(Apenas brilla alzándose el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...)

La perseverancia—que no es nuestra característica—reclama unidad en la labor, y, por el contrario, persistimos en la dispersión. Cuando un grito de angustia denuncia el riesgo de atomizarse en que están las fuerzas, el inconsciente interroga:

—Pero, ¿es que acaso no tenemos ya lo mejor?

Y es entonces cuando urge evidenciar más el peligro y reclamar la atención para rectificar los yerros.

Esa obra es la obra que "Nosotros" realiza. La tendencia á la realidad, el retorno á la fuente primitiva de verdad y de "humanismo", es su credo, practicado virilmente. Y gran revista culta, escrita para pueblo culto—¿por qué murió el "Mercurio de América"? ¡Paradoja irritante!,—no limita su esfuerzo al patrio solar, donde tan fecunda es su obra, sino que tiende la vista y recoje cuanto las varias tierras continentales aportan á la evolución intelectual.

Si nuestras revistas analizaran más y olvidaran un tanto el "literatismo" (enemigo de la verdadera "literatura"), la cultura americana ganaría en solidez y en esplendor.

Cuando se desdeña el efectismo y se cultiva la realidad las revistas son, como "Nosotros", los mejores "profesores de energía".

Y, también como "Nosotros", ejemplos admirables que seguir.

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Habana, Agosto 1908.

LETRAS ARGENTINAS

"El libro de los elogios", por Enrique J. Banchs.

Uno de los hechos de mi vida que más nobles satisfacciones morales me ha reportado, ha sido el de haber proclamado á Enrique Banchs, á raíz de la aparición de "Las barcas", el talento más fuerte de la generación que surge. Este aserto, tachado de prematuro y antojadizo, me valió entonces no pocas violentas acometidas de hombres de letras y, sobre todo, de poetas—*genus irritabile*—; sin embargo he podido ver complacido que va confirmándose plenamente con "El libro de los elogios", en el cual comienzan á ver muchas cosas quienes antes no vieron nada en "Las barcas". Mucho difieren, sin embargo, ambos libros. Aquél, admirable obra de iniciación, era como un despliegue de fuerzas del poeta; éste es ya su encauzamiento en una tendencia determinada. En aquel vibraban numerosas notas que Banchs sin duda desarrollará más tarde: en este campea un solo espíritu, bien definido. Y en esto ya ha de verse un mérito y grande del libro. Banchs tiene el alma de un niño, de uno de aquellos niños juiciosos, buenos, que rebosan de una inefable alegría interior, y en cuyos ojos profundos desfilan ya ideales teorías de novias posibles. Como tal es ingenuo y sereno. Todo despierta en él asombro y turbación, y en todo siente un espíritu oculto. He dicho que es un niño bueno. ¿Recordáis á Heine? Pues tenía la misma alma de Banchs. Pero Heine era un niño malo. Había en él, como profundamente observara Carducci, la inocencia del instinto. Como los chicos traviesos que edifican con mucho amor su castillo de arena, ante el maravillado regocijo de sus compañeros, para deshacerlo luego de un puntapié, así el divino ruiseñor alemán levantaba su castillo de ilusión para destruirlo al instante con una pérfida carcajada. No así Banchs. El deja en pie su castillo sin complacerse en amargar perversamente nuestra satisfacción espiritual. Es ingenuo y sereno. Ama su aldea imaginaria con su templo sencillo, su casa pobre, las novias modestas, las generosas manos maternas, las buenas hermanitas, la santidad del hogar, todo lo humilde, todo lo suave. El

poeta daría la vida si por ella habría de ganarse el agradecimiento de una mujer. ¿Y quién, al abrir los ojos al amor, no ha querido morir por una mirada femenina?

De este su espíritu infantil, primitivo, es emanación su poesía. Su característica fundamental es la sencillez. Toda ella es una protesta contra la afectación, contra la retórica. La armonía es el sueño del poeta. No es escéptico ni pesimista. Canta:

.....Todavía
Creemos en el triunfo de lo bueno,
En la necesidad de la armonía
Y en la hermosura de lo que es sereno.

Su verso respira salud, frescura, alegría. Ni hay en él polvos de arroz ni sudor de luchadores, noble pero mal oliente. Y no es que Banchs no sepa entonar el canto de las protestas—que bien lo probó en "Las barcas"—sólo que "El libro de los elogios" rebosa optimismo porque ha sido concebido en un instante de felicidad. Pero si su poesía es dulce, nunca es blanda. Al contrario. A ratos el poeta levanta su mirada á cosas más altas y egregias de las que le son familiares.

No es, sin embargo, donde ha dado la nota mejor. Sus odas al bronce y á las águilas bicéfalas, de elevada entonación, sin duda, carecen no obstante de aquella solidez marmórea, sin fallas, que ha de caracterizar tales composiciones. Un descuido, una incorrección adquieren en ellas fácilmente excesivo relieve, haciéndoles perder sin remedio la clásica rotundez que han de presentar.

¡Cuánto más á sus anchas se halla en los temas sencillos! "Elogios" ha llamado sus poesías. Es un título como cualquier otro, bien que no todas lo sean propiamente. Más que "elogios" la mayoría son divagaciones, variaciones sobre asuntos diversos.

Su compasivo cariño por los desheredados, cuya vida bohemia aman las almas románticas, le lleva á cantar al enharinado titiritero, que acaso no tiene nuestro corazón.

"*Porque,*—le dice el poeta—
... el nuestro quiere los tibios hogares,
La mesa á las doce, la amistad preclara,
Tú, invierno y verano vas por los lugares
Hilando la vieja farsa de Megara.

Tú, eres como un galgo del solar huído
Y nosotros somos viñas arraigadas,
Tú, eres una loca veleidad, un perdido
Ensueño... Nosotros, obras sosegadas.

Sobre la lluvia borda un admirable romance, con todo el sabor de un añejo vino escanciado en fina copa de ahora. Y más adelante, en el *Elogio de las manos maternales,* ¿no dijérase trasegado el aroma de una loor de Alfonso de Villasandino? Porque también es mérito de Banchs el de haber bebido con amor en las fuentes de la vieja poesía castellana, con la cual —singular contradicción—"ha remozado" su espíritu moderno.

Un *Elogio de caminos con damas y mendigos* le presta tela para un delicioso cuadrito de género, cuya sola estrofa inicial

La mancha blanca del raso
En la grupa del rocín,
Mediodía y aire laso
Y casas en el confín

da, en unos pocos toques impresionistas, la viva sensación del ambiente.

A una rica vida interior Banchs auna el vigor en la pintura del mundo objetivo: así, cuando lo pretende, es capaz de poner en sus versos intenso colorido de la misma manera que las más imperceptibles *nuances* del sentimiento.

El *Elogio de las mujeres que pasan,* el de *las lánguidas miradas* y el *de la penumbra,* dicen claramente de esta sutileza emotiva del poeta: de su vigor en la descripción bastaría citar como prueba evidente estas dos estrofas que he tomado al azar:

¡Ah, el lecho en la trilla! Se tienden las mozas,
Los miembros lozanos, manojos de seda,
Se alargan en recias fruiciones briosas
Y en la húmeda tierra la curva se queda

Se queda. En las huellas que imprimen las piernas
Vendrán por la noche los grillos cantores
Y sobre el olor de la carne, más tiernas
Tendrán las gargantas: serán ruiseñores.

Y no es únicamente poeta. También piensa, y con hondura á la par que con agudeza. Atica elegancia y fina penetración hay en el *Elogio de los filósofos* y en el *del sutil razonador,* dos de las más bellas composiciones del libro; noble elevación de pensamiento en el *de la simiente* y en el *del reposo;* declaración de su credo filosófico y estético en *El elogio* y en el *de las actitudes estatuarias.*

Esta ligera revista del libro no pretende, por cierto, ser un serio análisis, pues otro espacio se requeriría para ello. Me he limitado simplemente á citar las composiciones que, por ence-

rrar una nota definida, más podían contribuir á caracterizar el espíritu de la obra entera.

Una hay, sin embargo, que de propósito he dejado para considerarla al final, pues por sí sola bastaría á dar merecido renombre á cualquier poeta joven. Es un extenso poema, de un lirismo soberbio, alabanza purísima de la mujer, exenta de toda sensualidad, obra de pensamiento al par que de poesía, y en la cual ha derramado Banchs los esplendores más varios de su fértil imaginación. Sobre la mujer, "sexo del mundo y sol del ser", teníamos ya *El cantar de los cantares,* la composición hermosísima de Almafuerte: nuestra lírica se enriquece ahora con la de Banchs, igualmente alta en su luminosa castidad. Y si es á este poema al que algún subalterno cronista se ha referido, tachando de inarmónicos sus versos, cabe lamentar que osen verter su opinión sobre estas cosas quienes sólo parecen tener limitada la capacidad de su oído entre el

Perdiéronse las neblinas

y el

Que quieren esas nubes que con furor se agrupan

de los tratados escolares de literatura.

—

¿Y el capítulo de los defectos? Los tiene "El libro de los elogios", no temáis, los tiene, y mal ejercería yo esta ratonil tarea si lo negara. Desprestigiaría el oficio!... Sin embargo, por esta vez no he de decirlos. He oído afirmar por ahí que abundan en las estrofas de Banchs las asonancias interiores. Es cierto; pero francamente he de declarar que no sería sincero conmigo mismo si le reprochara tal cosa, pues no me disgustan los versos con tales asonancias. Sé también que hay en "El libro de los elogios" algunas incorrecciones gramaticales, varios metros duros, unas cuantas obscuridades de concepto y diversas composiciones algo débiles; mas, si debiera un crítico de capacidad superior, un José Enrique Rodó, pongo por caso, hacer una selección de esas poesías, os aseguro que no habría de perder el libro muchas páginas.

—

Al concluir estas notas me siento lleno de una solemne emoción. Sé que humildemente he saludado á un Poeta. (1)

---

(1) En prensa ya este artículo, Leopoldo Lugones ha escrito en *El Diario* una notable crítica sobre Banchs, proclamándolo el poeta joven que tanto se hacía esperar. Me complace asimismo hacer constar que no he andado descaminado al recordarlo á Heine á su propósito, pues la sabia agudeza de Lugones ha advertido también la semejanza.

"La eterna angustia", por Atilio M. Chiappori.

Ciertas obligaciones que tienen el privilegio de conciliar mis aficiones literarias al cumplimiento de un deber profesional, me llevaron á verter en otro lugar mi opinión sobre este hermoso libro, ya van contados algunos días. Después de ello, francamente, no sabría sino repetirme. ¿Cómo juntar cuatro palabras que aun digan algo, sincero se comprende, que ya no haya manifestado? Tentaciones me dan de resumir mi juicio anterior á manera de catálogo, á satisfacción de los que gustan de las cosas claras. Lo cual, si no otra, tendrá al menos la ventaja de no hacerme incurrir en posibles contradicciones, en un inútil afán de perseguir novedades.

¿Qué decir? ¿que el estilo de Chiappori es elegante y medido, su léxico abundante, exacta su expresión y sutil su arte en fijar las *nuances*? ¿Que se advierte en él la penetración psicológica de un observador reflexivo, hábil en sorprender é interpretar los gestos más vagos é indecisos? ¿Que la robustez y originalidad de su pensamiento se acreditan en las numerosas disertaciones y observaciones aisladas del libro? ¿Que hay en toda la obra un rico raudal de poesía, así en su ambiente de misterio como en su figura central, Leticia, admirable creación de ensueño que el autor, artífice de la palabra, ha delineado con arte superior? ¿Diré, en fin, que *La eterna angustia* no es la obra de un "aficionado de las letras" como lo son una gran parte de nuestros autores, sino la de un "literato" en el justo sentido de la palabra?

Chiappori, efectivamente, no es de aquellos que hacen un libro, lo cual es perdonable, y lo publican, lo cual ya no tiene perdón, porque sí, porque se les antoja, porque sienten en el alma una comezón que les impulsa á garabatear cuartillas, juzgándola inspiración. El entiende que la labor del literato es de índole muy diversa, y que, para dar á luz algo que merezca el nombre de novela ó cuento ó lo que sea, no se ha de ahorrar tiempo ni perdonar fatigas. El sabe que una obra de arte exige meditación y estudio y trabajo asíduo; que ni un detalle debe descuidarse, ni se debe dejar de la mano la labor del estilo, á la par tan dulce y penosa, hasta haberlo llevado á la posible perfección. Todo eso, claro está, con mucho talento, condición primera é indispensable.

Es de este modo que se escriben los libros que, llevando en sí el soplo que les da vida perdurable, tienen derecho á reclamar la atención de quienes no sienten ganas de perder malamente su tiempo en estériles lecturas. Pero escribiendo sólo á fin de ver el propio nombre en una carátula no se hace arte. Y la gran mayoría de los que producen entre nosotros en su vida han tenido conciencia de lo que es eso. Podría citar tantos li-

bros fofos ó tontos ó inútiles, que he hecho desfilar en esta misma sección, con el disgusto de deber decirles á sus autores palabras de aliento que, ciertamente, merecían por sus buenas intenciones, aunque también se habían hecho acreedores á que se les dijese: "pero, señor mío, ¿para qué ha publicado Vd. esa obra? ¿no le hubiera valido más conservarla amorosamente, á fin de poder releerla algún día con aquel enternecimiento con que consideramos las tonterías de otro tiempo?".

Y así lo hemos visto á Chiappori, ya buen escritor desde algunos años atrás, no trasponer inmodestamente los límites de la revista ó del diario, hasta llegar á la hora en que, gracias al estudio y al trabajo pudiese darnos libros como "Borderland" y "La eterna angustia".

ROBERTO F. GIUSTI.

En el próximo número nos ocuparemos con la extensión que merecen, de la *Historia de un amor turbio*, de Horacio Quiroga; *Perlas rotas*, de José María Vélez, y *Talismanes*, de Ernesto Mario Barreda.

LA DEMOSTRACIÓN A EVARISTO CARRIEGO

Como en el número anterior lo anunciamos, publicamos á continuación el discurso con que Juan Mas y Pí ofreció á principios del mes pasado la demostración hecha á Evaristo Carriego por sus amigos con motivo de la aparición de su libro "Misas herejes", y la aplaudida poesía que leyera en la misma Marcelo del Mazo.

DISCURSO DE JUAN MAS Y PÍ

Somos unos pobres hombres que se reunen para festejar en la tranquilidad de la convivencia fraternal un acontecimiento que sólo á nosotros afecta; algo así como en los hogares de la buena burguesía la primera comunión del hijo mayor, el noviazgo de la primogénita.

Celebramos algo nuestro: la partida de uno de nosotros hacia nuevos horizontes, á espacios más amplios y luminosos. Carriego emprende la noble aventura del libro, después de haber soñado y meditado sobre ella, con la arrogante audacia del romanticismo juvenil, siempre dispuesto á las hazañas locas.

Su amor al divino Hidalgo de la Mancha me lleva á un paralelo extraño, pues yo veo muchos de los entusiasmos que llenaban el alma de Don Quijote en el espíritu poético de Carriego. Como aquél, después de haberse dejado arrebatar por la fantasía de los libros de caballería, prepara sus armas y emprende la partida. Nosotros, empero, dando á esa aventura una mayor trascendencia espiritual, una repercusión tan honda cuanto inmediata, ya que no hemos podido hacer que todo Argamasilla se agolpara junto á la puerta principal del caserón destartalado, para saludar la hazaña del poeta, no hemos dejado que la tristeza inmensa de aquella prmera salida, por la falsa puerta del corral y á la incierta luz del alba, cayera sobre nuestro hermano...

Y aquí estamos, sinceramente, noblemente, para despedir al caballero poeta, en esta hora temprana de todo un pueblo adormecido por el materialismo, en esta hora de angustias en que sólo están despiertos los poetas y los locos... Aquí esta-

mos, para saludar la partida de un lírico desfacedor de entuertos, cosa justa entre los que bien le quieren y más justa todavía porque es una respuesta á la indiferencia.

Y ahora, mientras montado en el hipotético Rocinante del papel impreso, el espíritu de Carriego galopa por las yermas llanuras que componen el alma de nuestro pueblo, cumplido nuestro deber fraternal del abrazo y del adiós, permitidme deciros algo de lo que siente y anhela mi alma en este momento de intimidad y de afecto.

Junto á la pobre mesa de redacción de un periódico de combate, yunque de dolor donde el martillo de la verdad golpeaba el hierro candente de la justicia social, en un momento de angustia y de opresión colectivas, nuestros espíritus se encontraron en una evocación gloriosa de verdad y de belleza· Ha dicho el poeta en una de sus composiciones que

> Aquel señor tan loco:..—único hijo de Dios ,
> y Unico Caballero,—nos hermanó á los dos;

pero, no fué así. No fueron las hazañas y aventuras del hidalgo cervantino el que logró la fusión de dos espíritus que poco antes no se conocían, sino la palabra severa, el verso grave, la inspiración grandilocuente de Almafuerte en *El Misionero.*

Y este poema de dolor y de tristeza, representación sintética del alma contradictoria de nuestro siglo, debía de realizar ese milagro al tenderse como un lazo de afecto sobre el abismo de miseria donde el proletariado de esta cosmópolis arrojaba tumultuosamente sus iras y sus odios.

Yo creo que aquel fugitivo instante de nuestra vida fué de honda repercusión en el espíritu de Carriego, porque la impresión dolorosa de aquel poema, discutido y comentado en la opacidad del ambiente proletario, forzosamente debía dejar en él un rastro indeleble. Y si bien la permanencia de Carriego en los bajos fondos del trabajo y de la rebeldía fué escasa, ella bastó para que su cerebro comprendiera muchas cosas que hasta aquel momento le pasaran desapercibidas y para que ya nunca más pudiera olvidarse de que había bebido en la fuente de la rebeldía negadora, quedando en su alma el amargo sedimento que inspira y llena las composiciones del *Alma del suburbio.*

Desde aquel día, señalado con piedra blanca en los fastos de mis recuerdos, Carriego ha sido el camarada de que todos necesitamos en el trajín de la vida diaria, y, más que todo. en esa lucha incesante de las letras.

Los hombres, dedicándose á mil empresas, oficios y ocupaciones; llenando sus horas con la actividad tumultuosa del

materialismo absorbente, necesitan de un hermano, de un compañero, de un ser, espiritualmente puesto al mismo diapasón, para que las ideas y los sentimientos puedan salir de su estrecho encierro, volcarse sobre otra alma hermana y reconfortarse y depurarse al contacto de lo semejante.

Durante varios años así hemos ido por en medio de la bullanguera exaltación de nuestra pequeña literatura, donde todo se reduce á una labor de aparatosidad, entre la indiferencia de unos y la malquerencia de otros, yo con mi habitual despreocupación, él, más apegado á la fórmula del qué dirán, bregando hasta por cosas nimias, interesándose por futilezas que en otro temperamento ya hubieran vencido, malogrando las esperanzas en él depositadas.

Felizmente no ha sido así; la fuerza ingénita ha triunfado de las mil artimañas y de los mil peligros opuestos á su paso para imponerse con una obra que atestigua de su inteligencia y de su voluntad.

"Misas Herejes" tendrá para el público el valor de las poesías que forman ese volúmen y podrá ser juzgado y discutido diversamente, según el criterio de cada lector; pero, para mí, es algo más. Yo veo en esa obra el largo esfuerzo laborioso de un artista obstinado, de un hombre que no se ha dejado vencer por la ingratitud del medio ambiente. "Misas herejes", para mí, tiene la importancia representativa de una conquista y se afirma como el dominio de una fuerza digna de respeto.

Un libro como ese, donde hay atrevimientos y audacias naturales, donde la lima no ha intervenido en gracia de la pudibundez social, representa una victoria sobre la colectividad indiferente y al mismo tiempo que es un desafío, se hace también una regla de conducta precursora del triunfo.

Carriego ha comprendido que la poesía debe de ser algo más que un pasatiempo trivial y se ha lanzado á la audaz tarea de descubrir las llagas y de investigar los males que infestan el alma del pueblo.

Es poesía de lucha, poesía de verdad y de justicia, poesía de macho, no el tonto lirismo de las cloróticas damiselas de un falso romanticismo. Es poesía de combate, la que baja al abismo de la corrupción social para mostrar las úlceras y exigir los remedios á quienes deben darlos. La "princesa triste y pálida" ha muerto en manos del mismo que la creara y la poesía inicia una nueva evolución hacia lo mejor y lo más bello.

El momento es de lucha entre los que se obstinan en mantener lo pasado y los que aportan una novedad basada en exigencias naturales del momento. Nuestra reacción contra las fórmulas á la moda es justa y es necesaria. Nosotros protestamos como los luchadores de ayer, cuyo programa de individualidad creadora ha sido transformado en una nueva ley,

tan opresora como la que ellos derribaron. Nosotros no queremos amos ni señores en las letras, porque estamos convencidos de que cada uno de nosotros vale por sí mismo y no por la enseña que defiende.

La poesía de Carriego tiene todas las cualidades requeridas por el combatiente. Tiene toda la diversidad necesaria á la lucha y hasta posee esa gallardía del que vive en el peligro, siempre en guardia contra las acechanzas enemigas.

La vida literaria argentina, yo no necesitaría decíroslo, es dura, cruelísima, más dura y más cruel que en otros países. El campo de las letras es un campo de traiciones donde hay que guardarse del golpe del enemigo y del abrazo del compañero. Tan escasamente se vive, que cualquier migaja tiene cien garras á disputársela, y así el arte degenera en solicitud, en rastrero memorial, en estrecho egoísmo donde lo bajo triunfa.

Por esto yo celebro en Carriego la independencia altiva y el entusiasmo generoso, viendo en él uno de los pocos espíritus incontaminados que saben pasar por en medio de la miseria de un vivir de traiciones sin mancillarse. Su poesía es la expresión sincera de un fuerte temperamento, audacia concretada en lirismo, fuerza expansiva que todos aceptan, atraídos por el encanto exterior, muchos sin comprender el tóxico de verdad que encierra.

Carriego ha hecho obra de lucha, con el verso y con su vida, en ese guerrear constante y monótono de todos los días y por ello merece que nosotros tengamos para él algo más que el aplauso de cortesía humillante y fácil de cualquier burgués al felicitarle por su libro.

Yo he pensado siempre, con angustia, en el enorme dolor que debía llenar el alma de Don Quijote cuando inspirado por sus nobles ideas humanitarias abandonó su casa solariega y se echó al mundo en la muerta paz de una madrugada, sin que ojo humano le siguiera, ni que labios amigos le despidieran en un grito presagiador de la clarinada triunfal.

Y ya que nosotros comprendemos ese dolor, esa angustia, digámoslo de una vez, esa *injusticia*, no consintamos en la partida del hermano en ideales, así triste y así solitaria, y hagamos que mientras los hijos de esta Argamasilla de los mercaderes y traficantes duermen su sueño de indiferencia y de olvido, nuestro corazón tenga júbilo y alegrías para celebrar la primera salida de este Ingenioso Hidalgo, caballero de la poesía, cruzado del ensueño, aventurero del ideal.

Y saludándole, con esa fraternidad que yo requiero de todos vosotros, haremos también, permitidme decíroslo, haremos obra de egoísmo saludable, pues al estrecharnos facilitaremos la defensa contra el ataque del ruin y del necio, del enemigo declarado, del falso amigo, de todo aquel cuya labor es de destrucción y de aniquilamiento para nosotros.

LEYENDO "MIGAS MERELJAS"

La intensa vida acude desde los barrios bajos
á animar tus humanas canciones de tortura
y rondan los ensueños junto á la tos horrible
de tus sedientas tísicas, harapos de amargura.

Santificas la fiesta de las llagas triunfales;
perdonas al beodo su devoción al vino;
señalas el espanto de los gestos vesánicos
y las contradicciones que gustan al destino.

La sangre que florea los pañuelos baratos;
el espectro que escruta desde los hospitales,
en tus evocaciones del arrabal, parecen
junto á las prostituidas por estigmas fatales!

Y pasan: los del crimen, guiñapos ó prosélitos
que están bajo la zarpa de las leyes sonoras...
guiñapos juveniles de arrugas en los rostros
como innobles jalones que dejaran las Horas.

Y pasan: las ancianas llamando al cementerio;
las enfermas que tienen el alma agonizante...
y la obrera bravía, que huye en el crepúsculo
del viejo libertino, y... se tiende al amante.

Y ritmos melancólicos de buenos organillos;
y golpes que amenizan el trajin de la alcoba;
y el pequeño Gavroche, palanca que trabaja
para padres y abuelos y, si no puede ¡roba!

Las extrañas canciones, henchidas de temores
cual una triste frente con toques de histerismo;
las locuras del cuerdo, que ríe y que solloza
ante la ronda loca de su propio enfermismo...

Las corduras del loco, que expone sus razones
cual nervioso académico que en la cátedra vibra
y al pan llama verdugo... y al veneno, su amigo...
¡porque el pan le perdura y el veneno le libra!

Del dolor hasta el crimen; de la celda al delirio
los eslabones rudos se forjan en la vida
y tú, cual un herrero celoso de su yunque,
golpeas los remaches del ciclo sin salida.

Fuerte como un cruzado, llevas á los infieles
la lanza de tu idea para darles un bote,
y jamás la abandonas, aunque ellos son tantos
que cansaran el brazo del mismo Don Quijote!

Manchego caballero, te harán padecer mucho
porque empuñas el látigo que reparte fustazos
y han de enviar á tu cuerpo saludables venenos
aquellos que en la sombra preparan sus flechazos...

...A veces, tus violines dan la nota galana
y al marfil de las teclas unes marfil de manos,
ó, fino abate, hablas, y al hablar nos perfumas
como una diestra impúdica de los cuentos paganos...

Pero presto derramas en sorbos agitados
las copas de lujuria que escancian tus solteras,
y los graves sonidos del órgano, diluyen
la visión pecadora de ninfas y rameras.

¡Entónces, en el fárrago de tus ideas múltiples
como tizonas chocan tus insultos soberbios...
...y los débiles oyen la voz de las alarmas
y surgen á la arena para probar sus nervios!

Sigue tu marcha, atleta. No eres un futuro
sino el obrero ungido de gracia por su obra.
A nadie te comparo, porque eres tú mismo
y el vulgar paralelo, para el primario, sobra.

* * *

Y luego de la mirra te traigo el crucifijo:
tú también porque hombre, como hombre eres malo
y anhelas reverencias, cual si fuéramos plebe
de un templete anacrónico adorando á su Falo!

Tú también porque hombre, como hombre eres malo
y á veces te malgastas en egoista lucha
ú olvidas los andrajos de tus pobres caídos
y el grito del orgullo tu corazón escucha!

¡Oh, carne de pecado, como cualquier humano
llevas: tersa la frente, equívocos los brazos,
y en el vientre la escoria que dice de la Tierra
su blasón... y no miente de celestiales lazos!

Dime, hermano vidente, á veces cuando vagas
por los barrios del hambre, del vino, de las llagas,
de los siete pecados, las diez desobediencias
y la nieve y la niebla en todas las conciencias
¿no te asalta un Repudio innoble á tus hermanos
(tan tristes, tan hediondos, tan torpes, tan gusanos)
y sientes en tu espíritu una maldita llama
que te induce á cantarle himnos suaves al oro?
¿que por la perra limpia tus sentidos inflama?
¿que el poder te insinúa como amable tesoro?...
¡sí! corazón de limo ¡sí! corazón de flores,
desde Judas á Cristo, todos, eso sabemos...
al lado de la sombra vá un buen amor de amores...
¿de un vientre de impurezas acaso no nacemos?

MARCELO DEL MAZO.

NOTAS Y COMENTARIOS

Machado de Assis.

La literatura brasileña, diremos más, la literatura americana, ha sufrido un rudo golpe con la muerte de Machado de Assis, el gran novelista, comparado por la crítica con Sterne y con Anatole France.

Era un temperamento excepcional en su propio país, un hombre fuera de la medida común, un "raro". Ha sido durante su larga vida (naciera en 1839) una trabajador infatigable, pese á lo que han afirmado nuestros gacetilleros de la necrología de actualidad que al hablar del Brasil literario sólo saben hallar documentos en la obra de García Mérou, atrasada y falsa en más de un concepto.

Fué Machado de Assis un pensador y un estilista. El mismo Sylvio Romero, el gran crítico brasileño, nunca satisfecho, expresó hace diez años, el siguiente juicio, que por ir acompañado de algunas censuras, es más justo: "Hoy tiene cerca de sesenta años y está todavía en plena ascensión; es un progresivo, un espíritu en constante diferenciación." Y, más lejos, agregaba esta síntesis de su obra: "Su romanticismo fué siempre, en medio del guirigay imaginativo y turbulento, tranquilo y sereno, como una puerta abierta sobre la observación y la realidad. Su actual sistema, que podré llamar un naturalismo atenuado, un psicologismo de ironías veladas y de tranquilo pesimismo, tiene á su vez una ventana abierta de par en par hacia el lado de las fantasías románticas". Magalhaes de Azevedo se ocupó de Machado de Assis en la "Revista Moderna" de París, en 1898, en frases llenas de simpatía, rindiéndole justo tributo en nombre de la juventud intelectual.

Como presidente de la Academia Brasileña su acción tendió á hacer desaparecer las diferencias impuestas por el afán de las escuelas, tarea que solo él, respetado por viejos y jóvenes, podía llevar á feliz término.

Deja las siguientes obras: "Dom Casmurro", "Elena"

"Memorias phostumas de Braz Cubas", "Quincas Borba", "Ultimo" (traducido con el título de Esaú y Jacob), "Yayá García" y "Resurreição" (novelas); "Contos fluminenses", "Historias da meia noite", "Historias sem data", "Paginas recolhidas y Papeis avulsos", (cuentos); "Americanas", "Chrysalidas y Phalenas", (poesías).

Como un tributo al admirable autor y rindiendo justicia á sus cualidades poéticas, reproducimos á continuación en su idioma original, un admirable soneto, digno de ser firmado por el mismo Camoens, ya que el reducido espacio de que disponemos nos impide publicar una traducción de uno de sus últimos cuentos:

A CAMÕES

Quando, transposta a lugubre morada
Dos castigos, ascende o florentino
A'região, onde o clarão divino
Enche de intensa luz a alma nublada;

A saudosa Beatriz, a antigua amada,
A mão lhe estende e guía o peregrino;
E esse clarão ethereo e crystallino
Rompe agora de palpebra sagrada.

Tu que tambem o purgatorio andaste,
Tu que entraste nos circulos do inferno,
Camões, se o teu amor fugir deixaste,

Ora o tens como guía alto e superno;
Que a Nathercia da vida que choraste
Chama-se Gloria e tem amor eterno.

A la prensa.

La dirección de la revista agradece efusivamente á todos los diarios de esta capital que en ocasión de su aniversario tuvieron para ella afectuosas palabras de aliento, tanto más gratas cuanto espontáneas.

Libros recibidos.

Atilio M. Chiappori.—"La eterna angustia".—Arnoldo Moen y Hermano, editores, Buenos Aires, 1908.

José María Vélez.—"Perlas rotas".—Córdoba, 1908.

Horacio Quiroga.—"Historia de un amor turbio".—Moen y Hermano, editores.

Concolocorvo.—"Lazarillo de ciegos caminantes".—(Junta de Historia y Numismática).—Cabaut y Cía., editores.—Buenos Aires, 1908.

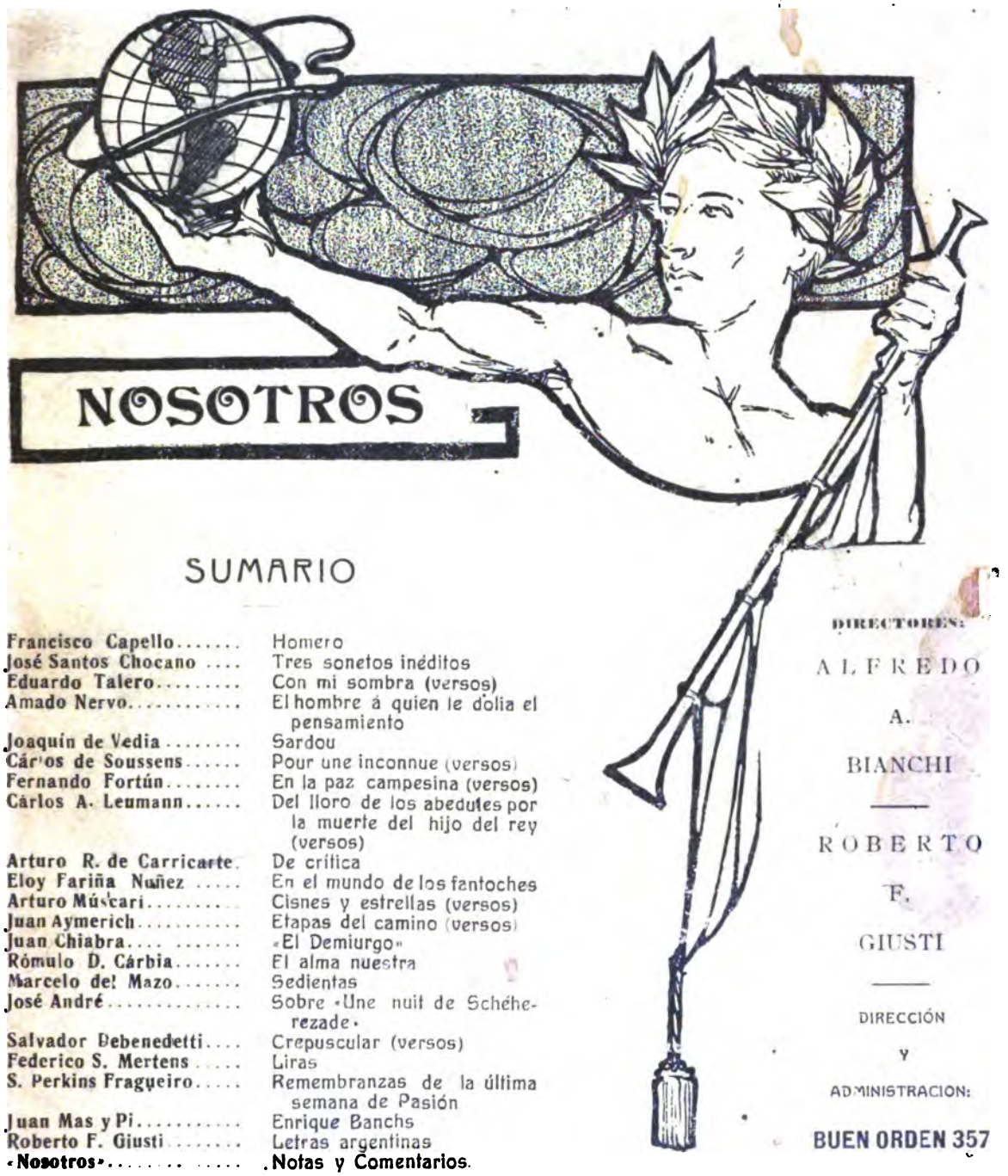
Severo Amador.—"Bocetos provincianos".—México, 1908.

Ernesto Mario Barreda.—"Talismanes" (Poesías).—Madrid, 1908.

Antonio Cursach.—"Ortigas de mar".—Novelitas cortas y artículos descriptivos.—Buenos Aires, 1908.

NOSOTROS.

Año II—Tomo III Noviembre y Diciembre de 1908 Números 16 y 17



SUMARIO

Francisco Capello.....	Homero
José Santos Chocano	Tres sonetos inéditos
Eduardo Talero.....	Con mi sombra (versos)
Amado Nervo.....	El hombre á quien le dolia el pensamiento
Joaquín de Vedia	Sardou
Cárlos de Soussens.....	Pour une inconnue (versos)
Fernando Fortún.....	En la paz campesina (versos)
Cárlos A. Leumann.....	Del lloro de los abedules por la muerte del hijo del rey (versos)
Arturo R. de Carricarte.	De crítica
Eloy Fariña Nuñez	En el mundo de los fantoches
Arturo Múscari.....	Cisnes y estrellas (versos)
Juan Aymerich.....	Etapas del camino (versos)
Juan Chiabra....	«El Demiurgo»
Rómulo D. Cárbia.....	El alma nuestra
Marcelo del Mazo.....	Sedientas
José André.....	Sobre «Une nuit de Schéherezade»
Salvador Debenedetti....	Crepuscular (versos)
Federico S. Mertens	Liras
S. Perkins Fragueiro.....	Remembranzas de la última semana de Pasión
Juan Mas y Pi.....	Enrique Banchs
Roberto F. Giusti	Letras argentinas
«Nosotros».....	Notas y Comentarios.

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION:

BUEN ORDEN 357

BUENOS AIRES

1908

APAREGIÓ

"El libro de los Elogios"

NUEVO VOLUMEN DE VERSOS DE

ENRIQUE BANCHS

(Autor de "LAS BARCAS")

Precio del ejemplar: UN PESO

Editado por **"NOSOTROS"**—Los suscritores de la revista pueden adquirirlo en la Administración, Buen Orden 357, con un 20 % de descuento.

«EL LIBRO DE LOS ELOGIOS» se halla en venta en todas las principales librerías de la República.

Imp. J. Cuneo, Viamonte 545

NOSOTROS

HOMERO

LA CIVILIZACION DE CRETA

I.—La poesía griega no es sino la refracción, el espectro luminoso de Homero, su análisis, su resolución en notas aisladas.

La invectiva de Arquíloco, el ímpetu de Tirteo, la prudencia de Solón y los gnómicos se funden en Homero con la pasión de Safo, el entusiasmo de Píndaro, la risa de Aristófanes y la patética elevación de Esquilo y Sófocles.

Su estilo combina la espontaneidad fluída con la concisión luminosa: una palabra llena de ecos; un dilatarse y encogerse, un precipitar y retardar; versos que silban como flechas ó cantan como clarines; períodos que suben en espiras á se extienden majestuosos en vuelos circulares. Homero es la poesía, el solo y único poeta verdadero (*Atheneus Mecanicus*: de Machinis). "Solus adpellari poeta meruit"—dice Velleio (libro I. 5): el único que mereció ser llamado poeta. Y si se atiende á que la poesía latina se engendra de la griega "come iri da iri", diría

Este estudio debió ser leído en una conferencia pública que por ciertas circunstancias no se realizó.

Dante, y que de la latina es reflejo la moderna, se comprenderá como no habría poesía en el mundo sin Homero.

Pero además de la zona luminosa de la poesía, hay otras en el espectro de Homero. "A todas las partes de la elocuencia—dice Quintiliano—dió Homero el modelo y nacimiento". Se le debe, dice un escoliasta, hasta el nombre de *orador*. (Iliada, IX. 433). Como historiador le parecía Homero á Estrabón más fidedigno aún que Heródoto. Y el mismo escritor le llama inventor de la geografía.

Carmine complexus terram, mare, sidera, manes.

"Abrazó con su verso la tierra, el mar, las estrellas, el infierno." (Silio Itálico).

"No hay arte—dice Quintiliano—del que no se encuentren rastros en Homero, ó perfectos ó no dudosos". Respecto de su moral óigase á Horacio: "Lo que es bello ó feo, lo que es útil ó no, mejor lo enseña y con mayor plenitud Homero que Crisipo y Crantor". Y quiere significar: que cualquier filósofo.

Por lo que hace á los filósofos baste decir que todas las escuelas, los cínicos, los estoicos, los académicos, los peripatéticos pretenden derivar de él, y cada una cuenta con intérpretes de Homero á cual más célebre. En sus mitos los físicos veían simbolizadas todas las leyes naturales. Que Homero haya dado los dioses á los griegos y asignado á cada uno de ellos sus atribuciones, lo afirma Heródoto, y sabido es también que en él se inspiraron los legisladores Solón y Licurgo. En las mismas obras de derecho romano hállase citado Homero á cada paso. Empezando por Alejandro estudiaron táctica en la Ilíada todos los grandes capitanes; y médicos antiguos y modernos buscaron en Homero los comienzos del arte de curar. En una palabra, todas las artes y ciencias emanan de Homero como del sol la vegetación y la vida.

Si Platón y Aristóteles son el oxígeno y el ázoe de la inteligencia, Homero es la luz y el calor. De él desciende y llega hasta nosotros, aumentando su caudal, escondiéndose por algún trecho debajo de la tierra, pero luego volviendo á brotar y avanzando siempre, el gran río de nuestra civilización.

Homero es la Grecia: es el ideal de Homero personificado en Apolo que refulge á los ojos de los griegos; ideal de fuerza, salud y belleza, de armonía, orden y compostura sin afectación, que se refleja en los edificios públicos y privados, en las calles y plazas, en que todo responde á un fin, á una necesidad de la vida, y todo parece hecho por diversión; que resplandece en el gran pueblo de las estatuas, en el desarrollo igual de los miem-

bros y la unión de la fuerza y la agilidad iluminadas por la expresión de un espíritu penetrante y sereno; se manifiesta en la animación templada del ritmo musical, en la robusta sobriedad de la palabra, la colorida exactitud de la frase y el lúcido orden de las ideas; informa la educación y la enseñanza que asemójanse á juegos,—palestras, gimnasios, paseos filosóficos bajo pórticos ó sombreadas alamedas—; y anima la vida pública—juegos que son escuelas, teatros que son cátedras, asambleas que parecen palestras, una religión que es una fiesta, unas leyes que son el código de la libertad, una historia que es todo un poema.

II.—Con decir que Dante vivió en una edad bárbara, antes se le hace inexplicable que más grande. Los cerros más encumbrados se basan en las más altas mesetas, y no se comprende como un poeta honre á la edad á que pertenece, si no se le ha de considerar como medida de su cultura.

En Italia no hubo otro Dante porque jamás fué tan alto el nivel intelectual: al siglo de Dante la apariencia de barbarie se la da la lengua; como esta parece hallarse en sus comienzos, se experimenta la ilusión de que la cultura también esté en pañales. Doble ilusión, una respecto de la lengua, otra de los escritores. El idioma gentil no nace en aquel siglo sino que, alcanza en él á su mayor brillo; y tan es así, que á pesar del desprecio con que se le miraba como vulgar, logró hacerse preferir al latín; y, por lo demás, aun hoy día se considera aquel como el siglo clásico de la lengua.

El italiano no corre en ningún lugar tan límpido, tan abundante, tan lleno de frescura y de encanto, como en la prosa de Cavalca, Pasavanti y otros escritores de aquella edad, que no hacían sino recogerlo de la calle: más tarde pierde en naturalidad y gracia cuanto gana en artificio, en tal modo que, volverse atrás al trescientos, siempre fué progresar para la literatura italiana.

Y respecto á los escritores, bien se advierte que eran mentes que habían conquistado el pleno señorío de su pensamiento en las palestras de la escolástica; adquirido en aquella gimnasia sin par el hábito de las definiciones exactas y de las más sutiles distinciones; terribles en la esgrima de la inteligencia, no menos ágiles en asaltar que en parar el golpe; mentes para las que el sofisma no tenía escondrijos ni ilusiones los afectos, y en cuya comparación las nuestras, corrompidas en la pereza que informa la educación presente, son como un hidrópico al lado de un vencedor olímpico. Tales eran las mentes que revestían su pensamiento con la armadura de habla nueva.

Por otra parte, el año mismo en que Dante vió por primera vez á Beatriz, á poco tiempo el uno del otro, morían Santo Tomás y San Buenaventura, el *doctor angelicus* y el *doctor seraficus*, el más gran lógico de la razón y el más gran lógico de los afectos, ¡con cuántas plumas para volar el segundo; con cuantas púas de silogismos para abrirse paso el primero!; Santo Tomás el intérprete sin par que reveló con Aristóteles todo el pensamiento griego á la edad nueva,—aquel Aristóteles que dos veces conquistó el mundo con sus discípulos, Alejandro Magno y los romanos, y que luego, hecho cristiano y maestro de la Iglesia católica también había de empujarla al dominio universal—; San Buenaventura, que en alas del más ardiente entusiasmo devoró el espacio que separa lo finito de lo infinito, y de lo más íntimo de su corazón hizo salir á luz lo incognoscible.

Aquella es la edad en que la magnificencia y la gracia hallaron en catedrales y palacios, en la escultura y pintura su expresión más plena y acabada; la edad de las universidades clamorosas, en las que los estudiantes se cuentan por docenas de miles, emigrando de uno á otro país en mangas como langosta; la edad del derecho, de las sumas y los comentarios; la edad en que los mercaderes duplican el mapa á los geógrafos, emulan á Livio y llámanse Polo y Villani.

Bárbaro nos parece aquel siglo por la guerra universal y contínua, guerra de ciudad á ciudad, de familia á familia. En efecto las casas son fortalezas, las plazas campos de batalla, los templos refugios de perseguidos y las calles están llenas de gritos, de alboroto, de espanto y de fuga. Mas la paz reina sólo en los cementerios, sobre cuya puerta está escrito *requiem aeterna;* pero donde hay vida hay lucha, y lucha tanto más encarnizada cuanto más gallarda es la vida.

Aquellas eran grandes personalidades: constreñidas en la vida pública por la emulación, el odio ó la venganza, buscaban el mar para expandirse, y todo el Mediterráneo era mar italiano; buscaban el comercio, y las riquezas de toda Europa afluían á Italia; buscaban el arte, y nacía la *Divina Comedia.*

Tal la barbarie en medio de la cual al parecer se habría formado Dante.

III.—Si de la edad de Homero no tuviéramos más que sus poemas, estos bastarían para darnos el más alto concepto de su cultura.

Wolff llevado por el apriorismo ingénito de su raza, razona de este modo: "Aquella era una época bárbara; luego no pudo

producir obras perfectas". Pero como estas obras las produjo, y las tenemos, mejor habría razonado diciendo: "aquella edad produjo obras tan perfectas; luego no pudo ser bárbara".

¿Para calificar de bárbara la edad de Homero en qué se fundaba sino en su impresión? ¿Y de qué nacía esta impresión sino de la ignorancia en que estábase entonces respecto de aquella edad? Aún no se habían descifrado los geroglíficos: apenas si se tenía noción de los carácteres cuneiformes; todo el oriente presentábase á la imaginación como sumido en una luz incierta de crepúsculo, y el occidente como un mar de tinieblas, lleno de todos los fantasmas y horrores de la noche, y solamente, en aquella negrura de sepia, por el reflejo de no sé cuales rayos perdidos, veíanse avanzar cautas y silenciosas las naves fenicias. A Wolff, pues, más factible le parecería que floreciesen rosales en los hielos del polo, de que se produjeran tales obras en edad tan obscura. Pero las opiniones sobre esto hoy día se han transformado por completo.

El país del cual no asomaban sino las pirámides y la esfinge, ha vuelto á descubrirse, y cinco mil años de historia giran en derredor de nosotros, que, puestos como quien dijera en el centro, venimos á ser contemporáneos de tantas generaciones extinguidas y de tantos Faraones, de cuyas hazañas además de enterarnos nos hace testigos aquella mezcla de palabras y pinturas de los papiros. A orillas del Eufrates y el Tigris, lo que Ctesia, lo que Beroso mostraban, á Semiramis "che libito fé lecito in sua legge", á Sardanapalo en medio de sus seis mil mujeres, ha desaparecido, y en su lugar empieza un desfile de pueblos que dura cuatro mil años, hasta los Sumiros, los últimos que aparecen con sus reyes y sus dioses, Ibu, Istar, Nebu, cuyos nombres encierran no sé que frescura de la mañana.

Pero mientras se disputa sobre si la civilización apareció antes á orillas del Nilo ó del Eufrates, si aquí ó allá se emprendió primero la ascensión de los tres fatales peldaños de las edades de piedra, del bronce y del hierro; si allá ó aquí brotó del pedernal la primera chispa, el *fiat lux* de la civilización, y en cual de ambos lugares la arcilla endurecida por el fuego sugirió la idea de la alfarería é hizo su primera aparición la vajilla coqueta que ostenta las curvas del torso femenino; mientras, digo, se disputa sobre todo esto, una luz como de un Vulcano que se despertara en Creta, señala, aun más allá, en una edad mucho más antigua, el Mediterráneo recorrido de barcos por doquier; sus costas, sus islas salpicadas de casitas y aldeas entre el verde tupido de bosques de encinas y castaños; llenas las praderas de mugidos y balidos, con anchas fajas de trigo y cebada, extendidas como sábanas á recoger la lluvia de oro de los rayos

solares; y si nos acercamos en Creta que está en medio del gran coro matinal, á una de estas aldeas, veremos á las mujeres ocupadas en hilar y tejer los vellones de las ovejas, y á los varones, ya armados de hachas de piedra y de cuchillos de oxidiana, abatir y descortezar troncos, levantar casas y pintar balsas ó ya guiar el arado por el surco; á los unos aplicados á echar y recoger las redes, ó á cazar; á los otros á cocer vasos y ladrillos mientras que los jóvenes endurecen sus miembros en la lucha ó bailan al son de unas cañas horadadas.

Creta pudo conservar intacta su rica extratificación de recuerdos, porque no llegó hasta ella la maldición de la guerra civil y no temiendo invasiones no sirvióse de sus balsas y naves sino para establecer la ley y la seguridad en el Mediterráneo oriental.

No se descubrieron rastros en Creta de la edad paleolítica; su edad neolítica empero remonta según cálculos que merecen plena confianza, á no menos de siete mil años antes de Cristo. Y á un mismo grado de adelanto llegaron por aquel entonces la Sicilia, la Grecia, Egipto y la costa de África, de modo que encontramos en tan lejana época como una capa de civilización común extendida sobre la cuenca oriental del Mediterráneo. Siempre es la alfarería que en todo esto dice la primera palabra. En Sicilia, en Grecia, en Egipto, más ó menos á igual profundidad en el terreno se han hallado unos vasos negros de superficie lustrosa, de forma semejante é idéntica composición, y se puede también averiguar que su lugar de proveniencia fué Creta, pues se encontró allí hasta una estatua de arcilla preparada para la fabricación. Su religión es la misma: la piedra que le proporciona sus armas y brinda la chispa vivificadora, es el ser supremo de aquella gente sencilla. Adoran á Dios donde encuentran su primera ayuda, semejantes á los niños que oyendo la voz del padre en el teléfono creen que está allí y besan el tubo. Junto á las piedras adoran á los árboles confiando á la higuera el papel de diosa. Las palomas también sugestionan sus fantasías ingénuas é igualmente ven cierto emblema de la divinidad en las astas de los toros.

Tentativas de ídolos también se encuentran: algo redondo sobre algo cilíndrico que quiere ser una cabeza sobre un tronco. Uno de estos objetos tiene trazas de pertenecer al bello sexo.

Sergi se apresuró á llamar raza mediterránea al conjunto de todos estos pueblos. ¡Qué poca gracia! No bien la verdad apacible y sonriente trata de descubrirse un poco, se la asusta y ahuyenta arrojándole al rostro alguna de estas palabras villanas en uso. ¿Que es raza? Todo lo que saben muchos antropólogos; pero siempre una palabra sin sentido determinado. Con este vocablo se hacen remontar al origen las diferencias que se

advierten en las especies humanas, cuando estas diferencias no se han producido sino de mano en mano con el paulatino alejarse del origen en el tiempo y en el espacio, por la necesidad de siempre nuevas adaptaciones. Se introduce la idea de un origen común entre pueblos que llegados de quien sabe donde á orillas del Mediterráneo adquieren lo que tenían de común, con el trato prolongado y las comunicaciones entre ellos durante miles de años. Base granítica de todas estas inferencias al cráneo más ó menos largo, hecho que, si se observa sin prevenciones, no revela quizás sino una diversidad en el modo de plasmar el cráneo practicado por las parteras.

IV.—Tal, pues, la vida común á todos los pueblos mediterráneos de la cuenca oriental en la época neolítica, época que, por supuesto, duró unos cuantos millares de años, iniciándose otra con la aparición del bronce.

Del coro neolítico de los pueblos mediterráneos se desprenden aislándose, el Egipto y Creta, avanzando por diverso camino. La civilización egipcia es hierática y láica la cretense; Creta levanta palacios y teatros, el Egipto templos y tumbas. En Egipto como en todo país donde logra formarse una casta sacerdotal, al llegar á cierto punto detiénese su desarrollo, cesa el movimiento y la población se deposita en capas sobrepuestas: el rey, los sacerdotes, los militares, los obreros, los aldeanos, y á consecuencia y como reflejo de tal detención el arte se atiesa y estiliza, no representando los objetos sino indicándolos en modo convencional. La civilización egipcia es una ola de lava que se solidifica sin continuación, sin levantar otras. En Creta, en la floridez del elemento láico, cada impulso inicial desarrolla todo su contenido: el gobierno desde el matriarcado primitivo pasa al patriarcado y á una forma templada de monarquía; la sociedad llega, eliminando todas las distinciones, á la homogeneidad del socialismo; el amor al color, á la forma, al desnudo, la observación é imitación de lo natural llevan de consuno la pintura y la escultura á un grado muy alto de perfección, y un ideal de magnificencia, de mano en mano que encuentra en las riquezas acumuladas por el comercio los medios de realizarse, levanta la arquitectura á las maravillas de los palacios de Festo y de Cnoso. La religión, que se inicia con el culto por la vida y la fecundidad, simbolizadas en las formas del cuerpo femenino, de un lado educa el sentimiento estético, y levanta con el culto de la maternidad la condición de la mujer y la iguala á la del hombre, y del otro lleva con natural desarrollo á concepciones más altas, á la idea de un orden cósmico, del cual se refleja el orden social, siendo la divinidad guardia del uno y del otro, con lo que nace Júpiter. Y esta gran onda que, libre de influencias extranjeras deja trazada en Creta su primera parábola, no

cae sin levantar otra: á la civilización cretense sucede la aquea, la cual recogiéndose como en una semilla en la poesía de Homero, y cayendo en el terreno fecundo de la nueva Grecia, iniciará el movimiento ascensional que llega hasta nuestros días.

La primera época es la neolítica; le sigue una segunda, larguísima, cuyos progresos se leen también en la alfarería; pero es en la tercera que la civilización cretense alcanza su mayor brillo, comunicándose á todas las islas del Egeo, á Italia y á Grecia. Esta época se divide en dos períodos y el punto de división es el incendio que destruyó hacia el año 1500 a. de C. el palacio de Cnoso: el foco que en el primer período hállase en Creta en el segundo pasa á Argos y Micenas. En el primero Creta es señora de toda la cuenca oriental del Mediterráneo, en el segundo la hegemonía pasa á los Aqueos. Sin buscar designaciones más exactas llamaremos Minóica la primera parte de esta tercera época, que llega hasta 1500, y Micénica ó Aquea la segunda que continúa hasta la invasión dórica en 1104 más ó menos.

Una de las mayores preocupaciones de Minos, según afirma Aristóteles, ó de la legislación cretense, fué la de conservar una justa proporción entre la extensión de la tierra cultivable y el número de los habitantes, de modo que cada cual tuviese su vida asegurada. Pero el fruto de la tierra no bastando con mucho para tan densa población, si el calificativo que Homero da á Creta de isla de las cien ciudades no es exagerado, la mayor parte encontraba sus medios de subsistencia en el admirable desarrollo de la industria y el comercio.

El maltusianismo, al que alude Aristóteles, hubo de verificarse en Creta en épocas posteriores, cuando faltaba otro medio para enrarecer su población: en el período glorioso de la época minóica, lo sobrante de la población emigraba en Asia, y de Creta salieron los dárdanos y los ilienses que poblaron la Tróada; y de origen cretense fueron también los licios, según Herodoto, quien de tal origen hace derivar la costumbre de distinguirse los hijos por el nombre de la madre antes que por el del padre; y tribus cretenses eran los filisteos que se establecieron en Palestina, poniendo fin á la supremacía de Sidón hacia 1220.

Al principio los cretenses encontraron el mar recorrido por tribus de razas diversas, lelegos, carios; pero los encerraron en sus tierras ó destruyeron. En el período minóico, pues, todas las islas del Egeo, las costas de Grecia y casi todas las de Asia menor, reconocen la supremacía de Creta, y hablan aproximadamente el mismo idioma.

Los palacios de Festo y de Cnoso son las líneas en la arena que indican hasta donde alcanzó la civilización en el período más glorioso de Creta, y también parecen en su sucesión mostrar una traslación del centro de gravedad en la vida comercial

de la isla, floreciendo Festo en la playa meridional cuando el comercio efectuábase con especialidad con Egipto y los pueblos de la costa de Africa, y prevaleciendo Cnoso, cuando pasó al Egeo.

Las dos ciudades están casi en el mismo grado de longitud, hacia el medio de la isla, teniendo Festo al noroeste, Cnoso al suroeste el monte Ida, que levántase á 2.800 metros sobre el nivel del mar. En Cnoso los palacios son dos, incorporado el uno al otro: el más antiguo ya estaba fundado 4.000 años antes de Cristo; el segundo es de construcción más reciente pero siempre de unos mil años anterior á la llegada de los Fenicios á orillas del Mediterráneo.

Mas que palacios se deberían llamar ciudades. Dispuesto con arreglo á los puntos cardinales, cortado á ángulo recto por calles que tienen la misma orientación, el palacio de Cnoso, apoyado en una loma, no tenía menos de cuatro pisos, magnificencia desconocida en la Grecia clásica. Patios de 54 metros de largo por 25 de ancho; pórticos elegantísimos. La columna cretense sube ensanchándose y preséntase como un vaso cónico muy elevado. Por lo demás muros ciclópicos de tres y cuatro metros de espesor; salones tan numerosos como vastos; de un lado los departamentos del rey, del otro los de la reina; aquí la sala del trono, allá el oratorio, más allá la cocina; de otro lado interminables almacenes, donde, no conociéndose aún la moneda, guardábase la riqueza en su forma natural de frutos de la tierra ó grandes trozos metálicos de cobre, oro ó plata. Mármoles de mil colores, alabastros vetados de amarillo ó azul, mosáicos de superficie lustrosa y vidriada cubren los pavimentos y los muros, en una policromía tan varia, vivaz y armónica que deslumbra. Visto de lejos, desde la proa de una nave, entre el verde lozano de la vegetación de la sierra y el azul del mar, cuando el sol al nacer suscitaba en él, como en un prisma, un incendio de colores vivaces, aquel palacio debía de aparecer como una inmensa flor de luz.

Características de la arquitectura cretense son la magnificencia de las graderías de mármol blanco, anchas hasta catorce metros, y la vastedad de las ventanas: aire, luz y color por doquier. Y no son sacrificadas al lujo las comodidades de la vida: aun se admiran los tubos que conducían el agua corriente al palacio, las cloacas y una letrina que se descubrió en el aposento de la reina. Grandes lámparas y candelabros de alabastro se admiran en todas partes, y la batería de cocina es aun más rica y variada que la de nuestros días.

La elegancia y variedad de forma de los vasos, ó de tierra cocida ó de alabastro, vence la imaginación. Sobre un fondo negro, rojo, anaranjado ó blanco corren anchas rayas, derechas ú onduladas, torciéndose en espiras, cerrándose en círculos ó enlazándose en nudos extraños. Alguna vez del pie del vaso se le-

vantan lirios y no sé cuales otras flores encantadas, entre una expansión de largas hojas que penden en arcos simétricos á derecha é izquierda: es tal vez la geometría que parece perder los estribos, desenfrenándose en motivos y combinaciones á cual más fantásticos. No son raros los vasos con hiedras, vides ó trepadoras desconocidas que se les enroscan alrededor, y no faltan en ellos motivos del reino animal: escorpiones, arañas, peces, mariposas, cabezas de toro, aves, etc. Allí se revela la vida pública y la privada: mujeres de rica cabellera con flequillo, de naríz puntiaguda y grandes ojos, gastan enaguas y polleras de amplio vuelo y á grandes cuadros, de colores chillones y ricamente bordadas; gastan corsé y gustan de hacerse cuerpo avispado, y llevan sombreros que en la anchura del ala y la cargazón de flores se asemejan á los del último figurín de París. El pudor no llega hasta los senos que dejan derramarse libres y desnudos. Entre los adornos no se encontraron aros; pero sí collares de oro de labor delicada, de los que cuelgan corazones entre tenazas de escorpiones, y pulseras que se retorcían en espiral alrededor de muñecas y antebrazos .

A menudo los vasos, en vez de pinturas ostentan bajorrelieves admirables, cubiertos de una delgada hoja de oro. Las escenas de la vida pública abundan más: sacrificios, procesiones, ejercicios gimnásticos de toda clase, desde el lanzamiento del disco hasta el box, en todos los cuales toman parte las mujeres á la par de los varones.

En un pasadizo del palacio fué hallado en una pared un fresco representando una procesión, con mujeres y varones de estatura natural. La tauromaquia es el tema preferido por los artistas. Un ejercicio consistía en saltar por encima de un toro, pasando entre las astas en el momento en que bajaba la cabeza para acometer; otro en hacer gimnasia sobre su dorso, sirviéndose de las astas como de paralelas: unas mujeres se ven tendidas sobre el lomo, otras teniéndose entre las astas.

Es de tales pinturas que se han originado los mitos del Minotauro, de los amores de Pasiphaé y del rapto de Europa. En Creta no se conoció el caballo hasta el año 1600 a. de Cristo y de ahí el papel sobresaliente que tiene el toro en la vida y el arte cretenses.

Las astas son el adorno ordinario de los altares, y por doquier surgen del suelo cabezas de toros y se ven toros y leones en los sellos, en las sortijas, en los platos.

En un rincón apartado del palacio se descubrió una escuela. Para escribir servíanse de un punzón y de ladrillos humedecidos, que ponían luego á cocer y endurecer en un horno. Millares de ladrillos escritos se han descubierto y con ellos se han formado bibliotecas. El alfabeto es lineal, mas no se ha logrado todavía descifrarlo.

Antes se disputaba sobre si los Fenicios sacaron su alfa-

beto de Egipto ó de Babilonia: hoy día la derivación del alfabeto fenicio del de Creta está casi fuera de discusión.

"Según algunos—dice Diodoro Sículo—serían los Sirios los inventores del alfabeto y los fenicios no habrían hecho otra cosa que tomarlo de los Sirios y llevarlo á Grecia, de donde el nombre que lleva de alfabeto fenicio. Los cretenses empero sostienen que la invención primitiva se debe, no ya á los fenicios sino á Creta, y que aquéllos se limitaron tan sólo á transformar la figura de las letras". (v. 79-1). Resulta así confirmada la afirmación de Platón de que Minos y no Zaleuco fué el primero que escribió sus leyes. Otro alfabeto fué acaso en Grecia anterior al fenicio, el que descubrióse en la isla de Chipre.

Se ha hallado también en Creta un vaso que contenía negro de sepia y un pincel, lo que demuestra que escribían de otro modo pintando las letras en hojas de palmera ó en tablillas.

El descubrimiento del teatro de Cnoso confirmó otro aserto de Platón, el de que la tragedia se conocía en Creta en los tiempos de Minos, unos mil años antes de Tespis.

Dice Homero que Vulcano en el escudo de Aquiles esculpió un coro, esto es, una danza, semejante á la que Dédalo compuso para Ariadna la de hermosa cabellera. Como hasta el día Dédalo se creía solamente arquitecto y escultor, el *compuso* de Homero interpretábase como que significara *esculpió*. Pero ahora no hay duda de que Homero hable de una danza imaginada por Dédalo, y por él hecha ejecutar, danza probablemente en varios cuadros y representada en el teatro de Cnoso en presencia de Ariadna. Los espectáculos, pues, que se daban en el templo de Minos eran de baile y canto, algo muy parecido á las tragedias .

También la cítara de siete cuerdas que se creía inventada sólo hacia el año 700 a. de C. por Terpandro, y la doble flauta, cuyo hallazgo atribuíase á Olimpo, están pintadas en un vaso de Cnoso. Y como para no dejar nada á los fenicios, quienes todo se lo arrogaban, también el arte de teñir en púrpura se prueba ser antigua invención de los cretenses, y de Creta se propagaron el culto de Afrodita Urania, el de Júpiter, el de la madre de los dioses y todos los misterios.

Que comentario reciben de todo esto los versos de Virgilio:

"Oid, oh capitanes, dice Anquises, y conoced vuestras es-
" peranzas. Creta, la isla del sumo Júpiter, yace en medio del
" mar: allá el monte Ida, allá la cuna de nuestra nación; cien
" son en ella las grandes ciudades habitadas y los reinos más
" feraces, de donde—si bien recuerdo lo que oí—subiendo Teu-
" cro nuestro gran padre arribó á las playas Reteas, en las
" que quiso poner su reino. Todavía no existían ni Ilión ni la
" roca de Pérgamo y se habitaba en el fondo de los valles.
" De allí vinieron la madre Cibeles, los bronces de los Cori-
" bantes y al monte el nombre de Ida; de allí el silencio que se

" guarda en sus misterios y los leones enganchados al carro de
" la diosa."

La relación de los cretenses con los etruscos ya no puede ser negada: la ciudad etrusca descubierta cerca de Bononia se parece no poco al palacio de Cnoso, y abundan las construcciones en la parte media de Italia, de esas que llámanse ciclópicas, que recuerdan los palacios de Cnoso y Micenas, semejanza que antiguamente se explicaba con la fabulosa traslación de los Pelasgos de Grecia á Italia. ¡Leyenda de eruditos, más absurda que una saga nórdica!

Por los demás, los Tursos ó Tirrenos con los Sardos, Sículos y Aqueos los encontramos en los monumentos egipcios, prueba de que Sardos, Sículos y Etruscos formaban parte de aquel coro de pueblos que á orillas del Mediterráneo cantaron el primer himno á la civilización

Derrúmbanse pues todas las mezquinas construcciones que la hipercrítica pretendería sustituir á la realidad. Pero muchas ideas y costumbres pasan sin duda de Italia á Creta, hay que reconocerlo, si no se quiere sustituir con otras las antiguas quimeras. En el terreno de la religión sobre todo, la influencia de las ideas etruscas es evidente.

Y es, pues, una tradición la que recoge Virgilio y no una ficción la de que Dárdano saliera de Italia.

Llamo hipercrítica la tendencia introducida en la historia por los alemanes, con grande y pesado aparato de citas, de arregrarlo todo según negaciones y afirmaciones arbitrarias, rechazando documentos y dando valor de tales á burdas equivocaciones, tendencia que no prueba sino su falta de intuición, y la incapacidad de salirse del estrecho círculo de su experiencia.

Hemos llegado así á los límites de la civilización aquea, de la cual trataré en otra lectura. Pero no quiero concluir sin volver una vez más á Dante. ¿Quién no recuerda aquel coloso bíblico del canto 14 del *Infierno*, con cabeza de oro, cuello y hombros de plata, tronco de cobre y lo restante de hierro, á excepción del pie derecho que es de tierra cocida, en el cual parece que el poeta quiso simbolizar al género humano? De unas hendiduras que tiene en todo el cuerpo, salvo en la cabeza, brotan lágrimas, y estas se reunen á sus pies y descienden para formar los ríos infernales. A uno de estos, al Flegetonte, llega Dante. Virgilio le detiene y le hace reparar en él, agregando que nada ha hallado en el infierno de mayor significación. ¿No es singular que Dante coloque á este coloso debajo del monte Ida, en Creta? ¿Y que en Creta coloque también la edad de oro del género humano? ¿No se diría que Dante haya tenido una intuición ó más bien una revelación?

¡Y apenas han transcurrido ocho años desde que se han comenzado las excavaciones y nadie sabe cuáles sorpresas nos guarda Creta para cuando se logre descifrar su alfabeto!

FRANCISCO CAPELLO.

TRES SONETOS INÉDITOS

CABELLOS BLANCOS

Dicen que ya hace tiempo se ha enmudecido el coro
de los ángeles: duermen en las arpas los sones;
y las manos descansan contra los corazones.
sin que en los labios truene ya el cántico sonoro.

¿Por qué este gran silencio?... ¿Por qué se cuaja el lloro
en los ojos azules de los rubios varones?
Dijérase que el viento de las desolaciones
se ha llevado las notas de las arpas de oro...

En sus líricas hebras tus dorados cabellos
atesoran la clave del enigma sagrado:
me lo han dicho las brisas retozando con ellos...

Yo no sé si del coro del empíreo te acuerdas:
pero, al verte la rubia cabellera, he pensado
que las arpas celestes se han quedado sin cuerdas...

EL MADRIGAL DE LAS ROSAS

Al ver que sobre el pecho tenías una rosa,
imaginé que fueras un ramo que surgía
de un cáliz de alabastro; y en él se convertía
cada uno de tus ojos en una mariposa.

Rayos de Sol tejieron tu cabellera undosa,
y así bajo tu cutis se transparenta el día;
por eso es que la rosa ceñirse parecía
en torno de una estatua de nieve ruborosa.

Estatua que apareces nimbada por un astro,
con cara hecha de rosas y cuerpo de alabastro,
en un jardín de plata, bajo un temblor de luna:

al ver la rosa encima del busto de Carrara,
pensé yo que del ramo de rosas de tu cara
se había desprendido sobre tu pecho una...

VIDA Y ARTE

Entre el arte y la vida repartí mis vigores,
y arte y vida me dieron su blasón más preciado;
y viviendo otras vidas, arte hallé en el pasado;
y por obra del arte, viví vidas mejores.

Puse un sello de audacias en mis odios y amores,
y las formas rebeldes para mi arte he buscado.
Como artista novísimo ó como héroe anticuado,
he ceñido mis sienes con espinas y flores.

Es el arte en mi vida lo que más la engalana;
y la vida errabunda de una Edad ya lejana,
es en mi arte dilecto la más óptima parte.

Tal es cómo en mi historia cerebrada ó sentida,
he de hacer yo de mi arte mi mejor fe de vida
y he de hacer de mi vida mi mejor obra de arte...

JOSE SANTOS CHOCANO.

CON MI SOMBRA

Al saltar mis ideas á la página blanca
Tu penumbra mitigue la calidez del verso,
Vén, y abrillanta y pule en la página blanca
Mi estrofa, con tus chales de sedoso silencio.

¿Por qué no me respondes? ¿Mi voz á tí no llega?
¿Acaso tus temblores no son los de mis nervios?
Yo sé que tú me miras con tus ojos de ciega.
¡No huyas de mí! Estoy solo. El mundo me da miedo.

¿Es mucha la distancia que entre los dos existe?
¿Es muy lejano el lóbrego tremor de los espejos?
¿Por qué en luto te envuelves? ¿Tu proyección se viste
Quizá con el harapo de mis delirios viejos?

¿Porqué tú me abandonas en horas de tiniebla?
¿Porqué en cambio me sigues cuando la luz me baña?
¿Será porque en los yunques donde el iris se templa
Forja el placer mentido su ponzoñosa daga?

¿Porqué tu gesto es befa del lineamiento humano?
¿Es grotesco á otros ojos nuestro orgullo de formas?
¿Ritmos y líneas cambian su ley en ese plano
Donde nuestro arte excita la risa de las sombras?

¿Así como tremolas tus ilusivas gasas
De brisa gris en torno de la convulsa hoguera,
¿Cuando me ves del beso falaz entre las brasas
¿Por qué no hilas neblinas de fastidio en tu rueca?

Vamos al campo. Mira. La radiación nocturna
Cierne en el aire azogues que excitan á la danza
De lo irreal. Bailemos los dos la taciturna
Danza de nuestras horas con la ausente adorada.

¿Eres sensible? ¿Sufres? Mi tristeza te alcanza?
¿La ausencia de los seres amados te contrista?
¡Sí! Por eso en la luna tu silueta se alarga
Sondeando el solitario sendero con la vista.

Recuerdas sus lecturas en veladas de invierno?
Sobre su falda el libro, sobre mi hombro su frente,
Las rosas de sus labios sobre mi pensamiento
Destilaban dulzuras de aromoso nepente.

Húndete en ese lago donde el azul desata
Sus sierpes de destello febril entre los peces.
Quiero afinar mis penas bajo el cincel de plata
Con que en nacar esculpen los astros sus verjeles.

Ven á hundirte en el sueño del estanque profundo,
Ven y ponte por ojos dos estrellas fulgentes.
Quiero ver si en tí siento bajo el cristal jocundo
Suavizarse la vida con los rasos silentes.

¿Ves el jazmín frondoso que en el movible estaño
Del arroyo su nivea florescencia retrata?
¡Sé porque tiemblas! Sueñas de aqueste mismo baño
Ver que Ella sale y cubre su desnudez de Driada?

Dime: cuando al contacto de mis labios encumbra
Sus senos, ¿tú no aspiras un perfume excitante?
Tú no posees con ansia su flexible penumbra?
¿No haces también que cruja la seda de su traje?

Dime: Cuando mis besos vuelan y en los cristales
De su alcoba se tiñen con carmín de alborada
¿No eres tú la que imprime temblor al cortinaje
Del lecho, al verte unida con su sombra adorada?

De esos ojos que brillan cual puñales, el filo
Desgarra los vendajes purpureos del deseo;
Sálvame tú que viajas de la nada al asilo;
Huye. Que no te alcance en tu azogado vuelo
De esos ojos que brillan cual puñales el filo.

EDUARDO TALERO.

EL HOMBRE A QUIEN LE DOLIA EL PENSAMIENTO

Hay enfermedades extremadamente raras y terribles.

Una de ellas es la del sueño, de que tanto se ha hablado últimamente y que se propaga merced á la picadura de la mosca de Africa, llamada "tsé-tsé".

A Francia fué llevado no há mucho, para su estudio, un grupo de negros atacados por esta enfermedad. Todos murieron. Dominábalos letargo profundo, del cual no salían sino momentáneamente.

Uno de los atacados, en cuanto se despertaba, poníase á cantar canciones monótonas y melancólicas, casi sin palabras, como si quisiera arrullar su propio sueño, su sueño fatal, más allá del cual estaba la muerte.

Confieso que esta enfermedad, no obstante su extrañeza y las impresiones que debe producir á quienes observan su desarrollo, á mí no me asusta. Dormir... aunque sea para no despertar ya, es siempre lisonjero. La naturaleza, que acaso dió la vida como madrastra, dió después el sueño como madre.

Más terrible aún que esta enfermedad, es la que se llama "osificación de los músculos", originada por la abundancia de óxidos de calcio en el organismo.

Lentamente se inicia, lentamente avanza... hasta fosilizarnos en vida, hasta convertirnos, como si dijéramos, en piedra. El cerebro y el corazón escapan largo tiempo. Ya los piés, las piernas, los brazos, los intestinos mismos, están más ó menos osificados. Sólo el corazón y el cerebro siguen latiendo dentro de aquella estatua, que vé, que oye... "¡qué se dá cuenta!"

La rara enfermedad no es dolorosa. En Alemania, un hombre fué atacado por ella, y muchos meses antes de morir, yació en el lecho del hospital.

Lo peregrino de su caso hacía que fuesen á verle innumerables personas. El, siempre de excelente humor, conversaba con todas.

Era una especie de escultura del Comendador; pero nó trágica, sino afable y hasta ingeniosa.

En cierta ocasión, á una princesa que le visitaba, díjole:

—Me estoy erigiendo yo mismo mi estatua en vida.

Al iniciársele la osificación del corazón, murió; todo en él era ya rígido y estaba como petrificado, menos la boca. La estatua sonreía... sonrió hasta el último instante. "No le dolía nada". ¡Cada miembro había adquirido la insensibilidad y la perdurabilidad del mármol!

Esta enfermedad es, sin embargo, inocente si se le compara con otra que voy á describiros: Los cabellos, en virtud de ciertos vicios de nutrición, de no sé qué asimilaciones espantosas, se van hinchando y encarnando, hasta que son como hebras de nervios y de carne, como apéndices tentaculares.

Vuestra cabeza se convierte entonces en cabeza de medusa, y cada cabello, si lo cortáis, si tiráis de él siquiera, sangra y os duele horriblemente.

Los griegos, que en suma no fantasearon tanto como se cree, sino que hacían de sus mitos simples representaciones de seres, fuerzas y cosas existentes, á sabiendas de esta enfermedad imaginaron su Gorgona castigada por Minerva.

Las culebras que se retuercen airadas en la cabeza de Medusa, y que petrificaban de espanto al enemigo, no eran más que la exageración de un hecho...

Pero yo he sabido ó he soñado de una enfermedad todavía más terrible que las descritas.

¡Imaginaos á un hombre á quien le duele el pensar, á quien cada pensamiento, cada cerebración, le produce una tortura física!

Mis menguados conocimientos me impedirían describiros técnicamente esta enfermedad; mi patología es harto rudimentaria. Pero, en fin, suponed que hay en el cerebro de este hombre una irritabilidad extraña y que cada célula, merced á ella, sufre al "elaborar" el pensamiento. Digo "elaborar" no porque sea yo materialista precisamente, sino porque no encuentro un verbo más adecuado. El cerebro, para mí, es un instrumento de aquello misterioso y casi divino que hay en nosotros; pero aquí, en el caso que analizamos, ese instrumento adolece de una hiperestesia tal, que cada pensamiento, al producirse, "pincha" como un alfilerazo.

Si el paciente fuese un mozo de cordel, un politicastro militante, ó un "distinguido sportman", claro que la enfermedad no tendría gran importancia. Habiendo para él raras ocasiones de pensar, y ejercitando en más raras ocasiones aún, esta facultad, los dolores no valdrían la pena de tomarse en cuenta.

Pero aquí pasa lo contrario: el hombre al cual nos referimos, piensa con exceso, y en virtud de esta frecuencia y de esta intensidad del pensamiento, se ha desarrollado en él la dolencia.

Así como del mucho mirar se irrita la pupila hasta hacérsele insoportable la menor luz, así á este hombre del mucho pensar se le han adolorido las células...

Es un grito vivo, un incesante y angustioso grito...

Los médicos lo narcotizan á fin de que duerma sin cesar; pero en cuanto despierta, aunque sea por breves momentos, comienza á lamentarse.

Cada pensamiento le arranca un ¡ay!; brota cada idea "como brota la espina de la planta", según la expresión del poeta.

Antes de que la inaudita dolencia hubiese llegado al actual período agudo, nuestro hombre, nuestro mártir, deberíamos decir, experimentaba solo, al pensar, una vaga y confusa molestia; pero en cierta ocasión bebió inmoderadamente café, y la actividad cerebral que tal bebida le produjo, fué intolerable. Tuvo insomnios y durante ellos su tormento indecible le arrancaba alaridos.

... Ahora duerme, duerme, aniquilado por los anestésicos; pero en cuanto se filtra por su cerebro un rayito de pensamiento, se escucha un grito, un grito lastimero que parte del alma...

AMADO NERVO.

Madrid, Octubre 1908.

SARDOU

En París, donde naciera en 1831, ha muerto M. Victorien Sardou, autor de setenta y tantas piezas de teatro, que representadas en todos los idiomas de Europa, conocidas en todos los extremos del mundo, mantenían vivos aún los prestigios de ese nombre, que llena los anales del arte dramático francés en el último tercio del pasado siglo.

En plena gloria de Augier, á pocos años de "La dame aux camélias", comienza Sardou su carrera. Entre Dumas (hijo), que disputaba con brillo la supremacía, y el fundador de la escuela del buen sentido, que aún reinaba como soberano, no se admitía la posibilidad de ver á un tercero surgir con éxito. Los primeros pasos del maestro justificaban además á su respecto la desconfianza. "La taberna de los estudiantes" había sido una tremenda caída y fracasos de toda especie, ante los directores habituados á los problemas morales de M. Augier, ó los problemas de conciencia de su rival, se sucedían para los manuscritos del joven autor, modestos dramas históricos como "Bernard Palissy", ó ingenuas tentativas poéticas, como tal tragedia de que luego él mismo se burlara. Pero el "nuevo" no tardó mucho en ocupar el puesto que le estaba señalado: renunciando á la ilusión de verse interpretado por Rachel ó por Federico, al encontrar en su camino á Virginia Dejazet, confióse á ella, y su suerte cambió radicalmente desde entonces. Fué muy poco después que "Pattes de mouche" anunció la presencia de un nuevo maestro de la escena experimentado por el dolor, tenaz en la esperanza, fuerte con la convicción de la victoria y maravillosamente dotado.

Sardou tuvo, pues, principios tristes y difíciles. Cuarenta y tantos años de triunfos consecutivos lo compensaron después,

Deseosa la dirección de NOSOTROS de tributar su homenaje á la memoria del ilustre dramaturgo desaparecido, no ha hallado mejor manera que la de reproducir esta bella página que nuestro colaborador Joaquín de Vedia le dedicara á raíz de su muerte, en LA NACIÓN del 9 de Noviembre.

N. de la D.

pero, ignorando ú olvidando aquéllo, los jóvenes que tropezaron más tarde con él, como él tropezara en Augier y en Dumas, y hasta en Scribe decadente y en D'Ennery aplaudido, le trataron durante largo tiempo con la ferocidad que suele despertar en el luchador ó en el desamparado el espectáculo de la dicha sin sombras siquiera de pasadas tristezas. No impidió eso, ciertamente, que continuara su plácido curso la brillante actividad del creador, pero algo más curioso aun, el despiadado ataque no le amargó tampoco ni alteró su serena fisonomía de filósofo, en la cual siempre hallaron cuantos acudieron á él, aun saliendo de las filas chillonas y hostiles, la sonrisa benévola y la protección desinteresada y sin jactancia. Empero, semejante guerra pudo bien excusar un movimiento de impaciencia en quien debía sentir la injusticia de aquella concentración encarnizada de todas las miradas agresivas sobre su persona y su obra, y en quien tenía en su mano, dictador supremo, medios de venganza aplastadora y definitiva. En cambio, él tendió esa mano á muchos: y si alguna vez hubiera experimentado la necesidad de la represalia, y la hubiese obedecido, un solo título le bastara, ante una posteridad por llegar todavía, para excusarse de cualquier crueldad: entre los que recibieron su ayuda, entre los frutos de su generosa indulgencia, hay este nombre y este título: Henri Becque y "La parisienne". El rencoroso autor de los "Souvenirs d'un auteur dramatique" no lo olvidó por cierto y dejó testimonio del noble movimiento en la página menos amarga de su libro acibarado. No tuvo Sardou tan sólo á jóvenes ratés ó rabiosos impotentes por adversarios: en su obra de batallador, en sus varios volúmenes de crítica literaria, Zola le atacó con su pujante vehemencia, zahiriéndolo y acusándolo despiadamente. Pero no fué el viejo maestro menos indulgente para el denodado campeón del naturalismo, que lo fuera para los jóvenes atrevidos de los cafés bohemios; ante su juicio, la pasión de llegar excusaba á éstos, como la sinceridad en el ideal explicaba al otro, y cuando todos aprovecharon una olada de desprestigio popular para liquidar cuentas con el crítico del "Voltaire" y "Le bien public", él, por el contrario, púsose junto al gran soldado, en cuyo entierro quiso llevar un cordón del féretro. Zola no rectificó nunca ninguna de sus páginas ardientes, pero debió pensar, sin duda, que, si el dramaturgo no merecía su estima literaria, el hombre era acreedor á una profunda admiración varonil.

Esas obstinadas oposiciones juveniles á la difusión y al espíritu de la obra de Sardou, han tenido resonancia hasta en nuestro mismo medio como, por lo demás, en todos los países y ciudades donde en torno del teatro reina una actividad de aspiraciones, propósitos é ideales encontrados. Aún aquí hemos visto maltratar á Sardou sin ninguna especie de consideraciones, en nombre del arte, del arte puro, del arte de verdad ó idealidad

preconizado invariablemente por los que nada hacen, y no por los verdaderos artistas, más ocupados en la revelación de su propio temperamento, que en las definiciones ó evangelios de "lo que debe ser" la obra. Hemos visto aquí también esgrimir contra Sardou las armas usadas en los cenáculos de los "no comprendidos" y "los rebeldes al halago del éxito": convencional, falso, chato, pernicioso, engañador, sofisticador, y encima de todo eso, la suprema injuria: hábil, "el hábil Sardou". Se ha agotado contra él el diccionario de los epítetos desdeñosos. Sardou ha tenido, dentro y fuera de Francia, críticos severos, justamente severos. Imposible negar que su método fallaba en muchos detalles, que no siempre su obsesión de lo teatral coincidía con lo humano ni lo bello, que sus desenlaces eran casi siempre previstos y vulgares, que sus problemas psicológicos y sociales, cuando no rudimentarios, se desarrollaban sin elevación y sin vigor, que le debemos muy escasa contribución á las renovaciones de la forma y más nula todavía á las evoluciones de la idea. Con todo, el juicio tan fácilmente emitido sobre su teatro por aquellos que en realidad no tienen argumentos en que apoyar sus sentencias, si no es el prurito de contrariar la boga, es y fué irritante por lo irreverente y por lo insubstancial.

Sardou, ó su teatro, se sintetiza con esta palabra: el hecho, ó si se considera poco claro el vocablo, la acción. Ahí está todo él, en el vaudeville, en la comedia, en el drama, en la tragedia, en cuanto género abordó, y está dicho en la universalidad de los géneros.

Nada nos dirá que no tenga su base ó su origen en lo que ya nos ha hecho ver. El entreacto, ó el exterior, poco influyen en el desenvolvimiento de su trama. No hizo jamás, ni habríala hecho, una comedia en que, como en "Francillón", todo se concreta á la investigación psicológica de un caso que no hemos presenciado y solo conocemos por las referencias de sus mismos actores. He aquí el ejemplo: con ese tema, el segundo acto de la obra de Dumas, escrita por Sardou, se desarrollaría en un escenario partido en dos, como el camarín de Stella, en Andreína: de un lado Francine, con su joven acompañante entre aburrido é intrigado; del otro Rosalía Michon, con Luciano de Riverolles, el marido de Francine. Y de aquí para adelante, todo lo que se quisiera, pero siempre apuntalando la comedia en gestos y movimientos que crearan cambios en la situación del tablero, nunca en puras palabras, raccontos más ó menos sabrosos, ó deducciones más ó menos espirituales. Sardou, en este sentido, procede del viejo Dumas con caracteres más acentuados que el propio hijo. Hay una estrechez de concepto innegable en esta forma, hay quizá un artificio de manipulador de "marionettes" destinado á encubrir pobreza de ideas y de elocuencia, pero, sin embargo, ¡cuánta riqueza de matices en esa miseria, y qué insuperable maestría en ese artificio! No se resiste: un interés anhe-

lante se apodera del espectador, á quien un nudo ahoga en el momento patético ó una endiablada alegría invade en la escena cómica, y allí se está, como clavado en la silla, siguiendo la escena con atención profunda, con la emoción que dan las realidades y el intersticio no se advierte ni se descubre la falla.

El procedimiento es eternamente el mismo; por el punto de partida se puede ya establecer el rumbo á seguirse, pero el color se transforma sin cesar, la sensación se enriquece con profusa variedad de notas, y el amor de Fédora, de Andrea, de Gismonda, de Tosca, de Teodora, de Clotilde, de todas las heroínas, presenta aspectos infinitamente diversos, como la tortura de Scarpia, ó la conserjería de Robespierre, son formas distintas de lo horriblemente, y aun brutalmente trágico, como "Nos bons villageois", "Rabagas" ó "Divorçons", son tres tipos superiores de la comedia en una absoluta diferencia de tonos, de estilos y de visos. Sardou sabe dar á cada tiempo, á cada ambiente, á cada situación, una forma ó manera peculiar de ser bueno, de ser heroico, de ser perverso, ó de ser malicioso. Ha ensanchado, sin duda, los horizontes de la escena moderna, introduciendo en el repertorio circunscripto de los contemporáneos las épocas y momentos culminantes todos de las civilizaciones. Grecia y Roma, la edad media en el inmortal "Odio", el renacimiento italiano y francés, la España de Cervantes, la Inglaterra de Shakespeare, Flandes y el duque de Alba, la Revolución francesa y Napoleón, las conquistas de la ciencia en el siglo XIX y hasta supersticiones de nuestros días, todo lo transformó en dramas y comedias, que objetivan las ideas generales de la historia en formas á veces fieles, siempre conmovedoras.

Divirtió mucho y supo hacer; he ahí sus dos grandes culpas, para la mayor parte de sus enemigos. No intentó resucitar moldes viejos, con ideas nuevas, pero, en cambio, supo llenar con viejas ideas los nuevos moldes. No deja pensamientos trascendentales para el arte y la filosofía, pero nos lega una visión de la humanidad, la más elevada ó la más deprimida, que si no refleja intensas concepciones psicológicas, salva con familiaridad las más remotas distancias morales ó cronológicas, y nos aproxima aún á aquello que sus predecesores ó coetáneos creyeron inaccesible. Fué fecundo y su habilidad extraordinaria de constructor pareció complacerse en crear obstáculos para vencerlos, eligiendo temas imposibles é inventando argumentos descabellados para presentarnos con ellos comedias y piezas de hechizo irresistible como sus mejores obras. Hizo de la escena su cosa y la exprimió hasta la última gota, y pudo afirmar que ella no tenía secretos ni peligros para él. A ella pertenece su vida, su espíritu, su talento, su gloria. El libro no le debe ni pudo deberle tanto, y por esto él limitó en el teatro sus grandes afanes, porque sabía bien dónde estaba y podía desarrollarse su fuerza. Es

en el teatro donde su obra le sobrevivirá largo tiempo, donde alguna de sus obras vivirá eternamente y donde la tradición repetirá siempre su nombre, como el de un ejemplo y como el de un mago.

POUR UNE INCONNUE

Dans un demi réveil, j'ai baisé tes cheveux,
Tes nocturnes cheveux tout étoilés de songes,
Et ma bouche acharnée á de subtils mensonges
Sur la tienne a cueilli les plus troublants aveux.

Comme la voix d'un astre éclose dans les cieux,
Du fond de l'océan d'amour oú tu me plonges,
Ta musique en échos savants que tu prolonges,
Je l'entends qui me dit:—Je t'aime et tu me veux!

Oh! dans quel firmament diviniser le rêve.
Et sentir sur mon coeur la fée aux longues mains,
Et prés d'elle oublier tous les errants chemins!

Je n'ose pas y croire et j'y pense sans trêve...
Quand je ferme les yeux, c'est les siens que je vois,
Mais des yeux qui seraient l'áme en fleur d'une voix!

CARLOS DE SOUSSENS.

Septembre 1908.

EN LA PAZ CAMPESINA

EL ZAGAL...

El zagal su rebaño baja del monte y canta
junto de una vaquera bajo la tarde santa:
Van dulcemente unidos; las manos en las manos;
se amaron sobre el césped y en los chozos serranos;
su yantar fué borona, agua y queso de ovejas;
compusieron sus juegos unas églogas viejas...
Al llegar á la aldea se separan. El mozo
va á la heredad del amo á solas con su gozo...
En la cocina cuentan consejas los pastores
mientras los viejos lobos vagan por los alcores...
Después en el establo, tibio, obscuro y hermoso,
oliendo á heno y á estiercol les espera el reposo...
¡Oh cabreros hermanos! en vuestros corazones
se ha reflejado el cielo de las cuatro estaciones
como en el agua pura y fragante del río,
y así de claro y limpio siento el corazón mío
como el de este zagal, sin grandeza y sin ciencia,
pero arrastrando otra cotidiana existencia...
El mozo duerme ya sobre el heno oloroso
el sueño que yo sueño tranquilo y silencioso.
Y la mula y el buey con su cálido aliento
templan su cuerpo rudo como en un Nacimiento
las carnes sonrosadas de Jesús... Fuera, llueve.
Todo paz. En la granja, sólo el mastín se mueve.
Cantan los gallos. Muge el buey en la penumbra.
El candil de una moza al pastor le deslumbra;
viene á ordeñar las vacas. Y ¡oh despertar sonoro
en el establo abierto á los campos de oro!
¡Todo lleno de sol, de humedad, de rocío:
las ovejas, los prados, la sierra, el cielo, el río,

las campanas del Angelus temblando en el espacio
y el valle rubio y límpido como un claro topacio!

BAJO EL ARDOR DEL SOL...

Bajo el ardor del sol que incendia los herbales
los carros lentamente retornan de la era:
calcinados, sedientos entre la tolvanera
se arrastran cual leprosos por los caminos reales.
Sienten fuego las bestias bajo las herraduras
y sobre sus cabezas cansadas, abatidas...
Las moscas y los tábanos ensanchan las heridas
de sus cuerpos barcinos, llenos de mataduras.
La sombra de unos chopos al borde de un sendero
es como un santo halago sobre una roja llaga...
Y el fuego de la tarde tiembla y casi se apaga
en la húmeda tersura de un claro abrevadero.

JUNTO A LA RECTORAL...

Junto á la rectoral hay un viejo castaño
donde al salir de misa su sombra perfumada
cubre un dulce recuerdo del buen tiempo de antaño:
con los pastores hablo como en la edad dorada.
Y son nuestros decires primitivos y sabios
serena y pura plática de bíblicos varones—
sonando las palabras al salir de los labios
con el ritmo del agua que extraen los canjilones.
Así con sus discípulos Platón buscara un día
la sombra de los plátanos y los laureles rosas
y junto al mar de Ulises, al sol de mediodía
prodigaba sus sabias palabras armoniosas.

VUELVEN LOS SEGADORES...

Vuelven los segadores abrasados del llano
á las nieblas nativas donde tiemblan de frío
sus cuerpos que han sufrido bajo el sol castellano
el recio abatimiento del yugo del estío.
En el camino hallan el calor de los llares
y una humilde limosna en el pan de centeno;
y para descansar se ofrece en los pajares

la blandura aromática y maternal del heno.
¡Apostólico lecho donde hallan el reposo
infantil y profundo del sueño en una cuna,
cubiertos por un vasto silencio religioso
y entre los blancos lienzos que les echa la luna!
Lleno de una beata suavidad franciscana
como una madre acoge sus hijos en su seno...
Y mi alma bajo el Angelus azul de la mañana
es humilde, fragante y dulce como el heno.

EL AZUL DE LA TARDE...

El azul de la tarde se ensancha limpio y terso
sobre el silencio augusto del cipresal sombrío
donde llorando quiero por el ensueño mío,
encerrar mi dulzura y mi angustia en un verso.
Un verso que igualara la calma del ocaso,
blanco, como en el valle mi enjalbegada casa,
triste como un mendigo que el hato al hombre, pasa...
suave, como el crepúsculo de suavidad de raso.
En un oro otoñal suavemente bañadas
mis palabras tendrían de un linar la blandura
perfumando mi boca con la agreste frescura
de esas dulces manzanas fragantes y encarnadas.
Pero se escapa el célico perfume de la hora
á mi poder que quiere, humildemente humano,
guardarlo como el agua que un niño vé en su mano
y aprieta, aprieta el puño... Y al verla caer, llora...
Llora volviendo á casa, por la obra que no he hecho,
mi alma, que con la tarde vé morir algo de ella,
mientras la rosa blanca de la primera estrella
parece que se abre en medio de mi pecho.

FERNANDO FORTUN.

Madrid, Setiembre 1908.

DEL LLORO DE LOS ABEDULES POR LA MUERTE DEL HIJO DEL REY

En otro tiempo cuando todavía
Se casaban princesas con zagales
Y las cosas que un hada refería
Eran reales.

Un príncipe una vez llevando un coro
De pajes por un campo de abedules,
Vió una zagala de cabellos de oro
Y ojos azules.

Aquella noche el príncipe no pudo
Dormir. Pensó en su nueva y rara estrella
Y cuando le venció el cansancio rudo
Soñó con ella.

Y lloró largo rato al otro día
Su novia antigua la princesa Atala,
Cuando la dijo él que se moría
Por la zagala.

Dejó el negro castillo y hacia el prado
De abedules guió su yegua blanca
Que alzaba un cojín rojo recamado
Sobre su anca.

Y no hizo caso al rey que desde una
Ventana del castillo, con la mano
Le maldijo y su estirpe y noble cuna
Le gritó en vano.

Luego en el alto bosque de abedules
Entró seguido de un tropel de pajes
Que parecían damas con azules
Y altos encajes.

Entre los troncos pálidos envióles
El sol sus vivos tonos de escarlata.
Iba como en un sueño, entre arreboles,
La cabalgata.

En un oculto espacio de pradera,
La zagala, de traje raído,
Conversaba con un zagal que era
Su prometido.

Y bajó de su yegua blanca el hijo
Del rey, todo encantado con su empresa.
Y á la zagala habló: ¿Sabéis le dijo
Que sois princesa?

Ella al oir aquella voz tan suave,
Sintió, indecisa, el corazón opreso
Pero al zagal como compensa grave,
Le pidió un beso.

El príncipe azorado quedó mudo
De pena. Contempló al zagal sencillo,
Y se puso á llorar. Despues, ceñudo,
Tornó al castillo.

Traspasados de luengos rayos de oro,
Sobre los pajes pálidos y azules,
Parecían seguir su amargo lloro
Los abedules.

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

(1) De "El libro de la duda y los Cantos ingenuos", que acaba de aparecer.

DE CRITICA

ALREDEDOR DE "ALMA NATIVA"

Adviértese en la literatura argentina del día, en la obra de los poetas, de los novelistas y de los dramaturgos un sello de común amor al pasado; no por cierto en un sentido regresivo ó reaccionario, sino en el más brillante y amable de curiosidad é interés por una época extinta, llena de poesía y de encanto; un sano amor hacia aquellos tiempos pintorescos y adorables en los cuales el gaucho—iniciado escasamente en los recursos de la civilización—mostraba al desnudo su alma varonil; tiempos de rudeza si se quiere, pero en los cuales brillaba como un sol (bajo las nubes sombrías de Rosas después del eclipse colonial) el sentimiento de la libertad y el anhelo de independencia, tiempos en que se mostraba, desnuda é ingenua la hidalga generosidad del nativo, su hospitalidad patriarcal, su probidad intransigente.

Fué siempre, y aún lo es hoy en no escasa proporción, base de la riqueza nacional argentina—su vida misma—la industria pecuaria tanto como su agricultura. Cultivo y explotación demandaban la vida nómada, de todas suertes selvática, peculiar de las Pampas. La posesión de terrenos dependía más aún de la cuantía del ganado que del número de habitantes y de la capacidad de éstos de laborar las tierras. La vida ciudadana, por consecuencia, había de resultar algo como una superfetación anómala más que un producto natural. La previsión de los estadistas argentinos quiso atraer la inmigración cediendo comarcas enteras, no poniendo coto á la ambición de los terratenientes; dejando al arbitrio del agricultor ó del ganadero el fijar los límites de su "hacienda". Mas surge por singular contradicción la inmensa urbe de las orillas del Plata y aquella inmigración para las comarcas vírgenes del interior se detiene junto á las márgenes del famoso río: iníciánse las industrias, florece el comercio, asiéntase en la gran ciudad el punto de apoyo de los que habrían de conquistar la tierra hasta entonces desdeñada y

hasta mucho tiempo despues no fluye hacia las pampas el remanente de la ciudad. Pero allí, en aquellas soledades inmensas, junto á las luces deslumbradoras de la civilización cada vez más refinada, se había mantenido estacionada la vida; las costumbres campesinas permanecían inmóviles en su pristina paz, tranquilas y rudimentarias. El contraste se reveló de improviso como un deslubramiento. Eran tan opuestos los dôs horizontes; había tanta poesía en aquella disparidad de ambientes, que el amor y el entusiasmo más fogosos acompañaron en su ruta á los que avanzaban hacia el centro, talando bosques, roturando tierras, guiando las aguas, mientras el pampero, el gaucho nativo retrocedía, extinguiéndose lentamente por un fenómeno de absorción que se inició lógicamente al rudo choque de la altivez del indígena y la novedad invasora. En menos de tres lustros el gaucho, que no podía evolucionar si quería adaptarse, se transformó en algo mítico ó legendario y los artistas, enamorados siempre de todo lo poético y de todo lo heróico, se sintieron atraídos hacia aquella resistencia estóica y ante el peligro de la extinción rápida se apresuraron á llevar aquel mundo singular que huye vertiginosamente hacia el pasado á las páginas de la novela, á las escenas del drama, á las estrofas del poema.

Recientemente publicó Manuel Ugarte una encantadora "nouvelle" en la cual encarnó de mano maestra el tipo de Martín Fierro, de Juan Moreira, de Santos Vega, del gaucho, en suma, que se aleja y hubo de colocarlo en oposición al argentino que "se perfila", del argentino que cada un día muestra más definida y propia su personalidad, ostentando el sello de la nación nueva, la de la Argentina de Buenos Aires, no la de las pampas de Entre Ríos. "La Leyenda del Gaucho" intitula Ugarte su cuento y en él como en el drama de Payró "Sobre las Ruinas" y en no pocos de los cuentos de Bunge (no quiero extender la bibliografía) se advierte el mismo sentimiento melancólico, igual nostalgia y tierna añoranza de aquellos días de los piales, de los rastreadores, de las pechadas....

Vése, pues, que hay una tendencia muy caracterizada de buscar en tiempos idos escenario propicio para la creación imaginativa y para aquellos que analizan superficialmente esa tendencia significa algo como el carácter ó tipo definitivo de la literatura argentina. No es así por cierto. Trátase, tan solo, de un "momento" de la evolución literaria de ese gran país, firmemente orientado en la obra "nacionalista" que dá tono y color á la moderna literatura y que señala, además, los rumbos del futuro porque la novela, á plazo corto, será nacional ó no será.

Esa "visión" retrospectiva no puede ser tendencia definitiva;

no solamente por que ello se opone á la indeludible ley de progreso que impele hacia adelante y solo permite accionar en torno, no hacia atrás, sino, porque en la alternidad de la función humana, individual ó colectiva, otras necesidades vendrán pronto á sustituir á la actual que consiste en levantar acta, precisa y fiel de una situación á medias desvanecida y cada vez más remota. De ahí que lo "actual" en la Argentina, su cultura, su riqueza, su sólida organización política y su prosperidad administrativa, que no son transitorias ni están en peligro, tendrán á su vez, sus cantores como el pasado los tiene hoy, tan entusiastas y brillantes.

Y he aquí que Martiniano Leguizamón nos ofrece un libro en el cual describe el pasado y lo actual en contraste vigoroso; un libro encantador en el cual se suma al prestigio de la leyenda la realidad coetánea; un libro cuyo título "Alma Nativa" no puede estar más justificado. En él ha querido y ha logrado cumplir el programa que envuelven estas declaraciones de su prólogo: "Para cuantos observan con interés la rápida transformación á que asistimos en la que el perfil, la fisonómía peculiar de las cosas de antaño se borran ó se pervierten, sustituídas por un nuevo tipo, no escapará la urgencia de salvar los rasgos originarios del tipo viejo que agoniza". Esa "urgencia" le ha inspirado muy hermosas páginas que vienen á ser como un himno ardiente al alma gaucha. En ellas se percibe todo el proceso evolutivo de la Gran República del Sud. Como Ocantos en su "Misia Jeromita" y tantas otras gallardas novelas, como Florencio Sánchez en sus dramas, Joaquín V. González en sus cuentos, Lugones en "La Guerra Gaucha", Ricardo Rojas en "El País de la Selva" han transcripto la vida contemporánea argentina, su fisonomía social, sus bellezas naturales; así Leguizamón ha mostrado el encanto de la campaña, los hábitos de ayer, la melancolía de los viejos pamperos que ven huir todo "su mundo" toda su tradición, la esencia de "su" tierra, el alma de "sus" cosas....

Y no es, despues de todo, cosa fácil encadenar la atención del lector moderno (¡tan complejo!) con obras cuyo primordial encanto consiste en la sencillez; cuya psicología es más *objetiva* (si se me permite la paradoja) que de análisis. El más grave defecto de nuestros novelistas americanos (aun de aquellos que como Rodríguez Mendoza en Chile, Díaz Rodríguez en Venezuela, Federico Gamboa y Rafael Delgado en México, Zeno Gandía en Puerto Rico, Jorge de la Cruz y Marroquín en Colombia han hecho novela naturalista), consiste en que por huir de esa sencillez de égloga (indudablemente peligrosa para el artista) exaje-

ran el aspecto analítico, resultando falsa y convencional su "psicología", tan divorciada se halla de la mayoría pensante de nuestros países, y resultando por tanto irreal. Ello no empece para que el conato de novelar sobre bases simples, á la manera de Walter Scott, resulte anacrónico y repugne á los gustos del lector contemporáneo. Mantenerse en el justo medio, acercándose á Gorki más que á Bourget, y tejiendo sus tramas sobre diáfanos hechos en los cuales muy rara vez interviene el amor, es lo que ha hecho Leguizamón, como si seguro de vencerlas se hubiera complacido en acumular dificultades en su obra.

Leguizamón, pues, desdeña todo lo que tenga sabor de efectismo; ni la intensidad dramática, ni el torpe procedimiento declamatorio, en boga un día entre nuestros noveladores, aparecen en sus páginas; su libro es un libro humano, y sobre todo, "de la tierra" y como ésta es pánico, armonioso y sencillo.

He de anotar un hecho sumamente curioso. Uno de los cuentos, ó más propiamente, de las narraciones de Leguizamón, el que ostenta el rubro "El tiro de gracia" tiene el mismo argumento que un cuento de Amado Nervo intitulado "Una esperanza". Pudiera algún malicioso pensar que hubiera plagio entre ambos escritores, conviene pues, aclarar que la fecha de "Alma Nativa" es la misma (en Buenos Aires) que la de "Almas que pasan" (editado en Madrid). Y aún más, Fortuné de Boisgobey ha publicado hace cerca de cincuenta años una novela cuyo desenlace es idéntico al argumento de estas dos "nouvelles". Narran estos tres autores un episodio en el cual un condenado á muerte debe ser salvado por el Jefe que manda el pelotón encargado de fusilarlo; circunstancias imprevistas obligan al "salvador" á dar el tiro de gracia al reo. La coincidencia, repito, es interesante, pero en puridad no tiene importancia.

Volviendo á Leguizamón, puede clasificarse con toda certidumbre al autor de "Alma Nativa" entre los escritores realistas; de aquellos que en nuestra América "ofrecen la obra sin que se advierta en ella la adaptación forzada que caracteriza generalmente las novelas falsamente americanas" como expresó Salvador L. Erazo al referirse á un libro de Leonardo Bazzano. El realismo ("verismo" más propiamente) de Leguizamón, es aquel en que los personajes y el ambiente se compenetran por modo tal que no pueden divorciarse, esto es, que "la universalidad" de la pasión no excluye el perfecto localismo de la obra. En Leguizamón se encuentran esas dos cualidades que deben

concurrir en el crítico y en el novelista, (1) la facultad de catalogar las observaciones y experiencias, de analizar y deducir tanto como de inferir y, sobre todo, la doble capacidad para apreciar el detalle y el conjunto sin disociarlos artificialmente ni prescindir de ninguno de los dos; esto es, el trabajo integral y el analítico conjuntamente.

Apreciar el detalle es cosa imprescindible en el novelador porque solo detalles, minucias, naderías, constituyen la clave de la vida; por que en ella como toda obra de arte que le disputa la fuerza y la luz, lo decisivo no es el hecho amplio y complejo, sino la fruslería inadvertida, que crece y se adhiere como un pólipo monstruoso á los generadores de nuestra energía moral.

Leguizamón, con esa exacta apreciación de la técnica novelesca y de su idealidad novísima, jamás se intercala, nunca emite apreciación doctrinaria ajena á la ficción novelesca, y jamás hace de su personajes heroes de estupendas aventuras.

Por todo ello "Alma Nativa" constituye un aporte valiosísimo á la literatura argentina; al correr del tiempo será irrecusable testimonio de la valía mental del actual período, y mostrará cómo ese pueblo poderoso no solo finca su legítimo orgullo en su presente explendoroso sino también en su pasado, no muy lejano, pero lleno de luz, de armonía y de heroísmos.....

ARTURO R. DE CARRICARTE.

La Habana, Agosto 1908.

---

(1) En su maravillosa obra «History of Criticism» George Saintsbury expone que Stendhal, el creador de la novela analista, fué *exclusivamente* un crítico; por donde puede inferirse que la creación novelesca no está muy distante de la labor crítica.

—Yo no me explico—dijo Ninón riendo—cómo...

—¿Un hombre que se alimenta de cebollas y patatas?—se apresuró á interrumpirle el bohemio, adivinando su pensamiento y recordando lo que una marquesa había dicho de Rousseau, al mismo tiempo que fijaba la mirada en los dulces y soñadores ojos de Ninón.

—No me explico cómo—prosiguió ella—hace usted esa clase de cuentos, mi querido amigo.

—¿Por qué?

—Porque... No sé. ¿Quiere explicármelo usted? Allí hay una contradicción evidente. En sus cuentos no hay más que coquetas y bohemios...

—No siempre, mi querida amiga.

—Pero en la mayoría de ellos.

Comprendió su curiosidad y repuso:

—En mis cuentos no se ven, como usted dice, más que coquetas y bohemios, seres diminutos sonrientes pero melancólicos, criaturas ideales que viven en un mundo impalpable y frágil... No viven ningún drama ni comedia; sólo aciertan á representar con arte sus propias pantomimas... Mis personajes parecen hechos de espumas y mis mujeres de encajes. Sus inquietudes y sus pasiones hacen sonreir las más de las veces, ¿verdad? ¿Qué de admirable ó de oscuro hay en eso?

—Ciertamente, nada.

—Calló Ninón; pero en la sonrisa incrédula que mariposeaba en sus labios seguía interrogando al bohemio sobre aquel aparente arcano.

—Es verdad, ¿cómo se explica eso?

Y envolviéndola con sus ojos de niño fatigado, agregó:

—Soy como la meretriz, Ninón.

Magda estaba radiante de júbilo y de belleza. Aquel era el primer baile á que asistía. Vestía un elegante traje blanco y ceñía su cabellera una diadema de perlas.

Sonó el primer vals en la orquesta, y precisamente Héctor, aquel muchacho que la cortejaba y á quien ella de todo corazón quería, se adelantó á ofrecerle el brazo.

Se levantó con lentitud de su asiento y se apoyó desfalle-

cida en el brazo de su compañero. Algo le dijo él en voz baja, pero ella no oyó nada; sólo sintió que un brazo le rodeaba la cintura y que los dos, unidos, giraban arrullados por las alocadas fugas del vals, como sobre un místico sendero de lirios y de rosas.

—Cuando más voy penetrando en los misterios del eterno femenino, más me voy convenciendo de que la mujer es un enigma—decía un novelista.—¡No la comprendo!

—Todo es bien claro en ella, sin embargo.

—¡Bien claro!

—Para mí el alma de la mujer no tiene secretos. Su versatilidad, sus contradicciones, sus complejidades, todo en la mujer es femenino. Eso es todo.

—¡Vaya una definición! Como los sueños son sueños...

—Exactamente: una definición calderoniana; pero ten en cuenta que esa definición en que define lo definido es sola y únicamente aplicable á la mujer y á los sueños.

El pobre bohemio, con la cabeza llena de azul, griego y latín, se moría de hambre.

Desde el banco de la plaza pública donde estaba sentado y donde esperaba dormir la noche, veía pasar toda una multitud alegre y satisfecha que en interminable caravana corría por las calles comentando el último episodio de su vida vulgar.

El bohemio veía desfilar á la muchedumbre harta sin envidia, ni siquiera con odio. Estaba condenado á morir por la fuerza de los hechos y su voluntad no tenía fuerzas para rebelarse.

Llegó la noche; la ciudad, como por arte de una varita mágica, apareció iluminada... El bohemio se tendió con resignada calma sobre el duro banco é instintivamente se palpó por si se encontraba aun vivo.

Y sin embargo, no era otra cosa sino un muerto.

Próximo ya á morir, reunió á sus hijos y discípulos y les dijo:

—Acercaos más, porque lo que voy á deciros es de suma importancia y ningún hombre lo ha dicho todavía.

Sus discípulos se acercaron con presteza, ávidos de recoger las últimas palabras del sabio que tal vez encerraban la revelación de alguna verdad desconocida todavía, la solución quizá de algún grave problema contemporáneo.

—Durante toda mi carrera de paciente investigador de la verdad y de estudiante de la vida, la casualidad ha querido que descubriese tres grandes principios que eran desconocidos de mis coetáneos. Esos principios forman hoy parte de las conclusiones de la ciencia: en mis obras están formulados y nadie los ignora. Pues bien: esos principios no son nada en compara-

ción del trascendental descubrimiento que voy á trasmitiros. Acercaos más.

Los discípulos se apretaron entre sí y se inclinaron sobre el cuerpo del moribundo para escucharlo mejor.

—La única verdad que he descubierto en mi vida es esta: el hombre es humano.

Sus discípulos quedaron, al oir esto, meditando sobre el alcance y el valor de las postreras palabras del maestro.

—Es por cierto bien inexplicable la toma de hábito de Dorita Martínez, de monja del Carmelo. No sé qué motivo la habrá persuadido á renunciar al mundo y sus vanas pompas. No tenía vocación de mística y, sin embargo, ha entrado en el convento, ha sepultado su juventud, ha tronchado su brillante carrera en los salones, su porvenir en el mundo.

—¿Romanticismo tal vez?

No lo creo. En este siglo el romanticismo ya no tira hacia el convento.

—¿Sed de sacrificio quizá?

—Tampoco lo creo. Era una alma despreocupada y rebelde.

—¿Ansia de lo desconocido acaso?

—Acaso... La última vez que la ví, me dijo al despedirse: "Sólo puedo tener por esposo á Cristo cuyo reino no es de este mundo". Y en sus ojos parpadeaba una luz extraterrestre...

—Y bien—me dijo Claudina—es inútil luchar contra el destino. Nosotros hemos agotado nuestras fuerzas en una batalla tan cruenta como estéril contra la fatalidad que no por eso ha retardado un segundo su llegada.... Hemos guerreado mucho, y todo, al fin, ¿para qué? Nuestras almas paralelas no han hallado el camino donde habían de encontrarse...

Bajo la presión del brutal tormento que á ambos nos acongojaba en ese instante supremo de nuestra separación inevitable, sollozamos largo tiempo.

—Es cierto, Claudina—le dije al rato.—Desgraciadamente todo eso lo sé; lo que no sé es doblegarme, rendirme sin haber levantado mi protesta primero. Yo protesto con todas las fuerzas de mi alma contra la voluntad superior que ha hecho así el mundo y que ahora nos separa.

Había entrado ya la noche y estábamos en el cuarto sin luz, de suerte que no nos veíamos sino que nos adivinábamos en la sombra, vaga y distintamente.

—¡Oh, es mejor callar! La palabra en este momento está de más cuando nada puede, nada resuelve, nada mejora. Y sobre todo, ¿para qué?

Lanzó un suspiro y guardamos silencio.

Cuando llegó la hora, corrí desolado hacia ella y encontré en la oscuridad su lugar vacío...

En el café, en un círculo de amigos, oyendo la sentimental "Boheme" de Puccini, dijo un bohemio como inspirado de súbito:

—¡Doy el mundo por un poquito de poesía y de ensueño!

Alguien le contestó, mirándole fijamente en los ojos:

—¡Mi vida por una voluntad! ¡Pronto!

—¿Tú crees en la mujer nueva?—decíame una noche la coqueta Ninón, jugando con un abanico de blanco raso y ebúrneo varillaje.

—¿Por qué?—le contesté, interrogándola, con displicencia, porque me encontraba suficientemente dichoso á su lado, mirando pasar juntos las horas y las impresiones para entablar una conversación siempre peligrosa para nuestra dicha llevada en el terreno de las ideas puras y las concepciones concretas.

—Porque... porque...—balbuceó ella y sonrió con aquella gaya coquetería que era todo su encanto, el indefinible y misterioso encanto de Ninón.

Y callamos. Yo, creyéndome en mi aquelarre de bohemio, me puse á jugar con las alas de mariposa de mi corbata, mientras ella, echada atrás en su silla coquetona, parecía contemplar con la imaginación ausente el admirable paisaje que se descubría al través de los cristales de la ventana, iluminado por la luna.

—Ahí tienes á la mujer nueva—le dije de pronto á Ninón, señalándola, y como ella sonriera, me levanté de mi asiento, me aproximé á ella y posé con suavidad mis labios sobre los suyos, como hubiera podido posarlos sobre una boca de espuma.

Hasta el beso sabía á cierta gloria antigua.

—¿Por qué los jueces griegos absolvieron á Friné cuando la vieron en todo el esplendor de su hermosura y eso que estaba acusada, como Sócrates, de haber corrompido á la juventud ateniense?—preguntó á un escultor una cortesana que había tenido el capricho de salir de modelo á un desnudo que el escultor estaba modelando.

—Porque era bella—replicó éste, sin vacilar.

—Razón de artista. Yo sé, empero, que fué por una razón humana.

—Me permito poner en duda esa razón—objetó el maestro, mirándola aparentemente tranquilo, pero en realidad extremeciéndose un poco.

La cortesana insistió.

—Aquí me tiene usted—agregó, fingiendo una tranquilidad que iba perdiendo por grados.

Entonces la estatua en reposo se animó ante los ojos del escultor, desplegando ante él el adorable hechizo de su arte voluptuoso.

—No niego que haya habido también una razón humana—concluyó después, vencido ya, el artista, honrado padre de familia, pensando en su mujer y en sus hijos.

Estaba loco con su primogénito. En el colmo de su alegría de padre reciente llegó á decirnos:

—Tengo la mujer más hermosa del mundo. Soy feliz, queridos. ¿á qué negarlo?

Como sonriéramos irónicamente, nos invitó á pasar á la alcoba.

Entramos. Abrió con precaución una cortina y, señalando á su mujer que en ese instante dormía, nos dijo:

—¡Chist! Ahí está.

Acostada en el lecho, pálida, exangüe, con la suave palidez de la rosa marchita, reposaba una mujer joven, respirando apenas. Al lado de la cama, en una cuna adornada de encajes, entre cojines de plumas, dormía el recién nacido.

Nuestra impresión fué tal que no acertamos á expresarla sino con un sugestivo silencio, al cabo del cual se limitó á observar uno del grupo:

—Y bien, á pesar de todo, hay que admitir la divinidad de la serpiente á veces.

"Mi siempre adorada nenita: Desde una cama del hospital á donde me ha traído el final de mis desdichas, te escribo. Después de haber meditado y reflexionado bien estos días, he hallado que lo mejor que debieras hacer después de mi muerte—y á mí me haría mucha gracia allá desde el valle de Josafat—es casarte con el hombre á quien quieres... Te lo aconsejo sin ironía ni ira. La ironía no está bien en un hombre que necesita ahora de toda su gravedad para prepararse á volar del mejor de los mundos posibles y la ira no la puede tener quien, como yo, anticipándose al goce de la paz inmortal, aprende á estas horas la calma y resignación terrenas. Estoy pues en artículo de perdonártelo todo y así lo hago. Encomienda bien tu alma y déjame á mí dormir en paz. Adios, madame Bovary. Tuyo siempre.—*Rodolfo*".

La curiosa Ninón no podía comprender cómo escribir una pantomima era arte tan difícil como hacer un drama, á pesar de las claras explicaciones que le dió sobre el particular el poeta.

—Hacer hablar á un fantoche logra cualquiera; hacer hablar á un personaje de carne y hueso es ya cosa rara—argumentaba implacablemente.

El poeta sostenía que la dificultad de la pantomima consistía en que el fantoche, al hablar, sentir y conducirse como una figura real, debía conservar su fisonomía de títere por la

cual se reconoce que el episodio humano que vive el ser bufo y grotesco, con tener apariencias de vida, es una farsa.

—¿Cómo hacer hablar á un fantoche para que no se lo tome por hombre y conserve su carácter de fantoche?—interrogaba el poeta.

Mas en el simple y aturdido cerebro de Ninón no penetraba nada.

Desesperado el poeta, puso este ejemplo:

—La cosa es bien clara—dijo.—Usted, Ninón, que por definición es coqueta, es docta en el bellísimo arte de sonreir y enloquecer á los hombres... Cuando este humilde cantor de su belleza le habla en serio de su amor imposible, usted juega y se divierte con ese rico tesoro, sonríe y exhibe ante él todo su maravilloso encanto de coqueta... Cuando el bien amado le habla, usted, Ninón, irisada y cambiante, se transforma; ya apenas sonríe y toma en serio las palabras del otro y jura que ama. ¿Puede usted sonreirme á mí como sonríe al bien amado? ¿Puede usted sonreir al bien amado como me sonríe á mí?

—A veces lo hago—contestó ingénuamente Ninón.

—Pues esa es la pantomima—concluyó el poeta, sonriendo.

—Somos de nuestro siglo—me dijo Ninón.—La mujer de hoy ya no es la de siglos atrás... Nuestra alma es complicada; nuestros gustos y hasta nuestros sentimientos se han refinado. Antiguamente la mujer no sabía amar, ó si amaba, amaba á la buena de Dios, sin poner en el amor un poco de vaguedad y de misterio... Hoy, ya sabe usted cómo amamos. Cada día vamos resultando más enigmáticas é insondables,. Todas somos parecidas en algo á Hedda Gabler, esa gran incógnita que vive un drama turbador é inquietante y que al final se suicida tranquilamente, con la mayor sangre fría del mundo, llevándose á la tumba el secreto de su complejidad y su incoherencia modernas.

Comprendí que estaba un poco influenciada por las divertidas teorías que sostienen ciertos escritores que han creado el tipo literario de la mujer moderna.

Asentí, sin embargo, y ella, extremeciéndose sin motivo visible, como si le rozase el ala de la muerte, y haciendo desvahida su mirada, prosiguió:

—Somos criaturas atormentadas. Ignoramos á ciencia cierta lo que perseguimos. Nos agitamos con nuestros caprichos y con nuestras necesidades en un mundo todo temblor y fiebre. Somos interrogaciones anhelantes.

Cayó y miró distraídamente hacia afuera en que brillaba la luna y temblaban las estrellas como en la protonoche y seguían su curso secular todas las cosas como en el protodía.

Varios amigos le contamos á Manón el trágico fin de Ed-

mundo Cárdenas. Recordábamos que había sido su amante y que tal vez hubiera podido interesarle la noticia de su muerte.

—¿Se suicidó?—preguntó asustada Manón. Y soltó un grito de angustia.

—Un tiro de revólver en la cabeza y acabado—remató Luis Contreras.

—¿Por qué? ¿No se sabe la causa? ¡Dios mío!

—No tiene motivo porque afligirse, Manón—la consolamos todos.

—Lo tengo: es que tal vez se haya suicidado por mí... Sí, es lo seguro: se ha matado por mí... ¡Oh, oh!...

La dejamos que se abandonara á su desesperación y que calmase un poco sus nervios para decirle después toda la verdad.

Edmundo Cárdenas era un muchacho poco sentimental para matarse por amor desdeñado; fué el juego lo que le precipitó al suicidio. Estaba hundido; esa tarde perdió su yegua Maintenón y á la noche se pegó un balazo. Esa era toda la verdad.

Se la contamos á Manón, pero no quiso creernos. Creyó que la engañábamos, que tratábamos de dulcificar con una mentira el remordimiento de su culpa.

Se echó á llorar como una plañidera, inconsolablemente.

Respetamos su dolor y nos alejamos en silencio de la sala.

Resplandecía aún el sol.

Cabizbajos, frente á frente, aplastados por la fatalidad que rondaba en torno de ellos y que iba á desunirlos, no tenían alientos para articular una palabra.

—Es necesario, Magda, ¿oyes?... Sí, es necesario... Este día había de llegar y ha llegado. ¡Sea pues ahora!

—¿Por qué ahora?

—¡Porque... ¡qué sé yo!

Calló Magda aparentemente tranquila, y él prosiguió:

—Hace tiempo que se han separado nuestras almas, Magda... A la ilusión ha sucedido el desencanto y al desencanto el hastío. ¿Sabes qué es lo que sostiene nuestro cariño? El pasado. Vivimos de recuerdos, de las alegrías pasadas, porque ya no podemos vivir de las realidades del presente y el porvenir no es nuestro... Para sentir la sensación de que nos queremos, tenemos que recordar que nos hemos querido. Tenemos que refugiarnos en el pasado, nosotros que, por el hecho de vivir, pertenecemos al presente, al instante que muere en nuestras manos. El deseo de felicidad que vive dentro de cada uno de nosotros llama al futuro y espera convertirse en realidad en el tiempo presente. Al pasado van los recuerdos, los hijos de nuestro instante convertidos en cadáveres.

Ella levantó la cabeza con desaliento y volvió á bajarla luego sin fuerzas.

—¿Eh?... Sea.

—Lo dijo con indiferencia musulmana.

Reinaba un profundo silencio. Avanzaban las sombras.

ELOY FARIÑA NUÑEZ.

CISNES Y ESTRELLAS

Era un cisne de pico de ágata rosa,
Las alas de tul,
Una noche encontraron su blanco cadáver
Flotando en las ondas de plata y azul.

Diez cisnes en grupo, los cuellos en alto
Las alas en flor
Bogando en la nave de sus diez imágenes
Bajo el plenilunio, palpitan de amor.

Y en su gesta olímpica prorrumpen: ¡Oh estrella!
Altísima lis
Coqueta de largas pestañas de plata
El cisne ensueñado, se muere por tí.

Por mejor requebrarte abandona la orilla
De juncos en flor
Y paseando la linfa en sutil devaneo
Florilegia un unánime canto de amor.

Y allá.... hacia los montes azules, siguiendo
Su ardiente soñar
Se arriesga hasta donde con bárbara gesta
Solloza en airado monólogo el mar.

Oh estrella! ¿qué príncipe domina en las mágicas
Montañas de azur
Porqué de allí vuelve, marchitas sus plumas
Sin notas su pico, sus ojos sin luz?

Tercióse un luctuoso girón de neblinas
Con golpes de luz,
La lúcida Venus, la errante bohemia
La estrella princesa del ámbito azul.

Y unidos en grupo, los cuellos en alto
Las alas en flor
Los cisnes esperan la ansiada respuesta
Al triste, doliente, incesante clamor.

ARTURO MUSCARI.

ETAPAS DEL CAMINO

A Arturo R. de Carricarte (en Cuba)

I

La encontré en mi camino. Sonreía
De tan dulce manera,
Que después que pasó, aún la veía
Sonriéndome hechicera.

El sendero en la sombra se diluía
De un gris atardecer de primavera,
Y su gentil silueta se perdía
Allá, entre la borrosa lejanía,
Sonriéndome hechicera.

II

El agua de la fuente
Al caer en el mármol, clara y limpia,
Salpica con sus trémulos diamantes
La fronda de la umbría.

Clara canción del agua,
Monorritmo de ingenua poesía,
Narrándonos quien sabe qué leyendas
De las cosas ya idas.

El jardín se va hundiendo en la penumbra,
La hora del ensueño se aproxima...
El hilo de la fuente se desgrana
Como un collar de lírica armonía.

III

En mi diván de negro terciopelo
Paso las horas muertas,
Mientras de mi cigarro el humo asciende
En vagas espirales azules.

Devana el pensamiento
Los hilos del hastío y la tristeza.
El cerebro reposa
Y está muerta la idea.

En tanto, el humo denso
Como un encaje de impalpable seda,
Se extiende ante mis ojos
En un país de ensueño y de quimera.

Indolente contemplo
En figuras que apenas se diseñan,
Perfiles de mujeres ideales
Entrevistas en sueños,

Blancas frentes de virgen,
Encendidas pupilas que llamean,
Y flotando por sobre de los hombros
Ondulantes y negras cabelleras.

Y todo en un desfile
Fantástico, que tiembla
En el tul vaporoso
Del humo que azulea.

IV

El tic-tac del reloj lento golpea
En mi desierta estancia,
Donde, abismado en imposibles sueños,
Abro al ensueño el alma.

Acodado en mi mesa de trabajo,
A la luz de la lámpara,
Dejo pasar las horas en silencio
Sin meditar en nada.

En vano las cuartillas
Con su nívea blancura inmaculada,
Esperan que la estrofa
Descienda á ella con sus alas blancas.

Es inútil. En vano
La pluma en el papel lenta resbala....
¡Mis ensueños se fueron
Con el adiós supremo de la Amada!

V

El matinal crepúsculo azulea
Los cristales borrosos,
Donde la noche congeló sus lágrimas
En horas de misterio y de reposo.

Despierta la mañana
Del sol bañada por los rayos de oro,
Y aún flotan en mi espíritu las negras
Visiones de la fiebre y del insomnio.

¡Fantasma que atraviesas
Por mis lúgubres sueños, te conozco:
Tú sabes del amor y el infortunio
Y en las sombras del alma está tu solio!

VI

A la hora en que sueñan los rosales,
Cuando la tarde mustia
Melancólica se hunde en el ocaso.
Y en el confín la luna
El nácar de su luz trémula esparce,
La encontré en el jardín.
Bajo la túnica
De negro terciopelo, se insinuaban
Las formas de su cuerpo de escultura,
Y al viento del crepúsculo flotaba
Su cabellera rubia.
Caían lentamente de los árboles
Las hojas amarillas...
En la augusta
Paz de esa hora, moduló tu labio
Una palabra inolvidable: ¡Nunca!
Entonces, de mi lira de poeta,
Temblando desprendiéronse las últimas
Notas de aquel poema
Que compendia el dolor y la amargura,
Y, con un nuevo desengaño á cuestas,
Del olvido emprendí la áspera ruta.

VII

Amarrada á la húmeda ribera
Del estanque, la barca
Inmóvil permanece
Sobre las muertas aguas.

Melancólico un sauce se deshoja
Sobre la vieja barca,
Y una que otra hoja seca cae temblando
En las dormidas aguas.

El viento, con su soplo,
Hace mover la barca,
Que se inclina y se mece lentamente
En las obscuras aguas.

¿Qué romántico idilio nos evoca
La solitaria barca,
Que sola y olvidada se contempla
En las tranquilas aguas?

La noche se derrama en el estanque
Donde sueña la barca,
Proyectando su sombra temblorosa
Sobre las turbias aguas.

VIII

Dejemos el cincel y la paleta
Y las piedras preciosas,
Y que vibrante de emoción y nervio
Surja siempre la estrofa.

Cantemos la canción de los recuerdos,
Aquella, la que brota
Del corazón sangrando
Y que á veces solloza.

Poeta, canta hondo,
Desciende hasta las fibras más recónditas,
¡Aunque tiemblen después todas sus cuerdas
Y quede el arpa rota!

IX

En el silencio del jardín, leía,
Al divino poeta,
Que rimó en una frágil elegía
Su amarga vida inquieta.

De la existencia el tedio traducía
Su espíritu de esteta
De tal modo, que en cada estrofa había
Un dejo de sutil melancolía,
Exquisita y secreta.

JUAN AYMERICH.

Córdoba, 1908.

EL DEMIURGO

por

FRANCISCO SOTO Y CALVO

Una nueva obra acaba de enriquecer la gran literatura goethiana, óbra que por su importancia histórico-psicologica y literaria merece estar junto á los trabajos de Coupland, *The spirit of Goethe's Faust*, de Springer, *Essays zur Kritik und Philosophie und zur Goethe-Litteratur*, de los de Marmier, Steiner, Suphan y de todos los que se ocuparon, más que de las fuentes puramente históricas, de una reconstrucción crítica y psicogenética de la mente de Goethe. Me refiero á un volúmen que nos llega de París, en nítida forma tipográfica, *El Demiurgo*, del poeta argentino Francisco Soto y Calvo.

Pudiera decirse de la *forma mentis* de este poeta lo que Goethe mismo decía, al tratar de Leibniz, del pensamiento germánico, que el espíritu francés mira hacia fuera, prefiere la superficie de las cosas, en tanto que aquel penetra en la íntimo, aspirando á la profundidad. El autor, no sólo ha *sentido* profundamente, sino también debe haber *revivido* la poesía goethiana, pues solo así pudiera darse una reproducción estética tan fiel del gran espíritu agitado por supremas antitésis. Si hay verdad en la afirmación de Aristóteles: "la representación estética es más filosófica que la histórica", por ser aquella general, más típica en tanto que esta es solo particular. *El Demiurgo* ofrece á la psicología—cuando por esta no se entienda solamente aquel grupo de ciencias psicológicas que, como la psíco-física y la psicología experimental no van más allá del vestíbulo del gran templo al cual fué comparada la psicología del espíritu—un material de estudios preciosísimos, puesto que se trata de observaciones hechas con severo método sobre un espíritu superior por un artista dotado de excepcional sensibilidad, de una extraordinaria y exquisita facultad de penetración y reconstrucción. Pudiera compararse *El Demiurgo* á un gran poema sinfónico: el preludio, en el cual se condensa el leit-motiv de toda la ópera, serían estas paplabras del mismo Goethe:

"Dass mehr Lichst Zerimkomme. Licht mehr Licht".

El poeta acepta formalmente el símbolo adoptado por Goethe en Faust, pero le emplea con originalidad. Las grandes antítesis que agitan el alma no menos grande de Goethe, se convierten en las *dramatis personae*. Notable entre estas es la *Voz conocida,* que es el verbo de Kant, Spinoza y Schopenhauer. y de cuantos representan las figuras de *primo piano,* como diría un pintor. del gran cuadro histórico, en cuyo fondo se halla el *Aufklärung* alemán.

En veinte y siete cantos el poeta desarrolla la magnífica tela del drama pasional. Las escenas se suceden rápidas, sugestivas. El lector fascinado por la magia artística del poeta y por la potencia del dramaturgo, embriagado por los frecuentes vuelos de una lírica elevada y pura como agua que brota de límpida fuente, sufre con el Héroe en la lucha entre "El ansia ideal" y las miserias de la diaria realidad, le sigue en inútiles tentativas de "traducir en ideales versos, la agria realidad" ("¿no es cierto, pués, "que idealizando tu vida—realizas tu idealidad?"); invoca en vano, con él, de la ciencia los triunfos" que no halló en la sociedad, le acompaña con la fé indómita de un espiritista moderno en sus peregrinaciones por el templo de la Cábala, se aleja de aquí desalentado mas no vencido, y busca... busca todavía "luz! más luz!" donde y hasta que quiere el poeta...

Y el poeta se detiene cuando termina la última noche de fiebre que precedió á la muerte del gran Poeta...

... Y cuando el sol al entrar
Vino el gran cráneo á aureolar
De su genio en holocausto
El manuscrito del Fausto
Se vió en la mesa brillar.

El lector, entonces, se siente obligado á repetir en viva voz, como si suyas fueran, como si fluyeran de lo más profundo de su alma llena de emoción, las bellas palabras que coronan el volumen:

Voces que en el tiempo
Resonais... sonad!
Y el son incesante
Renovado, dad!
Gloriosas campanas
De la humanidad
de dobles perpétuos
el éter llenad.

Nosotros, que invocamos la luz serena de la crítica Kantiana contra ciertas aberraciones de la filosofía moderna, vemos en *El Demiurgo* un hondo significado actual. ¿Porqué? Porque una polaridad de fuerzas discordes, un cúmulo de profundas

y agudas antítesis ideales generadas por el contraste entre las formas, creencias y sentimientos de las generaciones que declinaron y los, aún inciertos, de las que se columbran en el horizonte de la vida y de la historia, todo ello, agita el alma moderna. Se diría que existe en nuestros espíritus una lucha entre el hombre antiguo y el moderno. Ya lo decía Fausto á Wagner: se alberga en nuestro pecho un alma doble que se ramifica, que se multiplica en mil formas. En esta incesante agitación de encontradas tendencias, la inquietud del presente, que degenera, luego, en pesimismo, sin por ello aniquilar la voluntad de vivir y el ansia sitibunda de febriles emociones, de placeres sin fin; un implacable espíritu crítico escrutador de todas las formas del pensamiento, de todos los actos de la vida, contrariando á menudo la espontaneidad creadora, y que refina el sentido del misterio colindante con la superstición; la fé ilimitada en el poder de la ciencia y, de consuno, la depresión del pesimismo intelectual; el refinamiento de la sensibilidad moral y las más descaradas manifestaciones del egoismo—el alma moderna siente intensamente la disonancia entre el ideal y la realidad, é inquieta anhela una palabra de vida, deprecando suspendida y atenta, ora ante las nuevas olas sociales, que violentas baten contra las orillas de la vida, ora ante los descubrimientos científicos reveladores de los profundos misterios de la naturaleza; ora inclinándose hacia los genios de la técnica prometedora de grandes transformaciones y comodidades económicas, ora ante nuevas y originales formas del arte que iluminen la vida, ora ante las inagotables fuentes de las idealidades religiosas que consuelan el alma. Zicht... mehr Licht!—como dice el poeta!

Voces que en el tiempo
Resonais... sonad!
Y el son incesante
Renovado, dad!

como dice uno de los más fieles intérpretes de Goethe.

JUAN CHABRA.

EL ALMA NUESTRA

El patrioterismo en la más vulgar y subalterna de sus manifestaciones, es la característica del espíritu nuestro.

Entre nosotros—hay que decirlo bien alto aunque este gesto se asemeje á un desplante—el concepto de la patria está empequeñecido. Todos nos parecemos á aquel teniente Rochas de *La Débácle* que sólo nutría su espíritu con las glorias del pasado, y de cuya pomposa disertación de todos los días dice Zola que *era la leyenda del soldado francés recorriendo el mundo con su mujer y su botella: la conquista de la tierra hecha cantando...*

Adviértase el parecido: no puede ser más dolorosamente exacto. Un cabo y cuatro soldados, según Rochas, bastaban para deshacer ejércitos enteros, porque así lo autorizaban á pensar las victorias de Wagram, Austerlitz y Lutzen. Nosotros, haciendo base de la siempre mentada hazaña de los Andes y del rechazo inglés del año ocho, creemos ingenuamente, y con toda firmeza, que las tropas enemigas se derrotan á golpes de rebenque... Y esto es el síntoma de un estado patológico.

Bien estudiado el punto, se echa de ver que el mal nace del concepto superlativamente exagerado que tenemos de nuestra potencialidad económica, vista sólo á través de los progresos que en determinado orden de cosas se vienen notando en Buenos Aires.

No antojadizamente, por eso, yo creo que somos un pueblo niño que está distante aún de su pubertad. Y no exajero: el mismo criterio que para aquilatar lo que atañe á la patria tienen los colegiales que cursan segundo grado elemental, es el que predomina en la mayoría, incluyendo en ella al parlamento y hasta al gabinete. Todos vivimos la estupenda fábula de nuestra grandeza incomparable, sonriendo á todo, muellemente tendidos como el hidalgo holgazán que nos pinta Lugones en el más brillante de los capítulos de su *Imperio*, y arrobado el espíritu en la sola melodía de los cantos de gesta...

Para nosotros no hay nada como nosotros mismos; caso evidente de la hipertrofia del *yo* colectivo.

De un libro en preparación.

Por eso vemos todo con la despreocupación y falta de cuidado que caracteriza á los que tienen la perfecta noción de su valer; y por eso, también, nos irritamos tan fácilmente cuando cualquier extraño nos dice sin ambajes una cruda verdad.

No podemos consentir—no queremos sobre todo—que se nos turbe la placidez del sueño azul que dormimos al arrullo de las ditirámbicas apologías que, ciertos turistas urgidos por el exceso de atenciones, han hecho, en nuestra propia tierra, de determinadas cosas materiales y tangibles de esta *gran metrópoli del Sud.*

A todo trance queremos que propios y extraños proclamen la esquisitez de nuestros paseos de Palermo y la insuperable belleza de nuestras grandes damas.

Y como los hombres eminentes que nos visitan, quizá conociéndonos bien, así lo hacen mientras permanecen entre nosotros, no encontramos adjetivos lo suficiente deprimentes para volcarlos sobre aquellos extranjeros que de regreso á su patria dicen de nosotros lo que serena y verdaderamente piensan. Esto lo conceptuamos una ofensa inconcebible, casi de lesa belleza.

El fenómeno que, como se vé, pertenece á la patología social, tiene, además, otras características.

Así, por ejemplo, nosotros que en ciertos asuntos no creemos que exista nada mejor que nosotros mismos, andamos siempre á la pesca de la imitación en todo. Pero—y no deja de ser curioso—no transigimos con que esto se nos haga notar, cuando por cualquier circunstancia ello viene al caso. Entonces protestamos en nombre de *nuestras propias fuerzas*, de *nuestros propios elementos*, de *nuestros propios ideales*. Y proclamamos magestuosamente, y á todos los vientos, la existencia de un arte nacional, de una literatura propia, de un mar de maravillas...

A veces, también, nos ingeniamos para engañarnos á nosotros mismos y satisfacer así, en algo, el prurito de grandeza que nos consume.

No son otra cosa que resultados de ese auto-engaño las ampulosas denominaciones que damos á diario á todas nuestras cosas. Buenos Aires, decimos, es la *segunda ciudad latina del mundo.* En orden de grandeza sigue inmediatamente después de París.

Nuestro verdadero y franco anhelo es que sea la segunda del Universo, pero como Berlín, Viena, Nueva York, etc., nos son un obstáculo insalvable, acrobatizamos el ingenio en tal forma que, separando las ciudades por grupos, de acuerdo con las divisiones etnográficas, Buenos Aires queda al lado de París, y nosotros—íntimamente está claro—nos deleitamos con esta proximidad, después de todo meramente ficticia.

Y lo que pasa con nuestra gran ciudad pasa con la mayoría

de nuestras cosas. A cada paso se nos oye hablar del *mejor edificio de América*, del *mejor museo del mundo* en determinada especialidad, de *una de las mejores policías*, del *mejor cuerpo de bomberos*, etc., etc., aludiendo siempre á cosas que pertenecen á Buenos Aires.

Es ya indiscutible, con esto á la vista, que nos tortura la sed de lo mejor en todo, la vanagloria ingenua, que es una fiebre...

He dicho ya que lo ampuloso del concepto que tenemos de nuestro *yo*, es la causa de la mayoría de nuestros males. Y véase si estoy equivocado: Como nos creemos en la cumbre, no hacemos nada por ascender de verdad, cuando á la postre lo que nos ciega es el progreso—fenómeno económico—haciéndonos olvidar que nos falta civilización, que es un fenómeno psicológico, del alma colectiva.

Y como vemos que los edificios de varios pisos se multiplican, y que por todas partes surgen fábricas, y que hay automóviles, y que hay grandes diarios, y que todo es colosal: nos antojamos montados en el pináculo, en plena antesala del sol...

Generalmente se cree entre nosotros que el patriotismo consiste en sostener á capa y espada la *grandeza* de Buenos Aires, en invocar á menudo los nombres de San Martín y de Belgrano, en cantar las glorias de la bandera celeste y blanca, y en hacer derroches de elocuencia alambicada en panegíricos de nuestro pasado remoto.

Para los patrioteros—es decir, para la mayoría de nosotros—los prohombres de Mayo son el summum de todo lo bueno. El que así no lo piense, el que trate de desvirtuar el fetiquismo con que se rodea al héroe de *la gran epopeya*, es un antipatriota, un monstruo social.

Por eso no tenemos Historia. El patrioterismo está reñido con la verdad, y no cree, con Carlos XII, que la Historia es un testigo y no un adulador. (1)

Queda fuera de duda, pues, que no tenemos aún una idea exacta de la patria, y que estamos muy lejos de tenerla.

Lo que nosotros llamamos patriotismo no es más que un amor, un poco petulante, de nuestra grandeza material; pero un amor desprovisto de todas las características que determinan al verdadero patriotismo.

Y como no tenemos casi ni el concepto de la nacionalidad, pues la apatía por aquello que no tenga atingencia con nuestra tan mentada grandeza económica todo lo ha invadido, es muy

---

(1) Para los que aspiran á ser serenos, me atrevo á recomendar la lectura de unas páginas que Blanco Fombona dedica en su último libro *Letras y tratados de Hispano-América*, al carácter de la revolución de independencia, y con motivo de la antología de Ugarte *La jóven literatura hispano-americana*.

difícil que podamos en poco tiempo, como sería necesario, *crear* nuestro patriotismo, del que hoy más que nunca necesitamos con urgencia.

La prueba más acabada de que carecemos de patriotismo, es esa indiferencia con que venimos asistiendo á la intromisión de elementos extraños en cosas que nos son privativas; y, también, la falta de entusiasmo y la absoluta ausencia de calor con que vemos desenvolverse la mayoría de los asuntos de carácter internacional, que en cualquier latitud del planeta suelen afectar íntimamente la fibra patriótica.

Tengo para mí que la falta de efervescencia popular, notada en Buenos Aires, durante el debate de ciertos problemas de política externa, acusa ausencia absoluta de patriotismo.

Los pueblos, por lo mismo que son la muchedumbre, no pueden permanecer serenos de propósito. La serenidad consciente en la colectividad, es un absurdo. No existe, no puede existir. (1)

El pueblo que calla, que permanece en la inacción en circunstancias iguales á las que hacen explotar el ardor de los otros, es un pueblo enfermo: un caso de inconsciencia colectiva. Y el Nirvana de los pueblos es el prólogo de las grandes catástrofes...

El despertar nuestro vá á ser lo triste. Quizá el cuadro de la Francia del 70 se vuelva á repetir. Ello es fatal.

¿Y cuándo y cómo tendremos patriotismo? Altamira dice que lo esencial del patriotismo es el elemento espiritual, y que habrá sentimiento patriótico en los pueblos que se hayan afirmado en el proceso del tiempo y por la acumulación de intereses, riesgos, sensaciones, ideas, etc., con cierta unidad y solidaridad sociales, cristalizados en un carácter común y una idealidad colectiva. (2)

Por su parte Legrand en la obra *L'idée de Patrie*, afirma que en la actualidad el patriotismo no tiene por base las afinidades de raza, desde que éstas no producen la patria sino que son una consecuencia de ella.

El criterio moderno no admite que la lengua, la religión ni la cultura hagan la patria, sinó el clima, el suelo y ciertos otros factores.

(1) Sin esfuerzo alguno, y como consecuencia lógica de que admito la existencia del alma en la muchedumbre, creo con el profesor Rossi (conf. *El alma de la muchedumbre*), que las multitudes piensan: pero me resisto á aceptar, no ya solo la existencia probada, sinó hasta la posibilidad de que en la multitud se produzcan casos de serenidad consciente. Y no se crea que hay en esto una contradicción, pues es necesario tener presente, como el mismo Rossi lo enseña, que el pensamiento de la muchedumbre se diferencia en mucho del pensamiento individual, y que aún en el caso de admitir en la colectividad pensamiento preciso y determinado, no es posible sostener que la muchedumbre puede sustraerse á influencia del medio, y trazarse á sí misma un rumbo de marcha.

(2) RAFAEL ALTAMIRA, *Psicología del pueblo español*, Cap. I.

Por eso debemos esperar. El estado patológico porque atravesamos, pasará como pasan las crisis. Y luego, tornándose verdad, el sol inanimado que hoy no pone más que su nota brillante en la melancolía celeste de la patria bandera, tendrá para todos su verdadera y ópima sonrisa de luz...

RÓMULO D. CARBIA

SEDIENTAS

No en procesión ni exhibiéndose. En silencio, amparadas por sus temores de traicionar el propio estado, algunas vegetan como en obscuros boscajes magníficas flores llenas de color y de vida. Desde las recién púberes, atraídas por sensualismos anhelados; desde las que en pleno vigor sienten mal aprovecharse sus poderosos estíos; desde aquellas que acosadas por sus otoños, sufrieron la sucesión de los años y gimen orfandades íntimas al borde de sus madureces, hasta aquellas, ancianas, en apagada renuncia bajo el olvido de sus nieves... son honestas. Sin escrúpulos, jamás hubieran sentido sed, mientras cruzaba el placer sobre ellas.

¿No acosa, á todas, la punzada del deseo? El amor, cual un dón de hambre ¿no cae sobre la lujosa alcoba, la mediana, ó el desnudo catre de lona? ¡Felices las hembras que rezan estrofas mendicantes de portal en portal si un paria las acompaña en el tugurio! Tristes las reinas de la pubertad, si se consumieron de ensueño!

Las enfermas de otros males, en sus vigilias lamentan propias flacideces y demacraciones. Las privadas de belleza, hunden sus ojos en anuncios de potes de mixturas famosas, panaceas para sus rostros anémicos, rugosos, ó para sus cuerpos con asimetrías de libre rima... Las lisiadas — pobrecitas que jamás creyeron en un dios ordenador y justo—si aún pueden remendar sus fallas y, si el amor las visita, es para invitarlas á peregrinajes de celos y amarguras. A unas, á otras, llega el eco de la fiesta del polen; llega la algarada de las completas; llega la visión de azahares mientras pasan con manto de invierno sobre pampa de flores, retoños, nidos...

Algunas, sujetas á deberes filiales, velando ancianidades caprichosas ó precarias; algunas, que conocieron un momento la afectividad de ingratos maridos ó amantes, á quienes quedaron fieles; otras, en el desconsuelo de legales ó naturales viudeces prematuras de sus hombres buenos ó tributarias de doctrinas religiosas—sumisamente aceptadas á sus fabricantes—oblíganse, en pesados claustros, á mirarse morir!

Disimulan sus nerviosidades. Tienen un gran orgullo, dueñas con dolor de sus torturas antes que dueñas del placer á costa de fáciles, repudiados acomodos.

Y otras se refugian en las clásicas rarezas de las solteronas, ó en el *mal humor*, ó en un hastío de día opaco. Y las suicidas surgen á reclamar sus lechos á la muerte llevándose sus apetitos inconfesados, y sin embargo, nada, nada criminales.

El recuerdo del amado que ya no acude, ó del entrevisto tal vez imaginativamente en un allá, lejano, conmueve y perturba sus cerebros, sus ansias nunca yermas, arrancándolas por una hora á sus quietudes.

Una mirada de ofrendas; un rostro que á traves de labios recojidos deja ver blancura de dientes invitando; la agitada marea del seno levantándose y cayendo con palpitaciones incontenibles; los reproches mudos que al dirijirnos, las hacen enrojecer por el delito de inducirnos al amor... Y una corona de fiebres, sobre sus cabecitas de mártires de la humana sed...

MARCELO DEL MAZO.

Del libro en preparación «Los Vencidos», serie II.

SOBRE "UNE NUIT DE SCHEHERAZADE"

— —

TABLEAU MUSICAL, D'APRES UN CONTE ORIENTAL, DE CARLOS PEDRELL

La escuela moderna francesa se caracteriza por una tendencia que podría llamarse nueva, por lo menos en su forma y su realización ya que no en su ideal, que, con las variantes impuestas por el inevitable progreso de todas las cosas, ha sido el de los mismos músicos franceses del siglo XVIII, podríamos decir más: resume las características del genio francés: claridad y lógica en sus formas, justeza de expresión, sobriedad de estilo, y la sencillez de procedimientos, graciosa y elegante, con que traduce sus concepciones.

Desviada esta tendencia por razones diversas que requieren un detenido estudio, entre ellas, principalmente, la invasión de música italiana y el wagnerismo trasplantado, resurge, con mayor vigor tal vez, en César Frank, después de los titánicos y desesperados esfuerzos de un Berlioz y los malogrados de un Bizet.

La fundación de la Schola Cantorum por Charles Bordes y Vincent d'Indy vino á afianzar este renacimiento de la música francesa inconscientemente realizado por el *pére* Franck: inconscientemente decimos porque el autor *des Béatitudes*, como todos los genios, ignoraba el verdadero alcance inmenso de sus obras, ignoraba que al componer las obras maestras que nos ha legado realizaba la aspiración latente de su pueblo, de su raza, que sentía la necesidad de libertarse del mal gusto italiano de la época y de la influencia wagneriana, nefasta para tantos cerebros jóvenes, que no podía convenir á la mentalidad francesa por razones fundamentales de raza.

En la Schola Cantorum se refugiaron, pues, los pocos fervientes discípulos que acompañaron silenciosamente una triste y lluviosa tarde de invierno los despojos de ese admirable genio. Este humildísimo cortejo lo formaban un grupo de jóvenes músicos todos ellos henchidos de fé en el porvenir porque tenían en su

cerebro y su corazón la semilla sana que había sabido inculcarles el adorable autor de *Redemption*. Había muerto uno de los músicos más grandes del siglo XIX, que legitimamente tiene su puesto al lado de J. S. Bach, de Mozart, de Beethoven, y nadie pareció darse cuenta de la inmensa pérdida que experimentaba la Francia, á tal punto llegaban las intrigas y las miserias de quienes gobernaban el arte musical francés de entonces. El pueblo francés supo que había muerto el organista de Sainte-Clotilde, los menos supieron que dejaba obras, los que mejor sabían el valor exacto de estas eran sus discípulos, que lo veneraban, y los traficantes de música cubiertos de condecoraciones, como M. Thomas, que trataban de ahogar con todas sus fuerzas el hermoso grito de redención henchido de fuerza y belleza que emanaba de ellas.

Pero, ahí quedaban esos discípulos que agrupándose en torno á la bandera desplegada humilde é inconscientemente por el buen Franck proclamaban desde la modesta Schola, ante los azorados ojos del carcomido Conservatorio, su hermoso Credo musical, viril, robusto, claro, conciso, tal cual convenía al espíritu francés. Ellos se encargaron, entonces, de demostrar que Franck había sido algo más que un profesor de órgano del Conservatorio; ellos mostraron al mundo, maravillado de tanta belleza, los tesoros que ese pobre organista había acumulado durante su laboriosa existencia; y entonces la Francia musical tuvo el convencimiento de que el hombre que había compuesto *Les Béatitudes*, era el intérprete de sus anhelos, de sus ideales, comprendió que satisfacía las necesidades de su espíritu, de su mentalidad y un movimiento hermoso de reacción hacia lo verdadero se hizo sentir en todos los corazones jóvenes y sanos.

César Franck había sembrado en buen terreno, la semilla inapreciable había caído en tierra fecunda. Los nombres de Vincent d'Indy, Charles Bordes, Guy Ropartz, Ernest Chausson, Alexis de Castillon, Duparc, Augusta Holmés, etc., lo prueban.

A ESTA ESCUELA PERTENECE CARLOS PEDRELL

Nuestro joven compatriota que cursó brillantemente sus estudios en la Schola Cantorum, bajo la dirección de Vincent d'Indy ha continuado la tendencia netamente franckista que caracteriza la brillante falanje de jóvenes compositores egresados de esa institución. Verdad es que, por momentos, ciertos detalles de forma, armonías ó efectos instrumentales, que definen su predilección por la música descriptiva, hacen pensar que la tendencia de este compositor tuviera algo de común con la impresionista de Debussy, pero á poco que se examine detenidamente su obra será fácil constatar que nos hallamos en presencia de un sinfonista,

no puro si se quiere, pero en quien el fondo procede, siempre, directamente de Franck.

Es, pues, en ciertos detalles, puramente de forma, en los que se puede comparar este compositor con la escuela de Debussy; las ideas, lo que constituye la trama, sobre la que se desarrolla toda la obra, el fondo en una palabra, permanece franckista; la forma adquiere completa independencia y si á menudo se acerca á Debussy, también podríamos encontrarle una fuente más remota é inagotable: Berlioz.

El "Tableau musical" que nos ha hecho oir Carlos Pedrell describe lo siguiente:

"Y Schéhérazade dió principio á su relato: la historia de Zuleika, la rosa bella de Chiraz, y del principe Sohrab..... Largo rato habló ella..... luego enmudeció.

La noche recogió su velo triste y sombrio..... oyóse entonces una melodía impregnada de melancólico encanto; era un pastor que en tanto que llevaba su rebaño, saludaba al día naciente....."

Se trata de la evocación musical de un cuadro sugestivo. El relato por la hermosa sultana de uno de esos maravillosos cuentos de las "Mil y una noche" en que fulgura en todo su esplendor la brillante y fecunda imaginación oriental.

Se inicia la obra con una descripción del ambiente melancólico, envuelto por azulada penumbra, en que se desarrolla toda ella. Schéhérazade comienza su relato, y aparece el primer tema que lo simboliza. A medida que aquel adquiere más interés, este se desarrolla y cuando llegamos á la parte dramática de él, un segundo tema nos la traduce. El primer tema recorre toda la orquesta de nuevo. El relato de Schéherazade nos habla de una cabalgata, y la orquesta en un *vivace* en tresillos, nos la describe. De pronto se interrumpe aquella, y un acorde seco de la orquesta nos lo hace comprender así. Se reinicia el *Vivace*, al que se agregan ahora los dos temas anteriores que ván en un contínuo crescendo á terminar en un *fortissimo*. Las sonoridades se esfuman poco á poco y entonces oímos una melodía lánguida: es la canción del pastor que saluda al día naciente.

En estas pocas líneas puede condensarse la obra del Sr. Pedrell. En el exámen detenido que á continuación haremos de ella podrá verse de una manera más detallada el desarrollo y transformaciones que sufren esos temas, así como los distintos elementos, que como ser fórmulas-rítmicas, modulaciones, efectos orquestales, etc., y á pesar de su carácter accesorio, comple-

mentan de un modo eficaz é indispensable los dos temas principales de la obra.

Con unos pizzicatos en armónicos de las cuerdas, una escala, por tonos de la flauta y un 1er. tema rítmico de cuatro notas, que se insinúa en los clarinetes y pasa á la octava aguda de los oboes, sostenido por armonías de 5ª. aumentada en arpegios ascendentes que hacen las cuerdas y las arpas, el todo envuelto por las medias tintas de una tonalidad indefinida, le bastan al compositor para describir el ambiente á que nos quiere trasladar.

En esta 1ra. parte, de 31 compases, el primer tema rítmico, expuesto en la forma que decíamos, (formado por una semi-corchea, una corchea, una negra con puntillo y una corchea) lo toma enseguida el corno inglés, luego el clarinete, el oboe, y la flauta, reforzado siempre por las armonías anteriores de cuerdas y arpas; pasa á los fagotes mientras los cornos hacen un acorde *pianissimo,* que le sirve de base, á los que se agregan las trompetas, trombones y tuba, siempre *pianissimo,* en tanto que las arpas inician un arpegio rítmico de 5 notas que luego en el transcurso de la obra adquiere mayor importancia, conservando siempre, empero, su carácter accesorio. Los contrabajos se apoderan del 1er. tema, los cornos, fagotes, trombones y tuba hacen de nuevo acordes *pianissimos,* las arpas repiten sus arpegios rítmicos, y despues de la repetición por la flauta de la escala descendente y ascendente por tonos, y ténues notas de timbales y arpas, en un movimiento acelerado insensiblemente, llegamos á un episodio *(Poco piú mosso)* que prepara la exposición del 1er. tema.

Este episodio en la tonalidad de *si menor* (escala dórica), fundamental de la obra, se desarrolla en los oboes, flautas y clarinetes, sostenido por un murmullo de la cuerda y glisandos de arpas en el que se combinan y entrelazan diversos rítmos (valores de 4, 5, 6, 7 y 8, notas), que en un crescendo contínuo, en el trascurso del cual encontramos modulaciones *sol menor* y á *mi bemol menor* (franckistas puras), termina por un *tutti* de orquesta en el que la trompeta se apodera del tema inicial y lo expone en toda su amplitud, en *si menor.*

Aquí entramos de lleno en la obra.

Este tema así expuesto, puede decirse recién por la primera vez, se desarrolla recorriendo el corno inglés y el clarinete bajo modulando á *re menor, la menor* etc; secundado siempre por toda la orquesta en la misma forma que antes; se hace cada vez más compacto é intenso, y esfumándose en las maderas reaparece en todo su vigor en las cuerdas, acompañado por grandes glisandos de arpa y un dibujo rítmico persistente de las trompetas

que le imprime más vigor; todo lo cual nos conduce á la exposición del 2do. tema.

Este segundo tema, en *mi bemol menor*, lo constituye una frase melódica, sacada evidentemente del 1er. tema, que en un movimiento lento la dicen fuerte las maderas, sostenidas por un triple pedal (*mi bemol, si bemol* y *do natural*) de timbales, glockenspiel y cornos, reforzada por las cuerdas, y que después de recorrer el corno inglés y la trompeta con sordina, mientras las arpas hacen el dibujo rítmico anterior de 5 notas, se desarrolla, pasando alternativamente del violín solo á la viola sola, á los cellos y fagotes, en tanto que las cuerdas hacen un contrapunto, que luego repiten las maderas mientras los violines toman el tema. El corno inglés y el clarinete amalgamando, sucesivamente, el 1ro. y 2do. tema sostenidos por armonías de cornos, flautas y arpegios de arpa, preparan la vuelta al 1er. tiempo (*Poco più mosso*). Aquí haremos notar, de paso, unas modulaciones muy hermosas, por cierto: de *mi natural*, dominante de *la natural*, á *la bemol menor*; y de *la*, dominante de *re menor*, á *fa menor*.

En esta repetición, en la tonalidad de *si menor*, nuevamente, encontramos, con ligeras variantes de rítmos, contrapuntos, efectos orquestales, y modulaciones á *re menor*, *si menor*, *la menor*, etc., todo lo anterior, modificándose solo el final en cuya parte el 1er. tema va estrechándose, aumentando y acelerando su intensidad en las cuerdas secundadas por los cobres, timbales y glockenspiel, para rematar en un acorde *fortissimo* de toda la orquesta, mientras los clarinetes, clarinete bajo y fagotes inician *pianissimo* un *Vivace*, en un dibujo rítmico de tresillos, por tonos.

En este *Vivace*, que simboliza una cabalgata, aparecen poco á poco todos los temas y las fórmulas rítmicas anteriores, transformados por aumento, disminución ó inversión de valores, que van, en un continuo crescendo acelerado, á terminar en un *Meno mosso*, en *mi bemol menor*, en el que el trombón toma entonces el segundo tema y lo expone de un modo amplio, sonoro, *fortissimo*, como hiciera anteriormente la trompeta con el 1er. tema; acompañado por todo el resto de la orquesta, que hace los valores irregulares anteriores (repartidos entre las maderas, cuerdas, arpas, glockensppiel) y acordes tenidos de fagotes, cornos y timbales. Un acorde seco de toda la orquesta interrumpe este crescendo y volvemos al dibujo rítmico de tresillos, *pianissimo*, que iniciaran antes las maderas (*Vivace*) al que se agrega ahora el 1er. tema, que recorre los instrumentos de madera y metal, siempre con variantes, y nos conduce de nuevo al *Meno mosso* anterior. Aquí interviene toda la orquesta, trombones y trompetas toman el 2do. tema en tanto que los demás instru-

mentos repiten todo el contrapunteado anterior, los dibujos rítmicos de 4, 5 y 6 notas, la marcha progresiva de tresillos y un triple pedal (*mi natural, si natural* y *do sostenido*) que viene á concluir en un *fortissimo,* en el que queda sola la cuerda para continuar con el 2do. tema, en el mismo grado de sonoridad, é ir disminuyendo gradualmente hasta que el corno toma, entonces, este tema, sostenido por un tremolo de cellos y timbales, y lo pasa, luego, á los cuatro trombones que le dicen gravemente en un crescendo rematado por unos acordes muy lentos plaqué, en *si menor,* de toda la orquesta. Estos acordes van disminuyendo de sonoridad y llegamos á la parte final de la obra.

En un movimiento *Calmissimo,* muy *piano,* en la misma tonalidad anterior que se conservará hasta el fin, las violas inician el dibujo rítmico de cinco notas de que ya hemos hablado. Luego los violines toman los seisillos en arpegios y los violoncelos hacen un *si natural* sobreagudo persistente, el todo sostenido por un ténue redoble de timbales y cymbales que continúa hasta el fin. El oboe, entonces, por encima de este murmullo nos canta una melodía, lánguida, apacible, en *do natural mayor,* que es la canción del pastor. Continúa siempre el pedal de la orquesta, el flautín, glockenspiel, arpas y trompetas con sordinas, hacen una escala descendente, de un efecto encantador, mientras los cuatro trombones con acordes amplios, sonoros, en *si mayor,* sostenidos por toda la orquesta, saludan al día naciente; las sonoridades van amortigüándose, y en un *pianissimo* de toda la orquesta se esfuma esta última parte.

Del rápido análisis técnico que de esta obra acabamos de hacer se desprenden, ante todo, dos cualidades, fundamentales en toda la producción de arte que tenga la pretensión de serlo y que por lo tanto aspire á algo más que una existencia efímera: la emoción sincera que ha sentido el compositor al traducirnos musicalmente el relato de Schéhérazade, que fluye de las ideas y sutileza de timbres y coloridos con que está tratada la obra, la solidez de construcción y lógica de formas, evidente, en el exámen que tenemos hecho.

Las ideas musicales que encontramos en ella nos traducen de una manera sobria é intensa las partes salientes del cuadro oriental que nos pinta. Dos temas ó ideas principales sirven de base á todo. La primera hemos dicho, simboliza el relato, y en efecto en su rítmo y su *allure* lleva bien marcada toda la fantasía que encierra aquel, así como la angustia y ansiedad cuando adquiere mayor vehemencia y llegamos á la parte dramática de él. El segundo tema aparece entonces y su empuje y vago cromatismo nos describe bien la situación; se amalgaman las dos

ideas principales y la obra aquí llega á su período más intenso, después de lo cual va decreciendo para terminar con un episodio (el saludo al día naciente) completamente ajeno á ella.

La forma que encierra todo esto debía ser necesariamente libre dado que no solo se trata de música descriptiva sino que debió someterse á un texto dado. Así y todo en medio de la gran libertad que se ha visto obligado á aceptar el compositor, la impresión que produce esta obra es la de un conjunto perfectamente homogéneo, plenamente justificado no solo por la lógica de sus temas y desarrollos, sino por las tonalidades elegidas, las modulaciones que se suceden y los mismos episodios que la acompañan. En efecto bastará examinar las tonalidades en que se desarrolla para tener una prueba de lo que afirmamos.

La tonalidad dominante en la obra, podríamos decir la fundamental, es la de *si menor*, tonalidad sombría, acentuadamente dramática. Con modulaciones á *sol, mi bemol, si, re* y *la menor* (obsérvese bien el carácter de las tonalidades éstas) llegamos al segundo tema en *mi bemol menor,* tono que conviene á esta frase por tener una tendencia francamente melódica, dramatizada por su vago cromaticismo y la tonalidad menor; se repite todo esto, con ligeras modulaciones á otros tonos, y llegamos á la sonora y brillante tonalidad de *si mayor,* que simboliza el naciente día, mientras la canción del pastor está en tono de *do mayor,* lo que significa bien claro que esto es un elemento episódico completamente ajeno á la idea fundamental de la obra. Vemos, pues, que á pesar de la libertad de armonías y modulaciones que hay en ella, la obra conserva siempre un carácter tonal perfectamente definido.

Encontramos, pues, en "Une nuit de Schéhérazade" las dos cualidades primordiales que bastan á nuestro entender para acreditar una obra: ideas y forma.

Las primeras rigen los caracteres generales de la Belleza. La segunda sirve para materializar estos caracteres, hacerlos durables, para tomar lo estrictamente bueno y necesario que haya en ellos, modelarlos en una palabra de manera á constituir lo que llamamos forma, sin lo cual no hay obra de arte posible. Son dos cualidades primordiales que se complementan y que no pueden subsistir la una sin la otra.

Existe entre ellas una vinculación tan estrecha que las hace no solo inseparables si no que deben existir en perfecto equilibrio y nunca primar la una sobre la otra, y en eso consiste la más hermosa cualidad del genio musical: tener la intuición de ese equilibrio, saber contener la emoción cuando sea necesario y desligarse del prurito del tecnicismo de que se sienten atacados tantos compositores. La ausencia de estas cualidades pro-

duce, en el primer caso, obras como las sonatas de Chopin, en el segundo obras como las de algunos compositores modernos, que, como dice muy bien Willy, parecen construídas á *coups de contrepoint.*

Si examinamos, ahora, este equilibrio ó relación, en la obra de Pedrell encontraremos que no solamente existe, sino la fusión de estas dos cualidades de que hablamos está perfectamente realizada. Diremos porqué.

El compositor aquí no se sujeta á ninguna de las formas ya convenidas, que constituyen las líneas generales de la música pura; él se interna en el dominio de la música descriptiva y allí nos dice á su manera la impresión que le causa esa escena oriental. Para hacerlo debió valerse de medios propios. Debió aportar no solo las ideas, sino también el plan que tiene por base el relato de Schéhérazade, y de acuerdo con el cual debían ser desarrollados y tratados aquellas. Lógicamente, pues, en esta concepción doble debe existir una relación íntima, completa que á nadie escapará. El equilibrio entre estas dos partes queda establecido por la subordinación de ellas al texto que nos describen, y el análisis que hacemos más arriba lo comprueba. Los temas siguen paso á paso las partes salientes del relato, que es el máximun á que puede aspirar la música descriptiva, pues bien sabemos que el arte de los sonidos es impotente para traducir muchos detalles. Se modifican, se transforman, modulan á medida que la situación lo exige, en una palabra son esclavos de lo que pretenden describir. ¿Cómo sería posible, pues, realizar ese conjunto sin la fusión completa entre una y otra cosa? Es el caso de ciertas obras que producen la impresión de esos mosaicos venecianos donde la paciencia á fuerza de reunir pequeñas piedras de color nos dá la ilusión de un todo, pero que siempre vemos imperfecto é irregular en sus líneas y contornos; y está muy lejos por cierto, de ser este caso el de la obra que nos ocupa.

Creemos haber demostrado suficientemente todas las cualidades y bellezas que encierra para que no haya la menor duda á su respecto: el "Tableau musical" de Carlos Pedrell es una obra que honra la escuela á que pertenece.

JOSÉ ANDRÉ

CREPUSCULAR

(XXV)

Vamos. La aurora ha cubierto los campos de tenues neblinas
Ríe, á lo lejos, el mar,
Mientras la fuente murmura, en el monte vecino, una nenia,
Nenia de amor que en las ondas del Ponto su tumba hallará.

Vaga en el huerto desnudo, recuerdo de amadas vendimias,
Blando y sutil madrigal
Y se deshoja en el ara, al calor de los fuegos sagrados,
Verde diadema de frondas, tejida en los juegos del mar.

Parten las naves del puerto buscando las tierras remotas
Bajo región tropical,
Canta el marino entre dientes la dulce plegaria neptúnica...
Vamos: del alba las pálidas luces nos llevan á amar.

Vamos. El sol, entre bruma, en el cóncavo seno del Jónico
Busca su lecho, al morir,
Y los altares que marcan la senda al pastor y al viajero
Cúbrense todos de flores silvestres color carmesí.

Viejo rapsoda, en la playa desierta que el viento no azota,
Canta á la edad juvenil,
Canta leyendas traídas de Troya y de mares esmirnios,
Canta, ferviente, del clásico Delfos augurio feliz.

Llamas é inciensos renuevan los templos á Venus alzados
En celestial frenesí;
Muere la verde diadema en las altas columnas corinthias.....
Vamos: la pompa del día que muere nos lleva á vivir.

Vamos. Con tácito paso recorre la esfera profunda.
Fúlgido, el cinto de Orión;
Van los segmentos del cielo explorado constantes cayendo
Rumbo á la mar, donde el sol sus hogueras recién apagó.

Puéblase el bosque del grato clamor de los faunos y ninfas
Al invocar al amor;
Duerme á lo lejos la magna ciudad de poetas y sabios
Y en el Areópago espera la aurora difícil cuestión.

Sobre las rocas del triste Leucades que al mar se abalanza
Muere postrera ilusión;
Duerme á su abrigo la barca amarrada del libre marino.....
Vamos: la mística gala nocturna nos lleva al amor.

SALV. DEBENEDETTI.

LIRAS...

Augusto, el amante de Marta, era uno de esos hombres—inhallables casi—sanos de alma y de alma orquestal, que sueñan hacerla tañer en un amor impoluto, y hasta dadivarla á canje de un alma hermana. De intachable educación y cultura social imponderable, sumiso y humilde no obstante, Augusto hacía la antítesis absoluta de Marta... Exenta de alma, ó de alma apagada, Marta además era reacia, orgullosa é inculta. Sin embargo, Augusto era todo de Marta, que dominábalo á su espontáneo albedrío como á un títere de vida únicamente articular.

¿Precisamente aquellos defectos de Marta serían acaso el imán con que atraía, hipnotizadora, á su infeliz enamorado? ¿Tal vez la venustidad de su insólita hermosura? De oro, de pálido oro su cabellera abundosa, de ámbar y nácar su rostro, turquesas sus ojos, rubíes sus labios, aquella faz representaba el ideal de los amantes románticos. Alta, robusta, esbelta, graciosa, flexible su andar, insinuándose bajo su veste mórbidas formas de lasciviante escultura, aquel cuerpo hubiera estimulado el último deseo de una virilidad en agonía. Y esto fué lo que, al principio, le llevó á Augusto á considerarse la felicidad viviente. Pero, luego, cuando advirtió que tras aquellos miríficos encantos se ocultaba un corazón incapaz de amar pasado el instante de las ígneas caricias libidinosas, Augusto, si bien no pensó en una terminante ruptura en seguida, se la prometió así no consiguiera despertar aquella almita dormida á los sanos sentimientos cariñosos.

Pero, sería en vano, Marta no le amaba, sólo se extremecía cuando la opresaban los membrudos brazos de Augusto á la vez que los besos del macho encendían los besos de la hembra. Luego... ni un recuerdo... ni la sombra fugaz de un recuerdo hasta que se reiteraba el voluptuoso instante, á la noche próxima, ó á las dos, cinco ó diez noches después, en fin, allá cuando ardía Marta en una imperiosa necesidad física de amar... Entonces buscaba la oportunidad furtiva de verse con Augusto... á muy altas horas de la noche... cuando el barrio reposaba...

* * *

Augusto esperó y hasta trató de dar estímulo al despertar de aquella alma anémica, pero pronto se convenció de que si acaso Marta no estaba desprovista de ella, al menos la Natura al modelar con mano de genial artista aquel cuerpo había descuidado el alma de él colocándole á modo de tal una lira sin cuerdas, y de ahí, sin polifonías.

Por eso Augusto declaróla ex-amante proponiéndose buscar entre las reinas núbiles de su relación la lira polifónica de sus ensueños idealistas.

Para ello festejó á Fulana, una criatura que supondríase extraída del escaparate de una orfebrería real, y Fulana, alegre como una reconciliación amorosa, comenzó á divulgar su noviazgo con Augusto, su cercana boda. Pronto iría á la iglesia de moda, al declinar el día, envuelta en valiosísimos encajes blancos y arrastrando vaporosa cola nívea. Y todo el mundo la felicitaría. Y todas las revistas publicarían su retrato. Y todos los diarios dedicaríanle abundantes párrafos sociales en homenaje y conmemoración á su matrimonio.

Indudablemente Augusto al reconocer que quizá Fulana misma suponía amor lo que sólo era una curiosidad, galanteó á Mengana.

Mengana al hallar también su novio dejó de mirar con envidia á aquellas amigas que le hablaban constantemente de sus "simpatías" entre afectados mohines de indiferencia. ¡Ella ya podría hacer otro tanto!

Un día... Mengana se fué á pasar una temporada de campo... una ó dos semanas nada más... y durante ese tiempo ni dos líneas mal trazadas y peor pensadas le dijeron á Augusto que Mengana se había acordado una sola vez de él.

Y Augusto siguió en su afanosa busca de la lira polifónica. Pero, aunque diez, veinte y más novias dijeron amarlo, Augusto nunca oyó las sinfonías psíquicas del amor sano.

* * *

Desilusionado Augusto, ya no buscaba ni esperaba encontrar, por milagro providencial alguno, el alma soñada de su idealista modalidad.

Una tarde, en el jardín, echado en una mecedora paraguaya, adormecido por los embriagantes perfumes de los traviesos frieseos primaverales, Augusto volvió á preguntarse: "¿Existe el amor de las almas sin el acicate lujurioso de los cuerpos?"

Infinidad de veces más se hizo aquella problemática interrogación sin hallar, como siempre, respuesta afirmativa, hasta que la tibia sombra de los árboles y el amodorrante piar de las ave-

cillas del bosque terminaron de dormirlo.

La misma pregunta se agitaba en su sueños cuando sintió en sus labios con el fuego de un beso la celestial melodía de una lira polifónica.

Entreabrió semidormido los párpados, y como creyera que aquella música sutil era el eco de un sueño, volvió á entornarlos. Pero como la melodiosa música volviese á gemir en su nuevo ósculo, Augusto despertó en abstracto, y al darse cuenta ahora del cuerpo que guardaba la soñada lira sinfónica esclamó besando y abrazando á aquel ángel único que, á toda nitidez, representaba el Amor inmaculado:

—¡ Oh, Madre, á tí sola amaré en la vida y en la muerte!

FEDERICO S. MERTENS.

REMEMBRANZAS DE LA ULTIMA SEMANA DE PASION

Me voy á Córdoba á pasar la Semana Santa. He ahí una frase que dicha cuerdamente resulta original. Irse á Córdoba y en Semana Santa!—Pero mi querido Perkins, Vd. está loco—me decía un amigo cuando le anuncié mi viaje. ¿Que va á ver Vd. allá? ¿Es paseo?—Sí, voy á pasear mi neurastenia, mi ironía... voy á visitar "la mogigata".

Córdoba! Y á los cordobeses se les llena la boca. Esta Córdoba que ya no es docta porque nunca lo ha sido, sigue siendo una empedernida mogigata de mal gusto, pobrecita rezagada, olvidada del progreso, relegada al tristísimo papel de fabricadora de sebo religioso y confites de las monjas, según una frase de mi buen amigo Miguel Gallitelli.

Pobrecita Córdoba, está tísica, se muere, asistiremos á sus funerales cualquier día de estos malos que corren. Deja un Pueblo Nuevo, un barrio que parece surgir altivo á lo largo de la Avenida Argentina, un poco más alto que el pozo en que agoniza la enferma, sin miasmas de iglesia, ni humedades de confesionario. Puede que de Pueblo Nuevo salgan "los nuevos" que reivindiquen para Córdoba ese hoy pésimo apodo de "docta" que la desacredita, pongan á hervir esas venerables ruinas y las presenten en discreto, piadoso museo.

Pobrecita Córdoba, sin juventud. Sus jóvenes son malos y detestables viejos que perpetuan atavismos raquíticos. Los varones, maniquís de sastrería. Las mujeres, bonitas, diminutas figuras de cera, admirables modelos para escaparates de modistas, caminan sin gracia, ríen sin gracia, hablan á hurtadillas, sin elegancia, sin *chic*. El todo: un lamentable producto de increible fetichismo religioso.

Y paseamos por la ciudad; nada nuevo, todo viejo. Las librerías abruman con tomitos de Carlota Braemé, Carolina Invernizio y alguna otra histérica, todo vetusto. Tres cuadras pavimentadas de madera en la vía más céntrica, y en ella una docena de casas expendedoras de blancas pecheras y corbatas chillonas. La corbata! La idiosincracia, la característica, casi la

única ocupación de esta achicharrada juventud, genial candidata á la humanidad. Pasa una reliquia de tranvía con un católico letrero de San Vicente. Enhorabuena, vamos á San Vicente.

A poco trecho algo así como un mal olor viene á turbar el sosiego de mis observaciones. Yo lo atribuyo á la mala alimentación de estos buenos caballitos que me arrastran. Pienso que los pobres son arpas movibles, y continúo mis observaciones. San Vicente es muy lindo, muy pintoresco, tiene alamedas muy bonitas y frondosas, y se respira muy bien. De pronto el tranvía embiste una casa, se mete como Perico á la suya, atraviesa un patio, un fondo, luego sale sin que nadie se inmute. Después sé que hemos pasado por una casa-mercado y que la lógica de tan original violación de domicilio es amenizar el trayecto. Un kilómetro más y, ¡novedad en San Vicente! una de las arpas se empaca deliberadamente. Dele que dele, latigazos al Sur y latigazo al Norte, y el arpa nada. Y el cochero, que es muy inteligente, tiene un medio estupendo de domeñar las iras equinas. Baja al suelo cubierto de piedras hasta hacer pensar que aquí hay batería día por medio, y ¡zás! la emprende á pedrada limpia con el empacado. Santo remedio cordobés. Unas cuantas piedras de reserva por si acontecen novedades y continuamos el trayecto con toda normalidad. Apenas si me fijo que el artículo 10 de una ordenanza municipal reza así: "Es prohibido jugar con agua en los días de carnaval desde los tranvías". Y yo cavilo cuantas veces al año tendrán carnaval los cordobeses.

Por lo demás Córdoba es la misma de 1904 y de 1840, la misma, "nada ha cambiado, todo está como era entonces".

Sin embargo, y para no parecer extravagantes, aquí también se cumple aquello de que no hay regla sin excepción. Ella la constituye la Escuela Nacional de Agricultura y Ganadería, retirada unas veinte cuadras del centro de la ciudad. Realmente no se ha perdido todo, habiendo tenido ocasión de conocerla. Los tranvías no molestan las gentes por estos lugares y con un poco de paciencia y resignación el viaje puede hacerse en carruaje con toda felicidad.

Cuatrocientas hectáreas abarca el amplísimo parque de la Escuela, sembradas de avenidas que permiten recorrerlas sin la menor molestia: todo un parque inglés, lleno de flores, bosques artificiales y cultivos de estudio. Diez minutos entre interjecciones y halagos de la retina, y llegamos al edificio, un hermoso edificio, sóbrio, y cosa rara, tratándose de un establecimiento nacional, muy adecuado á su destino. Se hace allí una vida de envidiable amistad colectiva, se trabaja con ahinco y se progresa más; elocuentemente lo dice ese museo chiche y curioso, fruto

en su casi totalidad de la laboriosa actividad de los alumnos, que calzan bota y visten bombacha, necesaria exigencia de las prácticas agrícolas. Luego los galpones de maquinarias, y los criaderos, y los colmenares graciosos, pequeños chalecitos, donde engañadas las abejas fabrican su miel en panales de industria humana, y la mar.... Cincuenta estudiantes, futuras palancas directrices de sabia explotación de nuestras pampas aborígenas, cimiento del más sabroso y del más honrado de los bienestares, comulgan en ese templo, en la soberbia hermandad de porvenires abiertos al trabajo. Diez catedráticos, algunos de ellos notabilidades europeas, dan savia á la hermosa pléyade de aspirantes.

Y desde las ventanas de los rígidos dormitorios, en una mañana de sol, con mucho aroma de dalias y de achiras, más de uno de estos forjadores de espigas se ha sentido poeta.

* * *

Apenas asoma sus fauces la locomotora fuera de la ciudad, divísanse en lontananza las sierras á manera de gasas pardas coquetamente plegadas, y tengo para mí que la Naturaleza tiene alma francesa y criterio muy parisien—pese al hosco don Miguel de Unamuno. Ya estamos camino de Cosquin, siguiendo ansiosos los inenarrables atractivos de un viaje exquisito de sensaciones artísticas. Yo no conozco nada más sugeridor, más emocionante, que abra tanto el espíritu hacia lo abstracto, lo sublime. Las almas pequeñas sienten remordimientos en el extasis de la formidable fecundidad de natura.

Y hay audacia en la obra humana. Este ferrocarril que corre la mitad del trayecto entre precipicios, expuesto á perecer con un leve desprendimiento de roca ó á la más mínima desviación, es una verdadera osadía, una de las tantas atrevidas tentativas hombrunas en su afán de horadar el infinito. Hay que vivir el vértigo de un viaje sobre angosta, exacta plataforma artificial, abierta á pico y dinamita sobre la falda de sierras abruptas, por un lado, y del otro un abismo con torrentosa corriente en la cima, para apreciar en su justa medida la magnitud de la intensidad de belleza y de pavura que atormenta el espíritu del sensiente.

Corre y corre la máquina siguiendo las caprichosas herraduras de ese rumoroso río Cosquín que anida en sus aguas tres diques, con el célebre San Roque, llamado á tragarse "la mogigata" cualquier mañana de "luna". Y todo se torna verde, el horizonte, las ondas reflejando la clorófila; el verde deleita y abruma la visual. Crecen en promiscuidad maravillosa los talas y los sauzales festoneando las aguas. Esos sauces siempre

tristes, melancólicos, llorosos, bañando eternamente sus ramas inferiores, agachadas penitentes sus cúpulas con nostalgias de higiene.

Tengo un viejito á mi lado que pita cigarrillos de chala. Como el viejito es muy bueno y yo soy muy complaciente, enseguida trabamos charla. Casa Bamba! dice con tonadita cordobesa el guarda y el tren se detiene.—Ve Vd., aquella es la gruta de la leyenda.—Leyenda? Y el viejito me relata una historia que parece cuento. Una triste historia que es idilio y que es crímen. Había una vez un gran señor que vivía en la ciudad del virrey, con muchas haciendas, muchos esclavos y una hija muy rubia y muy hermosa. Un día caminaba de paseo la bella por las chacras, á solas con sus pletorismos de amores insaciados, bullendo á borbotones toda la sangre ibera, perdida la calma y perdido el cerebro. Trabajaba con saña la gente á su paso y soberbio hundía los ijares de la tierra á golpes de azada el negro Bamba, el de músculos de atleta y hombrías de Miura. Lo vió tan hombre que cerró los ojos y soñó con él. Despertó loca, le dió una cita... después el idilio, después la huída. Y huyeron á guarecer sus ternezas en las rocas de la sierra. Alcanzóles la furia paterna en plena carcajada de vida, en adoración de flamante vástago. El negro que no tenía sangre hidalga, huyó; se abrió los sesos con una roca y murió africanamente. La bella, que sabía ser española, dejóse degollar con entereza en brazos del cadáver de su hijo. Y aquí termina la leyenda. Desde entonces aquel paraje se rotula Casa Bamba.

Siguen las ruedas en marcha pausada, se meten por un túnel, atraviesan las sierras, perforan el misterio y llegan á Cosquín. Y Cosquín es el término de mi viaje, y es también una delicia. Dá tristeza ver la numerosa falanje de tuberculosos que han hecho rancho al calor de su ambiente hospitalario. Yo los ví saliendo de la iglesia en jueves de Pasión. Los ví desfilar lentos, escuetos, pesarosos, con un rayo de sol en la pupila, después de una plegaria al buen Dios que dá la salud. Pasan lentamente, uncidos por algún brazo caritativo, se sientan lentamente, comen muy despacio.... y en tan atroz monotonía se consumen lentamente.

Las mujeres de Cosquín, las serranitas de fácil conquista y senos tempranamente marchitos, me han inspirado quizás una paradoja. Se parecen notablemente á las vacas de su comarca. Son un encanto cuando terneritas, pero perdido el pudor se caen las ubres, se pierden las formas y vienen achaques prematuros.

Y frente de Cosquín, el Pan de Azúcar, mentado por su elevación sobre las cumbres de que forma núcleo.

Un guía y ¡al Pan de Azúcar!

Se llega por un tortuoso camino con alfombra de piedras y espacio para un solo caballo, entre quebradas y zarzales, subiendo aquí y bajando allá, en redor de una imponente vegetación. De entre dos piedras surge un molle, enseguida un piquillin, después los cocos, talas y espinillos, árboles característicos de la región. Y con mucho trabajo llegamos á la cima. El panorama es coloso; pasan ante la vista asombrada, como vastos palomares, Santa María, Saldán, Calera y allá á lo lejos Córdoba. En la próxima cañada se acurrucan las cabras porque viene la noche y en su blanco cerquito semejan crisantemos de cementerio. Al frente corre mansa la corriente de Cosquín, que me recuerda la realidad de la metáfora de Núñez de Arce "y el sosegado río cinta parece de bruñida plata."

S. Perkins Fragueyro.

Córdoba, Abril de 1908.

ENRIQUE BANCHS

"EL LIBRO DE LOS ELOGIOS"

---

1 — No es infalible la crítica, fruto de hombre, producto cerebral que arraiga en sentimiento y florece en oleadas de pasión. La crítica es la expresión momentánea, pasajera; el paisaje cambiante, la reproducción rápida de un momento del espíritu. Nada más. ¿Quién será el osado, — por no decir el imbécil — que se aventure á ver un paisaje llevando en la mano, para su cotejo, la reproducción hecha por un pintor? Sólo Bouvard, sólo Pecuchet, esos dos admirables grotescos, podrían exigir que una crítica trazase la norma imperecedera, definitiva, sobre el valor de tal ó cual obra de arte.

La crítica, ayer "cocotte du genre humain", que dijera el olvidado Barbey d'Aurevilly, bien merece hoy, que se la juzgue bajo otro criterio y por esto no se la puede pedir el juicio "exacto" sobre tal ó cual obra, ni siquiera el juicio "definitivo" de tal ó cual crítico, sino la forma momentáneamente justa, aunque personal, de un juicio humano.

Puede la crítica equivocarse — ¿por qué no? — eso lo vemos todos los días; pero, si en ese juicio equivocado, ha habido sinceridad, nobleza, equilibrio razonador, lógico y consciente, no hay equivocación que perdure ni daño que se agrave.

2 — Enrique Banchs, al publicar, hace poco más de un año, su primer libro *Las Barcas*, obtuvo el exagerado aplauso estruendoso, las comparaciones, inevitables en nuestro medio, que nada autorizaba ni permitía. Unánimemente, la crítica se permitió comparar al joven autor con Almafuerte y Lugones. La única nota discordante fué la de quien estas líneas escribe, afirmando que Banchs no podía ser elogiado de esa manera, ni puesto á la par de los grandes poetas citados, pues en este caso "se correría el peligro de tener que rebajar el mérito de éstos para nivelarlos con quien todavía no puede subir hasta ellos". Palabras sinceras, ¿equivocadas en su juicio? tal vez; pero, sinceras, espontáneas, producto legítimo de una manera de pensar. Malas interpretaciones no faltaron, como no faltan nunca, por parte de ciertos espíritus entregados á la tarea de

avizorar hirientes conceptos en todo juicio de hombre. Alguien vió en ello un ataque para el joven poeta, pese al sincero elogio contenido en el mismo artículo crítico. Mala fé, nada más. Por esto aprovecho la ocasión que me ofrece la segunda obra de Banchs, *El libro de los Elogios*, para decir mi manera de pensar, que, hoy por hoy definitiva, pone al joven poeta en el primer puesto en los de nuestra generación, que en este país hacen del verso un instrumento de educación del espíritu. Hoy, sí, estoy de acuerdo con Roberto Giusti que hace un año veía en Banchs el talento más robusto de la nueva generación,— poética, agrego yo.

3 — *Las Barcas,* primera obra de Banchs, presentaba el inmenso defecto de la falta de sinceridad. Era una obra hasta cierto punto falsa, impersonal por imitativa, en la que, si bien se descubría el talento del autor, no aparecía esa espontaneidad sencilla y natural que es el primer encanto de toda labor poética. Los veinte años de Banchs, que por fuerza debían de ser luminosos y espléndidos de ilusión, no podían tener los acentos amargurados y tristes de un hombre de sesenta años. La falsedad del desaliento — tan accesible á los jóvenes poetas — rezuma de todas las composiciones de ese libro, que sólo pudo ser aceptado como una promesa: la promesa del poeta futuro que ya hoy, cabalgando en el fantástico Pegaso de todos los anhelos, viene á decirnos las palabras hermosas y serenas de *El libro de los Elogios.*

4 — La poesía argentina, entre los jóvenes, es una poesía de imitación, de descuido y de impotencia. De imitación en las fórmulas, de descuido en la forma y de impotencia en el ideal. Huelgan los nombres para ratificar este juicio. Verlaine todavía tiene sus imitadores, (¿no hemos visto reproducir durante años algunas de las más bellas sonatinas del buen sátiro de Versailles?); el noble y majestuoso idioma castellano pierde la diáfana claridad transparente en el grosero artificio de la imitación; los ideales andan por los suelos y si la regla general es cantar las trivialidades de la moda, el último figurín francés dibujado por Gómez Carrillo, cuando nuestros jóvenes poetas quieren cantar lo nuevo, lo americano, lo del ambiente, que es lo que en verdad deben hacer, caen en el absurdo de la vulgaridad. Así Carriego, en *Misas herejes,* libro que la crítica ha celebrado con rara unanimidad y que yo mismo no he vacilado en calificar de libro extraño, muy de la época y del ambiente, ha querido hacer arte local y aunque muchas de las notas han sonado ritmicamente, diciendo de un razonado equilibrio, hay en él algunos desfallecimientos propios de las tres causas anteriormente señaladas. Carriego, con *Misas herejes,* ha dado una nota vibrante, altiva, digna de aprecio; pero, yo aún espero de él la obra justa, verdaderamente personal, latina y americana

á un tiempo, española por la forma, argentina por la idea,— tal vez la epopeya de Pancho Ramírez, el gran gaucho, cuyas hazañas bien merecen el himno que en sus cuerdas de acero puede y sabrá hacer vibrar su númen varonil.

5—Banchs ha procedido diversamente de la generalidad. Después de *Las Barcas,* un año de meditación y de estudio le ha bastado para producir ese *Libro de los Elogios,* en que abre un nuevo rumbo á su propia actividad y ofrece un magnífico ejemplo de cómo la poesía debe ser altamente humana, ensanchando su campo de acción hasta obtener para sus vuelos toda la inmensidad del espacio, con todas las ansias del inagotable corazón humano. La poesía es algo más que ese estrecho formulismo rítmico de las cosas cotidianas; requiere toda la extensión sin límites del pensamiento, siendo como es el único sentimiento verdaderamente universal, el único que se puede comprender en todas las latitudes de la tierra por todos los hombres. De ahí que la primera condición de la poesía, dentro de la triple regla á que se vé sujeta por la originalidad personal, por la corrección del estilo y por la elevación del ideal de raza, sea la de su universalidad, accesible á todos, comprensible de todos. La poesía requiere un gran impulso ideal hacia lo mejor y lo más bello, cumpliendo así la noble misión de su destino sobre la tierra, puesto que la labor del poeta no puede ser la de un simple engarzador de palabras, ya que en este caso cualquier enfermo de la mente podría valer lo mismo. Vale la poesía por la suma de ideal que encierra. Si en esto pensaran los nuevos poetas argentinos, la poesía nacional sería una cadena sin interrupciones. Hoy es, apenas, la gallardía de esos pocos eslabones solitarios que se llaman Olegario Andrade, Almafuerte, Lugones. Mañana...

6 — Hacer que la vida vierta el encanto de su belleza oculta como un manantial en perenne filtración; buscar en el seno de las cosas la noble gota de poesía pura que encierran; buscar, y hallar, la esencia ideal contenida en todo lo creado: hé aquí la gran tarea de los argonautas del pensamiento, hombres audaces, gente aventurera que desfallece de la angustia de lo nuevo, sintiéndose morir en medio de un mundo viejo, eternamente repetido. La vida es armonía, poeta quien la descubre. Celebremos, pues, la aparición de todo poeta nuevo cuya fuerza mental abra los misterios de la vida y ofrezca á la sed humana nuevas fuentes. Porque el arte es algo más que la parlería trivial, es el augurio, el magno gesto de los profetas, de los que arden en el fuego que incendió la zarza de Horeb. La poesía moderna, fruto de un momento de transición, ha sufrido amargas dilaceraciones que por un instante la desviaron de su justo camino de belleza y bondad. Poco á poco, empero, ha vuelto á enveredar por el ámplio sendero luminoso

de las reglas humanas, redimiéndose de una decadencia que fué, como todo, un estímulo hacia adelante. La poesía moderna vuelve á recobrar la serenidad magestuosa de los tiempos que pasaron y terminado el debate de las escuelas en la lucha por la forma, el pensamiento cristaliza en verdad y justicia. ¿Dónde han ido las palabrerías sonoras del decadentismo? ¿Dónde las palabras sin sentido de los músicos de la rima? Todo ha pasado, envuelto en el fárrago de lo inútil, salvándose apenas el sentimiento, la idea que encerraban. De Verlaine queda la sublime armonía de unas cuantas sonatas maravillosas. Mallarmé permanece, símbolo de una austeridad artística que bien merece una corona. Los poetas, terminada la época de transición, que fué un perpétuo combate, vuelven á las eternas fuentes de poesía para afirmar la continuación de las viejas y formidables teorizaciones. Gabriel d'Annunzio escribe los "Laudes", concepción maravillosa, que valdrá, ó no valdrá, la "Divina Comedia"; pero, que representa un colosal esfuerzo creador. Moréas retorna al helenismo que está en el fondo de su temperamento. Regnier continúa la labor de los grandes clásicos. En Portugal, Eugenio de Castro, decadente, satánico, místico, regresa á las verdaderas fuentes de lo lusitano que está en su alma. En España, Marquina, con sus evocaciones del Cid, con sus "Canciones del momento", renueva el clasicismo, despierta el espíritu genuino del pueblo y de la raza. Con estos, otros muchos, toda la generación nueva, sedientos de bondad y de belleza, renuevan la poesía, reavivan el idioma y abren nuevos horizontes al pensamiento humano. La poesía ha dejado de ser trivialidad al alcance de doncellas y desocupados, para ser másculo esfuerzo, labor de hombre, tarea de vigorosos. Y, por encima de toda concepción ideal, por encima de toda vana fórmula, exterioridad pasajera y estéril, permanece, persiste el generoso ímpetu, la noble aspiración de hacer de la poesía una fuerza al auxilio del hombre, no un cauce por donde se vayan y pierdan las energías humanas.

7 — *El libro de los Elogios* nos dice de la belleza universal y de la necesidad imperiosa de que el hombre vaya á su conquista, embelleciendo su alma para hacerse digno de la victoria futura.

Yo soy una copla con alas de ave..

Sí; una copla suave y dulce que tiene la virtud de las cosas mansas,—agua de arroyo, manos de mujer, virtud fecundadora. Es una copla que sabe las virtudes doctas del convencimiento y que no requiere las torpes actitudes declamatorias del histrión á la puerta de su barraca. El arte verdadero es hecho de sencillez, sentimiento desleído en poesía. *Les sanglots longs—des violons—de l'automne...* dice más que las jupi-

terinas declamaciones de Hugo, apostrofador de papas y reyes. Así dice el elogio de las *actitudes estatuarias*:

Ser en un punto bello del espacio
y ser hermosamente,
es el secreto, hermanos, que despacio
nos va acercando á la suprema mente.

Pulir el músculo sobre la tierra
en la comba graciosa é imprimir
una huella que encierra
el ideal de ascender y persistir.

Sellando de infinito lo mudable
se encanta nuestro paso por la vida.
La carne es breve sobre lo inestable,
pero larga será de Bello herida.

Lo que asciende es gallardo,
es molusco y amorfo lo vencido.
La juventud es nardo,
la decadencia es como un ojo hundido.

Sed entre los relámpagos, serenos,
como los grandes pinos.
No detengáis los potros agarenos
cual se detiene un asno en los caminos.

Una mirada lánguida y sedosa
para la tarde mansa,
y una fabla armoniosa
para la hora sacra de la danza.

Cuidad que vuestra corva
parezca un nervio erguido de ballesta,
no el lazo vil que estorba
la alpargata mal puesta.

Tocad los bucles lacios,
cual si tocara un loto una sirena
y haced de suerte que buscáis topacios
si perdisteis un clavo entre la arena.

Dormid confiadamente como Aquiles,
en trazas á los númenes fieles,
y acordad que remilgos femeniles
cosas de dueñas es, no de cinceles.

Hablad á la socrática manera,
gestos calmosos, voz larga y segura,
de modo que la cara suelte afuera
del espíritu grave la dulzura.

Recostados al borde de una roca
pareced Prometeos ó Solones,
abrid la grácil boca
para dar paso á las anunciaciones.

Bebed las aguas del silvestre curso
cual Jacinto mirándose en el lago,
y haya en vuestro discurso
ironía y salud, no pobre halago.

Soltad la voladora flecha hiriente
cual centauros labrados en la piedra,
y en la fiesta pedid musicalmente
la corona de hiedra.

Armonía, armonía en todo gesto,
armonía en el paso y en el grito.
La sien, el hombro, el vientre, el siempre presto
pie, sean coronados de infinito.

Bella es la forma; pero aún mejor es el pensamiento, ese anhelo de armonía, de "actitud estatuaria" por decirlo con el autor, tan necesario á nuestra vida moderna, la de los gestos feos, de las actitudes sin armonía, de la existencia sin belleza. ¿No es esto una notable diferencia con los más de los poetas jóvenes que se obstinan lamentablemente en cantar la trivialidad pasajera, lo raro que suele ser siempre lo extravagante, es decir, lo feo, pues no es condición de rareza lo verdaderamente bello? Ese deseo de armonía en todo lo que vive es muy viejo; pero, desgraciadamente para nosotros, muy nuevo en nuestra época, en que se hace necesario remontar el curso de los tiempos para llegar á la verdadera comprensión de la poesía.

Dentro de esta característica veremos cómo llevado por su deseo de hallar la secreta armonía que vive ocultamente en todo lo creado, Banchs se compenetra de un gran sentimiento panteista para hacer cumplido elogio de todo lo existente.

8 — La actitud estatuaria, es decir la noble y serena y armónica comprensión de la vida humana requiere el sano y tranquilo reposo, único medio de que el hombre pueda llegar á la perfección espiritual de la vida futura. Todo lo que se engrandece lo hace en el dulce reposo generador; el ruído es el

enemigo de la reflexión y del pensamiento. Hay que meditar en el reposo, en la calma germinal del silencio y de la soledad.

La estrella es reposo. Su lumbre que llega
apenas se mueve. Por eso es tan suave,
por eso no turba, por eso no ciega,
por eso parece pupila de ave.

Reposo es la idea. La frente que piensa
no hace ruído. Tampoco la entraña
cuajada de amores que agolpa la intensa
pasión del futuro, la gesta y la hazaña.

La vida nueva debe de ser vida de reposo y armonía. No la escondida senda de Fray Luis, el divino, hecha de cobarde egoísmo, de contemplativo ascetismo antivital, sino la calma profunda y grave de la creación que requiere el auxilio del silencio y de la soledad para florecer en esplendores de vida. Elogiar el reposo después de haber elogiado la actitud estatuaria es amar el razonamiento discreto y sutil, gala del ingenio, flor de la vida, más que la bullanguera exaltación pasajera de los eternamente inquietos. Yo aconsejo la lectura del "Elogio del sutil razonador" en que la musa de Banchs sabe hallar el porte discreto y grave del clasicismo para decir la necesidad del razonamiento sereno, llevando á la agitación de lo contemporáneo la gracia suave que fluye de los consejos de los maestros en sus hablas lentas, en sus palabras serenas que

... al quedar enredadas
en el viento dejan una
estrella que no se apaga.

Banchs establece la supremacía del razonar discreto por encima de las convulsiones de la calle, donde la pasión tumultuosa enceguece el espíritu y pervierte el alma.

Hombre, tu razonamiento
los ceños graves aclara,
el sutil razonamiento
ablanda doncella huraña.

Tu socrática elocuencia
reina como una gran águila
sobre los valles sombríos
y las más viejas murallas.

Y ese gajo de ironía
que en tu verbo á veces pasa,
es la fuerza haciendo burla
del galguillo que te ladra.

Para tí los ramos de apio
hombre sutil que derramas
grano de conocimiento
sobre el coro de las almas.

Porque nosotros, los recién venidos á la lucha de las ideas, entendemos que la vida no puede ser ese estridente batallar verborrágico donde la idea no aparece, y en cambio adoramos la tranquila postura del filósofo que en nuevos jardines académicos, bajo la perfumada fronda dice los epodos magníficos de la vida verdadera.

9 — No hay, empero, en esa comprensión de la vida, el menor desfallecimiento de lo varonil. La vida es lucha, sí; pero cada cual tiene en ella su manera de batallar, y es absurdo pedirle al poeta razonador que entiende las filosofías del devenir, el espectaculoso gesto del proclamador heraldo cuya trompetería estridente no prueba ni del vigor de su brazo, ni de la serenidad de su juicio. Cada hombre tiene su puesto señalado y por esto el poeta debe buscar siempre aquello que más de acuerdo esté con su especialísima manera de ser, aceptando las consecuencias lógicas de su idiosincrasia característica. Porque exija del hombre la actitud estatuaria, es decir, la exteriorización armónica de un noble pensamiento vital, porque requiera el ambiente vivificador de la soledad y del silencio, porque diga la supremacía del razonamiento sobre el palabrerío grosero y estéril, Banchs, y con él todos nosotros, no rehuye las consecuencias de la inmanente lucha. Hace el "Elogio de las proras atrevidas", esas

... que en el mar sonoro dejan largas heridas,
salpicadas de hazañas, cual chispazos tremendos
del golpe de la gloria.

Son las proras de aquellas mismas *Barcas* de que hace un año nos relató la epopeya mortal, en las que navega el ensueño glorioso del poeta, bajo la protección de los astros benéficos y en el círculo imaginario de un vuelo de águila. Las intrépidas proras, hoy como ayer, son los maravillosos medios de que se vale el destino para violar el misterio de los tiempos. Cadmo, el viejo fenicio, Eneas, el traidor, Ulises, el prudente y avisado varón vencedor de sirenas y de dioses, todos ellos son los que gobiernan todavía el timón de las naves donde el poeta navega

con su ensueño, puesto que se cumple y ha de cumplirse perpetuamente el voto del imaginífico Gabriel:

> ... i viventi i viventi sarán quelli
> che sopra il Mare
> ti magnificheranno, sopra il Mare
> ti glorificheranno, sopra il Mare
> t'offriran mirra e sangue dall'altare
> che porta rostro.

Por eso el poeta no teme la falacia de las movibles ondas y lanza su cantar, todo embebido de sal marina, fuerte de la impetuosidad aprendida en la perenne lucha y exclama:

> Yo he lanzado la prora del blando verso de oro
> Yo he lanzado la prora para el viaje sonoro...
> Navego todavía, navego todavía
> En busca de armonía.

Cantar el mar es comprender la necesidad de la lucha; no esa vana y estéril lucha de los días que pasan, sino la perpétua acción, esa que se simboliza en el mar porque es el mas universal de los elementos poéticos, esa lucha que es dominio de la naturaleza, comprensión humana, victoria definitiva de toda la ciencia de los hombres sobre la fuerza bruta y ciega de la implacable materia. El mar, es el gran símbolo de las luchas humanas, humanizado él mismo por el sístole y diástole de su gran corazón que mueven los astros.

10 — Tanto es así que el poeta no teme las consecuencias fatales de la lucha, que, él mismo, al hacer el "Elogio del verso que llega", simboliza su hipotético Pegaso en un bridón armónico, un eurítmico potro, del cual

> ... donde los cascos cayeron,
> cuatro fuentes de aroma se abrieron,
> cuatro airones de gracia y amor
> y aliento de flor.

No rehuye las consecuencias de su lírica empresa; por el contrario, hace de ella un medio fecundo para conseguir esa serenidad de espíritu tan necesaria á las obras del pensamiento. La lucha es una conquista, no una necesidad de la materia, en busca de vergonzosas finalidades inmediatas. La lucha es la fructificación del pensamiento, ambiente eficaz que mañana será tal vez corona de reyes—esos reyes que soñamos nosotros los hijos espirituales del gran Federico, nosotros los que del padre de Zaratustra hemos olvidado el amor

á la patria terrena para adorar la patria de los que nos sucedan. Todo es simiente; la palabra es una simiente de actos futuros.

La simiente es la larva del laurel y del roble
que darán dulce sombra para nuestras cabezas,
el gesto que la siembre debe ser gesto noble
como caricia amada que siega las tristezas.

Vemos aquí á Banchs volver á su idea de la actitud estatuaria, del reposo y del sutil razonamiento, triple idea que concreta todo su pensamiento, toda su acción de poeta sobre el alma trivial y grosera del hombre de hoy. Porque es necesaria esa acción ideal sobre el alma colectiva, esa acción generosa de las grandes gestas creadoras ,poniendo un poco de sentimiento y de lumínica bondad sobre la bárbara indiferencia de los días que corren. El poeta tiende á lo porvenir, busca lo que vendrá y esa es la mejor consideración de su vida, la razón misteriosa de su existir solitario y contemplativo al borde de la ruta por donde se aglomera la cabalgata de pasiones humanas. Vive el alma del poeta en plena epopeya de gloria y por eso tiende á la realización de vastos designios, porque los ha soñado, porque ya ha sabido entreverlos. Banchs es el poeta joven que encierra en su espíritu la esencia de las hazañas futuras, esas hazañas que habrán de realizar los hombres del porvenir una vez que se hayan compenetrado de esa necesidad de ideal proclamada en sus versos. El aconseja al artesano que deje su faena, que deje su libro el estudioso.

Tal el minero que encontró un diamante,
Minero de este mundo me detengo un instante;
Claro diamante alumbra mi cantar
Y á la puerta de las ciudades lo quiero mostrar.

Lo quiero mostrar á los trabajadores
Para que tengan fe en sus labores
Grande es la tarea, pequeño mi brío...
Oid el canto mío.

¿Se detendrá el mundo á escucharle? Entre el estruendo mercantil de esta cosmópolis materializada se oirán los sones de la flauta panida? Débil es la voz, pero la grandeza del ideal da fuerza á los más pequeños para estas y más altas empresas.

11 — Hay que admirar en Banchs la altivez con que ha sabido sustraerse á la influencia de las escuelas más ó menos en boga. ¿Desde Richepín, quien no es un poco blasfemo? ¿Desde que Marquina hizo el pésimo obsequio de poner al al-

cance de todos la musa madre de Baudelaire, quien no es un mucho satánico? Celebremos la sencillez del nuevo poeta que busca su camino propio sin dejarse guiar por las conveniencias del momento, abriendo con mano propia la senda que sus hechos han de hacer triunfal. Banchs es á la vez objetivo y subjetivo. Contempla lo exterior y lo reproduce con precisión; pero, más que un poeta de intimidades candorosas ó ardientes es un hábil escrutador de lo íntimo colectivo, es decir, de las cuestiones morales que á todos afectan y por ello yo creo que ha buscado, quizá inconscientemente, la fórmula poética como la más apropiada para decir lecciones morales, fragmentos de un tratado de psicología que no se ha atrevido á escribir. La forma de sus versos, un poco áspera en la originalidad de una combinación de metros que rompe la monotonía de las viejas reglas, se aproxima en algo á la de Verhaeren. Es la misma dislocación de la frase, poética en sí misma, desdeñando la pausa regular de los versos iguales y el consabido final de la rima obligada que pesa en la poesía castellana como una de sus peores cualidades. De Verhaeren tiene la forma, no la exuberancia loca, la fantasía macabra. Es reposada, serena, y si á veces desmaya es en una genuflexión galante, en una de esas inclinaciones que sabían hacer los clásicos del siglo de oro, sin perder uno solo de sus encantos y de sus altiveces. Las ideas de Banchs parecen sorbidas en la castálica fuente donde fluye su inspiración la musa de Eugenio de Castro el portugués. Y de mi sé decir que la lectura del *Libro de los Elogios* me hizo retroceder diez años de camino intelectual, llenando mi espíritu de aquel mismo soplo de armonía y frescor helénico que me inundó al leer *Sylva* del admirable poeta lusitano. No hay la menor sombra de imitación, pues creo que Banchs sólo de nombre conoce á Castro, ó, cuando más, la traducción que de *Belkiss* hizo Berisso. No es una imitación lo que señalo, sino una misma procedencia, la misma dulzura en la frase, la misma sencillez en la expresión, el mismo aparente olvido de la regla poética. Y leyendo el "Elogio de la mujer", en que Banchs dice las más bellas palabras, palabras de sinceridad profunda y absoluta, yo he recordado estos versos en que Eugenio de Castro describe la ideal compañera:

Teu corpo d'ambar, gothico, afilado,
sempre velado de virtuosos linhos,
teu corpo,—aprilino prado
por onde o meu Desejo, pastor brando,
serenamente, ha de viver, pastoreando
meus beiços, desinquietos cordeirinhos,
teu corpo é svelto, ó zagala esguia,
como as harpas que o Pae de Salomão tangia!

Teu corpo electrico, ogival,
nubil, sequinho, perturbante,
é uma dispensa real:
os teus olhos são duas cabacinhas
cheias d'um vinho estonteante,
os teus dentes são alvas camarinhas,
os teus dedos são espargos,
e os teus seios pecegos verdes mas não amargos!

Hay la misma sencillez, la misma ingenuidad, la misma gracia. Las imágenes se suceden, fáciles y espontáneas, acentuando el vigor de una idea que busca los encantamientos del misterio para acentuar mejor su idealismo, como la gracia del desnudo cuerpo femenino se acentúa cuando envuelto en un flotante ropaje donde al ritmo del paso vánse dibujando todos los contornos y destacando sucesivamente las mórbidas curvas gentiles. Esta aproximación, Verhaeren, De Castro, sentida por mi espíritu, es altamente digna de un poeta que aparece en plena América del Sur sin más bagaje intelectual que su amor á los grandes del primitivismo español, el Arcipreste, Gonzalo el de Berceo, los anónimos del Romancero, otra condición esta que le aproxima á De Castro puesto que este sabe también hacer vibrar la vieja lira, ya en sus *vilancetes*, ya en sus *rimances*, como Banchs en aquel simbólico "Elogio de una lluvia" que comienza:

Tres doncellas eran, tres
doncellas de bel mirar,
las tres en labor de aguja
en la cámara real.

Nota.—La tardanza sufrida en la publicación de este estudio, escrito inmediatamente después de aparecer *El libro de los Elogios* me permite, hoy, volver sobre el asunto levantando algunas de las afirmaciones hechas por los críticos y gacetilleros en ejercicio activo. La mayoría de ellos, en ese buen empeño de «hincar el diente» de que hablaba Giusti, no se han atrevido más que á los defectos, inevitables como en toda obra humana, existentes en el libro de Banchs. ¿Siempre habrá de ser la crítica símil de recipiente de aguas servidas donde cada cual vuelque los excesos de su bilis? Creo yo que la bondad no se desdice del juicio sereno y que se puede criticar sin ir hasta la maldad de espíritu. Por otra parte, bueno es recordar que Silverio Lanza niega á los críticos el derecho de censura.

Descartando los golpes que á Banchs se han dirigido, asestados por la eterna envidia ó por la malquerencia, que este es asunto personal suyo — conviene que la crítica honesta levante una acusación, la más trivial, pero la que más efecto ha causado en nuestro público lector: la forma descuidada, presentando á guisa de poesías, simple hilación de versos con medidas y ritmo diferentes y á veces sin medida y sin ritmo. Esta es la acusación. La defensa no ha de ser muy larga, pues las buenas causas tienen el privilegio de defenderse solas. La poesía moderna no puede seguir por el sendero de la antigua; cada época tiene su ideal y cada ideal requiere su manera de manifestarse. En nuestros días no es posible el sonsonete de los versos hechos á martillazo limpio sobre el yunque de las palabras, tanto más bellos al decir de la generalidad cuanto más sonoros. De ahí el triunfo de Santos Chocano que aquí nos habló en sonoros alejandrinos de la belleza de la Avenida de Mayo y de los cuatro diques

12 — Del esplendor de las imágenes, de la galanura poética, del giro clásico de algunas expresiones, no quiero hablar. Bástame lo dicho sobre las ideas que impulsan el espíritu del nuevo poeta para definir su personalidad dentro de las letras argentinas. Creo que esta es la fórmula crítica necesaria entre nosotros hoy en que aún no se han definido los rumbos ni se ha acertado con la característica de la raza cosmopolita que nace. La marcha de las ideas, la tendencia que las inspira, eso es lo necesario, más que la nimiedad del detalle, la particularidad de los elementos que forman el camino. Por esto celebro á Banchs, proclamador de una tendencia vital, generosa y ámplia, concretada por él en este soneto:

Escépticos no somos. Todavía
creemos en el triunfo de lo bueno,
en la necesidad de la armonía
y en la hermosura de lo que es sereno.

Al pensar doloroso damos freno
y dejamos que en aras de alegría
el loco corazón salte del cieno
y rompa un vuelo mágico en el día.

Hemos visto las cosas de este mundo
en un instante de felicidad
y por eso es jocundo

el verso que celebra sus esencias,
como celebra el cirio la piedad
vuelta lumbre, de todas las conciencias.

---

y aun hace el elogio de Pullmann después de haber elogiado la certera puntería y la afición cinegética del rey Alfonso. Para muchos, aún hoy la poesía debe ser esa mecánica de los románticos, el tra-la-lá de una música de baile. He citado á Verhaeren para decir la forma de versificar de Banchs y creo que Verhaeren tiene su música propia, no continua, del principio al fin de una composición sino susceptible de cambiar adecuadamente en cada estrofa, en cada verso, acompañando el ritmo íntimo de la idea. Véase el siguiente ejemplo, sacado de las famosas *Villes tentaculaires;*

Aubes rouges, midis fumeux, couchants vermeils,
Dans le tumulte violent des heures,
Elles demeurent;
Et leur âme, par au-delà du temps et de l' espace,
S' éternise, devant les flux et les reflux qui passent.
Et la première et la plus vaste, c' est la force
Epanouie ou souterraine,
Multipliée en poings, en bras, en torses,
Ou tout à coup sereine,
Dans un cerveau suprême et foudroyant,
Par au travers l' or effrayant,
Les cris, la chair, le sang, la lie,
Elle apparaît: celle qui tend ou qui délie
L' énorme effort humain bandé vers la folie.

La lectura de este soneto trae á mi mente párrafos de *Ariel*, visiones de un abandonado jardín de Rusiñol, frescor de brisas marinas, perfume de rosas bañadas de rocío, suavidades de mujer,--todo lo que es bello, suave y puro y por serlo hace más fuerte el alma de los hombres.

31 Octubre 1908.

JUAN MAS Y PI.

Véase en esas catorce líneas, que otro poeta hubiera encerrado dentro de la rápida forma del soneto, como el admirable poeta belga ha sabido dar una idea admirable ejemplo de su alta compenetración sobre el valor del ritmo. La necesidad del primer verso que en tres hemistiquios traza tres paisajes, se agita y retuerce en la angustia de las ideas que luchan para imponerse en los versos siguientes, hasta que en el undécimo estalla en un giro vertiginoso que sigue, dos versos más, describiendo perfectamente el impulso, madre de la fuerza libertadora y que después de cumplido su gran acto se aquieta, pura y mansa, en la serenidad de un correcto alejandrino.

Verdad es que estos versos no pueden ser cantados, ya que tal parece ser el ideal popularizador de muchos poetas—pero nadie podrá negar que esta forma difícil en su aparente sencillez, concreta el ideal de la perfecta poesía, tal como debe ser, tal como la requieren nuestros ideales modernos. Defendiéndose de acusación semejante decía Unamuno: «Hora es que aprendamos á no declamar los versos acompañándonos de metrónomo mecánico». Hora es, digo yo, que el poeta sepa expresar integramente sus pensamientos elevándose un poco sobre el pensar común, apoyado á las viejas fórmulas conceptistas y capáz de su ritmo propio.

Por lo demás, yo expongo una teoría de arte, al pasar, obligado por las opiniones agenas. Acéptela el que no esté conforme con el tararéo, con el sonsonete enfadoso del verso.

LETRAS ARGENTINAS

"De cepa criolla" por Martiniano Leguizamón.

"... Si no reaccionamos en el sentido de un categórico idealismo que restaure la idea de continuidad en la obra de las generaciones y de un sistemático nacionalismo que restablezca la cohesión sentimental de la raza, vamos en camino de fundar una de las civilizaciones más mediocres y efímeras que hayan aparecido en el mundo".

Así decía Ricardo Rojas últimamente—¡y con cuánta razón!—en el banquete que sus amigos le ofrecimos á su vuelta de Europa. Mucho me temo, sin embargo, que el condicional *reaccionar* que Rojas establecía como necesidad imprescindible para la restauración de la cohesión sentimental de la raza, no se produzca; mucho me temo que ya estemos en el triste camino que sus palabras señalaban. Aquí no tenemos nada. Falta un ideal colectivo, falta el sentimiento de la tradición, faltan aspiraciones para el futuro. Vagamente pensamos que la patria irá haciéndose siempre más rica, y nada más. Apenas si alcanzamos á ver triplicados los millones de cabezas de ganado que hay actualmente sobre el territorio argentino; apenas si se nos ocurre pensar que en vez de cinco millones de habitantes bien pronto habrá diez y que las cifras de importación y exportación aumentarán á la par.

Extranjerizarnos hasta la saturación; irnos á París (París es Europa) apenas podamos; ubicarnos lo mejor posible en el presupuesto; reirnos de la política como de cosa que hay que tomar en broma para no hacerse mala sangre, es todo aquello de que somos capaces. Conservar una característica nacional, mantener una tradición, cultivar una interesante peculiaridad de nuestras costumbres, ni por sueño! Todo eso el cosmopolitismo lo ha borrado.

Yo no sé cuales remedios pueda haber para esto, y ni siquiera si admite remedio; pero me espanto de la disolución del espíritu nacional y comprendo la inmensa verdad que contenían las palabras de Rojas, que fueron, sin embargo, como un fustazo que despertó á muchos de su modorra.

Ciertamente, como en ese banquete se convino, es menester trabajar en pro de una franca reacción. ¿Cómo? El particular requeriría mayor detenimiento del que en esta rápida crónica puedo prestarle; pero se me ocurre que no son los artistas—sobre todo los literatos—quienes menor contribución pueden aportar á la obra. Estudiar con amor el pasado argentino; revivir las tradiciones, las costumbres, los tipos de antaño; poner en plena luz la historia nacional sin piadosas mentiras ni apasionamientos ya fuera de hora; levantar en nuestros libros otros tantos monumentos á nuestros grandes hombres, inundar, en una palabra, el país de estudios sobre lo que fué, ó lo que aun conserva sabor criollo, no con absurdas ambiciones de crear un híbrido idioma argentino, sino al contrario valiéndose de la fresca, bella, robusta lengua castellana, remozándola de acuerdo con nuestras necesidades, tal ha de ser el punto de mira de todos, arqueólogos, historiadores, críticos, novelistas, hombres de teatro.

No es esta de ningún modo una indicación de limitar nuestros horizontes al gaucho, como algunos lo pretenden, con un cerrado criollismo. La República Argentina tiene su campaña y sus ciudades; su pasado y su porvenir; no es por lo tanto sólo con la mirada puesta en el campo y en el pasado que ha de estar el artista; pero sí ha de dirigirse á ellos con frecuencia, y no, como ahora, rimar versos en que nieva en Diciembre, porque así sucede en París. Si el alma de las ciudades argentinas es semejante á la de los grandes centros europeos, surjan en buen hora entre nosotros los libros que traduzcan tal hecho, análogos á los que se escriben allá; mas no nos limitemos á ello, y dejen de extasiarse nuestros poetas exclusivamente ante el minueto cuando en el gato ó el pericón podrían hallar tema para admirables poemas de color.

¿Acaso no nos dicen nada los nombres de Gogol, Gorki, Mistral, Rudyar Kipling, Bret Harte, Verga, Capuana, Grazia Deledda, Galdós, Pereda y tantos otros entre los extranjeros? ¿Y tan poco nos sugieren los de Sarmiento, Hernández, Gutiérrez, Groussac, González, Obligado ó Leguizamón entre los de aquí?

¿Cuándo haremos conocer de verdad la literatura argentina en los colegios nacionales, poniendo á los alumnos en contacto con las mejores páginas de nuestros prosistas y poetas, vivos ó muertos, y no como ahora, haciéndoles aprender de memoria una lista de veinte ó treinta nombres, como apéndice á

un curso que se iniciara con el *Ramayana* y *El libro de Job?* ¿Cuándo será obligatoria la lectura del *Facundo* en las escuelas como lo es la de *I promessi sposi* en Italia?

Estas y otras muchas consideraciones que callo porque han de ir en labios de todos y corren por ahí repetidas en infinidad de libros, se me han ocurrido leyendo "De cepa criolla", el último libro de Martiniano Leguizamón.

Presentar á Leguizamón sería casi ofensivo para él. El autor de "Calandria" y de "Alma nativa", para no citar sino sus dos mejores obras, es demasiado conocido para que mi pluma joven haya de salir ahora haciendo su elogio. Leguizamón es algo más que un escritor: es también un estudioso que con cariño filial gusta de escudriñar las cosas de nuestro pasado; y así como en el campo de nuestras letras ocupa un lugar preeminente, merecidísimo tiene el que la *Junta de historia y numismática americana* le ha cedido, incorporándolo á su seno.

"De cepa criolla" con ser una recopilación de artículos ya aparecidos, me ha cautivado. El cariñoso interés que Leguizamón tiene por las cosas de la tierra y el sentimiento sincero que le guía de contribuir con su granito de arena á la obra de constituir una compacta nacionalidad, tienen en el libro tan sincero acento de verdad que conquistan en el acto y son acicate para que el cerebro del lector se ponga inmediatamente al unísono con las ideas que inspiran á su autor.

El juicio crítico sobre el escritor ó el libro, de antaño ó de ahora, Hidalgo ó Fray Mocho, *El lazarillo de ciegos caminantes* ó *El casamiento de Laucha;* el artículo de erudición sobre una fecha ó el origen de una costumbre ó de un nombre; la semblanza de un artista, la charla literaria ó el cuadro de costumbres populares, los hallamos en "De cepa criolla", unidos por el espíritu general de nacionalismo bien entendido que los anima, sereno en su entusiasmo, amplio en su seguridad de vistas.

Es una hermosa y útil recopilación, como fueran de desear muchas de la misma índole, y de la cual pueden arrancarse numerosas páginas dignas de ser incorporadas á una antología, por la fluidez y el vigor del estilo, de períodos rotundos y sonoros, por la vivacidad y frescura de las descripciones de que el libro abunda y por el calor efusivo que por todo él circula.

Leguizamón debe perseverar en la tarea que con tanto ahinco ha emprendido de mantener encendido el fuego en el hogar de la tradición nacional: la tarea no puede ser más necesaria en el momento presente ni más útil la participación que él toma en ella, por ser cada uno de sus artículos ó libros chisporreante haz de leña, que aviva la llama y retarda su extinción.

"Talismanes" por Ernesto Mario Barreda.

Es este uno de esos libros que no admiten el juicio ambiguo —entre protector y adverso—como promesas de hipotéticas realidades futuras, sino que, se imponen inmediatamente á la atención del lector como seguras expresiones de personalidades literarias ya hechas.

No vibra en él una nota exclusiva. Reune en sus páginas la composición descriptiva, cuadro lleno de color y de savia, á la tierna elegía rememoradora de muertos amores; el madrigal flexiblemente cortesano al poemita filosófico, nunca vulgar, siempre conceptuoso; la amarga canción que sahuma de irónico excepticismo los añejos dolores al himno triunfal á la naturaleza y á la vida.

Se siente en él un alma que canta sin amaneramiento al azar de la inspiración del minuto, ora reconcentrada, ora expansiva, ya ebria de sol, ya abrumada de nieve, en el fondo, sin embargo, nunca optimista, como que el poeta ha penetrado de la vida su sentido profundo y ha visto la eterna inutilidad de las cosas humanas.

"... Voy por la vida
cantando y sollozando..."—dice.

Aparte la exageración retórica de la expresión, no titubeo en creer en el sedimento de verdad que encierra. Ama, sin embargo, la vida, y tanto que,—escribe—por amarla se debe, si es necesario

. . . . .

perdiendo hasta la vida
seguir hasta la muerte.

Y me imagino las razones de ese amor. El ha de radicar sin duda únicamente en el aspecto estético que la vida presenta. Porque en la naturaleza hay auroras y ocasos, y dilatadas llanuras y selvas impenetrables; porque hay instantes en que, como el poeta canta en un admirable soneto, flota sobre los campos un gran epitalamio; porque hay mujeres y existe el amor—sublimes cosas ambas—; porque en el mismo dolor hay belleza, por eso me figuro que Barreda ha de amar la vida. Sí, conviene seguir hasta la muerte por su amor, aunque haya de perderse, porque el heroismo que es manifestación de pujanza vital merece ese sacrificio, y una sublime locura bien vale una cruz.

Barreda versifica con seguridad. Une la delicadeza á la fuerza, la elegancia á la gallardía, la sobriedad á la soltura; evoca dulcemente, pinta con vigor, y, sobre todo, es personal.

Una rápida revista de las composiciones de "Talismanes" pondría de manifiesto estas aptitudes. Prescindo de ella, pues la encuentro ya hecha con sagaz criterio en el breve pero substancioso estudio crítico que el señor Vicente Almela dedicara al poeta en el "Heraldo de Madrid" y que en el libro aparece reproducido.

No me resta en consecuencia sino cerrar esta nota con la expresión de mi sincera alegría por haber podido hallar entre las jóvenes generaciones argentinas á un nuevo poeta, á quien su robusta y bien definida personalidad por debajo de su complejidad exterior, y su espíritu audaz aunque no estrafalario, auguran un brillante porvenir.

"Prosa de combate" por Juan Pablo Echagüe.

"Juan Pablo Echagüe nos envía desde Europa su último libro "Prosa de combate", que acaba de editar la casa Sempére, la biblioteca popular de mayor difusión en España y en los países de habla española.

. . . . . .

"Prosa de combate" ha llamado el autor á su libro y con razón. Toda la labor literaria de Echagüe ha sido un continuo combate, una guerra encarnizada; guerra contra las falsas reputaciones que vieron escapar el algodón que las hinchaba por las largas heridas que les abrieran las estocadas del crítico; guerra contra los malos autores, los pésimos cómicos, los públicos incultos; guerra á todo lo que no se inspirara en sanos propósitos y en criterios de arte apreciables. Así fueron muchos los mandobles que repartió, siempre con brío y acierto, y siempre también con eficacia. No tuvo contemplaciones con lo malo, que es lo que ha abundado y continúa abundando en nuestros escenarios, y si con esta actitud combativa hubo de ganarse muchas enemistades, en cambio logró hacerse temido y respetado y se captó el aprecio de muchos, de los mejores. De este modo se hizo leer y escuchar, pues se sabía que en cualquiera de sus crónicas de teatro había siempre algún rudo mazazo que festejar y algo que aprender, adquiriendo tanto mayor interés su prosa robusta cuanto más erizada de puas estaba.

"En este sentido su acción sobre nuestro teatro fué fecunda y saludable. Pero Echagüe no ha sido únicamente un crítico hosco, nunca satisfecho. Al contrario. La alabanza brotaba de su pluma con la misma espontaneidad que la censura, y si muchos cayeron con justicia bajo sus golpes, no fueron pocos aquellos á quienes el franco aplauso ó una simple palabra de aliento del crítico abrieron el camino ó hicieron conocer.

"Vasta ha sido la producción de Echagüe, dispersa en

las columnas de "El País", "La Nación" y la mayoría de los diarios y revistas que ven la luz en esta capital. De ella, por consiguiente, sólo una mínima parte aparece en "Prosa de combate".

"La importancia de esta colección es evidente. Constituye como "Puntos de vista", su obra anterior, una interesante documentación sobre el estado actual de nuestro teatro, que, á la verdad, por las condiciones lamentables en que hoy día se encuentra, está pidiendo á gritos que se multipliquen los *Jean Paul,* inspirados en el precepto de que "el médico piadoso no sana las llagas".—(EL PAIS, Diciembre 14).

"Anima" por Ernesto P. Turini.

En un cenáculo de amigos en el cual sin duda caí inoportunamente, se mordía en cierta ocasión un tomito de versos, "Líricas", que un poeta nuevo, Ernesto P. Turini, acababa de dar á luz. La indignación era general contra el vate, cuyo decadentismo manifiesto tenía irritado al entero cenáculo. Y creo que en ese momento yo también emití sesudas opiniones sobre la necesidad de la gravedad y el reposo; y anatematicé con convicción las locuras de los poetas jóvenes que no se deciden á ser viejos y cuerdos. Como nadie pensara en incorporar el libro á su biblioteca me lo llevé compasivamente, recibiendo al releerlo una sorpresa de las más agradables. Entre no poca hojarasca, muchos defectos y otras tantas inexperiencias surgía de las páginas del libro un alma de poeta, encantadora por lo simple, lo dulce y lo serena. Me bastó. Siempre he tenido respeto por las obras que son la revelación de un espíritu. Y en "Líricas" se revelaba un poeta tierno y sencillo, adorador de las mujeres tristes, de los crepúsculos lentos, de las noches de luna tranquilas, de los parques solitarios, de la calma y el silencio, de todo aquello impregnado de una dulce melancolía que aman las almas soñadoras. Me agradó el libro porque sentí correr por sus versos una suave vibración emocional, como de quien mira las cosas de este mundo con mirada entre cansada y compasiva. Había en él un poeta sediento de ideal y contento de sentirse bueno: me bastaba.

Con satisfacción por consiguiente he recibido, después de dos años, el segundo libro que Turini ha publicado, "Anima", un folleto, pues sólo encierra trece breves composiciones. El poeta no ha cambiado: la nota que vibraba en "Líricas" volvemos á escucharla en "Anima". Lo que en el primero pudo decir lo escribe en el segundo:

Peregrinando en la difícil vía
me supe siempre mantener sereno,
y en mis ansias de azul y de armonía
probé la dicha de sentirme bueno.

Con una ventaja, sin embargo, sobre antes, lo dice ahora, y es que lo dice mejor. Las muchas incorrecciones de que "Líricas" adolecía son menos frecuentes en "Anima" y si aun ciertos atrevimientos de dudoso gusto asoman por ahí, son pocos y permiten suponer, por su disminución evidente, que el poeta sabrá contenerse en sus obras posteriores.

Todo, por lo tanto, podemos esperarlo de él, pues quien escribe estrofas como las siguientes, promete mucho:

Iré á verte, lo juro; pero sea
mi visita postrera... (Irresistible-
mente, con tu belleza irresistible,
tentarás cautivarme... ¡Oh! que no sea

yo el vencido de siempre; que tus ojos
no se burlen crueles de mis penas;
que no aumenten lo grande de mis penas
tus ojos verdes, tus profundos ojos...)

Iré á verte lo mismo que si fuera
un amigo. Hablaremos con discreto
acento, un algo grave, un algo inquieto,
sin mentar nuestro amor de primavera.

. . . . . .

"Historia de un amor turbio" por Horacio Quiroga.

Horacio Quiroga es considerado con razón uno de nuestros mejores cuentistas. Sabe hallar argumento para sus relatos, describe con seguridad, es agudo psicólogo y tiene una curiosa visión de la vida que da un carácter inconfundible á cualquiera de sus páginas.

También es un humorista. Sagaz observador, experto en sorprender y fijar detalles para otros insignificantes, retrae las actitudes, las fisonomías de los personajes de sus narraciones con el espíritu del caricaturista que vé de la vida con predilección el lado ridículo.

Sus relatos no son por lo tanto impersonales. Para precisar mejor una escena, el aspecto de una persona, un ademán cualquiera ó un momento psicológico, se vale de un procedimiento

particular: acude á determinados símiles que acusan por lo general la anteriormente mencionada tendencia de su espíritu.

Véase:

"Sentada en una silla baja... observaba sin fatigarse el distinto efecto de sus lazos, *con la atención estudiosa de las mujeres que observan de cerca un paño.*"

"Al fin tuvo lástima de Rohan, y lo dejó ir á la sala, *con la majestuosa y protectora tolerancia con que las madres permiten á los hombres que pasen á la sala donde están sus hijas.*"

Ambos ejemplos tomados al azar entre tantos bastarán para explicar el dicho procedimiento. En el primero el hecho de mirar *con atención estudiosa* está reforzado por la comparación transcripta, simplemente. Pero en el segundo ya se vé asomar el espíritu burlón del autor.

Este procedimiento, empleado con discreción le da excelentes resultados á Quiroga. En cambio no lo mismo puede siempre decirse de las reflexiones que mezcla á la narración, cuya propiedad es á veces de gusto dudoso.

Como psicólogo Quiroga es singular, corriendo parejas su sagacidad con la minuciosidad y el acierto incomparables con que logra definir la expresión exterior de los más variados estados de alma.

Tal equilibrio entre el elemento analítico y el descriptivo que ya tuve ocasión de señalar en los dos hermosos libros de Chiappori y que volvemos á encontrar en "Historia de un amor turbio", es por cierto digno de alabanza y merecedor de ser imitado por nuestros noveladores ó cuentistas que quieran reproducir vivamente el momento dramático en una aspiración á un noble verismo que sintetice las realidades de la vida interior y exterior.

A mi juicio el asunto es lo de menos. Su simplicidad no excluye la buena novela cuando se la desarrolla con sólida lógica y sana naturalidad. Ejemplo de ello puede darlo esta entera obra de Quiroga. ¿Háse visto argumento más sencillo? Una breve historia de amor, la aventura sentimental de dos novios cuyas relaciones viene á enturbiar y romper, en unos celos retrospectivos, la evocación torturadora de un anterior amorío de ella, ya muerto y sepultado... He ahí todo. Y sin embargo el libro no se cae de las manos un solo instante, gracias á la verdad humana que en todo momento sentimos rebosar en él y al arte finísimo con que el autor conduce lentamente la acción, en una prosa que, si no es ciertamente la mejor entre la de todos los jóvenes escritores de América—como afirmara Lugones con una exageración manifiesta dictada por su amistad—tiene en su frecuente desaliño sobresalientes condiciones de robustez, libertad y color.

Acompaña en el libro á "Historia de un amor turbio" el

cuento "Los perseguidos", de índole patológica, sobre la cual tiene Quiroga especial dominio. Es un extraño relato, exposición de un *caso* interesantísimo de delirio de las persecuciones, de una minuciosidad tal en la expresión del estado de extrema lucidez á que llegara el autor en una crisis nerviosa, que envidiaríala cualquier alienista aplicado á la tarea de levantar una información psiquiátrica.

Y si al terminar me permitiera hacerle á Quiroga una indicación (siempre es conveniente dar consejos para mantener alto el prestigio de la crítica!) le diría que, ya que se ha revelado maestro en ambas psicologías, la normal y la mórbida, resultarían sin duda más simpáticos sus libros si se inclinara con preferencia á la primera...

"Perlas rotas" por José María Vélez.

Desde la aparición de "Cumbres y quebradas", su primer libro, si no me traiciona la memoria, y en sus obras posteriores "Cantos rodados" y "Montes y maravillas", José María Vélez se reveló el vigoroso colorista, el inspirado poeta que es y volvemos á encontrar en su última producción "Perlas rotas".

Me imagino la admiración altísima que Vélez ha de sentir por la naturaleza, el cariñoso interés que todo lo creado ha de inspirarle, la atención inquieta con que ha de recorrer esas serranías de su Córdoba natal. Nada escapa á su ojo avizor, á su oído educado por la música de la selva. El nido en la copa del árbol, la flor más humilde, oculta á todas las miradas, el matiz cambiante en el plumaje de un ave, el resplandor fugaz de una luciérnaga en la noche, la gota de rocío en la hoja y el imperceptible rayo de sol que se filtra á través del ramaje, los tornasolados reflejos de las alas, los rastros borrosos dejados en el barro por el paso de los animales, el rimar cristalino del agua de un manantial escondido, los lejanos trinos de una calandria, los arrullos de los pájaros enamorados, el silbido de la perdiz ó el zumbido de la avispa, todo, todo lo que anima, bulle, se agita en el bosque ó en el prado, en la cumbre ó en el llano, subterráneamente ó en plena luz, lo anota Vélez con minuciosidad de naturalista y pasión de poeta, y lo fija en sus preciosos cuadritos, en que, fauna y flora entonan al unísono un himno triunfal á la vida.

Como observador es admirable. La lectura de sus libros le lleva á uno de sorpresa en sorpresa por el rico tesoro de observaciones en ellos acumulado. Sobre sus páginas no cabe la incertidumbre en la elección, pues todas se equivalen. Transcribo una cualquiera:

"Reina el temporal desde hace cuatro días. El agua en " finísimos hilos se desprende de las nubes y la neblina cubre " la quinta, los sembrados y las lomas. ¡Ni un rayo de sol! La " tierra blanda de lodo, impregnada como una esponja, filtra " á su seno el líquido fecundador. Brillan algunos charcos, " cual vidrios ahumados, donde minúsculas chispitas que caen " á millares, levantan claras burbujas. Las vacas mugen en el " corral hundidas hasta las rodillas en el barro y los caballos, " con las crines erizadas y la piel crespa, buscan el reparo de " los cocos, dando el anca á la lluvia, inclinando la cabeza. " Los pajaritos vuelan inciertamente. Las plantas han tomado " un verde lustroso de barniz y los troncos de áspera corteza " destilan la goma en lágrimas. Las florecillas se hallan espar- " cidas por el suelo, mustias y descoloridas."

. . . . . .

Y esta otra en la cual el artista ha agregado á la verdad del cuadro el sentimiento profundo que la hora silenciosa y tranquila despertara en su corazón:

"Las estrellas brillan en la noche apacible y fresca. Hay " un encanto de misterio al contemplar su vivo y tembloroso " centelleo, como millares de ígneas alitas que se estremecieran " en sus refulgentes senos. La brisa trae el murmullo de los " álamos, el perfume de las flores y la húmeda caricia del agua, " que entona en la sombra argentinos glú-glúes. De cuando en " cuando llega la nota melancólica del crespín, que dice su pena " de amor. Las lechuzas se elevan lanzando ásperos chirridos " que evocan el recuerdo de una cruz solitaria en un campo- " santo abandonado. Los murciélagos, con cabezas de ratones " y alas membranosas armadas de uñas, trazan círculos encima " de mi cabeza. La quinta ha desaparecido en el seno de la " obscuridad y sólo se distinguen los matorrales que circundan " el patio iluminado por un reverbero colocado en la galería de " las casa y cuya luz pródiga se difunde como un abanico " abierto. Casi todas las noches el mismo espectáculo grandioso " y sencillo: contemplar la profundidad del cielo sembrada de " diamantes, dejando vagar las ideas hasta el ensueño... tener " una estrella amada á la cual se le asigna un dulce nombre de " evocación, y verla trasponer el horizonte como una flor radio- " sa... Escuchar atento el ladrido del zorro, que merodea en " los alrededores; el cloqueo de las gallinas que alborotadas se " despiertan, el aullido lastimero de un perro, el canto de los " gallos, el coro de las ranas que croan en lejanos fangales y el " estridente criic, criic, de ciertas langostitas verdes, á las cua- " les acompañan las víboras con silbidos y el grillo con la nota " de su violín...

"Todo lo envuelve la noche en poesía, lo satura de tristeza,

" y el corazón se dilata soñando. La masa ennegrecida de los
" árboles toma formas extrañas al ser agitada por las ráfagas
" y los más débiles susurros trasmiten vibraciones de almitas
" vivificadas por el rocío del cielo. Hora propicia en que uno se
" siente penetrado hasta los abismos de la conciencia del efecto
" magnífico de lo desconocido, ante el cual el pensamiento es
" como un lirio al embate del mar."

. . . . . .

¿No es esto poesía y buena poesía nacional?

En sus hermosos poemas en prosa José María Vélez ha cantado la vida en todas sus más variadas manifestaciones; de ellos, sin embargo, ha estado siempre ausente el elemento humano, y no me refiero á su presencia accidental en unos ó á su evocación constante en "Perlas rotas", cada uno de cuyos cuadros pretende ser una pequeña fábula, no hablada pero vivida; como también excluyo de estas consideraciones el idilio que Vélez encuadró en "Montes y maravillas", falto, justamente, del verdadero calor humano cuya ausencia lamento. Me refiero, á alguna novela vivida ó intuida poderosamente, á algún bello poema de pasión que Vélez sepa volcar en cualquiera de sus nuevos libros dándole por marco el maravilloso esplendor de la naturaleza de esas sierras que tanto él ama.

¿Lo hará?

ROBERTO F. GIUSTI.

Por un error de compilación, estas notas no siguen el orden de aparición de los libros. La abundancia de éstos nos impide además ocuparnos de los últimos llegados.

NOTAS Y COMENTARIOS

El doctor Francisco Capello, uno de nuestros distinguidos colaboradores, compuso hace un año un poemita sobre el terremoto de Mendoza en exámetros latinos, ganándose los irrazonados ataques de cierto dómine que la emprendiera un día con Darío y Lugones, y que no deja pasar impune la osadía de poner mano en cosas de esta especie, por considerarlas de su exclusivo patrimonio por no sabemos cual rara locura que le posee y le hace suponerse pontífice en lenguas clásicas.

Unica digna contestación á dichos ataques que el señor Capello ha preferido dar, antes que mezclarse en injuriosas y estériles polémicas, sea la publicación de la carta siguiente con que el sabio humanista don Marcelino Menéndez y Pelayo, no sospechoso de benevolencia excesiva, acusara últimamente recibo del "Pinus Mendociae".

Santander, 15 de Octubre de 1908.

Señor don Francisco Capello.

Muy señor mío:

Es tan poco frecuente en nuestros días, especialmente en España y en las naciones hispano-americanas, la aparición de buenos versos latinos, que los pocos aficionados que aun quedan no podrán menos de saludar con júbilo una poesía bien elegante y de tan buen sabor clásico como el *Pinus Mendociae,* cuya lectura debo á la amabilidad de usted. No es un centón ni un calco servil de los antiguos, como suelen serlo otras composiciones de su clase, sino una inspiración original vaciada hábilmente en un molde antiguo. Domina en estos bellos y patéticos exámetros la suave entonación virgiliana, pero también hay rasgos de áspero vigor que me han recordado la manera de Lucrecio.

Felicito á usted por ocupar tan felizmente sus ocios en el noble culto de las musas clásicas, y ojalá contribuya su ejemplo y su enseñanza á difundir en América el espíritu latino, tan vivo y floreciente siempre en Italia.

Con esta ocasión se ofrece suyo afmo. S. S. Q. B. S. M.

M. Menendez y Pelayo.

Un nuevo colaborador.

Habiéndose ausentado para Italia nuestro colaborador don José León Pagano, y siendo su intención permanecer en el viejo mundo algunos años, lo cual le impedirá atender la sección "Letras italianas" que á su cargo tenía, hemos debido confiársela á algún entendido escritor aquí residente, habiendo encontrado en el señor Juan Chiabra la más calurosa acogida para desempeñar tal tarea.

El señor Chiabra es un distinguidísimo estudioso italiano ha mucho llegado á Buenos Aires, en busca de más amplios horizontes, y donde le espera un brillante porvenir por sus altas condiciones intelectuales. Laureado en letras y filosofía en las más importantes universidades de la península, en las cuales siguiera metódicos y largos estudios de cursos generales y materias especiales, ejerció allá durante algunos años la enseñanza, dictando entre otras una cátedra libre de filosofía teorética en la Universidad de Pavía y publicó numerosas obras, en su mayoría de orden filosófico, por ser estos los estudios de su predilección. Aparte sus tres obras de aliento: *Estudios Kantianos, La voluntad en relación con la valuación ética* y *La estética de Tomás de Aquino,* cuantiosos son los opúsculos que ha dado á luz y extensa su colaboración en revistas italianas y extranjeras, abarcando variados asuntos, desde la crítica filosófica á la literaria, desde los problemas educativos á las investigaciones psicológicas según los métodos modernos, entrando en su haber entre otras cosas la traducción del conocido *Manual de psicología* de Titchener.

Su colaboración sobre "Letras italianas" la iniciará desde el próximo número. En este, cautivado por la seriedad filosófica del último libro del poeta argentino residente en París, don Francisco Soto y Calvo ha querido publicar un breve juicio que expresara su admiración por dicha obra.

A nuestros lectores.

Estos números aparecen con atraso. Corresponden á Noviembre y Diciembre de 1908 y estamos á comienzos de 1909. Una vez más debemos pedir disculpa de ello á nuestros lectores, pero al hacerlo no podemos menos de comentar la cosa en breves palabras, con la franqueza de que siempre hemos blasonado, en contestación á los eternos descontentos que sacan severos pronósticos sobre el éxito de una publicación, su vida y su muerte, su presente y su porvenir, del hecho que aparezca hoy ó unos días antes ó después.

NOSOTROS es una revista de una índole especial, cuyo retardo de días en la salida no creemos pueda asumir ninguna grave proyección. Revista exclusivamente literaria, donde la misma actualidad comentada adquiere un carácter perdurable, sin que sea su objeto aportar á nadie la información esperada sobre ningún acontecimiento que tenga en tensión los espíritus, sino solamente el de ser palestra de noble gimnasia intelectual y órgano de posibles vinculaciones más estrechas con nuestros hermanos de América, permite como el libro que se difiera su publicación de unos días sin que nadie padezca, siendo por otra parte como la del libro tan ó más trabajosa su compilación é impresión. Revista destinada á circular por entre un número relativamente reducido de amantes de estas cosas, es de creer que éstos no se ensañarán con la dirección por el retraso con que involuntariamente se vé á veces obligada á darla á luz, y no le cargarán como negligencia indisculpable lo que no es más que efecto de mil dificultades de todo género que únicamente la experiencia puede dar á conocer.

Claro está que fuera conveniente su aparición regular, sin dilaciones, y así generalmente ha sucedido y trataremos de que siga sucediendo; mas si de vez en cuando la demora se ha de producir, tengan benevolencia para nosotros nuestros lectores que no lo habremos *fatto apposta.*

"NOSOTROS" en el interior

De regreso Alfredo Bianchi, miembro de la dirección de esta revista, de su viaje á Bolivia, tócanos agradecer con efusión á todos los diarios del interior que, al saludarlo fraternalmente á su paso por Jujuy, Tucumán, Córdoba y Rosario, han tenido para NOSOTROS palabras de simpatía que nos han evidenciado que el ambiente intelectual, si bien circunscripto, es más favorable para las empresas de esta índole, de lo que generalmente se cree. En todas esas ciudades, en efecto, no faltan los jóvenes que estudian, trabajan y se interesan por las tareas del pensamiento, habiendo ya alcanzado algunos de ellos una envidiable notoriedad así en Buenos Aires como fuera de aquí. Para todos ellos nuestro saludo afectuoso, y abiertas las páginas de NOSOTROS para sus producciones, que otro deseo no puede animarnos que el de convertir esta revista en un eco del pensamiento argentino.

La dirección, á fin de dar base á la propaganda por la mayor difusión de NOSOTROS en el interior de la República ha nombrado sus representantes á los señores J. Rodríguez Arce en *La Quiaca,* Julio C. Wiaggio en *Jujuy,* Félix F. Córdoba en *Tucumán,* Juan Aymerich en *Córdoba,* y Angel C. Miranda en el *Rosario.*

El representante general en Bolivia será don Arturo Pinto Escalier.

Nuestro Administrador.

Solicitado por otras tareas se vé obligado á abandonar la administración de NOSOTROS nuestro colega y amigo Alfredo Costa Rubert, quien durante un año y medio nos prestara su decidida y eficaz colaboración desde la fecha de aparición de esta revista, á la cual deja vinculado su nombre.

Al amigo y al colaborador que nos deja, nuestra afectuosa despedida, bien que ni siquiera sea del caso dársela, puesto que siempre hemos de seguir contando con su inteligente concurso.

Advertencia.

Para evitar cualquier posible suposición contraria, debemos advertir á nuestros lectores que todas las colaboraciones que NOSOTROS publica, así nacionales como extranjeras, son inéditas, salvo aquellas que, expresamente, así lo hacemos constar.

"Salón Sud Americano"

Hemos recibido la siguiente carta, de interés general para nuestros lectores:

Rosario de Santa Fe, Noviembre 20 de 1908.—Señores Directores de la Revista NOSOTROS: Me es grato poner en su conocimiento que con mi asistencia personal acabo de instalar en Barcelona en la Rambla de Canaletas núm. 2, principal, un "Salón Sud-Americano", cuyo objeto primordial es el de facilitar con todos los medios posibles las comunicaciones de la América del Sur con España á favor de los transeuntes y residentes, y cooperar al desarrollo general de toda iniciativa plausible entre los países Sudamericanos y la Península.

Con esto me propongo:

1.° Poner los más importantes diarios y periódicos de las Repúblicas Sudamericanas al alcance de todos, con un salón de lectura gratuito, venta de números sueltos, suscripciones para los particulares, hoteles, clubs, etc., servicio especial para la venta á bordo de los vapores de tránsito, y sección de avisos para los referidos diarios.

2.° Dar á conocer la cultura musical Sudamericana y propagar el gusto de la música criolla, estableciendo un depósito general de obras musicales; música original, bailables, aires y

bailes criollos, todo de marcado carácter propio á cada país, quedando anexo á esta sección un salón gratuito con piano para la lectura de la música.

3.° Ofrecer una buena prueba de la intelectualidad Sudamericana y de su progreso, presentando un cuadro completo de las obras dramáticas y de las producciones literarias, científicas y artísticas de cada país, que tendré constantemente en venta.

4.° Suministrar gratuitamente catálogos, revistas comerciales é industriales, muestras, productos y datos ilustrativos en general, teniéndose á la disposición de toda persona interesada y facilitando para su efecto las guías de cada república, horarios de ferrocarriles, servicio de vapores, lo mismo que todo dato análogo con relación á la Península.

5.° Tener en venta constantemente un completo y variado surtido de tarjetas postales ilustradas con todo lo nuevo que se produce en este género, representando las vistas, costumbres, ciudades, lo mismo que los hombres ilustres y personalidades de las Naciones Sudamericanas.

6.° Proporcionar el cambio y compra-venta de monedas para el servicio de mis favorecedores.

7.° Abrir una sección especial en combinación con mis casas establecidas en la República Argentina y relaciones en los demás países Sudamericanos, para atender mediante un precio módico y convencional, representaciones y comisiones de toda clase, compra-ventas, administración de propiedades, cobranzas de todo género, giros y todo negocio que contribuya al desarrollo de las relaciones colectivas é individuales entre los países Sudamericanos y España, y emplear mi actividad en todo objeto con tendencia á favorecer y fomentar el intercambio de las relaciones y productos, ya sea por cuenta de terceros, ya sea por cuenta mía propia.

Los visitantes hallarán un personal de toda confianza y experimentado para suministrar noticias, datos y referencias sobre los países aludidos, recibir y desempeñar encargos y atender todo asunto de utilidad para el objeto que persigue la agencia.

Se encargará la agencia también de recibir y remitir á los puntos indicados de antemano, la correspondencia de los clientes, ó de tenerla á disposición de ellos, conforme las instrucciones que reciba á este respecto.

Tendrá abierto un libro por el cual los visitantes podrán enterarse de la residencia, itinerario, cambios, etc., de toda persona que haya dejado encargo especial al efecto, y de las personalidades Sudamericanas residentes ó en viaje por Europa, etc.

Dados los conocimientos y relaciones que yo he podido adquirir durante mi larga actuación comercial en los países cita-

dos, la simpatía é interés que me inspira todo asunto atinente á ellos, confío que he de llenar esta empresa con todo el acierto necesario para recabar de ella mucha utilidad moral y material á favor de las reciprocidades entre las naciones aludidas, objeto hoy de mi iniciativa, mereciendo así apoyo y confianza completa en todos los intentos de mi propósito.

No dudando se dignarán ustedes dispensarme su buena atención, los saluda muy atentamente y me suscribo de ustedes atento y S. S.—*Luis Mandrés.*

Libros recibidos

Carlos Ibarguren (profesor de la Universidad de Buenos Aires).—"Una proscripción bajo la Dictadura de Syla".—Arnoldo Moen y hermano, editores, 1908.—(Publicación del *Instituto de Enseñanza General).*

Martiniano Leguizamón.—"De cepa criolla".—Talleres gráficos Joaquín Sesé, La Plata, 1908.

Ernesto P. Turini, hijo.—"Anima".—Garre y Zorzópulos, editores, Buenos Aires, 1908.

Juan José Vélez.—"Manila".—Imprenta y casa editora de F. Domenici y Cía., Córdoba, 1908.

E. Gómez Carrillo.—"Grecia".—(Prólogo de Jean Moréas).—Madrid.

Carlos Alberto Leumann.—"El libro de la duda y los cantos ingenuos".—Arnoldo Moen y hermano, editores, Buenos Aires, 1908.

Samuel López G.—"El anillo de Polícrates".—Bogotá, 1908.

Severo Amador.—"Confesión", "Sorpresa", "Palabras póstumas".—1905.—Aguas calientes, México.

NOSOTROS.

NOSOTROS

AÑO II — TOMO III

INDICE

A

André José . . . . . Sobre "Une nuit de Schehèreza-de" 276

Aymerich Juan . . . . . El jardín del convento (versos) 54

» » . . . . . Etapas del camino (versos) . 262

B

Banchs Enrique J. . . . . . Fantasía lunar 168

Boucau Salvador M. . . . . Como el pelícano (versos) . . 190

C

Capello Francisco . . . . Homero 217

Cárbia Rómulo D. . . . . . El alma nuestra. 269

Carricarte Arturo R. de . . De crítica: «Nosotros». . . . 197

» » » . . De crítica: Alrededor de . . «Alma nativa» 247

Cione Otto Miguel . . . . El Arlequín (teatro) 56

CH

Chiabra Juan . . . . . «El demiurgo» 266
Chiappori Atilio M. . . . La demostración á Ricardo Rojas 122
Chocano José Santos . . . El viaje á las Indias (versos). 30
» » . . . Tres sonetos inéditos 229

D

Darío Rubén . . . . . Fragmento del «Poema del Otoño» 151
Debenedetti Salvador . . . Crepuscular (versos) 284
Dirección (La) . . . . . Un año de vida. 5
Duprat Emile . . . . . La filosofía francesa en 1907 . 156

F

Fariña Nuñez Eloy . . . . «Sangre y arena» 109
» » . . . . En el mundo de los fantoches . 252
Fortún Fernando. . . . . En la paz campesina (versos) . 242

G

Giusti Roberto F.. . . . . Letras argentinas. . 114, 201, 308
Gómez Restrepo Antonio. . José Enrique Rodó 137

L

Lastra Juan Julián . . . . Oficios (versos) 94
Leumann Cárlos Alberto . . Del lloro de los abedules (versos) 245
Levene Ricardo . . . . . El espíritu de la historia . . 98

M

Mas y Pi Juan . . . . . Alberto Insúa 85
» » . . . . . La demostración á Evaristo Carriego. 207

Mas y Pi Juan . . . . . Enrique Banchs. 294
Mazo Marcelo del . . . . La demostración á Evaristo Carriego 207
» » . . . . Sedientas 274
Medina Vicente . . . . . Presagio triste (versos) . . . 44
» » . . . . . Canciones de niños (versos) . . 167
Melián Lafinur Alvaro . . . Tus manos (versos) 189
Mertens Federico S. . . . Liras. 286
Múscari Arturo . . . . . Cisnes y estrellas (versos) . . 260

N

Nervo Amado . . . . . El hombre á quien le dolía el pensamiento 233
"Nosotros" . . . . . Notas y comentarios 128, 214, 319

P

Pagano José León . . . . Mazzini y su pensamiento filosófico 32
Perkins Jorge Walter . . . Vicente Medina 192
Perkins Fragueyro Saúl . . Remembranzas de la última semana de Pasión 289
Pinto Escalier Arturo . . . Recógete á soñar (versos) . . 81
» » . . . Hilandera mocetona (versos). . 83

Q

Quesada Ernesto . . . . Ferri conferencista. 7

R

Ramírez Angel Emiliano . . Del dietario de un pobre hombre 161
Rega Molina María Esther . Llanto y rocío (versos) . . . 190
Rojas Ricardo . . . . . La demostración á Ricardo Rojas 122
» » . . . . . Rapsodia póstuma (versos) . . 178

S

Salazar Armando R. y . . Viejos perfumes (versos) . . . 191
Soussens Carlos de . . . La demostración á Ricardo Rojas (versos) 122
» » . . . Pour une inconnue (versos). . 241

T

Talero Eduardo . . . . . Discurso en el 59 aniversario del colegio del Uruguay. . . . 46
» » . . . . . Con mi sombra (versos) . . . 231
Tobal Gastón Federico . . Janua Caeli 179
Tomaso Antonio de . . . París (versos). 108

V

Vedia Joaquín de . . . . Sardou 236

X

Ximeno . . . . . Wagner 172

A LOS SUBSCRIPTORES:

La Administración de «Nosotros» mediante un arreglo hecho con la Administración de «La Nación», ofrece como regalo á los subscriptores que abonen un SEMESTRE, ó un AÑO adelantado, uno y dos volúmenes respectivamente de la biblioteca de «La Nación», los que podrán elegirse entre los no agotados de la lista adjunta (edición á la rústica).

El envío de los referidos volúmenes se hara por cuenta de la Administración de «NOSOTROS»

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA, HISTORIA, ARTE, FILOSOFÍA

APARECE EN LA PRIMERA QUINCENA DE CADA MÉS
EN ENTREGAS DE 64 PÁGINAS COMO MINIMUM

Las colaboraciones no se devuelven

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

ENRIQUE J. BANCHS

Cuerpo de Redacción:

SECCIONES PERMANENTES

Opiniones	**Emilio Becher**
Crónica extranjera	**Joaquín de Vedia**
Letras Francesas	**Atilio M. Chiappori**
" *Italianas*	**José León Pagano** **Juan Chiabra**
" *Españolas*	**Alberto Gerchunoff**
" *Catalanas*	**Juan Mas y Pi**
" *Portuguesas y Brasileñas*	**Elysio de Carvalho**
" *Hispano Americanas*	**José M. Rizzi**
" *Argentinas*	**Roberto F. Giusti**
Filosofía	**Emilio Duprat** **Coriolano Alberini**
Política	**Alfredo C. Lopez**
Educación—Criminología	**Benjamín García Torres**
Bellas Artes	**Emilio Ortiz Grognet**
Música	**Miguel Mastrogianni**
Teatro Nacional	**Alfredo A. Bianchi**
Revista de Revistas	**Alfredo Costa Rubert**
Notas y Comentarios	**"Nosotros"**

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
(ADELANTADA)

Ciudad y Provincias		Exterior	
Trimestre	**$ 2.50**	**Semestre**	**francos 14**
Semestre	**„ 5.00**	**Año**	**„**
Año	**„ 10.00**		
Número suelto	**„ 1.00**		
Atrasado	**„ 1.50**		

Dirección y Administración: BUEN ORDEN 357

La correspondencia administrativa envíese á nombre del director-gerente Alfredo A. Bianchi.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

FEB -5 1929